



LA  
**FAMILIA CRISTIANA**

Larry Christenson

# LA FAMILIA CRISTIANA

«Lo mejor que he leído sobre este asunto.»

David Wilkerson

Este libro no es para los que están buscando una simple receta para el alivio temporal de los síntomas de un hogar enfermo. A menos que esté preparado para reexaminar algunos de sus hábitos y creencias básicas respecto de la vida familiar, no se moleste con este libro. Corta demasiado profundamente. Nunca lo terminaría, y mucho menos habría de ponerlo en práctica.

Larry Christenson cree que el problema de la familia cristiana de hoy yace en haber descuidado el orden divino que Dios ha establecido para ella. Este tiene que ver con la vinculación de orden y autoridad entre los varios miembros de la familia, con la función del sexo en el matrimonio, y con el lugar establecido por Dios para cada miembro de la unidad familiar.

David Wilkerson dice: «Este libro deberían leerlo los pastores maestros, estudiantes, y sobre todo, los padres».



GRUPO NELSON  
Desde 1798

Para otros materiales, visítenos a:  
[gruponelson.com](http://gruponelson.com)

RELIGIÓN / Vida Cristiana / General

ISBN-13: 978-0-88113-080-5



LA  
**FAMILIA CRISTIANA**

Larry Christenson

DIGITALIZADO POR IMERMERA

# LA FAMILIA CRISTIANA

Larry Christenson

DIGITALIZADO POR IMERMERA



**GRUPO NELSON**  
Una división de Thomas Nelson Publishers  
*Desde 1798*

NASHVILLE DALLAS MÉXICO DF. RÍO DE JANEIRO BEIJING

## DEDICACION

*A mi esposa, Nordis, y a nuestros hijos,  
Timoteo, Laurie, Esteban y Arne,  
por el placer que me han dado  
como esposo y padre.*

### LA FAMILIA CRISTIANA

© 1970 EDITORIAL CARIBE  
P.O. Box 141000  
Nashville, TN 37214-1000

Publicado originalmente en inglés con el título de  
**THE CHRISTIAN FAMILY**  
Copyright © 1970 por Larry Christenson  
Publicado por Bethany House Publishers  
Minneapolis, MN 55438 E.U.A.  
ISBN-10: 0-88113-080-X  
ISBN-13: 978-0-88113-080-5

Reservados todos los derechos.  
Prohibida la reproducción total o parcial, ya sea  
mimeografiada o por otros medios, sin la previa  
autorización escrita de la Editorial Betania.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas  
bíblicas fueron tomadas de la Versión Reina-Valera,  
revisión de 1960, © 1960 Sociedades Bíblicas Unidas.

Printed in U.S.A.

E-mail: [caribe@editorialcaribe.com](mailto:caribe@editorialcaribe.com)

21a Impresión, 07/2008

[www.caribebetania.com](http://www.caribebetania.com)

## PREFACIO

Este es el libro que he estado esperando durante largo tiempo. Hay gran necesidad de un libro sobre la vida familiar que cubra una amplia gama de problemas desde un punto de vista bíblico.

En este libro, Larry Christenson expresa en palabras muchos de los pensamientos y convicciones que yo he tenido con respecto a la familia cristiana.

Yo sé que en la mayoría de los hogares de hoy existe una gran necesidad. Lo sé, pues muchos de los miles de adolescentes con los que he tenido contacto en mi ministerio se han visto envueltos en problemas a causa de una deficiencia en su vida familiar — cristiana o no cristiana.

Deseo que este libro sea leído profusamente por pastores, maestros, estudiantes y, sobre todo, ¡por padres! Tengo la convicción de que si el mensaje de este libro fuera aplicado en gran escala, haría volver la marea de delincuencia en nuestro país y ayudaría a rescatar esta generación.

Creo en este libro pues creo en el hombre que lo escribió. Es un hombre que practica lo que predica. Este libro apela también a la vena práctica que hay en mí. Los adolescentes inteligentes deben leer este libro. Es lo mejor que he leído sobre el asunto.

*David Wilkerson*

## INDICE

Prefacio .....	3
Reconocimientos .....	6
Introducción .....	10
PRIMERA PARTE: El orden de Dios para la familia .....	17
CAPITULO UNO: El orden de Dios para los cónyuges .....	19
CAPITULO DOS: El orden de Dios para las esposas .....	33
CAPITULO TRES: El orden de Dios para los hijos .....	59
CAPITULO CUATRO: El orden de Dios para los padres .....	68
CAPITULO CINCO: El orden de Dios para los esposos .....	138
SEGUNDA PARTE: Practicando la presencia de Jesús .....	153
CAPITULO SEIS: Jesús, el Salvador y Señor de la familia .....	162
CAPITULO SIETE: El sacerdocio de los padres ..	171
CAPITULO OCHO: Nuestra familia, un testigo de Jesús .....	216

## UN RECONOCIMIENTO ESPECIAL

Durante un viaje a Inglaterra, mientras hojeaba una colección de libros ya agotados, di con un pequeño volumen por el doctor H. W. J. Thiersch, titulado *Christian Family Life*. Fue publicado originalmente en alemán en 1854. La edición inglesa fue traducida por S. R. Gardiner, y fue publicada por la firma Thomas Bosworth en 1856; una segunda edición inglesa salió a luz en 1880. La firma Thomas Bosworth dejó de existir, y de cualquier modo, la obra ya ha pasado a ser del "dominio público".

De todos modos, deseo reconocer mi deuda a esta espléndida obra sobre la vida familiar cristiana.

Al leerla, hallé que muchos de los pensamientos del doctor Thiersch corrían paralelos a la experiencia de nuestra propia familia y congregación. Pensé que muchos de nosotros seríamos ayudados teniendo esta voz de una generación pasada para que nos hablara.

Puesto que yo lo cito o parafraseo en varios lugares en este libro, dejo constancia de ello a través de un medio especial de puntuación. Antes que colocar notas al pie de la página para cada referencia, *he puesto un asterisco (\*) después de cada párrafo que ha sido tomado o adaptado de su libro*. He conservado sus expresiones que muchas veces resultan anticuadas, tal como sucede en muchos casos, para mantener el sabor del período. Mi esperanza es que esta forma de "diálogo" con un hombre de una generación anterior enriquecerá la apreciación del lector y la comprensión de la vida familiar cristiana.

Por favor, recuerden entonces que un párrafo que termina con un asterisco indica una contribución del doctor Heinrich Thiersch, un pastor y profesor de teología alemán que vivió a mediados del siglo XIX.

### Otros reconocimientos

Se agradece muy especialmente a las muchas personas que han hablado y han mantenido correspondencia con

el escritor durante los varios años pasados, sobre el tema de la vida familiar cristiana — especialmente los miembros de mi propia congregación, la Iglesia Luterana de la Trinidad, de San Pedro, California. Sus sugerencias y clarividencia han sido de mucha ayuda en el desarrollo del material para este libro.

Reconocemos también nuestra deuda de gratitud a los siguientes publicadores y/o autores por las citas de sus obras:

Dr. Lester Breslow, Director del Departamento de Salud Pública de California, por su información estadística, e interpretación, sobre la relación entre el divorcio y las varias enfermedades físicas y mentales.

*Christianity Today*, una entrevista con Elton Trueblood, de 6 de enero de 1967; y el artículo, "Ama, Honra, y Obedece" por André Bustanoby, 6 de junio de 1969, citado con permiso.

*The Collegiate Challenge*, el artículo, "¿Cuál es la Próxima Movida?" por Tom Skinner copyright 1968 por la Cruzada Estudiantil para Cristo Internacional. Usado con permiso.

*The Golden Key* por Emmet Fox. Copyright 1931, Harper and Bros., usado con permiso de Emmet Fox Publications.

*Good News For Modern Man*. Copyright por La Sociedad Bíblica Americana. Usado con permiso.

La Asociación de Dueños de Casa, de Londres, Inglaterra, por el material del informe unido de la Asociación de Dueños de Casa y la Asociación de Dueños de Casa, bosquejando los roles respectivos de los adolescentes y los adultos en la sociedad contemporánea.

*The Healing Light* de Agnes Sanford, publicado por Macalester Park Publishing Company, St. Paul, Minnesota, usado con permiso.

*The Houston Chronicle*, el artículo: "12 Reglas para que los Padres Críen Delincuentes Juveniles," copyright 12 de enero de 1960. Usado con permiso.

*Cómo Disciplinar a sus hijos* por Dorothy Baruch, Panfleto N° 154 de Asuntos Públicos, citado con permiso de Public Affairs Committee.

El Libro de Historias Bíblicas, de *Hurlbut; The Amplified Bible*. Citada con permiso del editor, Zondervan Publishing House, Grand Rapids, Michigan.

Ann Landers, por una cita de su columna en el diario sobre instrucción de niños.

*Cartas y Papeles de la Prisión* de Dietrich Bonhoeffer, el capítulo titulado "Un Sermón de Bodas desde una Celda". Copyright 1967 por SCM Press Ltd., edición británica; edición norteamericana, The Macmillan Company, New York.

*The Living New Testament*, publicado por Tyndale House, Wheaton, Illinois. Usado con permiso.

*Un Hombre Llamado Pedro* por Catherine Marshall. Copyright 1951 por Catherine Marshall. Usado con permiso de McGraw-Hill Book Company.

*The March of Faith* por Lindley Baldwin, publicado por Bethany Fellowship, Inc., Minneapolis, Minnesota. Usado con permiso.

"La Madre Más Desconsiderada del Mundo." Reimpreso con permiso de Radio Station WIBR, de Baton Rouge, Louisiana.

*The National Observer*, por un artículo de un doctor en medicina que enfatiza la necesidad de controles externos en la crianza de los hijos.

*Please Don't Eat the Daisies* por Jean Kerr, publicado por Doubleday & Co., Inc. Usado con permiso.

Dr. Max Rafferty, Superintendente de Instrucción Pública del Estado de California, por su artículo, "The Parent as Dropout". Usado con permiso del autor.

*Signs of the Times*, el artículo, "Tiempo de Amar" por John Drescher, junio 1969. Usado con permiso.

*This Week Magazine*, el artículo, "No los Deje Crecer Demasiado Rápido" por Booton Herndon, 26 de enero, 1958; y el artículo, "Los Padres no Debieran ser Madres" por el Dr. Bruno Bettelheim, 20 de abril de 1958.

*Unequally Yoked Wives* por C. S. Lovett. Disponible en Personal Christianity, Box 157, Baldwin Park, California 91706.

Capitán Robert Vernon, Unidad de Servicio Juvenil,

Departamento de Policía de Los Angeles, por sus observaciones sobre la necesidad de una disciplina más estricta en el hogar.

*Voice in the Wilderness*, el artículo, "La Bendición del Trabajo" por Thelma Hatfield; y el artículo, "La Instrucción de los Niños". Publicado por Voice Publications, Northridge, California. Usado con permiso.

"We Need a Woodshed Revival" de David Wilkerson. Usado con permiso del autor.

Las citas de la Escritura contenidas en esta publicación, han sido tomadas de la Versión Reina Valera, Revisión de 1960, a menos que se establezca de otro modo.



## INTRODUCCION

La elección de un título para este libro es deliberadamente opaca. No tiene ingenio ni energía. Es "sólido", "respetable", tal vez un poco incómodo. No tiene pretensiones de ninguna clase. Simplemente designa aquellos para quienes ha sido escrito el libro (los cristianos) y el asunto del cual trata (la familia).

Puede que algo espectacular atrajera más lectores. Tal como:

- "La clave para un matrimonio de éxito"
- "La excitante aventura de la vida familiar"
- "El poder secreto de una familia bien ordenada"
- "La vida en familia puede ser placentera"
- "Nueva esperanza para padres bloqueados"

Pero no estamos interesados en atraer al lector casual. Alguien que desea un libro con prescripciones simples para el alivio temporal de los síntomas de un hogar enfermo no debiera gastar su tiempo en este libro. Se verá frustrado en su empeño.

A menos que esté preparado para re-examinar algunos de sus hábitos y creencias básicas respecto de la vida familiar, no se moleste con este libro. Corta demasiado profundamente. Nunca lo terminaría, y mucho menos habría de ponerlo en práctica.

Dietrich Bonhoeffer, hallándose sentado en una prisión nazi, escribió una vez un sermón de bodas para una sobrina que estaba por casarse. En él decía: "El matrimonio es más que simplemente vuestro amor del uno por el otro. Tiene una dignidad y poder más altos, pues es la santa ordenanza de Dios por medio de la cual él desea perpetuar la raza humana hasta el fin del tiempo. En vuestro amor os veis solamente a vosotros en el

mundo, pero en el matrimonio sois un eslabón en la cadena de las generaciones, que Dios hace venir y pasar a su gloria, y llama a su reino. En vuestro amor solamente veis el cielo de vuestra felicidad, pero en el matrimonio estáis colocados en un puesto de responsabilidad hacia el mundo y la humanidad. Vuestro amor es vuestra posesión privada, pero el matrimonio es más que algo personal — es un estado, un oficio."

En el cristianismo el matrimonio alcanza una santidad y significación que no se conoció en tiempos antiguos. La dignidad olvidada de la mujer fue traída a la luz, y su valor fue reconocido. Ni la ley romana ni la mosaica le concedían a la esposa derechos que fueran igualmente grandes y sagrados como los del hombre. En el cristianismo la esposa, del mismo modo como el esposo, tiene derecho de tener la perfecta fidelidad de su consorte. La esposa cesa de ser meramente la ayudante de su esposo en esta vida presente, y llega a ser coheredera con él de la vida eterna (1 Pedro 3:7).\*

Y aun más que esto. El más alto amor de Dios para con el hombre se demostró en el sacrificio de Cristo. La iglesia vino a la existencia por medio de ese sacrificio. Entre la Iglesia y Cristo existe un vínculo de amor más santo, tierno y firme que cualesquiera que jamás haya existido entre Dios y el hombre. En el cristianismo está colocada ante el hombre y su esposa la tarea de representar sobre la tierra la imagen de esta unión entre Cristo y su Iglesia — una imagen de auto-sacrificio, devoción, fidelidad. En los tiempos antiguos el matrimonio había sido en el mejor de los casos una vinculación moral. En el matrimonio cristiano vemos algo más alto todavía — un misterio (Efesios 5:32).\*

Los filósofos neoplatónicos miraban al matrimonio con sombría severidad — como una contradicción a la naturaleza espiritual del hombre. La más rígida secta de los tiempos de Jesús — los esenios — veían al matrimonio como una traba para la preparación para el reino de los cielos. Pero la familia cristiana ha sido formada para ser la imagen misma del reino futuro de Dios, en el cual la voluntad de Dios se cumplirá en la tierra como

se cumple en el cielo. No es simplemente una escuela que nos prepara para el cielo; en cierto sentido es el mismo reino de Dios anticipado. \*

En la familia cristiana debiera verse, en pequeña escala, la sabiduría y suavidad de mando, la buena disposición para la obediencia, la unidad y firmeza de la confianza mutua que habrán de caracterizar al reino perfecto de Dios. En sentido exacto, esto puede decirse únicamente de la Iglesia cristiana; la Iglesia está por encima de la familia. Sin embargo no hay una edificación de la Iglesia sin la edificación de la vida familiar. En las familias cristianas los hombres debieran reconocer con gozo la bendición que Dios derrama a través de la Iglesia. Por otra parte, la fortaleza de la Iglesia debiera estar fundada en las familias cristianas. El orden y desarrollo que sigue San Pablo en la epístola a los Efesios no es accidental. Comienza con el más elevado consejo que podríamos encontrar en cualquier parte del Nuevo Testamento, concerniente a Dios y a la Iglesia. Luego prosigue hasta el orden de la vida familiar, pues es en la vida familiar de los cristianos donde puede encontrarse el incremento de la Iglesia y su aproximación a la perfección.\*

La familia cristiana, por consiguiente, no existe para su propio beneficio. Ha sido creada para la gloria y el honor de Dios. La bendición del hombre es un derivado, un subproducto. Aquellos que porfiadamente sostienen que su propia felicidad y conveniencia son las más altas metas de la vida familiar, nunca comprenderán el plan de Dios para el matrimonio y la familia, pues no logran posesionarse del fundamento, del punto básico de comienzo.

La mayoría de los libros sobre la vida familiar tienen como punto de partida al hombre, y luego tratan de incluir a Dios como un aditivo útil. Una especie de aglutinante celestial, garantizado para dar cohesión a una vida familiar floja.

Este libro enfrenta el problema desde el otro extremo. La familia pertenece a Dios. El la creó. El ha determinado su estructura interna. El le ha designado su pro-

pósito y su meta. Por permiso divino, un hombre y una mujer pueden cooperar con el propósito de Dios y llegar a ser una parte de él. Pero el hogar que ellos establezcan es todavía de él. "Si Jehová no edificare la casa, en vano trabajan los que la edifican" (Salmo 127:1). Los hijos reciben su condición legal de miembros de la familia por medio de su acción soberana. "Dios hace habitar en familia a los desamparados" (Salmo 68:6).

De este modo no es nuestro matrimonio, sino su matrimonio; no es nuestro hogar, sino su hogar; no son nuestros hijos, sino sus hijos; no es nuestra familia, sino su familia. Puede que esto suene como retórica piadosa, pero llevado al terreno de la práctica tiene resultados positivos. Si Jesús es en verdad Señor en su familia, habrá de dejar sentir su influencia en todo, desde la forma en que adorna su hogar hasta la manera en que gaste su tiempo de las vacaciones de verano.

Así es como vamos a considerar a la familia cristiana — sin el beneficio de un título ingenioso, sin la promesa de que su vida será transformada dentro de diez días, o que le devolveremos el dinero. Más bien, hemos de mirar con algún cuidado a lo que el Creador de la familia ha dicho acerca de ella. Proseguimos sobre la suposición de que aquél que ha creado las familias conoce todas las cosas pertinentes a ellas, y que es quien puede ofrecer el más sano consejo. Si uno mantiene la opinión de que el matrimonio es un contrato social entre dos individuos — eso y nada más — no va a interesarse en este libro. Pero si está dispuesto a considerar que el matrimonio es más que esto, que algo misterioso y maravilloso yace en el corazón del mismo, que es la creación de Dios, y que alcanza su más alta potencia y destino dentro de una estructura que él ha establecido, entonces puede encontrar en estas páginas algunas cosas que valga la pena considerar.

Los puntos de vista presentados en este libro están basados, sin reservas, en ciertos pasajes y principios consignados en la Biblia. Creemos que éstos son tan verdaderos y válidos hoy como cuando fueron escritos — lo que para nuestra generación es algo difícil de acep-

tar. Elton Trueblood ha dicho: "Uno de los dogmas predominantes de nuestro tiempo es la extrema creencia de que todos nuestros problemas son nuevos. A esto yo lo llamaría enfermedad de contemporaneidad... asociado con ella hay un concepto terrible... la noción de que estamos viviendo en un tiempo tan fresco y que la sabiduría ha "llegado con nosotros", mientras que nadie antes la tuvo — yo encuentro que esto es un concepto absolutamente intolerable."

Se dice que Erwin Rommel, el gran general alemán de la Segunda Guerra Mundial, era un ávido estudioso de las tácticas de combate de Roberto E. Lee. El uno peleó con caballos, el otro con tanques. Uno llevó a cabo sus campañas en las planicies ondulantes y en las montañas bajas del este de los Estados Unidos, el otro en las arenas del desierto del norte de Africa. Sin embargo, los *principios* de la estrategia militar dieron a estos dos hombres una base común de entendimiento, aun cuando estaban separados por el tiempo y por su fondo cultural. Las condiciones y las situaciones pueden cambiar, pero los principios básicos — si son verdaderos — tienen validez permanente.

Los principios aquí expresados han soportado la prueba de los siglos. Han soportado la prueba en nuestra propia experiencia. Hace algunos años un grupo de gente de nuestra iglesia celebró un "retiro familiar". El tema de nuestro retiro fue, "El orden de Dios para los padres". Nuestra única fuente de material era un tratado de siete páginas sobre el asunto, y esto a su vez era muy poco más que una recopilación de versículos bíblicos sobre el tema. ¡Resultó ser más que suficiente! A consecuencia de aquel retiro, un número de nuestras familias comenzaron a mirar seriamente a la estructura de la vida familiar. Nos dimos cuenta de que estábamos cuestionando muchas de las actitudes y prácticas de la cultura de nuestro tiempo. En contra del patrón predominante de relativismo y tolerancia, comenzamos a ver el concepto bíblico de orden y autoridad. A medida que los principios bíblicos fueron puestos en práctica, comenzamos a ver cómo una transformación tomó lugar en un número

de familias. En nuestra propia familia, de la noche a la mañana, experimentamos un cambio dramático en la atmósfera de nuestro hogar — por razones que luego explicaré. Este estudio y práctica de los principios bíblicos para la vida familiar ha continuado, pues es una experiencia excitante y desafiante, y siempre queda algo más por aprender y experimentar. No ofrecemos respuestas finales a los multifacéticos problemas que tiene que encarar la familia en el día presente. Simplemente nos proponemos compartir algunos de los principios básicos que han revolucionado quietamente nuestras propias familias — y le invitamos a acompañarnos en la aventura de descubrir un nuevo sentido de dirección, una nueva armonía y gozo en su vida familiar.

Hemos titulado el libro *La familia cristiana*. Definimos a un cristiano como "alguien que vive junto con Jesucristo". Esta no es una definición teológica, sino más bien personal; no describe a un cristiano en términos de principios metafísicos abstractos, sino en términos de su *experiencia* diaria. Esta es la dirección en que precisamente deseamos avanzar en nuestra investigación de la vida familiar. Así es que podríamos extender esa definición y decir que *una familia cristiana es una familia que vive junto con Jesucristo*.

El secreto de una buena vida familiar es asombrosamente sencillo: *Cultive la relación de la familia con Jesucristo*. No hay fase de la vida familiar que quede excluida de esta relación. No hay problemas que una familia podría encarar que no encuentre su solución dentro del campo de visual de este objetivo.

¿Cómo es que una familia cultiva su relación con Jesucristo? Después de todo no es como tener a un huésped mudándose a la casa... ¿o en realidad *es* así? Pero no podemos verle, ni hablar con Jesús, no podemos comunicarnos con él... ¿o es que *podemos*, si nos tomamos el tiempo de aprender *cómo* uno puede comunicarse con él? Este es el propósito de nuestro libro; sugerir de las maneras en que una familia puede cultivar su relación con Jesucristo. Recordemos que el hecho básico de la re-

ligión cristiana es simplemente éste, que su Señor está VIVO.

El negocio de cultivar la relación de su familia con Jesús consta básicamente de dos partes.

La primera parte consiste en establecer el "Orden Divino" en el hogar. Esto trata de la relación de orden y autoridad entre los varios miembros de una familia.

La segunda parte consiste en "Practicar la presencia de Jesús". Esta es la aventura de hacernos sensibles a la presencia invisible de Jesús en el hogar — desarrollando nuestra capacidad de percepción espiritual — aprendiendo las maneras prácticas por las cuales podemos intensificar nuestra conciencia de lo que son su camino y su voluntad para nuestra familia.

De estas dos partes, la segunda es la más importante. Es únicamente a base de que "practiquemos la presencia de Jesús" que nuestros hogares llegarán a ser verdaderamente cristianos. Sin embargo, el establecer el "Orden Divino" tiene una cierta prioridad funcional, pues ello ayuda a crear una atmósfera en la que estamos en condiciones de practicar la presencia de Jesús. Cuando establecemos el Orden Divino en nuestro hogar, esto crea una atmósfera en la cual Jesús se siente en casa; el Espíritu Santo puede entonces hacer su trabajo de enseñarnos y guiarnos a la clase de vida familiar para la cual Dios nos creó.

## PRIMERA PARTE:

### El orden de Dios para la familia

"Orden Divino" es un orden de *autoridad y responsabilidad* que se indica en la Biblia:

"Cristo es la cabeza de todo varón, y el varón es la cabeza de la mujer, y Dios la cabeza de Cristo" (1 Corintios 11:3). "Hijos, obedeced a vuestros padres en todo, porque esto agrada al Señor" (Colosenses 3:20).

Dios ha ordenado la familia de acuerdo al principio de 'autoridad'. Cada miembro de la familia vive bajo la autoridad de la 'cabeza' que Dios ha designado.

CRISTO, la 'Cabeza' del esposo: Señor de la familia.

ESPOSO, 'Cabeza' de la esposa; principal autoridad sobre los hijos.

ESPOSA, la ayuda idónea del esposo (Génesis 2:18); autoridad secundaria sobre los hijos.

HIJOS, obedientes a los padres.

El esposo vive bajo la autoridad de Cristo y es responsable ante Cristo en cuanto a la dirección y cuidado de la familia. La esposa vive bajo la autoridad de su esposo, y es responsable ante él por la manera en que ordena su casa y cuida de los hijos. Los hijos viven bajo la autoridad de ambos padres. La autoridad sobre los hijos, sin embargo, es una en esencia. La línea de puntos indica que la autoridad de la madre es autoridad derivada. Ella ejerce autoridad sobre los hijos en representación de su marido y en lugar de él. Esto tiene gran significado práctico para la relación entre la madre y los hijos, la que hemos de tratar en mayores detalles en uno de los capítulos siguientes.

De este modo Dios ha estructurado la familia siguiendo líneas bien definidas de autoridad y responsabilidad. Es importante reconocer esta estructura en el principio, pues es muy poco comprendida en nuestros días, y mucho menos puesta en práctica. Sin embargo, Dios ha hecho que el bienestar y felicidad de la familia dependan enteramente de la observancia de este orden divinamente designado.

Cualquier cambio de aquello que su voluntad ha ordenado, produce únicamente algo deforme, para lo cual no hay otro remedio sino el volver al orden original de Dios.\*

## CAPITULO UNO

### El orden de Dios para los cónyuges

En ninguna otra parte encontramos más clara y simplemente establecido el orden de Dios para los cónyuges que en el primer comentario bíblico sobre la relación hombre-mujer: "Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne." (Génesis 2:24.) El "unirse a su cónyuge" incluye todos los aspectos de la relación entre esposo y esposa. No hay problema que pueda surgir entre cónyuges, para el cual no se halle solución en una comprensión más profunda de lo que significa unirse el uno al otro, llegar a ser "una carne" con su cónyuge.

Dios nos ha hecho macho y hembra como parte de su creación básica. Es parte de la más profunda expresión de Dios mismo. Cuando él creó a la humanidad a su propia imagen, no creó simplemente al hombre. Algo faltaba, de modo que Dios dijo, "Le haré ayuda idónea para él" (Génesis 2:18). Creó entonces a la mujer. Ahora tenía el asunto completo. El hombre y la mujer se unieron en matrimonio, manifestando el ideal de lo que Dios consideraba completo.

Es la intención de Dios, por regla general, que el hombre encuentre a su pareja. Esto es confirmado aun por las estadísticas. Nacen aproximadamente el mismo número de hombres y mujeres en el mundo. Después de una guerra, cuando la población masculina ha disminuído, hay un sorprendente número de nacimientos de bebés del sexo masculino. Esto sucedió en Europa inmediatamente después de la guerra. En el curso de una generación, se restableció el equilibrio de la población.

*El papel del sexo*

“Para conseguir mejores resultados, siga las instrucciones del fabricante.” De esta manera se expresaba la propaganda que venía junto con un frasco de remedio para el resfriado simple. Si tal consejo es bueno para el alivio de una sencilla aflicción física, ¡cuánto más necesaria es para el alivio de las enfermedades en las relaciones matrimoniales! El cine, la televisión, las novelas, revistas y letreros, nos bombardean constantemente con ideas erradas acerca del sexo. El sexo no es una invención del Hollywood del siglo XX. Es creación del Dios santo y eterno, quien nos ha dado también instrucciones definidas para su correcta expresión en las relaciones del matrimonio. La unión sexual en el matrimonio es un misterio maravilloso de Dios. Ocupa un espacio relativamente pequeño en el matrimonio. Aun en el caso de las parejas jóvenes o en los recién casados, el tiempo propiamente dedicado a la actividad sexual es relativamente pequeño. Sin embargo, sin esa unión el matrimonio no es matrimonio. Es como la bujía de un automóvil: pequeña pero esencial; coloca al mecanismo entero en movimiento.

Decimos que la unión sexual es un misterio, porque no hay explicación lógica que pueda dar cuenta de su poderosa y penetrante influencia en un matrimonio — y en verdad, en la vida misma. Aun cuando es predominantemente un acto físico, involucra mucho más que meras sensaciones físicas. La procreación es su propósito principal, y sin embargo puede que no sea su objetivo inmediato; en verdad, puede que este resultado sea indeseable, sin que por ello disminuya el deseo de realizar la unión. Produce una vinculación tan profunda de dos seres humanos que la Biblia habla de ellos como de “una carne”; sin embargo no hay otro acto humano que acentúe de tal manera la identidad personal y la conciencia de sí mismo, a un nivel tan elemental. Es una entrega profunda y fundamental de uno, una rendición de los poderes de procreación a otro. Pero mientras más éxito

alcanza esta relación, tanto mayor es el grado de satisfacción personal obtenida por ambas partes.

Los cristianos tienen tendencia a caer en dos errores básicos en su actitud hacia el sexo. El primer error es considerarlo como una especie de mal necesario. Esto se deriva de la antigua idea griega de que el cuerpo es esencialmente malo, y que la única manera de ser verdaderamente “espiritual” es someter y suprimir el cuerpo tanto como sea posible.

Esta idea no está del todo ausente del Nuevo Testamento. Al escribir a los Corintios, Pablo aboga firmemente en favor del celibato, luego establece que, “si no tienen don de continencia, cásense, pues mejor es casarse que estarse quemando” (1 Corintios 7:9). Tal como sucede con muchas ideas erróneas, hay indudablemente un elemento de verdad en la creencia de que el mal tiene una vinculación especial con el cuerpo.

Es conveniente reconocer el poderoso potencial para un mal uso que reside en nuestros apetitos sexuales. Hablando la verdad con claridad, nuestros cuerpos pueden fácilmente ser incitados a la lujuria. Debemos estar en guardia contra esta tendencia mientras dure nuestra vida. Pero esto no debiera arrojar una sombra sobre la relación sexual entre el esposo y la esposa. Dios creó al hombre y a la mujer con capacidad para el placer sexual, y su intención ha sido que ellos gozaran de esto en el matrimonio.

Este primer error — que considera al sexo como algo bajo, vergonzoso y malo — no encuentra defensores en el día presente. Ni siquiera el más conservador de los clérigos sería cazado sosteniendo un alegato en favor de los escrúpulos victorianos. Sin embargo, merece que se mencione, pues aún ejerce cierta influencia sobre las actitudes inconscientes de algunos cristianos. Podemos cambiar una actitud consciente con relativa facilidad. Lo inconsciente tiende a adherirse a los patrones antiguos con tenacidad.

En su reacción contra este primer error, los cristianos han manifestado tendencia a caer en un segundo

error, más sutil: Esta es la tendencia a una super-espiritualización del sexo.

¡Oh, por supuesto que ni pensaríamos en tratar este asunto por medio de cuchicheos, como si se tratara de algo perverso! No, no. Somos demasiado iluminados como para eso. “El sexo es hermoso.” “El sexo es maravilloso.” “El sexo es una mezcla perfecta de dos personalidades, una expresión de amor que comprende al ser humano en su totalidad, constituyéndose en un encuentro físico, intelectual y espiritual.” “El sexo es un acto de una total auto-entrega.” “El acto sexual es profundamente espiritual.” “En el acto del sexo, un hombre y una mujer expresan la unidad esencial que se sobrepone a su estado de separación.” Todo esto puede ser más o menos cierto, si es que uno hace del sexo un objeto de disección intelectual. ¿Pero dónde está el esposo que abraza a su esposa con altos pensamientos de “sobreponerse al estado de separación en un acto de establecer la unidad”? Esta no es invención de ningún hombre, sino de los apologistas cristianos del sexo, quienes se sienten comisionados para elevar el sexo del nivel mundano que inevitablemente parece ha de ocupar. ¿No hay nadie por ahí que diga que el sexo es agradable?

Una mujer tuvo una vez la temeridad de decir esto claramente mientras daba una de esas infaltables charlas sobre “relaciones entre muchachos y muchachas” sin las cuales ningún campamento bíblico para adolescentes puede celebrar su clausura. Las cejas de algunos adultos se enarcaron, como si un peligroso secreto hubiese sido traicionado. Pero después, una de las muchachas vino y dijo: “Aprecio mucho que usted haya dicho que es agradable. Siempre he oído decir lo maravilloso que es, pero yo casi tenía la idea de que uno no debía disfrutarlo, en razón de que es una cosa muy santa.”

Los filósofos del sexo parecen incapaces de aceptar el hecho de que el placer físico y emocional es la característica dominante de la relación sexual. Eso no les parece suficientemente digno. Así es que por medio de palabras tratan de elevar el sexo a lo que les parece es un plano más alto, describiéndolo en términos casi tras-

cedentales. Esta espiritualización del sexo, sin embargo, no tiene la virtud de hacer más espiritual al sexo. Más bien significa un anémico retorno a los ritos de la fertilidad pagana, en los cuales se le atribuía al sexo una significación mística.

La Biblia no se entrega a filosofar de tal modo sobre el sexo. La relación matrimonial total es considerada simbólica de la relación entre Cristo y la Iglesia (Efesios 5:32). Pero cuando se enfoca la relación sexual *per se*, se le trata en una forma muy práctica, por lo que ella es: un acto físico, con un fuerte ímpetu emocional.

Sería difícil poder encontrar una manera más mundana de tratar el asunto del sexo que el capítulo 7 de 1 Corintios: “El marido cumpla con la mujer el deber conyugal, y asimismo la mujer con el marido... No os neguéis el uno al otro... para que no os tiente Satanás a causa de vuestra incontinencia.” ¡Y este es el único capítulo del Nuevo Testamento que ofrece consejo específico sobre las relaciones sexuales en el matrimonio!

El sexo es sólo uno de los aspectos del matrimonio. Del mismo modo que cualquier otra cosa en el matrimonio, debe hacerse tan bien como sea posible, pero no se le debe permitir que influya en todos los demás aspectos del matrimonio. A modo de ilustración: Cuando la familia se sienta a cenar, el esposo desea que la esposa se muestre como buena cocinera. Ese es el servicio apropiado para aquella situación particular. Cuando los hijos se portan mal, la esposa espera que su esposo sepa aplicar disciplina con efectividad. Si él no sabe cumplir con ésta su parte, no tiene mucho sentido que ella reclame de la siguiente manera: —¡Sí, a ti te gusta bastante mi pastel de manzanas, pero no te tomas la molestia de disciplinar a los niños! El apetito de él por el pastel de manzanas de ella es perfectamente bueno y genuino. No es allí donde está el problema — o la solución — en cuanto a la disciplina de sus hijos. Sin embargo se piensa que a la relación sexual se le pueden achacar responsabilidades tan ridículas. “Por lo único que te preocupas es por el sexo. ¿Por qué no apagas ese televisor de una vez y *conversamos*?” Conviene repetir que el hecho de que uno encuentre

placer en la relación sexual está perfectamente en orden. El problema de no tomarse tiempo para conversar es otro problema, y se debe tratar con él dentro de su propia esfera.

Esposos y esposas debieran esperar que su relación sexual significara un tiempo de placer pasado juntos. Sin embargo, paradójicamente, una clave para esto es la aceptación total de su relación sexual *tal como es* — aun cuando haya algunos problemas y frustraciones. Puede ser que una buena relación sexual no resulte de por sí. Puede tomar algún tiempo y algunos ajustes inteligentes de actitudes.

La reacción de uno a la relación sexual en el matrimonio, lo mismo como al amor, está mucho más sujeta a la voluntad de lo que suponemos. Uno no tiene que estar en espera de un sentimiento extático. Aún cuando uno participe de la relación más que nada por deber, puede crecer y desarrollarse una relación feliz. Es cierto, hay ocasiones en todos los matrimonios cuando uno u otro de los cónyuges participa de la relación sexual más por deber que por pasión. Tal manera de encarar el problema sexual no está por debajo de la dignidad del acto mismo o de los cónyuges.

Una mujer que disfrutaba de una feliz relación sexual en el matrimonio escuchaba las quejas de una amiga en cuanto a que “todo lo que su marido deseaba era sexo”. —“Lo que tú necesitas, —dijo ella,— es un poco más de la actitud bohemia ‘aquí estoy—prosigue—y úsame’.

Puede que esto suene como una actitud demasiado vulgar hacia el sexo, pero ofrece mayor potencial para la felicidad que la actitud poco práctica que deja todo librado a los sentimientos. Aun más, está plenamente de acuerdo con el consejo bíblico que dice: “La mujer no tiene potestad sobre su propio cuerpo, sino el marido; ni tampoco tiene el marido potestad sobre su propio cuerpo, sino la mujer.” (1 Corintios 7:4.) En lenguaje corriente, esto significa que si uno de los cónyuges desea la relación sexual, el otro debiera responder a ese deseo. La esposa y el esposo que adoptan esta manera realista de enfrentar el problema del sexo, descubrirán que éste

es un aspecto maravillosamente satisfactorio de su matrimonio — por la sencilla razón de que la relación tiene sus raíces en la realidad, y no en algún ideal artificial o imposible.

### *Separación y divorcio*

Según las normas sociales, el matrimonio es un contrato entre dos individuos, el que puede disolverse si hay causa suficiente. Con un punto de vista tan limitado del matrimonio, es natural que la sociedad encuentre toda clase de excusas para disolver la relación matrimonial, y aun hasta para contraer matrimonio sobre bases de prueba, para ver cómo resulta.

Cuando los fariseos vinieron hasta Jesús para ponerle a prueba sobre la cuestión del divorcio, Jesús les respondió: “¿No habéis leído que el que los hizo al principio, varón y hembra los hizo, y dijo: Por esto el hombre dejará padre y madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne? Así que no son ya más dos, sino una sola carne; por tanto, lo que Dios juntó, no lo separe el hombre.” (Mateo 19:4-6.)

El segundo capítulo de Malaquías nos dice que Dios aborrece el divorcio. La Biblia no da lugar a dudas en cuanto a que el matrimonio es para toda la vida; la separación y el divorcio son contrarios al orden de Dios.

Admitimos eso como una declaración general, aun cuando reconocemos la excepción que citó Jesús, y también aquella que reconoció San Pablo.<sup>1</sup> Los matrimonios que se disuelven estrictamente sobre la base de las excepciones permitidas por las Escrituras son los menos, y hay una buena razón para ello: Cuando tan siquiera uno de los cónyuges está determinado a vivir de acuerdo a la Escritura, muy raramente el matrimonio se disolverá. Citamos de nuevo a Bonhoeffer: “Dios hace que nuestro matrimonio sea indisoluble. El lo protege contra

1. Mateo 5:32; 1 Corintios 7:15. Para los efectos de un buen estudio bíblico de este asunto, recomendamos el libro *DIVORCE AND REMARRIAGE* por Guy Duty, publicado por Bethany Fellowship, Minneapolis, Minnesota.



todo peligro que lo amenace de afuera o de adentro; Dios mismo es quien garantiza la indisolubilidad del matrimonio. No existe tentación ni debilidad humana que pueda disolver lo que Dios une; en verdad, quienquiera que lo sabe puede confiadamente decir: Lo que Dios ha unido, *ningún hombre puede separarlo.*"

Los cristianos necesitan reconocer que al tomar el nombre de Cristo, aceptan una norma matrimonial diferente de la que es permitida por las autoridades civiles. Martín Lutero reconoció que las autoridades civiles podían conceder el divorcio, pero al mismo tiempo declaró cuáles eran las implicaciones que este acto pudiera tener para un cristiano: "Donde no hay cristianos, o los que hay son cristianos perversos y falsos, estaría bien que las autoridades les permitieran, a semejanza de los paganos, repudiar a sus esposas, y tomar otras, con el fin de que no tengan, por causa de sus vidas discordantes, dos infiernos, uno aquí y otro allá. *Pero que se les haga saber que a causa de su divorcio cesan de ser cristianos, y se convierten en paganos, y que están en estado de condenación.*"<sup>2</sup>

En oposición a esto se levanta una objeción que es tan natural que nadie se sorprende de ella: "Si los matrimonios son indisolubles, y si el esposo y la esposa están atados el uno al otro de por vida, entonces un matrimonio desafortunado es un mal de magnitud inexpresable." Sí, así es: y así debiera ser. Que no se diga que un castigo semejante es demasiado duro para la liviandad juvenil que ha determinado la elección. Esa liviandad debiera soportar el castigo más duro posible, porque ha hecho de la más solemne y santa de todas las relaciones humanas un asunto de deporte, y de satisfacción sensual.\*

Si es que una persona verdaderamente inocente tiene que sobrellevar la carga de un matrimonio infortunado, hay esperanza para ella aun en sus sufrimientos; y aun éstos, para el hombre rendido a Dios, son la más completa escuela de purificación, y de disciplina en la virtud:

2. *Luther's Werke*, Ed. Earlangen, Vol. 51, p. 37.

los años perdidos en cuanto a felicidad terrena resultan en ganancia para la eternidad.\*

Las personas que establecen la felicidad personal como la meta principal y el propósito del matrimonio, encontrarán que esto es intolerablemente severo. Sin embargo, es una cosa digna de preguntarse si Dios lo considera demasiado severo. Dios no tiene temor de pedir a los suyos que soporten penalidades, si ésta es la mejor manera de que sus propósitos sean cumplidos. Bien pudiera suceder que con el fin de preservar el matrimonio como una institución de Dios, algunas personas tuvieran que soportar un matrimonio infortunado. Este es un mal menor, que los quebrantamientos al por mayor de matrimonios que estamos presenciando en nuestros días. Es muy posible que no seamos capaces al fin de contener la marea de esto en la sociedad. Pero los cristianos pueden determinar que ellos vivirán de acuerdo a las leyes de Dios, a pesar de las normas predominantes en el mundo que les rodea.

Tampoco debieran los pastores y consejeros cristianos suavizar la ley de Dios por supuesta compasión y preocupación por los que han sido tomados en una desafortunada situación matrimonial. Llegan tiempos cuando a un cristiano debe decirse que debe soportar penalidades por causa de Cristo, y éste es ese tiempo. Los males del divorcio son suficientemente grandes para el individuo mismo. En California, donde la tasa de divorcios es casi el doble del promedio nacional de los Estados Unidos, las estadísticas señalan que las enfermedades generales, el alcoholismo, las enfermedades mentales, los casos de salud maternal y de la niñez, y los suicidios son marcadamente más altos entre las personas divorciadas. El mal que se hace a la sociedad en general es todavía mayor.

Las leyes que favorecen el divorcio fueron hechas con toda seguridad teniendo en cuenta un interés humanitario. Pero es el espíritu de nuestra época, y no el espíritu de amor el que está detrás de ellas. El destructivo espíritu de nuestra época se manifiesta con mayor encono en nuestras leyes de divorcio, precisamente porque el

matrimonio es el fundamento precioso y la piedra angular de la sociedad entera. Ninguna otra necesidad es tan grande o tan fatal como el imaginarse que es posible lanzar la moral al viento, y conservar la religión; soltar la atadura matrimonial y estrechar más firmemente el lazo de gobierno; entregar a la destrucción el fundamento designado por Dios para el bienestar de toda la humanidad, reemplazándolo por los puntales del Estado, inventados por el hombre: la opresión y el astuto espionaje.\*

Pero el peor de los males es el que se hace al gobierno y autoridad de Cristo, pues el divorcio contraría directamente su palabra: "Lo que Dios juntó, no lo separe el hombre" (Mateo 19:6). Cristo expresó aquella palabra a raíz de su profundo conocimiento del lugar central que ocupa el matrimonio en los eternos planes de Dios para la humanidad. La persona que altera una palabra tan solemne de Cristo, lo hace con gran riesgo espiritual. Los apóstoles no vacilaron en exigir que su gente sacrificara la felicidad temporal en aras de una ganancia eterna; igual debiéramos hacer nosotros. Es mejor padecer una vida de soledad o de miseria que una eternidad de pesadumbre.

#### *Estimación mutua*

La estimación mutua, y una correcta comprensión del lugar que Dios le ha asignado a cada uno, son las condiciones primarias de la felicidad en el matrimonio.\*

Estimar a su cónyuge es verle como más que un individuo, es verle como uno que ha sido colocado por Dios en una posición sagrada. Estimamos a la persona que ocupa un alto puesto público, a causa del respeto que tenemos por su cargo. Cuánto más debiéramos estimar a la persona que ha sido colocada junto a nosotros en el matrimonio; pues el ser designado "esposo" o "esposa" por Dios es entrar en una posición de la más alta dignidad y confianza en su Reino.

La estimación es un elemento esencial del amor. Si está ausente, el amor deja de ser amor; lo que queda es una mera pasión. La estimación mutua protege a un matrimonio para que no caiga víctima de los inevitables altibajos que habrá de encontrar. Si la ternura y consideración de un esposo por su esposa dependen de la apariencia de ella o del modo en que él se siente en un día determinado — si el respeto de la esposa por el esposo fluctúa de acuerdo con el estado de ánimo de ella, o del juicio que ella tiene en cuanto a si él está satisfaciendo normas y expectativas — ese matrimonio está sobre terreno poco firme. El amor ha llegado a ser la víctima de caprichos y sentimientos pasajeros. Dios espera que el amor en el matrimonio descanse sobre un fundamento más estable. Ese fundamento es una consideración de la posición en la cual el cónyuge ha sido colocado por Dios.

Dios nunca manda un amor que involucre afecto íntimo entre dos personas sobre la mera base de su atracción natural del uno por el otro. El no junta a un hombre y a una mujer para luego decirles: "Ahora, ámense el uno al otro; y cuando yo vea que el amor que se tienen es suficientemente fuerte, entonces los voy a bendecir en el matrimonio." El enamoramiento es una experiencia maravillosa, y cuando está acompañada por la modestia y la moderación, Dios comparte el placer de la experiencia. Bien pudiera ser éste el medio que condujera a dos personas al matrimonio, pero Dios no establece un matrimonio sobre el fundamento de esa mera atracción natural. En el sermón de bodas que escribió a su sobrina, Dietrich Bonhoeffer expresó: "Del mismo modo que es la corona, y no simplemente el deseo de gobernar, lo que constituye a un rey, así, es el matrimonio, y no meramente vuestro amor del uno por el otro, lo que os junta ante los ojos de Dios y del hombre. Tan alto como Dios está sobre el hombre, así también están la santidad, los derechos, y la promesa del matrimonio sobre la santidad, los derechos, y la promesa del amor. *No es vuestro amor lo que sostiene al matrimonio, sino de ahora*

*en adelante, es el matrimonio lo que sostiene a vuestro amor."*

El amor romántico como la única base viable para el matrimonio es uno de los axiomas de nuestra cultura que no ha sido examinado y que por consiguiente es seguido ciegamente. Con alegría suponemos que es la única base para el matrimonio que está de acuerdo con la libertad y la dignidad humanas, y puesto que el "amor" entra en la fórmula, también debe ser más cristiano.

En muchas culturas, los matrimonios son concertados por los familiares de los novios en perspectiva. Una práctica semejante sería intolerable en nuestra cultura. Para nosotros es inconcebible que un matrimonio concertado en tales términos pudiera ser feliz. Si lo fuera, lo atribuiríamos a pura suerte. Y sin embargo, los matrimonios felices no son invención de nuestra cultura. Lo que es invención de nuestra cultura es la noción de que el amor romántico es la única base sólida para el matrimonio. Cabría preguntarse si nuestra cultura, siguiendo esta noción, ha producido menos matrimonios miserables. Cuando menos la tasa de divorcio lo deja a uno pensando.

Al considerar la estructura del matrimonio cristiano, necesitamos volver a examinar la naturaleza y el lugar del amor romántico. Tenemos tendencia a darle un estado de autoridad autónoma sobre el matrimonio. El amor es algo que precisamente "es": Ya sea si lo tiene o no, y no queda mucho más que uno pueda hacer en este asunto. La desilusionada pareja joven descubre que "ya no nos amamos" y en medio de lágrimas expresan que su matrimonio ha perdido la base esencial de su existencia.

Hay que reconocer que el amor es un ingrediente esencial del matrimonio. Pero el matrimonio no depende del amor para su existencia continuada. Más bien es el amor quien depende del matrimonio para su existencia continuada. El matrimonio le da al amor una situación de estabilidad y permanencia, dentro de la cual puede crecer hasta la madurez. El matrimonio rescata al amor de la tiranía de los sentimientos fuertes pero inmaduros.

Obliga a una persona a soportar tiempos de dificultad, y por medio de ellos a conquistar nuevas profundidades de amor y comprensión.

Nunca debiera permitírsele al amor tiranizar un matrimonio y amenazarlo con su disolución. Las parejas que llegan a la desesperada conclusión que "ya no nos amamos" debieran recibir este sencillo consejo: "¡Bien, comiencen a aprender!" Cuando hemos entrado al matrimonio, Dios nos ordena amarnos el uno al otro. El amor, desde el punto de vista de Dios, no es la base para el matrimonio, sino el producto o resultado de un matrimonio de éxito. Está mucho más sujeto a la voluntad de lo que suponemos. Contribuimos a cultivar y a desarrollar el amor porque nuestras mentes se empeñan en ello. En el matrimonio no somos víctimas indefensas del amor. En cambio, tratamos que el amor sea el sirviente voluntario de nuestro matrimonio.

Esta clase de amor no crece en el suelo arenoso de nuestros sentimientos inmediatos. Tiene sus raíces profundamente hincadas en el rico subsuelo de la *estimación mutua*. La mujer considera a su cónyuge en la alta posición que Dios le ha conferido con el nombre de "esposo"; del mismo modo el hombre protege a la mujer a quien Dios ha honrado con el nombre de "esposa". La reverencia por la dignidad y el honor que Dios ha colocado sobre el cónyuge de uno establece el amor del matrimonio sobre una base durable. Sobre este fundamento puede edificarse la clase de amor que el apóstol San Pablo describe en 1 Corintios 13:

*El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece; no es indecoroso, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor; no se goza de la injusticia, más se goza de la verdad.*

*El amor nunca deja de ser: su fe, esperanza y paciencia nunca fallan. El amor es eterno.*

*El matrimonio — Un misterio*

La Biblia contempla el matrimonio no como un contrato social entre dos individuos el que puede ser disuelto a voluntad; más bien, mira al matrimonio como un misterio. San Pablo, escribiendo a los Efesios, dice: "Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne." Luego prosigue y dice: "Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia." (Efesios 5:31, 32.) En otras palabras, su matrimonio — el matrimonio de todo cristiano — está diseñado para ser un reflejo de la relación entre Cristo y su Iglesia.

De este modo, contrariamente al pensamiento natural, una gran parte del gozo real en el matrimonio proviene de *dar*, no de *recibir*. Pues el matrimonio está modelado sobre la relación entre Cristo y su Iglesia. En todo matrimonio cristiano el mundo debiera poder ver ese mutuo dar y entregarse que caracteriza la relación entre Cristo y la Iglesia.

¡Qué oportunidades se le presentan diariamente al hombre para dar — para expresar hacia su cónyuge el amor de Aquel que dio su misma vida por su Novia! ¡Qué oportunidades se le presentan diariamente a la mujer de dar — de expresar la fidelidad de la Iglesia como se describe en Efesios 5:24 y 27, "...sujeta a Cristo... en todo... ¡qué no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante!" Esto no es meramente un ideal, sino que es la meta proyectada del Espíritu Santo para toda pareja cristiana.

## CAPITULO DOS

## El orden de Dios para las esposas

"Las damas primero" es una familiar expresión en relación con un adecuado orden social. La Biblia aplica el mismo principio cuando habla acerca del orden de Dios para la familia, y probablemente no sea accidente: En una familia, la esposa es el eslabón entre el esposo y los hijos; cuando ella vive de acuerdo al Orden Divino, contribuirá al orden entre el esposo y a los hijos. Por consiguiente, al hablar acerca del Orden Divino en la familia, la Escritura se dirige primero a la esposa:

"Las casadas estén sujetas a sus propios maridos, como al Señor; porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la Iglesia, la cual es su cuerpo, y él es su Salvador. Así que, como la Iglesia está sujeta a Cristo, así también las casadas lo estén a sus maridos en todo" (Efesios 5:22-24). El solo pensamiento de 'estar sujetas a' o 'sumisas a' su marido despertará sentimientos negativos dentro de muchas mujeres capaces e inteligentes que piensan que esto significa ser una inactiva e insignificante alfombra para los pies:

Esposo, esposo, cesa tu lucha,  
No desvaríes, señor, más, tontamente;  
Aun cuando soy tu desposada,  
Sin embargo, señor, ¡no soy tu esclava! (Burns)

Para Dios, sin embargo, la sumisión significa algo más. El ser sumiso significa manifestar obediencia humilde e inteligente a un poder o autoridad ordenados. El ejemplo que él da es el de la Iglesia sometida al gobierno de Cristo. ¡Lejos de ser degradante, esto es la gloria de la

Iglesia! Dios no estableció esta ley de que las esposas deben estar sometidas a sus maridos porque él tuviera mala voluntad para con las mujeres: al contrario, él estableció este orden *para la protección de las mujeres y para la armonía del hogar*. La intención de él es que la mujer esté a cubierto de muchas de las confrontaciones rudas de la vida. La Escritura nada sabe de un "matrimonio democrático" basado en el principio de 50-50. El sistema implantado por Dios es 100-100. La esposa es 100 por ciento esposa, el esposo es 100 por ciento esposo.

Dios le ha dado a las esposas la oportunidad de elegir libremente el camino de la sumisión, tal como Jesús eligió estar sometido al Padre. "Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo..." (Filipenses 2:5-9). Dios honra no a aquellos que se aferran de sus "derechos," sino a aquellos que eligen libremente obedecerle.

*"Una buena esposa... Más preciosa que joyas"*

En el libro *Un Hombre Llamado Pedro*, Catherine Marshall cuenta cómo su fallecido esposo tenía tendencia a colocar a las mujeres en un pedestal. Ella cita lo siguiente de uno de sus sermones: "Las muchachas modernas alegan que tienen que ganar un sueldo con el fin de establecer un hogar, pues eso sería imposible con solamente lo que gana el esposo. Esa es la verdad en algunos casos, pero siempre que sucede debe considerarse como una necesidad lamentable, y nunca como la cosa normal o natural que debe hacer una esposa. Si la esposa promedio consagra todo su tiempo a su hogar, a su esposo, a sus hijos... Si trata de comprender el trabajo de su esposo... de contener el egoísmo de él mientras, al mismo

tiempo, le inspira confianza en sí mismo, de matar su engreimiento masculino al mismo tiempo que lo alienta en sus esperanzas, y trata de establecer alrededor de la familia un círculo de verdaderos amigos... Si provee en el hogar una atmósfera adecuada de cultura, de amor por la música, de bellos muebles y de un jardín... Si ella puede hacer todo esto, estará empeñada en una vida de trabajo que le demandará todas sus energías, toda su paciencia, todo el talento que Dios le ha dado, el sacrificio extremo de su amor. Le demandará todo lo que ella tiene y más. Y se dará cuenta del motivo por el cual fue creada. Sabrá que está llevando a cabo el plan de Dios. Será una colaboradora con el Soberano Gobernante del universo."

En Proverbios 31:10-31 se nos presenta el más completo y hermoso cuadro bíblico de lo que debe ser una buena esposa. Capaz, llena de aspiraciones, trabajadora; es bondadosa, sabia, digna de confianza, alegre, provee para los de su casa y aun llega más allá. Ella sabe cuál es su propio valer. Usa su inteligencia, su fuerza física y su carácter temeroso de Dios con un buen propósito. Hace que la vida sea generosa con su esposo, sus hijos, y aun con los pobres y necesitados que están más allá de su círculo familiar. ¡Es una mujer notable!

¿Y cuál es el resorte que hace funcionar todo este esfuerzo creativo? ¿Es acaso un esposo que sostiene sobre ella el látigo en la mano y de este modo la hace permanecer sumisa? Por el contrario, es un esposo que expresa su más franca admiración por ella: "Y su marido también la alaba: muchas mujeres hicieron el bien; mas tú sobrepasas a todas." En los casos en que la sumisión de la esposa se considera a costa de la áspera demanda del esposo, el Orden de Dios ha sido tirado por la borda, y lo que queda es una mera autoridad humana. Pero donde el esposo cumple también su papel dentro del Orden de Dios — que le exige: "amad a vuestras mujeres, y no seáis ásperos con ellas" (Colosenses 3:19) — entonces la sumisión de la esposa llega a ser para él una fuente de mutuo amor y de devoción, algo de belleza moral y espiritual incomparable.

Mujer virtuosa, ¿quién la hallará  
 Porque su estima sobrepasa largamente  
 a la de las piedras preciosas.  
 El corazón de su marido está en ella confiado.

*Sumisión — un medio de protección*

En el mundo la mujer está expuesta a ataques físicos, y por consiguiente necesita la protección de su esposo. Este es un hecho básico y fundamental de la existencia y está registrado en el folklore de toda edad y cultura.

Sin embargo, la vulnerabilidad de la mujer no está limitada al nivel físico. Incluye también vulnerabilidad en el nivel emocional, psicológico y espiritual. También en tales casos necesita ella la protección y autoridad de un esposo.

Un vecino airado golpea con fuerza la puerta principal. Cuando la esposa sale a ver lo que sucede, el vecino suelta un torrente de quejas porque el cerco entre los patios de las dos casas ha sido seriamente dañado, y esto es con seguridad obra de sus hijos, y por consiguiente las reparaciones tienen que correr por su cuenta.

—Le voy a informar a mi marido, — es la respuesta de la esposa. Esta no es una manera de evadir la cuestión, sino que es la respuesta natural y adecuada de una esposa que vive bajo la protección y autoridad de su marido. Se acepta que ella esté libre de la carga emocional que se deriva del tener que representar la familia ante la comunidad.

Menos reconocida, pero todavía más importante, es la necesidad que tiene una esposa de ser protegida de los ataques emocionales de sus propios hijos. Una madre no debiera tener que rogar, ni mucho menos batallar, para conseguir el respeto de sus hijos. Esto la roba del equilibrio que la capacita para mantener un espíritu de calma y dignidad ante sus tareas del hogar. Es la responsabilidad del esposo proteger a su esposa de cualquier abuso que los hijos pudieran urdir contra ella. Si el padre alcanza a percibir la más leve falta de respeto hacia la madre, o la más pequeña falta de obediencia a la pa-

labra de ella, debe poner atajo a la situación de una vez y con firmeza. Los hijos debieran tener siempre presente que detrás de la madre está la autoridad del padre.

Todavía conservo vívido en mi memoria un incidente tragi-cómico de mi niñez. Yo había discutido algo con mi madre. Al salir ella de la habitación yo le grité: —¡Eres una tonta!

Mi padre había entrado a la habitación unos momentos antes. Su brazo se extendió, me cogió por la pechera de la camisa, y me levantó del piso. — ¿Quién es tonto? — preguntó él. Tieso de miedo yo balbuceé: — ¡Yo soy un tonto, yo soy un tonto, yo soy un tonto!

Mi hermano mayor rompió a reír, y mi padre a duras penas podía reprimir una sonrisa. Mi retirada desesperada a la auto-acusación sazonó la situación con humor suficiente para librarme de una zurra. Pero nunca olvidé la lección de aquel día: Si yo ofendía a mi madre, incurriría en la ira de mi padre.

Un esposo que protege a su esposa de las descortesías y abusos de los hijos, inculca en ellos un sentido de respeto por la mujer. Esto, unido a su propio ejemplo de cortesía y consideración hacia su esposa, es parte del legado que cada padre debiera dejar a sus hijos.

Finalmente, y lo más importante de todo, una mujer está expuesta también al ataque espiritual. El esposo permanece como un escudo y protector de su esposa contra el ataque del mundo invisible de "principados y potestades" (Efesios 6:12).

Pablo se refiere a esto en 1 de Corintios 11:10: "Por consiguiente ella (la esposa) debiera estar sujeta a la autoridad de él (su esposo) y debiera tener una cubierta sobre su cabeza como una señal, un símbolo de su sumisión a la autoridad, por causa de los ángeles". (Traducción libre de la Biblia Ampliada, RSV.) Sabemos que Pablo usa la palabra "ángel" (*angelos*) con referencia a los espíritus leales a Dios (2 Tesalonisenses 1:7) y a las huestes rebeldes de Satanás (1 Corintios 6:3, Romanos 8:38). El contexto aquí quizá sugiera que Pablo tiene en mente la aplicación última de la palabra.

Lo que a él lo preocupa no es meramente la conveniencia del velo. El reconoce que una mujer que no está protegida por la autoridad de su marido está expuesta a influencia (maligna) angélica.

San Pablo comprendió que las mujeres son vulnerables al ataque espiritual, especialmente al engaño, y que su protección está en refugiarse bajo la autoridad de un hombre. Esta es la razón para el consejo que encontramos en 1 Timoteo 2:12-14, el que de otro modo sería enigmático: "Porque no permito a la mujer enseñar, ni ejercer dominio sobre el hombre, sino estar en silencio... Porque... Adán no fue engañado, sino que la mujer, siendo engañada..." Las mujeres pueden prestar una gran contribución como maestras de niños y de otras mujeres. Pueden profetizar y orar públicamente (Joel 2:28, 29; 1 Corintios 11:5), pero no deben formular doctrina o colocarse como dirigentes por sobre los hombres en la iglesia.

¡Cuánto mal ha sobrevenido sobre el hogar y sobre la iglesia a causa de que las mujeres han perdido el escudo protector de la autoridad de un esposo! Le hemos permitido a Satanás engañarnos al hacernos creer que es degradante para una esposa el ser sumisa y obediente a la autoridad de su marido. La enseñanza total ha sido despreciada como una necia jactancia del "ego masculino", como un vestigio del hombre de Neanderthal al cual nuestra iluminada generación felizmente ha logrado sobreponerse. La Biblia, sin embargo, no tiene deseos de exaltar ego alguno, masculino ni femenino. El Orden Divino establecido para la familia atiende al elemental propósito de conceder protección, protección espiritual. La autoridad de un esposo y la sumisión de una esposa a esa autoridad, es un escudo de protección contra las artimañas de Satanás. Satanás sabe esto, y por eso es que usa todos los engaños para socavar y derribar el patrón de Dios de Orden Divino para la familia.

Cuando una mujer vive bajo la autoridad de su esposo, puede moverse con gran libertad en las cosas espirituales. Protegida de muchas de las artimañas satá-

nicas que podrían afectarla, puede moverse con poder y efectividad en la vida de oración, y en el ejercicio de los dones espirituales.

La intención de Dios es que el esposo permanezca entre su esposa y el mundo, absorbiendo muchas de las presiones físicas, emocionales y espirituales que de otro modo vendrían contra ella. Es el esposo, no la esposa, el principal responsable de lo que sucede en el hogar, en la comunidad y en la iglesia. Cuando él rehuye su responsabilidad, o cuando la esposa la usurpa, el hogar y la comunidad que rodea al hogar sufren las consecuencias.

Naturalmente surge la pregunta: "¿Qué es de la mujer soltera o de la viuda? ¿Cómo es que recibe ella protección?" El Nuevo Testamento considera a la iglesia como la protectora de "viudas y huérfanos". (Ver Hechos 6:1; Santiago 1:27; 1 Timoteo 5:3-16.) Cuando una mujer no tenía la protección de un padre (o pariente varón), ni de un esposo, había de mirar a los dirigentes de la iglesia como su "cabeza" espiritual. De ellos debiera recibir consejos y protección espiritual. Sus necesidades materiales también habrían de llegar a ser preocupación de la iglesia local.

Sería difícil concebir un arreglo más sabio para la mujer que no vive bajo la autoridad directa de un padre o de un esposo. La iglesia tiene el poder y la autoridad espiritual necesarios para constituirse en el escudo protector que una mujer necesita. Y al encargar esta responsabilidad a un grupo (con mayor propiedad los diáconos, ver Hechos 6:3), la situación podía ser manejada con mayor efectividad.

Este mismo principio podría ponerse en práctica si un esposo tuviera que ausentarse de la ciudad y dejar a su familia por asuntos de negocios, servicio militar, o por alguna otra causa. El cuidado y protección espiritual de su familia podría ser encomendado a los dirigentes de la iglesia. Un hombre que tuviera que salir en un viaje de negocios, por ejemplo, simplemente podría mencionar esto a uno o más de los diáconos, y solicitar que se hiciera oración especial por su familia durante su

ausencia. Del mismo modo la familia puede llamar a los diáconos, si es que necesitan de alguna ayuda especial que normalmente recaería sobre el jefe del hogar. De este modo los individuos y las familias pueden recurrir a la Iglesia, una familia más grande, de modo que ninguno esté sin cuidado y protección espiritual.

*Sumisión — un medio de equilibrio social*

San Pablo escribió: “Porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos. Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; NO HAY VARON NI MUJER; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús” (Gálatas 3:27, 28).

Algunas personas han tomado este texto aislado como base para enseñar una indiscriminada “igualdad” social entre hombres y mujeres. Pero esto está lejos de lo que el apóstol quiso decir.

En su relación con Dios como sus hijos, en la comunión espiritual con Cristo, en la posesión del Espíritu Santo — en todas estas relaciones con Dios, y con el mundo superior — los hombres y las mujeres están en un pie de igualdad.\*

Sin embargo ni una de las relaciones que Dios ha ordenado para este mundo entre el hombre y el hombre es por ello removida de su lugar. Pablo estaba ciertamente lejos de predicar una igualdad política de todos los hombres, o una división de las posesiones terrenales a la manera de comunismo. Tampoco pensó en hablar una palabra en favor de los planes modernos para introducir igualdad entre el hombre y la mujer.\*

Hay un decreto firme e inalterable de Dios en la posición de hombres y mujeres. Fue establecido cuando fueron creados, y se encuentra en la naturaleza de ambos. No fue alterado por el cristianismo; está confirmado en el Nuevo Testamento. Sobre él descansa la armonía de un matrimonio cristiano. El reconocerlo parece bastante fácil. Sin embargo, es un problema que pocas parejas pueden resolver satisfactoriamente, y el fracaso en resolverlo es la causa de mucha infelicidad en la relación matrimonial.\*

De acuerdo a las ideas de las naciones orientales, la esposa es rebajada hasta la condición de esclava de su marido. Y según los del período romántico, ella ha sido elevada para ser su amante. Ambos conceptos son erróneos, aunque la noción romántica es el error más noble de los dos. Estos dos extremos todavía contienden y se cruzan en la vida diaria. Sin embargo el ideal puramente cristiano es distinto de ambos.\*

La Biblia enseña la *subordinación* de la esposa a su marido. En cuanto a esto, el Antiguo y el Nuevo Testamento están de acuerdo. Esta subordinación está basada en la creación. “Adán fue formado primero, después Eva.” Todavía más, está fundada sobre la caída de nuestros primeros padres: “Adán no fue engañado, (mientras permaneció solo), sino que la mujer, siendo engañada, incurrió en transgresión” (1 Timoteo 2:13, 14). Después de la Caída, sobre cada uno recayó una carga particular. La subordinación de la esposa fue confirmada, aun más, fue aumentada. Dios le dijo a la mujer: “Con dolor darás a luz los hijos; y tu deseo será para tu marido, y él se enseñoreará de ti.” Al hombre le dijo: “Maldita será la tierra por tu causa; con dolor comerás de ella todos los días de tu vida. Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado” (Génesis 3:16-19).\*

Podemos discutir en contra de estas palabras cuanto queramos. Son, y siempre serán, la ley primitiva que nunca ha dejado de tener validez. El hombre caído debe someterse a ella, a menos que se aparte todavía más de Dios. Aquí la resistencia no es de provecho. Estas palabras están continuamente en operación. Estas barreras permanecen firmes. Estas cargas son colocadas sobre nosotros, y no las podemos eludir.\*

Sobre el hombre queda la autoridad de gobernar. Pero con ello viene aparejado extremo cuidado y duro trabajo sobre una tierra maldecida. En cada vocación terrenal debe gustar algo de la amargura de esa maldición. Gustosamente el hombre ofrecería a otro el privilegio de gobernar — si es que al mismo tiempo fuera liberado de la responsabilidad y la preocupación que ello implica.



El número de hombres que ha abdicado a su posición como cabezas de sus respectivas familias constituye un verdadero testimonio actual a lo ya dicho.\*

La mujer no le teme al afán, pero desea el gobierno. La auto-negación continua de su propia voluntad es su más dura prueba.\*

De este modo la carga del hombre y de la mujer ha sido escogida de manera que caiga más pesadamente sobre las inclinaciones naturales de cada uno. En el estado natural, el hombre y la mujer encuentran que la carga es verdaderamente una maldición. Si es inaguantable, no es de sorprenderse, *porque debiera ser así. El yugo debiera ser tan pesado para ellos que no pudieran sobrellevarlo sin la ayuda de Dios. La carga de esta vida debiera compelerles a buscar a Dios.\**

Si hacen esto, entonces en la maldición aparece una bendición escondida. La carga llega a ser solamente la mitad de pesada. Ella sirve como medio purificador. Se muestra a sí misma como la dirección de la sabiduría y del amor divinos. Es una preparación y educación para el reino de Dios.\*

Muchas personas que en otros casos manifestarían sensibilidad, tratan de forzar al matrimonio a funcionar de modo contrario a su naturaleza. Una persona que condujera su automóvil más allá de un barranco, esperando que éste volara, presentaría un cuadro ridículo, si es que no trágico; el volar es totalmente contrario a la naturaleza de un automóvil. Dios le ha asignado un cierto papel en el matrimonio a cada uno de los cónyuges. Estos papeles respectivos son una parte de la naturaleza básica del matrimonio. Ignorarlos, o inventar nuestros propios substitutos, es buscar el fracaso matrimonial.

“¿Pero qué diremos si la decisión del esposo hubiera de llevar a la familia al desastre? ¿No debe la esposa hacer algo cuando existe la amenaza de una situación semejante? ¿No hay límites, cualesquiera que éstos sean, para este asunto de la sumisión?” (¡Uno difícilmente puede suprimir la pregunta!)

La Biblia dice: “Casadas, estad sujetas a vuestros maridos, como conviene en el Señor” (Colosenses 3:18). Con

toda claridad, el apóstol muestra que *es* propio o adecuado que la esposa esté sujeta a su marido. Sin embargo aparece la implicación de que su obediencia debe ser ‘en el Señor’, esto quiere decir que no puede conducirla a algo que podría directamente denominarse pecado. Esto no quiere decir que la esposa deba ir contra la autoridad de su esposo cuando meramente se trata de una diferencia de opiniones sobre un asunto relacionado con la vida espiritual de ella o de los hijos.

André Bustanoby, pastor bautista de Fullerton, California, advierte que tanto Pedro como Pablo establecen el mandato de que una esposa debe ser sumisa en forma totalmente incondicional (Efesios 5:24; 1 Pedro 3:1).

—El hecho de que Pedro use a Sara como ilustración de obediencia es notable — dice — puesto que Abraham por dos veces, con el fin de proteger su propia vida, negó que Sara fuera su esposa y de este modo permitió que ella fuera llevada al harén de un gobernante (Génesis 12:10-20; 20:1-8). La verdad que aprendemos de este pasaje no es que una esposa debiera permitirle a su marido que la venda a la prostitución si él lo desea, pero al presentar el caso en forma absoluta, tanto Pedro como Pablo se oponen a casos caprichosos en el asunto de la sumisión.”

Una iglesia en Brasil, que ha experimentado un gran despertamiento, ha debido encarar el problema de mujeres que llegaron a la fe, mientras los respectivos esposos permanecían afuera — algunos indiferentes, pero otros abiertamente hostiles a la fe. Algunos esposos les han prohibido a sus esposas asistir a la iglesia o tomar parte en las actividades de la iglesia. El dirigente de la congregación ha dicho a la esposa que acepte esto, y que confíe en que Dios cambiará el corazón del esposo. Y un buen número de hombres han sido ganados de esta manera para la fe.

Este es un caso difícil, pues alguien podría argumentar con alguna justificación que la adoración toca al corazón mismo de nuestra fe, y aquí ‘Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres’ (Hechos 5:29). Sin

embargo ilustra cuán lejos puede ir Dios cuando se trata de honrar el Orden Divino establecido por él para la familia.

En medio de todo esto, es importante sin embargo distinguir entre *sumisión* y *servilismo*. Una esposa que ve que el juicio de su esposo es erróneo o imprudente, debería decírselo — con todo respeto, pero libre y sinceramente. El juicio, sabiduría y opinión de una amante esposa es uno de los más grandes bienes que puede tener un hombre. Le libra de muchos errores absurdos, y como esposo es su privilegio y responsabilidad recibir el consejo de su esposa. La esposa que dice tranquilamente: "Haz lo que te parezca mejor" — sin ofrecer jamás una opinión aun cuando vea que su esposo está llevando la familia a tribulaciones — no está siendo sumisa, sino neciamente servil. Ella debe expresarle a él su opinión francamente y con tanta energía como pueda, sin dejar de lado su respeto, pero tampoco escondiendo sus sinceras dudas acerca de una decisión particular. Cuando ella ha hecho esto, *entonces* puede dejar que la decisión descansa en su marido, confiada en que Dios le dará buen juicio.

La sumisión no es un asunto de mera forma externa, sino de actitud interior. Una esposa puede ser una persona de fuertes opiniones, aun hasta llegar al punto de expresarlas, y todavía ser sumisa a la autoridad de su marido, si es que en lo más íntimo ella le respeta y está completamente preparada y contenta de que él sea quien tome la decisión final. Por otra parte, una esposa que escasamente abre su boca para expresar sus opiniones, que nunca discute las decisiones de su esposo, y que está lista a aplicar todos los esquemas de él sin importarle si son absurdos, puede estar alimentando interiormente una profunda y repentina rebelión. Tarde o temprano Dios la pondrá en situación en que esto se manifestará abiertamente y ella tendrá que enfrentar la situación, pues Dios está interesado en la condición de nuestro corazón y no meramente en nuestra conducta exterior.

En las cosas espirituales, especialmente, un marido

prudente sabrá apreciar el consejo y la opinión de su esposa. Las mujeres tienen a menudo una comprensión más directa e intuitiva que los hombres en lo relacionado con las realidades espirituales. Klaus Hess, un pastor luterano de Alemania, lo ha expresado de este modo: "En la vida física, el hombre engendra nueva vida, mientras que la esposa la concibe y da a luz. En la vida espiritual a menudo sucede a la inversa: la mujer engendra una nueva visión, ve una nueva dimensión de la realidad espiritual, y el hombre debe entonces con paciencia darla a luz en sus detalles prácticos."

Si una esposa ve, por ejemplo, que la familia se está apartando de Dios — descuidando la vida devocional familiar y privada, faltando a los cultos, enredándose en otras actividades exteriores — ella debe compartir libremente con su esposo esta percepción suya. El poder *ver* esto es una revelación del Espíritu Santo. Pudiera suceder que el esposo no esté plenamente consciente de sus implicaciones, pues los pecados de omisión son peculiarmente engañosos. El decir estas cosas al esposo no es faltar a la sumisión, aun hasta si se le urge a que tome medidas para que las cosas se arreglen. De veras, sería un error si ella permaneciera callada. Pues si ella siente que el Espíritu Santo le ha dado comprensión en un cierto asunto, está obligada a compartirlo con su marido de modo que él pueda considerarlo como conviene. La salud espiritual y el gobierno de la familia dependen tan completamente de la clarividencia y preocupación de la esposa, como de la autoridad y protección del marido.

La sumisión no quiere decir que uno permanece en un silencio piadoso, "dejando todo en manos del esposo". La sumisión a la autoridad significa que uno se pone completamente a disposición de la persona que ha sido puesta sobre uno. Este es el significado que el apóstol Pablo coloca ante el cristiano en su sumisión a Dios: "Presentaos vosotros mismos a Dios... y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia" (Romanos 6:13). Y esta es la sumisión que sirve de modelo a la relación esposo-esposa. Si una esposa guarda para sí su entendi-

miento y sentimientos sobre una cierta materia, no está siendo sumisa, pues no está poniendo estas cosas a disposición de su esposo.

Una vez que ella ha dado a conocer completamente lo que son sus pensamientos, *entonces* puede dejar la decisión en manos de su esposo y de Dios. Por ningún motivo debiera ella tratar de hacer que su entendimiento y opinión prevalecieran. Pero puede y debe expresar libre y completamente sus pensamientos, pues de otro modo a la familia le serán negadas las bendiciones que Dios desea encauzar por medio de ella.

De este modo el papel subordinado de la esposa no sofoca su personalidad. Por el contrario, provee el mejor ambiente para que su creatividad e individualidad se expresen en una manera amplia. Es el sistema que usa Dios para investirla con dones de inteligencia, clarividencia y juicio, sin que a la vez tenga que verse recargada con la responsabilidad de tomar decisiones. El papel subordinado de la esposa es necesario no solamente para su propio bienestar, sino también porque contribuye a mantener un equilibrio dentro de la familia misma, y a la larga, en la sociedad.

El Dr. Bruno Bettelheim, destacado psicólogo y autor, director del Centro Ortogénico para niños perturbados, advierte que muchos esposos están representando el papel de "madres asistentes" en sus propios hogares. "Tomemos como ejemplo el cuidado de los niños", dice él. "En incontables familias, el padre es simplemente 'el pequeño ayudante de la madre'. Ella le dice: —¿Por qué no mudas al bebé? ¿Qué te parece si le das su alimento mientras yo voy de compras? Vístelo, yo estoy ocupada."

Muchos expertos en asuntos familiares recomiendan este proceder. Ellos insisten en que el padre moderno debiera actuar en parte de su tiempo en calidad de niña, de modo que fuera "enriquecido emocionalmente" como lo es la madre.

"Pero este es un consejo necio. La fisiología y psicología masculinas no están hechas para esto. Con esto no

queremos decir que haya algo de malo en que un padre le dé ocasionalmente el biberón al bebé, si es que la situación lo requiere, o si goza en hacerlo. En donde está el error es en pensar que esto podría contribuir a hacerlo un mejor padre. Cuando un hombre trata de ser un "mejor" padre actuando como una madre, no solamente se ve disminuido como padre, sino también como hombre. La relación de un padre con sus hijos no puede construirse principalmente sobre las experiencias del cuidado de los niños. ¡Si es así, es un sustituto para la madre — no un padre!

"De manera similar, si bajo este matriarcado un padre cansado es empujado a servir como ayudante de cocina o niño de los mandados, eso de ninguna manera enriquece su calidad de padre. En realidad, una esposa que hace traspaso de sus tareas hogareñas desagradables a su esposo está rebajando sus propias actividades ante los ojos de sus niños.

"Muchos padres bien intencionados le dan su sueldo completo a sus esposas, quienes les entregan de vuelta una asignación fija, para gastos personales — en forma muy parecida a como se trata un niño. Esta práctica de que "la madre sabe mejor" muestra que un esposo tiene un alto concepto de su esposa. Pero para los hijos tiene también el significado de que Papá es nada más que otro de los chiquillos tontos de la familia.

Esta confusión de los papeles de padre y madre tiene efectos desastrosos en los hijos. A causa de que muchos padres de ahora lavan los platos, bañan al bebé y realizan otras tareas tradicionalmente femeninas, sus hijos varones a menudo no saben lo que significa ser un hombre. Si el padre y la madre hacen las mismas labores, el hijo no tiene una imagen clara del padre y de la madre. No es de sorprenderse que haya tantos niños y niñas que mezclan sus papeles en la vida posterior."

Es responsabilidad de ambos cónyuges en el matrimonio el ver que los papeles de esposo y esposa no se confundan. Los hombres han sido tan culpables de renunciar a su papel como cabeza del hogar, como las mujeres

lo han sido de usurparlo. No es fácil permanecer sumisa a alguien que arroja sobre usted sus responsabilidades, y que rehusa tomar la dirección de los asuntos familiares.

La emancipación de las mujeres ha hecho necesarias muchas reformas, pero ha tenido el infortunado resultado derivado de robar a las mujeres la seguridad y protección que les pertenecen. Las mujeres de hoy se ven obligadas a ponerle el hombro a problemas económicos y a preocupaciones de la familia, a encabezar programas cívicos, a tomar la iniciativa en criar a los hijos, representar la familia ante la comunidad, hacer decisiones familiares de importancia, ser el dirigente espiritual de la familia. Todo esto es contrario al Orden Divino. Una mujer no está normalmente equipada por la naturaleza para sostener esta clase de presión psicológica y emocional y aparejado a ello cumplir con el papel que Dios le ha designado como esposa y madre. El hecho de que las mujeres puedan hacer algunas de estas cosas con competencia técnica, solamente oculta el daño irreparable que esta desviación del Orden Divino causa a la mujer, a la familia y a la sociedad.

La Iglesia no ha sido la que ha sufrido menos a consecuencia de esta tendencia hacia la feminización de nuestra cultura. Puesto que los hombres han renunciado a su papel de jefes espirituales de sus familias, más y más de la responsabilidad dentro de la iglesia ha recaído sobre las mujeres. Enseñan en clases de Escuela Dominical, dirigen la Asociación de Padres y Maestros, hacen la mayor parte del trabajo de visitación, realizan la mayor parte de la labor relacionada con el cuidado y mantención de los edificios de la iglesia, toman la iniciativa en la oración y en el Estudio Bíblico.

Los hombres que de esta manera han desertado de su puesto, ahora se sienten fuera de lugar dentro de la iglesia. Entregan en manos de sus esposas cosas tales como el culto familiar, la actividad de la iglesia, la educación de los hijos. Esto llega a ser un círculo vicioso: Las cosas que tienen que ver con la vida espiritual han to-

mado una imagen femenina. Las niñas dominan los grupos juveniles de la iglesia, de la manera como sus madres dominan la iglesia. Los muchachos crecen para seguir las pisadas de sus padres, y pronto aprenden que "cuando sea un hombre, voy a poner a un lado las cosas de niño".

¡Qué diferencia es esto del cristianismo del Nuevo Testamento! Los hombres dejaban a un lado lo que estuvieran haciendo para seguir a Jesús; sufrían incompreensión, injuria, persecución, y aun la muerte porque habían encontrado en él a un Señor que les exigía lealtad y amor extremos. ¿Pueden imaginarse a Pedro enviando a su mujer al Templo para que hiciera la defensa del Camino Cristiano ante el Sanedrín? ¿Y a Pablo dejando que su hermana administrara las ofrendas que habían sido recolectadas para los pobres en Jerusalén? No se equivoquen: Las mujeres desempeñaron un papel vital dentro de la iglesia primitiva; la propagación del Movimiento se debió en gran parte a su trabajo y a su testimonio fiel. Pero el "gobierno" de la Iglesia estaba en manos de los hombres. Ellos no descargaron esta responsabilidad sobre sus mujeres.

La Iglesia recobrará poder y autoridad espiritual en razón directa al hecho de que los hombres reasuman su lugar como dirigentes. Una iglesia que cuenta con hombres que se reúnen en las horas tempranas de la mañana para orar; que tiene hombres para enseñar en las clases superiores de la Escuela Dominical; que aparta a algunos hombres consagrados para que salgan a visitar a sus propios miembros, y también a los que no pertenecen a la iglesia; que reúne a un concilio de hombres espiritualmente maduros alrededor del pastor de la iglesia, no solamente para decidir en cuánto van a aumentar el sueldo al portero de la iglesia para el año entrante, sino para ayudar a establecer el tono y la dirección espiritual de la congregación — esta es la iglesia que restablecerá el equilibrio que Dios había planeado para el Cuerpo de Cristo. Y nadie tendrá mayor deleite en esto que las mujeres, pues la falta de autoridad masculina en la iglesia es en cierto modo más penosa que

su ausencia del hogar. Una mujer que se sienta con sus hijos en la iglesia, mientras su marido está sentado en el hogar, es una de las criaturas más solitarias del mundo. Tal vez en ningún otro momento siente ella tan vivamente su necesidad de una "cabeza espiritual" como cuando está en la presencia de Dios, que es quien estableció este Orden Divino.

Dios ha dado grandes talentos y habilidades a las mujeres. Su inteligencia es igual a la de los hombres, su vigor y aguante emocional a menudo son superiores. El no desea que las mujeres sepulten sus capacidades, sino que les den cauce.

La responsabilidad principal de una esposa es darse a sí misma, su tiempo y su energía a su esposo, sus hijos y su hogar. Esto no significa que las mujeres no puedan tener cargos responsables como dirigentes y todavía estar en el plan de Dios. La verdad de las cosas es que Dios parece tener reservados honores especiales para las mujeres: fueron las que quedaron hasta lo último frente a la cruz, y las primeras en llegar a la tumba. Fue a una mujer, María Magdalena, que Jesús se apareció primero, después de su resurrección. El Antiguo Testamento nos cuenta de María, que fue el instrumento para salvar la vida de Moisés mientras era todavía un bebé; Débora, que dirigió a los israelitas en su calidad de profetisa y juez; Ester, la reina valiente que salvó a su pueblo de la muerte. El Nuevo Testamento también habla de profetisas como Ana (una viuda), y las hijas (solteras) de Felipe. Lidia, una de las primeras convertidas bajo el ministerio de Pablo, era una mujer de negocios. Pero aquella que es "bendita entre las mujeres", la mujer que ha recibido el más alto honor en todas las épocas... la madre de nuestro Señor... era nada más que una mujer sencilla que cumplió su misión en su carácter de esposa y madre en el hogar donde Dios la había colocado.

#### *Sumisión — un medio de poder espiritual*

Una esposa es más que madre, guardiana del hogar, cocinera, consejera y chófer. Ella no habrá de encontrar

satisfacción para los anhelos más profundos de su corazón en los té-canastas, reuniones de la Asociación de Padres y Maestros, y ni siquiera en las actividades de la iglesia. Por otra parte, si su única fuente de felicidad yace en su esposo o en sus hijos, también está condenada a la frustración. Dios ha planeado las cosas de tal modo que sea imposible para el ser humano encontrar satisfacción verdadera sin tenerle a él. ¡Una esposa que pone a Jesús en el primer lugar será motivo de gozo para su "señor" y para su Señor! (Ver 1 Pedro 3:6).

Una brillante esposa, que en un tiempo buscó un escape en actividades literarias, ha revelado recientemente su secreto para hallar satisfacción en la vida: "¡Es por medio de hacer lo que Jesús quiere que yo haga!" Ella agregó que Jesús puede cambiar nuestras actitudes; él puede aun cambiar las tareas rutinarias que antes eran desagradables y convertirlas en motivo de gozo. "Si nuestra raíz está en Cristo, no en nuestro esposo; entonces tenemos libertad para ser personas dignas, buenas esposas." Jesús le invita a llevar sus preocupaciones a la cruz, y a dejar la obra de cambiar a su esposo en las manos de Dios. La esposa que tiene su confianza puesta en Dios no está reprochando continuamente a su esposo por sus faltas.

La sumisión es mucho más que una forma externa; es una actitud interna. Es más que colocarse un velo sobre la cabeza; es un corazón cubierto con un velo de honor y reverencia por su esposo. Cuidémonos de andar haciendo piadosas oraciones en público por el esposo "inverso".

No es poco común que la esposa aventaje a su esposo en cuanto a preocupación y previsión en los asuntos espirituales. Pero allí es precisamente en donde yace el peligro para una esposa. Ella usa esto como una excusa piadosa para rebelarse en contra de la autoridad de su marido. A ella le parece que solamente si toma una activa "dirección espiritual" en la familia puede asegurar una adecuada crianza de los hijos y la eventual conversión de su marido. Bajo esta máscara de piadosa espiritualidad

puede esconderse una gran cantidad de rebelión no santa (“Engañoso es el corazón más que todas las cosas”, Jeremías 17:9). Aun más importante, no cumple el fin deseado, sino que en la realidad lo frustra. El esposo es ahuyentado de todo interés en las cosas espirituales. Por el contrario, en una actitud continua de sumisión la esposa tiene a su disposición un poder espiritual con Dios — resultados garantizados. “Asimismo vosotras, mujeres, estad sujetas a vuestros maridos; para que también los que no creen a la palabra, sean ganados *sin palabra* por la conducta de sus esposas, considerando vuestra conducta casta y respetuosa (¡para con el marido!) 1 Pedro 3:1-2).

Una mujer vino una vez a su pastor con la queja de que su marido era tan falto de espiritualidad que no sabía si seguiría viviendo con él. Ella había tratado una y otra vez de hacerle ir a la iglesia, de que celebrara cultos familiares, que dejara de usar lenguaje profano, etc. — todo sin resultado. El hacía observaciones sarcásticas sobre las actividades espirituales de ella, y estaba comenzando a influir sobre los hijos. Ella estaba aún pensando si sería correcto seguir teniendo relaciones maritales con él a causa de sus maneras blasfemas.

El pastor le reafirmó que la relación marital no dependía del hecho de que su marido fuera cristiano. (Ver 1 Corintios 7:13.) Pero él todavía fue más lejos. Dijo él: —Ahora yo veo aquí algo. Esta semana su esposo le ha ofrecido dos veces sacarla a comer afuera — dándole una oportunidad de apartarse de la cocina y de los niños — y usted lo rechazó, ¿no es verdad?

—Bueno, sí, es cierto, — admitió la mujer—. Yo... yo estaba tan ocupada... tenía cosas que hacer...

—El problema no está de parte de su marido, sino de parte suya. Usted es una esposa rebelde. Le molesta la autoridad de su marido. Lo que usted necesita es ir a casa y disculparse ante su esposo, pedirle que la perdone por haber sido una esposa que no ha sabido someterse. Deje de sermonearlo continuamente, déjele eso a Dios. Prepárele sus comidas favoritas. Dedíquese a la

tarea de ser una esposa que esté “sujeta... a su marido en todo” (Efesios 5:24).

El consejo la sacudió, pero lo aceptó y actuó de acuerdo con él. Cerca de una semana más tarde el esposo de la mujer vino a ver al pastor.

—Diga, ¿le habló usted a mi esposa hace casi una semana...? — comenzó diciendo.

—Sí...

En el rostro del hombre lució una amplia sonrisa, — ¡Me gusta eso! — dijo.

El hombre comenzó a venir a los servicios de adoración y terminó siendo diácono de la iglesia. Lo que la esposa no había logrado conseguir por sus propios esfuerzos directos, Dios lo consiguió cuando ella se sometió a la autoridad de su esposo.

C. S. Lovett denomina a esto “poder femenino” en su práctico librito en el que muestra cómo las mujeres pueden testificar exitosamente a un esposo inconverso. “Su buen comportamiento es pisoteado”, dice él, “la predicación está prohibida, el uso de la fuerza bruta es imposible, los argumentos son inútiles, la crítica es peligrosa; ¿qué puede hacer ella entonces?”

Lovett ofrece lo que él llama la “técnica del cascanueces”. “¿Puede usted imaginarse los dos brazos de un rompenueces presionando a una nuez?” pregunta él. “¿Se fijan cómo la bisagra une los dos brazos para formar la palanca? ¿Simple? Ahora considero el rompenueces de Dios. También tiene dos brazos. Uno se llama LUZ, el otro OBRAS. El Espíritu Santo es quien hace las veces de bisagra para unir los dos brazos, haciendo posible la presión. Ponga a su esposo en un lugar donde pueda usar la LUZ y las OBRAS juntas y lo tendrá en el rompenueces espiritual.

“Supongamos, por ejemplo, que su esposo prefiere café molido. Pero usted le ha estado dando café instantáneo. Es más conveniente. Ahora está haciendo planes de someterse a su preferencia. El hacer eso es un ACTO de sumisión, una OBRA. Sin embargo eso es solamente uno de los brazos del rompenueces. Se necesitan

dos para hacer el trabajo. De modo que usted trae la cafetera hasta la mesa, sosteniéndola de modo que el aroma le dé en el rostro. El reacciona complacido. —¡Vaya, parece que para variar vamos a tener un poco de café genuino!

Aquí es donde viene la LUZ, el otro brazo. —Le he estado pidiendo al Señor que me ayude a ser una buena esposa para ti, querido. Y él me ha puesto en el corazón hacer algo que te agrade. De manera que... cortesía de Cristo... tendrás tu café de granos cada mañana.

“¡Eso es! ¡Ahora su luz está brillando! Ha añadido PALABRAS a sus OBRAS. Ya puede darse cuenta lo que esa cafetera le sugerirá a él cada mañana de ahí en adelante. Esto es sólo una ilustración. Hay centenares de cosas que una esposa puede HACER y DECIR para hacer funcionar el rompenueces de Dios con la acción LUZ - OBRAS. Y lo más grande es... ¡qué funciona! Lo que proporciona el apretón es el haber honrado a Cristo y al Espíritu. Antes de que pase mucho tiempo su esposo estará encontrando al Señor en cada esquina. Pronto se dará cuenta de que todo el deleite y gozo de su hogar se deben a Jesús. ¿Hasta cuándo puede un hombre inconverso seguir soportando ese trato antes de que su resistencia se quebrante? Recordemos que hasta la cáscara más dura tiene su punto de rotura.”

La sabiduría humana impulsaría a una mujer a levantarse y a tomar el asunto en sus manos cuando ella vea que la familia va dando tumbos, por no contar con guía espiritual de parte del esposo. La Palabra de Dios aconseja un camino mejor: Permanecer sumisa a su “cabeza”, y confiar que la “Cabeza” de su esposo (Cristo) se hará cargo del asunto, y actuará.

Ser activa, inteligente y religiosa son cualidades nobles en una mujer; pero la mujer activa que deja a su esposo en la inactividad; la inteligente que lo deja a él callado y que por el brillo de su conversación deja en evidencia la torpeza de él; y, finalmente, la religiosa, que deja que otros declaren que su esposo es menos iluminado o avivado que ella, son tres caracteres desagradables. Sin

embargo el último de ellos, especialmente cuando está en combinación con el segundo, es el más desagradable de todos.\*

Así como una mujer puede superar a su esposo en comprensión natural, del mismo modo puede ser el caso en relación con su iluminación cristiana. Y de veras, es más común encontrar piedad en las mujeres que en los hombres. Sus mentes son más accesibles a la verdad cristiana, tal como quedó en evidencia en todo lugar en la época de la primera propagación del cristianismo. Y ellas han sido las continuadoras de la fe, en lo cual aún los primeros discípulos de Cristo fueron sobrepasados por las santas mujeres del Evangelio. De la misma manera también, es más común que en un tiempo de alejamiento de la fe, sean las mujeres las que vuelven a ella antes que los hombres. Y todavía mucho más a menudo sucede que una mujer cristiana debe sufrir maltrato por parte de su esposo, antes que lo opuesto.\*

Imaginémonos entonces el caso en que se encuentra esta incongruencia en la manera más conspicua y conmovedora; piedad genuina y profunda por parte de la esposa: pensamiento mundano, incredulidad, y aspereza tiránica por parte del esposo. Sin embargo, de acuerdo a la ordenanza de Dios, la posición de la esposa no es alterada en lo más mínimo por ello. Su deber para con su esposo permanece exactamente igual: ella no está menos obligada a rendirle reverencia que si el carácter de él fuese el más amable y el más iluminado. Por su conocimiento cristiano, este deber no es aminorado, sino que se imprime con mayor fuerza. Tan cierto como que el lazo matrimonial es indisoluble, así el mandamiento de obediencia en el matrimonio permanece irrevocablemente firme. Que ninguna mujer ofenda a la autoridad que el Señor ha designado, especialmente bajo el pretexto de un amor especial por Dios.\*

Más bien, que continúe ella mostrando modestia y reverencia hacia su marido; amabilidad, silencio, y sumisión en todas las cosas que no son pecado en el sentido estricto de la palabra. En estas virtudes yace el verda-

dero reconocimiento de Cristo; en su violación, la condenación de él.\*

Ella debe ver a Cristo en su marido. Por un acto continuo de fe ella debe considerar que al honrar a su marido, ella honra a Cristo, quien lo ha designado a él para que sea la cabeza de ella. Sobre todos los que llevan la dignidad de gobernante, juez y padre, se ha delegado algo de la dignidad de aquel que es el Gobernante, Juez y Padre. Así también descansa sobre el esposo como cabeza de la casa.\*

¿Cree ella en Dios y en su capacidad de servir como Guía? Debe pues reconocer esta guía aun en los sufrimientos que su esposo pueda causarle. Debe rendirse a ellas con la certidumbre que ésta es la escuela en la cual ella tiene que aprender paciencia, la más difícil de asimilar de las virtudes cristianas. En esta escuela de la obediencia ella aprenderá aquel cristianismo el único que Dios habrá de reconocer — el que consiste no en palabras, sino en poder.\*

Que ponga ella su fe en Dios y aprenda que su marido está colocado para serle una bendición, y que ella no hallará bendición alguna a menos que humildemente se una a él. Si esto contradice su baja opinión con respecto de su marido, y su alta opinión de sí misma, y a ella le parece extremadamente ilógico, que mire bien lo que hace, no sea que al despreciarlo a él, ella desprece a Dios, y se corte a sí misma de la fuente de bendiciones que Dios ha designado para ella. Que no suponga ella que aquellas cosas que halagan sus deseos y sentimientos habrán de hacerla avanzar en el reino de Dios. Tanto mejor sería para ella que buscara ayuda en aquellas tribulaciones que la Divina educación le ha enviado. Que no se asombre ella de que no haya cambio en su marido, si no ha cumplido con ésta su parte. Pero cuando ella lo haga, contemplará los milagros de Dios.\*

Que renuncie ella a su inclinación de dar a conocer en palabras todos sus sentimientos y experiencias espirituales. Si ella ha conseguido tener un comienzo del conocimiento cristiano, que no se apure en ganar a su

marido por medio de un testimonio elocuente. Que le suplique la acompañe a oír la predicación del Evangelio, pero que no intente enseñarle ella misma. UN INTENTO SEMEJANTE ESTA CONDENADO AL FRACASO. De un mal surge un segundo que es todavía mayor; sus ruegos persuasivos se cambian en quejas y en sermones. Siguen el disgusto, la frialdad y el alejamiento, y se coloca el fundamento de un agravio duradero.\*

*Sin embargo hay un camino para llegar a su corazón.* Es fatigoso pero seguro. Tiene su acción sobre la conciencia. Es lento y sin mayores pretensiones, pero tiene un poder victorioso: Es el comportamiento puro de una esposa paciente, silenciosa, esperanzada y amante. Puede que aún este testimonio pueda ser mal comprendido por un hombre durante un tiempo. El puede interpretar mal la conducta más noble, y por medio de ello buscar borrar la impresión de su conciencia. Pero viene un “día de la visitación” enviado por Dios, y no por el hombre. El velo es quitado de delante de sus ojos, y él, como si fuera un iniciado en los misterios, contempla maravillado el misterio de una personalidad profundamente cristiana que había estado escondida hasta entonces para él. A su debido tiempo, para su propia bendición, él lo reconocerá, y agradecerá a Dios por la paciencia con la cual ha soportado su sufrida esposa.\*

Una vez un grupo de hombres estudiaban juntos la Biblia; se trataba de un pasaje sobre la relación matrimonial. Cada uno escribió los pensamientos que tuvo durante un tiempo de meditación silenciosa. Luego compartieron unos con otros lo que habían escrito.

Mientras estudiaba el pasaje, uno de los hombres fue impulsado a pensar en su propio matrimonio. Vertió sus pensamientos en forma de una oración, y aquí tenemos lo que escribió:

“Señor, te estoy agradecido por mi esposa, Cristina. Alabo tu plan y providencia divinos que me guiaron hasta ella. Te agradezco, Señor, por su paciencia y perseverancia y oraciones a través de doce años de matrimonio en que yo no te conocía. Te alabo, Señor, por tu salva-



ción que finalmente me alcanzó — por medio de su paciencia, perseverancia y oraciones.

“Señor, envía tus ángeles guardianes sobre ella y protégela.

“Gracias, Señor Jesús.”

Este es un bello tributo a una paciente esposa. Pero es más que eso: Es también un testimonio al poder de Dios obrando a través de sus cauces designados de Orden Divino. La esposa desempeñaba en su vida el papel de quieta sumisión a su esposo, confiando en que Dios obraría en la vida de él. Dios premió su fe. Salvó a su esposo, pero hizo todavía más que eso: El esposo pasó entonces a asumir el papel que ella, en fe, había “mantenido abierto” para él. El llegó a ser en efecto su “cabeza”, su escudo y protector: Es con verdadera autoridad espiritual que él invoca sobre ella la bendición del cielo, la protección de los ángeles. Este es el Orden Divino en acción para la bendición de la familia, de la iglesia y de la nación.

¡Esposas, regocijáos en la autoridad que vuestros maridos tienen sobre vosotras! Sujetáos a ellos en todas las cosas. Es vuestro especial privilegio moveros bajo la protección de la autoridad de ellos. Dentro de este patrón de Orden Divino es que el Señor quiere hallarla y bendecirla — y hacer de usted una bendición para su marido, para sus hijos, para su iglesia, y para su comunidad.

## CAPITULO TRES

### El orden de Dios para los hijos

#### *Obediencia, la clave*

El orden de Dios para los hijos está comprendido en un solo mandamiento: “Hijos, obedeced a vuestros padres en todo, porque esto agrada al Señor” (Colosenses 3:20). La relación de un niño con Jesús se desarrolla en relación directa con la obediencia que rinde a sus padres. Jesús vive y obra en la vida de un hijo obediente. Un hijo obediente es por consiguiente un hijo *feliz*. El niño que sabe exactamente cuán lejos puede ir, es aliviado de una pesada carga.

En ocasiones su antigua naturaleza se rebelará bajo la autoridad de los padres. Así como nuestro pequeño hijo Arne de seis años de edad, quien un día pateó en el piso y declaró: —¡Nosotros somos la única familia que tiene que manifestar virtud!

Pero donde esta autoridad se ejerce en una atmósfera de amor, pronto un niño llega a aceptarla como “lo correcto”. (Para un niño, “nuestra manera” es siempre la “manera correcta”.) Llegará a mirar aun con horror o desdén a los otros niños que actúan irrespetuosamente con relación a la autoridad. Nuestro hijo mayor asistió a una escuela que tenía una disciplina muy estricta. Uno de sus amigos se trasladó a otra escuela donde la disciplina estaba muy relajada. Un día este amigo volvió para visitar a algunos de sus camaradas, y con el más profundo desprecio les informó: —¡Los alumnos dirigen la escuela!

Un niño puede probar la autoridad de sus padres para ver hasta dónde puede ir. Puede sentirse bastante desdichado en una situación particular en la que su propia

voluntad esté en desacuerdo con la de sus padres. Pero en lo más íntimo quiere estar seguro de que la autoridad de sus padres permanecerá firme y que puede depender de ella. Un adolescente me dijo una vez que su padre había puesto la condición de que debía subir sus notas en el colegio antes de obtener licencia para conducir. El muchacho se había resentido por esto, había amenazado con irse de la casa, y le había hecho la vida imposible a toda la familia. Pero mientras relataba el caso, una tímida sonrisa asomó a su rostro y dijo: —Me imagino que le habría perdido el respeto a mi papá si él no hubiera permanecido firme.

Un niño puede sentirse molesto por la autoridad de sus padres, aun rebelarse contra ella, pero se rebelará mucho más, aun cuando a menudo lo oculte, contra una falta de autoridad por parte de sus padres. Pues aunque la vieja naturaleza esté todavía en actividad en un niño (Ver Romanos 7:15), también lo está su relación con Cristo. Cuando persiste en desobedecer a sus padres, experimenta un profundo descontento en su espíritu, pues su relación con Cristo se ve opacada.

Todos los padres han tenido la experiencia de observar que sus hijos se vuelven más y más desobedientes hasta que, finalmente, agotada su paciencia, revientan: —¡Estás pidiendo a gritos una paliza!

Si tan sólo entendieran los padres cuán verdaderamente cierto es esto, no se dejarían arrebatar por la ira. Puesto que el entendimiento del niño no ha llegado a su madurez, él no puede expresar la razón de su descontento, ya que su mente no puede percibirla; sin embargo, su espíritu puede clara e intuitivamente tener un alcance del asunto básico: su descontento está en relación con su desobediencia; es demasiado joven y débil como para dominar él mismo la obediencia, de modo que debe recurrir a sus padres para ello; si las cosas se ponen demasiado malas, ellos tendrán que actuar. El niño *está* pidiendo una paliza, y lo hace en la única manera en que sabe hacerlo.

No muchos niños captarán esto con tanta claridad como

aquél de siete años que dijo a su padre después de una sonora paliza: —¡Gracias, papito. Eso me hizo bien!

La verdad es que todo niño experimentará un profundo contentamiento de espíritu cuando recibe ayuda para caminar en el sendero de la obediencia, pues éste es el foco y la expresión de su relación con Cristo.

### *La obediencia no es optativa*

Los tan ponderados métodos modernos sobre la crianza de los hijos conceden una gran importancia al sentido intuitivo de bien y mal, de justicia e injusticia en los niños. Sobre los padres se coloca una gran carga como es la de tratar siempre con el niño, con el fin de darle el mandato "correcto", lo que lleva en sí la implicación de que un niño puede y decide y aun hasta llega a rebelarse contra un mandato "equivocado".

Sin embargo, la Biblia no dice, "Hijos, obedeced a vuestros padres cuando tienen la razón". Lo que en verdad dice es: "Obedeced en el Señor a vuestros padres, porque esto es justo" — ¡aun si ellos están equivocados! (Ver Efesios 6:1). El hijo que obedece un mandato "erróneo" aun permanecerá bajo la luz de la aprobación de Dios. A la larga, será un niño más feliz y mejor adaptado que uno a quien se le ha dado la libertad de desafiar y poner en tela de juicio la autoridad de los padres. Esto se debe a que el hijo obediente vive de acuerdo al Orden Divino, y por consiguiente participa en un sentido más profundo de la armonía y de lo que es conveniente.

Es cierto que un padre debe buscar por todos los medios tratar en justicia, correctamente, y en el más tierno amor con sus hijos. Pero los padres son humanos y falibles. Aun más, la mayor parte de la gente se convierte en padres mientras todavía son bastante jóvenes. No han alcanzado mucha sabiduría, y esto es particularmente cierto en lo referente a la crianza de los hijos. No se puede esperar que algo tan importante como la obediencia de un hijo dependa de la perfección del juicio de un padre ante

cada situación. La responsabilidad del niño no es la de pesar y evaluar las decisiones de los padres — obedeciendo aquellas que a él le parecen correctas, y rechazando aquellas con las cuales no está de acuerdo. Los padres son quienes tienen la responsabilidad de las decisiones. La responsabilidad del hijo es simplemente obedecer.

Muy pronto llega en la vida el tiempo en que el hijo crece y llega a ser responsable por los juicios y decisiones. Pero Dios ha estructurado la familia de tal manera que un niño es relevado de la responsabilidad de emitir juicios y tomar decisiones, teniendo únicamente ante sí el sencillo mandamiento de obedecer a sus padres. Solamente de esta manera puede él quedar a cubierto de vagar o transitar los innumerables desvíos de necedad, ignorancia y perversidad.

Unos amigos nuestros tienen ocho niños, y a todos les gustan los helados. En un caluroso día de verano, una de las hijas menores declaró que a ella le gustaría comer nada más que... ¡helados! Los demás se mostraron de acuerdo con la idea, y para su sorpresa el padre dijo: —Está bien. Mañana van a tener todo el helado que quieran, ¡nada más que helado!

Los niños dieron gritos de placer, y apenas podían esperar que llegara el siguiente día. A la hora del desayuno venían atropellándose al mismo tiempo que pedían helados de chocolate, de frutillas o de vainilla — ¡querían platos llenos! A media mañana también se les sirvió helados. Al almuerzo — helados, pero esta vez las porciones fueron ligeramente más pequeñas. Cuando vinieron por su merienda de media tarde, su madre estaba sacando preciosamente unos panecillos del horno, y el aroma se esparcía por toda la casa.

—¡Oh, qué rico! — dijo el pequeño Teddy—. ¡Panecillos frescos, mis favoritos!

Hizo un movimiento con la intención de alcanzar la mermelada, pero su mamá lo contuvo.

—¿Qué, no recuerdas? Es el día de los helados — sólo de helados.

—Oh, sí...

—¿No te sientas para tomar una buena fuente de helados?

—No, gracias. Dame un poquito nada más.

Ya para el tiempo de la cena el entusiasmo por la dieta de helados había disminuído considerablemente. Mientras estaban sentados contemplando sus fuentes con helado fresco, María — cuya sugerencia había dado comienzo a toda esta aventura — dio una mirada a su padre y dijo: —¡Uf! ¿No podríamos cambiar este helado por un pedazo de pan?

Esta fue una ventura inocente, que ayudó a los niños a ver dónde podía conducirlos su propio juicio, si es que sus padres no les dirigían. Esto ilustra simplemente el hecho de que un niño hace sus juicios desde una base extremadamente pequeña de conocimientos y experiencia. El vive en su propio pequeño mundo, con su propia lógica y raciocinio. El mundo de los padres es para él un enredo de contradicciones: La mamá no está obligada a dormir la siesta — pero la hija sí. El papá podría comprar todos los caramelos que quisiera — pero el hijo no puede hacerlo. Los padres casi nunca corren en la calle, siempre caminan. Cuando la mamá y el papá están con amigos, se sientan y conversan. Casi nunca juegan o trepan a los árboles. Dadas las premisas lógicas de su pequeño mundo, las decisiones sin dirección de un niño le conducirían inevitablemente a dificultades, y dificultades serias. Y por esa razón es que Dios le protege poniéndole bajo la autoridad de sus padres.

En el mandato de obediencia impuesto a los hijos, no se hace mención de excepción alguna. Debe declararse e imprimirse en ellos sin excepción. —¿Pero qué debo hacer si mis padres me ordenan algo incorrecto?

Esto es curiosidad precoz. Una pregunta semejante debiera morir en los labios de un niño cristiano.\*

Estamos plenamente conscientes de que hay padres y madres que han conducido a sus hijos al pecado. Hay mandamientos que el niño también debiera conocer, y el traspasar tales mandamientos ya no sería "obediencia en el Señor". Los niños que son llevados por mal camino

por sus padres hasta el punto de participar en crímenes, son, de acuerdo a los principios de la ley del crimen, merecedores de castigo más leve, aun cuando no escapan del todo. Pero estas tristes posibilidades no constituyen una objeción sobre la cual debe basarse el niño. Un niño que tiene razón para temer tales cosas, debe armarse de fe en Dios y no con pensamientos de rebelión. Debe pedirle a Dios que no permita que las cosas lleguen hasta ese extremo. Dios ha dado el mandamiento de honrar padre y madre. Si éste llegara a entrar en conflicto con otro mandamiento, Dios proveerá una vía de escape. El niño debe clamar a Dios para que le guarde de la triste necesidad de tener que desobedecer. Dios no puede dejar de escuchar tales oraciones. El habrá de dirigir todas las cosas para que resulten bien. *La fe en un Dios vivo termina para siempre con las evasivas, con las discusiones estériles, o con las reservas mentales sobre el asunto de la obediencia.\**

Inevitablemente los padres harán algunas decisiones equivocadas, darán algunas órdenes sin sentido. Cuando esto ocurra, y los padres se den cuenta de ello, debieran admitirlo francamente y hacer la enmienda necesaria. Nunca debiéramos vacilar en confesar una genuina equivocación, y pedir perdón de nuestros hijos, por temor de que esto pudiera lesionar nuestra autoridad. Nuestra autoridad no se deriva de nosotros mismos, o de nuestro desempeño impecable como padres — ni se deriva de la aceptación por parte de nuestros hijos de esa autoridad. Se deriva lo mismo como toda verdadera autoridad — de aquel que está tras nosotros, respaldando esa autoridad. La autoridad de un sargento depende del capitán que lo respalda; la autoridad del capitán depende del comandante del regimiento, y así sigue. La autoridad de los padres depende de Dios, quien los ha colocado como autoridades sobre sus hijos. Por consiguiente, cuando un padre comete un error, la pregunta que cabe hacerse no es: ¿Cómo reaccionará mi hijo si admito mi equivocación? Sino que más bien dicha pregunta es: ¿Qué pensaría Dios si yo trato de ocultar esto y represento una

comedia? Dios honra el arrepentimiento honesto y abierto — en los hijos o en los padres. El temor de perder dignidad y autoridad ante sus hijos por el hecho de confesar una falta es una mentira del diablo. Por el contrario, su autoridad se ve confirmada y fortalecida cuando usted tiene el coraje de ser tan honesto y exigente consigo mismo como desea que su hijo se porte a su vez. ¡Pues entonces usted está mostrando ser la clase de autoridad que Dios *puede* respaldar!

Una vez yo castigué a mi hijo mayor por algo de lo cual no era culpable. Esto salió a la luz más tarde, y yo vi que me encontraba sin excusa en el asunto. Había actuado precipitadamente, y no había obtenido un informe correcto. Me puse a pensar qué debía hacer. El estaba pasando por una edad difícil, y yo tenía especial cuidado con cualquier cosa que pudiera descontrolar el equilibrio de la autoridad en la familia. (Cuán celosamente protegemos nuestro orgullo, pensando con ello preservar nuestra autoridad. ¡Muy bien puede Dios establecer nuestra autoridad sin ninguna asistencia de nuestro ego!) Finalmente traje al muchacho a un lado y le dije: —Timoteo, lamento haberte castigado por eso, pues veo que no fue culpa tuya, y yo debiera haber averiguado mejor primeramente. No puedo descastigarte... pero, ¿quisieras perdonarme?

Me abrazó y me dió un fuerte beso y dijo, con aquella mezcla de lo apropiado y de lo banal que en los niños tiene una lógica muy propia: —Está bien, papá. Dime, ¿podrías servirme un sandwich de mantequilla de maní?

A la mañana siguiente se mostró cooperador y obediente como no lo había estado por mucho tiempo. La autoridad de la cual yo había estado tan preocupado no había sido debilitada; más bien se había fortalecido, pues ahora estaba cimentada en la honestidad.

La autoridad de los padres no es algo propio de ellos, sino que les ha sido dada por Dios. Cuando los padres se dan cuenta de esto, no vacilarán en admitir sus errores — en verdad, sentirán la necesidad de hacerlo, pues solamente así puede Dios continuar honrando y respaldando

plenamente su autoridad. Por otra parte, la comprensión de que Dios les ha investido de autoridad, alentará a los padres a no debilitar dicha autoridad por causa de un falso sentimiento de dignidad.

Toda autoridad viene de Dios, pero es concedida para el bien de quienes están bajo ella. Desde que Cristo vino no para ser servido, sino para servir, el carácter de la autoridad ha cambiado — para todos los que están comprendidos en su propósito. Ahora la autoridad llega a ser un servicio, y la sujeción es sumisión para ser servido.\*

Nadie puede revestirse a sí mismo de autoridad. Pero quienquiera ha recibido autoridad de Dios debe mantenerla con firmeza. Debe tener fe en ella y mantenerla, con el fin de ser fiel a Dios, y no por razones egoístas. Le es concedida por Dios con el fin de que pueda usarla, no para que se agrade a sí mismo.\*

No debe un padre suspender la autoridad a causa de su propia indignidad. Dios ha establecido esa autoridad por causa de los hijos, para que alcance ciertos fines. Ni tampoco puede el padre colocarla a un lado por causa de debilidad o de una delicadeza enfermiza en perdonar a aquellos que están bajo su autoridad.\*

Los padres deben mantener su posición sobre el conocimiento de que están en lo correcto. Deben demandar obediencia a aquello que saben que es lo correcto.\*

La obediencia voluntaria está basada sobre el fundamento más íntimo de la reverencia. No es solamente una virtud; es la única virtud del niño. Incluye todo lo bueno que puede requerirse o esperarse de él.\*

A primera vista parece que consiste en una simple obediencia a la voluntad del hombre. Sin embargo ya es obediencia a Dios. Pues al someterse a la voluntad de los padres, los hijos aprenden a someterse a una voluntad más alta que la de ellos. La sumisión a los padres es una escuela para la obediencia independiente y directa a Dios que tendrán que manifestar cuando ya no vivan bajo la autoridad de los padres. Es para esto que educamos a nuestros hijos — para que a su debido tiempo

puedan seguir la voluntad de Dios, y la guía de su Espíritu, no por compulsión externa, sino como un acto consciente, y por un impulso venido de adentro.\*

El aprender obediencia es aprender una ley básica de la vida espiritual. Porque la autoridad de Dios a menudo se abre paso hasta nuestra vida a través de la autoridad humana. Cuando conocemos el lugar que nos corresponde bajo la autoridad, podemos relajarnos; el relajamiento o reposo y la confianza son de ayuda para la recepción del Espíritu Santo. Soren Kierkegaard, el filósofo danés, escribió: "Es difícil creer, no porque sea difícil comprender, sino porque es difícil obedecer." Podemos enseñar y razonar con nuestros hijos tanto como queramos, y aun así mantenerles alejados de un genuino encuentro con Dios, a menos que con nuestra enseñanza también inculquemos en ellos un sentido de obediencia. Dios no se revela a los teóricos de poltrona, sino a aquellos que obedecen.

Hijos: ¡Obedeced a vuestros padres! Este es el plan de Dios para vosotros. Al obedecerles, es a él a quien obedecéis. De este modo conoceréis la presencia y bendición de Jesús en vuestra vida.

## CAPITULO CUATRO

## El orden de Dios para los padres

El sumario más sucinto, y sin embargo de más amplios alcances, de la vocación de un padre, se encuentra en una sencilla declaración de los escritos del apóstol San Pablo a la iglesia de Efeso: "No provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en disciplina y amonestación del Señor" (Efesios 6:4). De esta manera resume el apóstol el Orden de Dios para los Padres bajo el aspecto de tres mandamientos básicos: *Ama, Disciplina, Enseña*.

Este bosquejo simple de la responsabilidad de los padres toma a Dios mismo como modelo. Algunas escuelas de filosofía reducen la religión a una "proyección de la imagen paterna"; el hombre se siente aterrado por el universo en el cual se encuentra, de tal como que proyecta su deseo de seguridad y protección en un "padre celestial". La Biblia, sin embargo, invierte precisamente este orden. Es Dios quien proyecta una imagen — su propia imagen — sobre el hombre. Creó al hombre a su propia imagen (Génesis 1:26), y parte de la imagen de Dios en el hombre se descubre en el hecho de que compartimos su paternidad.<sup>4</sup> Dios es *el* Padre. Todo padre terreno deriva su calidad de tal de él. Y él trata con nosotros, sus hijos terrenos, de acuerdo a este mismo modelo triple.

"Porque si pecáramos voluntariamente después de haber recibido el *conocimiento* de la verdad, ya no queda más sacrificio por los pecados, sino una horrenda expectación de *juicio*, y de hervor de fuego que ha de devorar

<sup>4</sup> "Padre", en sentido genérico, incluye también a la madre, tal como el término "Hombre" incluye a la Mujer (Génesis 1:27).

a los adversarios... El Señor juzgará a su pueblo... ¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!" (Hebreos 10:26,27,30,31).

El comienza con la *enseñanza*: nos da un "conocimiento de la verdad". Cuando la enseñanza es rechazada o ignorada, él aplica disciplina, y la disciplina no es liviana: es un "horrendo juicio". Sin embargo esta disciplina no se aparta de su amor, sino que va en apoyo del mismo:

"Hijo mío, no menosprecies la disciplina del Señor, ni desmayes cuando eres reprendido por él; porque el Señor al que *ama*, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo... Dios os trata como a hijos; porque ¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina? Pero si se os deja sin disciplina, de la cual todos han sido participantes, entonces sois bastardos, y no hijos" (Hebreos 12:5-9).

En estos versículos vemos que se ha invertido el orden, pero sin embargo el triple molde básico permanece claramente evidente: *Enseña, Disciplina, Ama*. De este modo expresa su paternidad el Dios eterno. El es el Padre perfecto. Es el modelo para todos aquellos que tienen el privilegio de reflejar aquí en la tierra la imagen de su calidad de Padre.

## ENSEÑA

"Instruye al niño en su camino, y aun cuando fuere viejo no se apartará de él" (Proverbios 22:6).

Glenn Clark, quien fue uno de los grandes maestros sobre la vida de oración en la generación pasada, dijo que cada niño que viene al mundo trae "órdenes selladas". Todo ser humano tiene un único destino que cumplir. Cuando uno "nace de nuevo" dentro de la comunidad cristiana, prevalece esta misma verdad. El apóstol Pablo describe a la Iglesia como el "Cuerpo de Cristo", en el cual cada miembro en particular tiene un lugar y una función únicos — así como el ojo, el oído y el pie tienen un lugar y una función únicos en el cuerpo. Cada persona viene al mundo, e ingresa al Cuerpo de Cristo, con

“órdenes selladas” — esto equivale a decir que tiene un destino único que debe cumplir. Parte de la vocación de un padre consiste en ayudar a su hijo a abrir el sello de sus órdenes — esto es, a descubrir lo que Dios quiere que sea y que haga. No se trata de que debamos simplemente instruir al niño en el camino en que cualquiera y todos los niños deben seguir, sino también en *su* (específico y único) camino en el cual *él* debe andar.

Esto quiere decir que los padres deben tratar con cada uno de sus hijos bajo la dirección creativa del Espíritu Santo. Todos los padres tienen que ajustarse a algo que a veces cuesta entender, esto es, que cada uno de sus hijos es diferente de los otros y que esta diferencia tiende a aumentar a medida que van teniendo mayor edad. No quiere decir esto que una familia se convierta en la arena de un desmesurado individualismo, sino que más bien significa que las diferencias en el carácter y en la formación de los niños presagian diferencias en el destino que Dios ha designado para cada uno de ellos.

Los padres deben estar en guardia contra la inclinación de tratar de imponer en el hijo lo que son los deseos y ambiciones de ellos. No es poco frecuente el que un padre trate de revivir algún aspecto de su propia vida a través de la vida de su hijo. Una madre que fue popular y alegre durante su adolescencia puede tratar de revivir algo de esto por medio de preparar a su hija para que asuma este mismo papel. Si la hija es como la madre en este sentido, no se ha causado daño. En cambio, si su hija tiene un diferente juego de órdenes selladas — es quieta y poco sociable — puede causarle indelible sufrimiento y frustración.

La escuela pública puede acomodar las diferencias individuales solamente hasta un cierto límite. Los padres deben, sin embargo, preguntarse repetidamente no sólo, ¿Estoy haciendo lo correcto?, sino ¿Estoy haciendo lo correcto *en relación con este niño?* ¿Está mi enseñanza ayudando a instruir a *este* niño en el camino que *él* debe andar?

### *Instruye*

La enseñanza de nuestros hijos comienza con una instrucción cabal. Debe ser instrucción sobre modales en la mesa, en atarse los cordones de sus zapatos, en los valores morales, en conducir el automóvil. Paciente y amorosamente debemos enseñar a nuestros hijos lo que esperamos ver en ellos. Es responsabilidad de los padres el preocuparse de que un hijo entienda exactamente lo que se espera de él. ¡El no solamente debe entender mentalmente; sino que debe ser ayudado y se le debe mostrar cómo ejecutar correctamente una orden, cómo puede realizar una buena labor!

Esto es especialmente cierto al tratar de crear ciertos buenos hábitos de trabajo. La gran mayoría de los padres son culpables de dar órdenes sin hacer el esfuerzo correspondiente para mostrar y enseñar exactamente *cómo* deben ejecutarse. El tiempo y el esfuerzo que se gastan en la fase inicial ahorrarán horas de tiempo perdido a causa del hábito de trabajar descuidadamente. Un padre no tiene derecho de esperar diligencia y buen desempeño en su hijo si es que él como padre no ha invertido tiempo y esfuerzo para instruir al hijo cabalmente.

Aun los chiquitines pueden comenzar a desempeñar sus tareas y labores de casa. Un niño de cuatro años puede sistemáticamente vaciar todos los tuestos de basura de la casa. Los que ya tienen seis y siete años pueden poner la mesa y ayudar en la limpieza de la loza. Cada vez que se asigne una nueva tarea, ésta debe ir acompañada de la necesaria instrucción. Si el niño de cuatro años derrama algunos papeles, al tratar de vaciar los cestos de papeles en el tiesto de la basura, la madre debe tomarse el tiempo para hacerle volver y recoger cada uno de esos papeles. La primera o la segunda vez pudiera ser más rápido y fácil que ella misma los recogiera, pero esos papeles derramados no deben ser considerados simplemente como basura que hay que recoger. *Constituyen una experiencia instructiva para el niño.* Además, un poco de tiempo invertido en este punto será repagado con creces

al crearse en el niño el hábito de hacer sus trabajos con delicadeza y perfección.

Nada ayuda tanto en la instrucción de un niño como la oportunidad que él tenga de hacer trabajo significativo. Uno de los problemas reales conectados con la urbanización de nuestra cultura es el hecho de que nuestros niños tienen menos oportunidades de trabajo. A pesar de eso, los padres deben preocuparse de que sus hijos desarrollen buenos hábitos de trabajo. El trabajo de la casa debe encargarse a los hijos tan pronto como sean capaces de desempeñarlo. El tiempo que ellos tengan para juego y descanso debe ser cuidadosamente proporcionado con el trabajo significativo y necesario. Los niños menores gastan en proporción más tiempo en jugar. A medida que el niño crece, se debe dedicar también una proporción creciente del tiempo al trabajo, progresando hacia la norma bíblica establecida para el adulto; escasamente una séptima parte del tiempo de uno para holganza y seis séptimas para trabajar (Exodo 20:9-10). La palabra "Trabajo" incluye en este sentido también las responsabilidades que un niño tiene fuera del hogar, como ser: la escuela, las actividades escolares, deportes, mandados, cuidado del bebé, lecciones de música y tiempos de práctica.

Una de las maneras más sencillas de prevenir la delincuencia juvenil es la formación de buenos hábitos de trabajo. La gran mayoría de los delincuentes tiene demasiado tiempo libre. No se les ha exigido que asuman responsabilidad genuina. Un juez municipal lo ha declarado sucintamente de esta manera: "Hemos descubierto que los jugadores de fútbol no se meten en dificultades durante la temporada de fútbol. Por las noches están demasiado cansados como para hacer otra cosa que no sea el irse a la cama. Después de la temporada, comienzan a vagabundear y algunos de ellos llegan hasta los tribunales juveniles."

Thelma Hatfield, teniente en retiro del Cuerpo de Enfermeras de la Armada, escribe sabiamente de la necesidad de formar buenos hábitos de trabajo en los niños:

"Es obvio por la forma en que la mayoría de los padres reacciona cuando se menciona este asunto — por lo general una especie de mirada vacía, inexpresiva que no comprenden la parte necesaria de la disciplina que no puede ser suplida por ninguna otra cosa sino por el *trabajo* sencillo y ordinario. Si Dios no hubiese abierto los ojos de mi entendimiento hace unos pocos años, yo tampoco lo hubiera entendido. Cuando cumplí los cincuenta años, todavía no había aprendido a *disfrutar* del trabajo. ¡Qué lástima! Entonces Dios se movió en mi vida, y dentro de poco me encontré atareada desde las 4:30 de la mañana hasta las 11 de la noche con muy escaso tiempo intermedio para reposar o para holganza. No puedo expresarles lo que esto causó en mí. ¡Podría escribir resmas de papel sobre esto! Y, de paso, una de las bendiciones fue la salud. No hay otro tónico igual al movimiento para el cuerpo físico.

"Padres, deben *enseñar* e *instruir* a sus hijos de modo que lleguen a *amar* el trabajo, o al menos que cuando tengan que enfrentarse con alguna especie de trabajo sean capaces de enfrentarlo y llevarlo a cabo sin sufrir opresión. Puede que los crien en la doctrina y en la cultura cristiana, y que por la gracia de Dios ellos sean "nacidos de nuevo"; pero si no les instruyen en el trabajo, nunca serán de mucho valor ni para Dios, ni para ellos ni para ustedes. Jamás un cristiano perezoso hizo algo para Dios.

"Adquirimos conocimiento a través del estudio de los libros, pero aprendemos sabiduría mediante el trabajo duro. No hay sustituto para la valiosa "sabiduría de transferencia" aprendida mediante el trabajo. En los años idos, los niños lavaban vajilla frágil y si quebraban una pieza era muy probable que recibieran alguna clase de castigo. Esto les enseñaba a ser cuidadosos en su trabajo. Infortunadamente, la vajilla actual de plástico no es tan buena maestra, pues ellos pueden golpearla cuanto quieran.

"Al mismo tiempo que Juanito aprende a trabajar tranquila y eficientemente con el fin de cumplir una tarea, está aprendiendo organización de sí mismo mejor



que de cualquier otra manera. Nunca debe desestimarse el valor formativo del carácter, proporcionado por el sentimiento de haber *cumplido* en verdad. Y luego, el trabajo y, por supuesto, las actividades educacionales y recreativas dirigidas, se hacen cargo de una buena cantidad de problemas de disciplina por el hecho de usar la energía exuberante que de otro modo llega a ser como un motor funcionando, el cual ni usted ni el niño pueden controlar.

“Cuando le dé a su hijo un trabajo largo y tedioso, no le permita discutir y extenderse sobre detalles redundantes con el fin de crear obstáculos, o que por lo general se irrite a causa de que debe trabajar, pensando que va a conseguir que se canse y le permita dejar el trabajo sin hacer. Si no es firme aquí, este espíritu se *posesionará* de él y cuando sea adulto y se espere que haga algo por sí mismo, fracasará, porque fue instruido a evitar y oponerse a lo que es desagradable. Estará haciendo exactamente aquello que fue *entrenado* para hacer en sus años de niño; pero el problema es que ahora será en proporciones tan gigantescas que los padres por lo general no podrán reconocer esto como la obra de la instrucción que ellos mismos le dieron.

“¿Por qué creen que hay tantos jóvenes que recurren a las varias formas de ilegalidad y de depravación con el fin de ganarse la vida? A los pobres se les permitió jugar, jugar, jugar, desde la mañana temprano hasta tarde de la noche durante dieciocho años. No han aprendido nada sino necedad — colosal y estupenda necedad. ¿Cómo van a poder asumir en forma repentina la disciplina de la fatiga y de lo mundano que están involucrados en una honesta manera de ganarse la vida? *Es muy tarde.*

“El trabajo fatiga nuestros cuerpos y nos hace sentir agrado por los momentos de reposo. Los jóvenes que han sido disciplinados de esta manera desde edad temprana, no estarán inventando males sobre sus camas. En el día presente es común ver cómo una madre se afana, yendo de un lado al otro, poniendo a prueba todas las fibras de su cuerpo tratando de atender a todos los detalles del

trabajo hogareño, mientras la hija de diez, doce, y aun de dieciséis años está sentada frente al espejo, preocupada del arreglo de su cabello. No diga que ella es demasiado joven. En otros tiempos un niño tenía que pararse sobre un cajón apenas él o ella aprendía a lavar la vajilla. Esa es la edad en que los niños debieran aprender a aceptar responsabilidad.

“Desde sus tempranos años las niñas debieran aprender a lavar sus propias ropas, ayudando a la mamá y sacrificándose por la familia en la mantención de la casa, cocinando, etc. ¿Cómo podría un muchacho o muchacha dar de sí más tarde cuando Dios o el deber les llamen? Si no ha habido instrucción y sacrificio en su vida temprana, serán incapaces de rendirse a ese llamado. *Si no aprendemos la obediencia en las cosas pequeñas, perderemos nuestra habilidad de ser obedientes en las cosas mayores.*

“Tengo en mente a una familia en la cual el hijo no era obligado a hacer sino lo que halagaba su fantasía. Fue hecho centro de las atenciones y cuando era pequeño se le permitió cometer toda clase de pequeños actos de vandalismo dentro de la casa y en el patio. Cuando una persona bien intencionada vio lo que estaba sucediendo en ese niño, trató de hablar con los padres. Sin embargo, ellos permanecían inaccesibles. Ese amigo había apenas mencionado el asunto cuando fue reducido al silencio por la actitud superior y disgustada de ellos.

“Años más tarde, cuando este niño era literalmente la morada de los demonios, totalmente incorregible, los padres en medio de lágrimas estaban dispuestos a conversar durante horas con aquel mismo amigo acerca de sus tribulaciones. El bondadoso hombre no tuvo corazón para agitar su dedo ante sus narices y decirles: —¡Recuerden cuando yo traté de advertirles!

“Muchas veces sucede que una persona ajena a la familia es capaz de ver necesidades vitales para las cuales aun los padres bien intencionados están totalmente ciegos. Con humildad y sabiduría debiéramos poner oído al consejo y a la prevención antes de que los terribles e innegables *hechos* nos obliguen a llegar a las mismas

conclusiones. Cuando un hijo va por mal camino y es entregado al diablo, los padres *buscarán* alguien con quien hablar sobre la carga de su sangrante y quebrantado corazón. Elevarán sus voces y llorarán, pero no encontrarán lugar de arrepentimiento, aunque lo busquen con lágrimas. “Todo lo que el hombre sembrare, eso también segará” (Gálatas 6:7). Ya para entonces será demasiado tarde. Oh, que Dios nos ayude a tomar las medidas del caso en los años tempranos cuando algo puede hacerse.

“Conozco a una jovencita que abierta y descaradamente se jacta de ser floja y que no desea trabajar. Las terribles dificultades en que se ha visto envuelta la pobrecita hasta el momento quebrantarían el corazón de una madre y todavía se encuentra deslizándose hacia una segura zambullida en el infierno, arrastrando consigo a sus hijitas. ¡Oh, qué dolor debe haber en el corazón de la madre de aquella niña! Mucho pudo haberse hecho para corregir esto en aquellos tempranos años de su niñez por medio de una dieta suficientemente fuerte de trabajo sólido. Esto la habría preparado de tal modo que ahora podría afrontar las presiones y fricción que significan el tener que ganarse la vida honestamente, antes que verse casi forzada por su debilidad interna a elegir el camino fácil y dudoso.

“Cualquier día de la semana puede salir a visitar nuestras ciudades y verá a los jóvenes — los muchachos con sus pantalones estrechos, con su pelo largo y ondeado, y con el espíritu rebelde; las muchachas con sus cabellos teñidos caprichosamente, con pantalones con piernas a jirones y con el rostro pintado. Caminan ociosamente, mirando y tratando de decidir qué es lo que harán para tener un poco de excitación que les satisfaga hoy — y lo que viene a continuación es un claro testimonio que fue engendrado en el infierno.

“En los corazones de estos jóvenes no hay pensamiento de industria, de trabajo, o de progreso. Son consumidos por un inacabable deseo de encontrar diversión. Les aseguro que el espíritu que uno ve en sus ojos y en sus rostros es en verdad terrible. ¿Por qué? ¿Por qué su-

cede esto? Una gran parte de la respuesta es que simplemente no hubo trabajo en sus años tiernos. No recibieron instrucción para el trabajo, a menudo ni siquiera tanto como la responsabilidad de vaciar diariamente un cesto de papeles.

“La gente se pregunta por qué los jóvenes se enrolan en el vandalismo del que leemos en los diarios. Es todo lo que saben hacer. *Fueron instruidos de esta manera por sus padres.* ¡Oh! Si hasta un corazón de acero se quebrantaría al ver su pobre y desvalida condición. Desde que eran pequeños sus acciones e inclinaciones han venido creciendo a la par con ellos y ahora asumen grandes y terribles proporciones, combinándose y brotando súbitamente hasta límites incontrolables. Estos jóvenes deberían levantarse temprano — en lugar de dormir hasta el mediodía — ir a una ocupación y trabajar *duramente* todo el día. No habría tiempo para estas ocurrencias, y la cama les parecería agradable al llegar la noche.

“No hace mucho estuve en una casa donde hay una hija en su temprana adolescencia. Se le permite merodear por el vecindario en pantaloncitos y sentarse frente al televisor a contemplar sensuales escenas de amor. Yo sentí que no podía soportar lo que vi que estaba tomando lugar imperceptiblemente en esa joven vida — me sentí herida interiormente como si un cáncer estuviera royéndome. Aquí hay una tierna muchachita, nacida para amar a Dios y para desarrollarse hasta llegar al estado de una mujer adulta y noble, que está entreteniendo su mente con las cosas del sexo, invitando al espíritu de la lujuria a entrar a su cuerpo — y fíjense lo que digo, pronto habrá de encontrar expresión. El paso siguiente consistirá en que ella querrá entretener a su amigo en el mismo ambiente y actitud — ¿y luego qué?

“La madre no hallaba qué hacer. Pude ver que si ella privaba a la niña de su entretención, ésta le armaría un escándalo de proporciones. ¿Por qué? Por años habían permitido la televisión en ese hogar, y esta niña jamás había conocido la humildad que es el producto del trabajo duro y de una vida disciplinada.

“Me dijo la madre: —Si no le permito algunas pocas cosas de éstas, la perderé.

“Lo triste del caso es que ella probablemente ya la ha perdido, y que poco falta para que esto sea revelado. No puedo condenar a esta madre; tal vez ella hizo todo lo que pudo. En verdad, en este caso, si a ella se le hubiera podido aconsejar, nunca habría tenido televisor en su casa. Pero, triste es decirlo, eso no altera el cuadro, y ‘todo lo que el hombre sembrare, eso también segará’.

“En contraste, tengo en mente en este momento a una señorita que ha dejado su hogar para asistir al colegio y que debe trabajar para pagar parte de sus gastos. Respecto de ella no tengo temor alguno sino que ella se encontrará con el desafío y que lo encarará, pues aprendió a trabajar en su casa. Terry no habrá de tener problemas de ajustes, pues ese ajuste ya se efectuó cuando ella tenía que lavar la vajilla, restregar pisos, limpiar la casa, planchar la ropa, ayudar a atender al bebé, aun desde que era una niña.

“Conozco a un joven que, siendo el mayor de cuatro hijos, regularmente tenía que lavar platos en su casa. Tan pronto como pudo encontrar trabajo, a los diez o doce años de edad, estuvo aprendiendo cómo mantener un trabajo. Su padre era un misionero de fe y el dinero era escaso. Jaime tenía que trabajar para comprar su ropa, sus libros y útiles personales. Tengo la sospecha de que estos padres habrían seguido el mismo sistema aún si la necesidad no hubiese sido tan urgente. En sus años de adolescente él lavó platos en el Campamento Bíblico para pagar su estadía; luego trabajó durante los cinco años de estadía en el colegio — y la verdad es que no se trataba de un colegio gratis del estado.

“Jaime nunca tuvo dificultades en encontrar trabajo, pues sabía trabajar y muy pronto las personas se daban cuenta de ello. Para pagar su permanencia en la universidad, tuvo que lavar platos en un tren cada verano — eran montañas de platos. Cuando se vio confrontado con un trabajo tan duro no retrocedió ni se portó caprichosamente. Ya había lavado bastante platos en sus

años juveniles — esto era cosa liviana para él. Efectivamente, ¡alabó y glorificó a Dios por el empleo!

“Les digo esto, los padres de Jaime están orgullosos de él. ¡Oh, padres! ¿Es que acaso no se dan cuenta? Los jóvenes de hoy merecen compasión. No les queda otra cosa sino ir por mal camino cuando se ven enfrentados con las cosas difíciles de vencer en la vida, pues han sido *instruidos* para seguir el camino fácil y descuidado.

“Si usted ha comenzado mal, deténgase ahora y rectifique su camino. Naturalmente que mientras más edad tengan sus niños, más difícil ha de ser, pero anímese pues la tarea no ha de ser tan dura como puede parecer — si es que usted tiene una idea clara de la tremenda necesidad y si tiene la voluntad para llevarla a cabo. Es cierto que en el comienzo es difícil, no importa qué edad tengan los hijos. Tendrá que dejar a un lado muchas otras cosas durante los primeros pocos años; ¿pero acaso no vale la pena pagar cualquier precio con tal de ver que los hijos que Dios le ha dado para que los críe para él, crezcan y glorifiquen a Dios y vivan vidas felices y útiles?

“Con determinación, con un espíritu dulce y amable, asimismo también con autoridad — y orando noche y día para que Dios le ayude — comience ahora mismo. Dentro de poco tiempo todas las labores del cuidado de la casa estarán incluidas en el trabajo y responsabilidad que ellos tomen a su cargo. Podrá darse cuenta que un hermoso molde toma forma, con todos levantándose temprano por la mañana para tener tiempo para su devocional, pues cada uno estará dando una mano en las labores necesarias de las siguientes horas.

“Los niños estarán aprendiendo la obediencia al cumplir sus labores, sometiéndose a medida que aprenden a gobernar su carácter. Del mismo modo Mamá y Papá no se fatigarán tanto, pues Juanito es quien se preocupa ahora de cortar el césped, y así con otras cosas. El amor fluirá de los padres hacia los hijos y de los hijos hacia los padres, pues todas las cosas estarán en orden.

“¡Pero hágalo ahora! Comience con ellos lo más tem-

prano posible. Si los deja sueltos hasta que tengan diez o doce años, de veras que va a tener un problema difícil. Ya por ese tiempo su carácter está demasiado voluntarioso y será difícil quebrantarlo. Un pianista de concierto llega a ser pianista de concierto tras largas horas de práctica. Los niños aprenden a trabajar por la repetición, y es de este modo cómo aprendemos todas las cosas, ya sean para bien o para mal.

“Sin embargo, confío que no habrán de interpretarme mal y lleguen a pensar que les quiero decir que los niños deben trabajar todo el tiempo desde la mañana hasta la noche. No, por supuesto que no. Debe haber tiempo para que ellos se relajen y jueguen. Efectivamente, un día bien sazonado y proporcionado de trabajo y de juego harán que su tiempo dedicado al juego sea más manejable y dentro de los límites de la actividad sana y completa. Usted no tendrá que estar continuamente criticándolos y fatigándose para mantenerlos en línea y libres de daño. Ellos se alegrarán de tener un corto tiempo para jugar cuando su trabajo esté terminado. Con gozo jugarán con sus muñecas, etc., y no se aburrirán como para desear alguna excitación inconveniente que podría perjudicar a sus padres. El producto y resultado de ocio excesivo es tribulación. ¡Recuerde que el ocio es el taller del diablo!

“Por todos los medios, y sea lo que fuere lo que haga, instruya al primero o a los dos primeros, y se dará cuenta que habrá traspasado su valla más alta. La mayoría de los menores va a seguir el ejemplo de ellos. Al observar cómo los mayores se aplican, este mismo espíritu penetrará en los menores. Cuando comienza a una edad temprana, ellos aprenderán a deleitarse de veras en el trabajo. Esto será de ayuda y sostén todos los días de su vida.”

En la segunda parte de nuestro estudio consideraremos específicamente cómo podemos cultivar la vida espiritual del niño en la familia. Pero aquí debe decirse algo con respecto a la instrucción en la virtud y en los valores morales.

Veracidad, fe y modestia son las tres virtudes cardinales

de la juventud. Si se cuenta con dirección adecuada no son cosa difícil de conseguir, y ellas son el fundamento de toda cristiandad genuina. Esto debe comenzar con los mismos padres. En ellos debe estar profundamente enraizado un aborrecimiento profundo por el engaño, la incredulidad y la inmodestia. En seguida debe impartirse a los niños. Cuando estas tres virtudes han echado raíz en el niño, cualquier padre tiene el más grande consuelo al contemplar que sus hijos crecen y dejan el hogar.\*

La mentira y el esconder la verdad son reconocidos por los niños como pecado. Son diferentes que las faltas comunes de la niñez. No nacen de la precipitación, de la falta de razonamiento, ni de los deseos impulsivos. Son practicados con premeditación, con astucia y con cálculo frío. La mentira, por consiguiente, merece un castigo mucho más pesado que la codicia; ya es un pecado de orden superior.\*

Toda mentira es un pecado, pero el pecado es mayor en proporción a la autoridad de la persona a quien se dice la mentira. Una mentira a los extraños... a los hermanos... a los padres — los mismos niños reconocen en éstas una gradación de la falta. Una mentira a los padres es lo más significativo, pues la dignidad de los padres es más sagrada; su derecho a demandar la verdad es superior a todos.\*

¿Por qué manifestar una actitud tan severa hacia la mentira? A causa de su tremenda implicación en la vida espiritual. En todos aquellos que perecen, la mentira es la verdadera base de su condenación. “Y esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Porque todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas. Mas el que practica la verdad viene a la luz, para que sea manifiesto que sus obras son hechas en Dios” (Juan 3:19-21). El destino eterno del hombre se decide en aquellas profundidades del corazón en donde la mentira y la verdad están en conflicto la una con la otra.\*

¿Pero cómo es que podrá un niño ser recto ante Dios, si no ha practicado la rectitud con sus padres? ¿Qué tarea más sagrada tenemos que proteger a nuestros hijos contra la tentación a mentir — ofrecer batalla de vida o muerte contra la mentira cuando se muestra en ellos — y permitir que cualquier otra cosa encuentre cabida en ellos antes que este creciente amor por las tinieblas?\*

Por consiguiente, y ante todo, ¡que la mentira no sea hallada en nuestras bocas! Nuestra veracidad hacia nuestros hijos es un deber tan alto como el que ellos tienen hacia nosotros. Nunca dejemos nuestras promesas y amenazas sin cumplir. Cuando contestemos sus preguntas hagámoslo con seriedad, de modo que puedan depender de nuestras respuestas. Esto es lo que crea en ellos un amor por la verdad.\*

La capacidad de expresar fe en el alma de un niño es una herencia sagrada. Dios le ordena al hombre creer. La fe y la confianza es tan seguramente una virtud como lo es la gratitud.\*

El escepticismo no es virtud. El arte de dudar es una ruina del corazón tanto como lo es la ingratitud. Infortunadamente, vivimos en una generación que considera que el escepticismo es una señal de conocimiento y aun de superioridad moral. En muchas universidades, se aplica hábilmente el escepticismo a las cosas santas. ¡Hágase maestro en escepticismo! Es la herramienta del diablo. Graba en el carácter la desconfianza, la sospecha, la calumnia, y un continuo negativismo.\*

La modestia es la tercera virtud principal. Los padres deben vigilarla en sus hijos. Deben emplear medios razonables para asegurar el cultivo de la modestia, estableciendo y manteniendo normas sobre el vestuario, la conducta y la manera de hablar. La exhortación y la oración no son suficientes. Sin embargo, después de toda nuestra vigilancia, debemos mirar a Dios para que obre un milagro continuo de protección divina en medio de la crisis moral de los últimos tiempos.\*

Cuando la inmodestia halla lugar en la imaginación, *ahuyenta al Espíritu Santo*. Es el terreno oculto del moderno descontento y de la moderna incredulidad. Pues

cuando el Espíritu de Dios se ha ido, entonces la verdad y la fe se van, y también la paz.\*

Parece que nuestra generación ha llegado a ser casi “a prueba de golpes”. Las inmodestias más insultantes en materia de vestuario, en la forma de hablar y en las pullas, se introducen insolentemente en nuestros hogares, en nuestras escuelas, y aun en nuestras iglesias, teniendo como única reacción un fruncimiento del ceño. Aquí es donde los padres deben instruir a sus hijos con gran cuidado y paciencia, impresionándoles con la norma de modestia que es propia de un niño o niña cristianos.

De muy poco aprovecha lamentarse por las normas morales bajas a las cuales ha llegado el mundo en nuestro día. El mundo no está interesado en la modestia. Un cristiano debe establecer sus propias normas a pesar de las normas que prevalezcan en el mundo que le rodea. Cuando una cultura comienza a desintegrarse moralmente, el pueblo de Dios debe esperar que la diferencia entre su modo de vivir y el del mundo será más pronunciada. Si no estamos preparados a aceptar la desaprobación que puede traer esto, entonces haríamos bien en preguntarnos si en verdad estamos dispuestos a ser seguidores de Jesús.

Los padres deben controlar cuidadosamente la televisión, el cine, y la provisión de lectura de sus hijos. Deben establecer y mantener normas modestas en el vestuario. Si una madre cristiana no puede comprarle a su hija vestidos que sean atractivos a la vez que modestos, puede recurrir a hacerlos o a alterarlos — o, lo que es mejor, enseñarle a su hija a que lo haga. Pero asegúrese primeramente la madre de que su propio vestido y conducta son modestos. El rendirse al mundo de la moda, a costa de la modestia, deja ver una fe débil que nada sabe de la vocación a la santidad.

¿Es que acaso se dan cuenta las madres cristianas que se visten de manera provocativa, la cual solamente era adoptada por prostitutas de tiempos pasados, y que ven a sus hijas jóvenes ir a la escuela esclavas de la misma moda predominante del potencial moral que hay en esta ola creciente de inmodestia? ¿Es que han per-

dido contacto de tal modo con sus hombres, que ya no los creen hombres? ¿O no les importa si siguen siendo hombres?

La inmodestia no simplemente alienta la sensualidad. Eso de por sí ya es suficientemente malo. Pero una inmodestia continuada y en aumento creciente conduce a sensualidad anormal. Una madre fue a dejar a su hijo adolescente al liceo en cierta oportunidad. Un grupo de muchachos estaban recostados en la escalinata del auditorium. Una atractiva muchacha, con un vestido cortísimo, comenzó a subir la escalinata. La madre pensó para sí misma: "Seguramente todos van a mirarla." Para su sorpresa, los muchachos prestaron muy escasa atención a la muchacha. Más tarde ella mencionó esto a su hijo. El le dijo: —Oh, eso no llama la atención. Cada vez que una muchacha se sienta tú puedes verle prácticamente todo. Uno finalmente se acostumbra.

Después del primer sonrojo, esto podría parecer una declaración alentadora: —Después de todo, nos adaptamos a estos cambios de estilo. Probablemente nuestros abuelos tuvieron las mismas reacciones cuando el vestido que llegaba hasta el piso dio lugar al vestido hasta la mitad de la pierna.

Puede que aun haya un elemento de verdad en esto. Pero también tenemos el hecho más inquietante de que la inmodestia vocinglera y continuada embota las reacciones de uno hacia el sexo opuesto. No es por accidente que la tendencia a la inmodestia corre aparejada con el aumento en la perversión y en la homosexualidad. Los hombres llegan a saciarse con el sexo en lo natural por causa de sobre-estimulación, y es por esto que adoptan una conducta antinatural y perversa. El más seguro guardián de la moralidad y del deseo saludable que al fin conduce al matrimonio es la modestia.

#### *Establezca reglas*

La enseñanza de cualquier clase incluye el establecimiento de ciertas reglas. En este punto debemos reconocer dos peligros opuestos e iguales: Por una parte la

no existencia de reglas firmemente establecidas, y por la otra una super-abundancia de regulaciones caprichosas.

Una penosa anarquía, y una sobrecarga de reglas y prohibiciones sobre los niños son aparentemente dos males contradictorios, sin embargo, son parientes uno del otro. Son igualmente insatisfactorios.\*

Donde no hay reglas firmemente establecidas y mantenidas, la vida de un niño es agitada por las cambiantes ondas de los sentimientos y del impulso — ya sea el del niño mismo o de sus padres. Los niños prosperan sobre la base del orden y de la rutina establecidos. Puede que luchen contra las reglas por el hecho de que todavía son indisciplinados; están sujetos al capricho o al impulso pasajeros. Sin embargo dependen, a sabiendas o no, de sus padres para que establezcan orden en sus vidas. El niño que crece sin encontrar jamás una regla firmemente establecida ante la cual inclinar su voluntad y conducta, es un "niño indigente" en el sentido más elemental: tiene padres perezosos e indisciplinados. Encaremos el asunto: Se precisa esfuerzo, voluntad y determinación para establecer y mantener reglas. *Por el momento* generalmente resulta más fácil ceder ante la presión de un niño para hacer a un lado las reglas. Pero el resultado es anarquía creciente en el hogar, y un trastorno del Orden Divino.

Ya es tiempo de que los padres reasuman el control y que lo hagan por medio de establecer y mantener firmemente las reglas establecidas. No me vengan con la insensata declaración: —¡Nada puedo hacer con el niño!

Por supuesto que puede. Lo que en verdad ha querido decir es: —Nada puedo hacer con el niño sin tomar tiempo para vigilarlo — sin algún esfuerzo — sin renunciar a mi propio placer y privilegio — sin perder mi popularidad — sin una pequeña porción de molestia.

¡Bien! Tómese el tiempo, acepte la molestia, acepte aun la pasajera racha de impopularidad con su propio hijo. Va a cobrárselo con intereses dentro de pocos años, cuando su hijo le dé gracias a Dios por haber tenido un padre que tuvo el tacto de fijar algunas reglas sensibles y de adherirse a ellas.

El Dr. Max Rafferty, Superintendente estatal de Instrucción Pública en California, culpa a los "padres irresponsables" por gran parte de la delincuencia juvenil del día presente: "Hemos sido suaves cuando debiéramos haber sido severos. Tolerantes cuando debiéramos haber manifestado firmeza. Generosos cuando debiéramos haber sido mezquinos. Despreocupados cuando debiéramos haber estado atentos." Las preguntas y comentarios del Dr. Rafferty ponen a prueba, incómodamente, algunos puntos de la negligencia de los padres.

"1. ¿Le da a sus adolescentes más dinero del que necesitan para almorzar, para sus útiles escolares y para el baile del sábado por la noche? Usted sabe que así es. Por eso es por lo cual muchos de ellos poseen carísimos departamentos en la Universidad, conducen elegantes automóviles extranjeros, fuman cigarrillos caros y van camino de un infierno caro.

"Los hippies y los yippies y todos sus semejantes pelucones y obscenos viven de día en día de los cheques de la asignación que reciben de su papá. Después de todo, escasamente hay alguna clase de trabajo que ellos podrían retener por más de un día, excepto el de vendedores de drogas en los recintos universitarios.

"El agitador universitario es la contraparte moderna del antiguo hombre inglés de "remesas". Se le mandan remesas para que permanezca lejos del hogar de modo que los de casa puedan tener un poco de paz y tranquilidad. ¿Y quién les paga? Pero, si usted sabe perfectamente bien quién es quien le paga. Mamá y papá.

"¡Vergüenza debiera darles a ustedes! No son más que dos fariseos de mediana edad. Auspiciadores de la bellaquería ausente. Son dos hipócritas que se lavan las manos. ¡Avergüencense!

"2. ¿Saben ustedes dónde están sus hijos cuando no se encuentran en el liceo ni tampoco en la casa, y qué es lo que hacen? Si no, ¿por qué no? En conexión con esto, ahórrenme, por favor, todas las popularmente insulsas racionalizaciones en cuanto a que los muchachos necesitan aprender independencia y confianza en sí mismos.

¡Ha! Independencia y confianza en sí mismos son las últimas cosas que necesitan aprender nuestros vástagos. Con estas genuinas cualidades se vuelven irritables, de manera semejante a muchos puercoespines adolescentes.

"Creo que he oído todos los argumentos jamás soñados acerca de cómo la generación 'de ahora' hace demandas sin precedentes de fe, confianza y un cheque en blanco. Irracionalidades. Lo que cada generación nueva necesita es la preocupación de los adultos, supervisión y un buen firme 'No' de vez en cuando.

"Cada escolar que yo he visto metido en problemas se debió a que sus padres no sabían — o posiblemente no les importaba — lo que él hacía cuando estaba metiéndose en esas dificultades. Por lo general es tan simple como eso.

"Querido padre, yo soy reacio a empujarle contra la pared, pero la verdad de las cosas es que usted no sabe. Puede que diga que está atento, pero es que realmente no sabe. ¿O verdaderamente sabe?

"3. ¿Conoce a los amigos de su hijo? ¿Se ven razonablemente limpios y hablan del mismo modo? ¿O su apariencia y su manera de hablar es como si muy recientemente hubieran salido arrastrándose de debajo de una roca sumamente apestosa? Si la última descripción es la que cuadra, esté atento a lo que viene luego. Solamente es cuestión de tiempo hasta que su hijo se una a ellos bajo esa misma roca.

"4. Mientras que estamos en esto, ¿Está usted en contacto con los padres de los amigos de sus hijos? ¿Se ha tomado el tiempo de reunirse con estos seres humanos similarmente atormentados para planear con ellos una estrategia mutua, aun cuando tan sólo sea para auto-defensa? En caso de que no se le haya ocurrido, es mucho más fácil exigir cumplimiento a cosas tales como horas de regreso a la casa, reglas sobre el vestuario y la conducta si es que la pandilla de su hijo está operando bajo idénticas reglas en sus respectivos hogares. ¿O le parece que hacer todo esto es demasiada pérdida de tiempo para usted?

“Aquí hay unas pocas premisas heréticas pero deliciosas que me gustaría proponer:

“1. Puesto que mamá y papá son más viejos, más sabios y ganan más dinero para pagar las cuentas del almacén que su hijo, este último debe por consiguiente hablar cortésmente, obedecer órdenes y aun hasta hacer algún trabajito de vez en cuando en relación con la casa.

“2. Un padre que paga las cuentas de colegio de su hijo sin verificar periódicamente para ver si éste no está cometiendo desórdenes, si no habla obscenidades o si no está manteniendo al proveedor de LSD del colegio con el dinero del viejo, es más culpable que su hijo de contribuir al desorden que es cosa corriente en nuestra educación superior.

“3. Todas las declaraciones que caracterizan a la generación más joven como de más sensitiva, atenta, interesada, inteligente, preocupada, beligerante o sensual que las generaciones anteriores, son un montón de estupideces. Los chiquillos de hoy son sencillamente más ricos. Eso es todo.

“4. Los padres que permiten que sus hijos adolescentes anden descalzos, sin afeitarse, sin bañarse, incultos y con una apariencia indescriptible, debieran ser internados o psicoanalizados. O tal vez ambas cosas.

“5. Los padres que están demasiado ocupados, cansados, perezosos, egocéntricos o indiferentes como para arrear el rebaño de sus hijos cada minuto de cada día, debieran ser despojados de la custodia de los mismos. Y aun, ni siquiera merecen haber tenido esos hijos. Por causa de su inercia están contribuyendo a la delincuencia.”

Si los padres toman a pecho esta clase de consejo, se darán cuenta que a las vidas de sus hijos y de sus hogares entrará un orden grandemente necesitado. Al mismo tiempo deben estar en guardia, no vaya a ser que caigan en el peligro opuesto — una superabundancia de reglas.

“Muchas leyes, muchas transgresiones.” Esto es característico de un gobierno que mantiene todas las cosas bajo su directa custodia. Instruye a la gente para una

total dependencia más bien que para una independencia responsable. El resultado de esto es que, mientras mayor es el número de reglas que se ponen, menor es el número de las mismas que se guarda. Y no podemos imaginar un peor resultado en el gobierno, en la educación o en la familia que un respeto en disminución por la ley. El hombre que pueda hacernos vivir bajo unas pocas leyes, pero que se preocupe de que estén bien administradas desde arriba, y obedecidas voluntariamente desde abajo por causa de la conciencia, sería posiblemente el mayor benefactor del estado . . . de la escuela . . . de la familia.\*

Una ayuda para simplificar las reglas es usar el principio de limitación absoluta de tiempo. En otras palabras, puede suceder que algunas actividades no sean dañinas en sí, pero los niños tienden a cumplirlas en exceso. Ejemplos típicos de lo dicho son el cine, la televisión y las revistas de historietas. Si el material de los mismos es apropiado, esto puede ser una manera entretenida en que los niños gasten algunas horas en fantasía. Sin embargo, si el niño gasta una cantidad desmesurada de tiempo sentado pasivamente en frente de la pantalla de televisión, o si su cuarto está constantemente cubierto de revistas de historietas, estas cosas comienzan a ejercer una influencia indebida sobre su vida. Cada padre debiera poner límites a la cantidad total de tiempo que se consagra a esta actividad. Durante el año normal de escuela, permitimos a los niños dos horas a la semana de televisión y un día en el cual pueden leer sus revistas de historietas. En ocasiones especiales, o durante las vacaciones, generalmente les concedemos un tiempo adicional para contemplar televisión, o una película ocasional. Limitando de este modo el tiempo gastado en estas actividades, les damos una oportunidad de desarrollar y cultivar otros intereses, y con una regla básica hemos colocado a un lado una docena de reglamentaciones caprichosas y nunca bien definidas.

Por muy fijo e invariable que sea el curso de la rutina hogareña y de los deberes de los hijos, debe sin embargo



permitírseles algunas horas de libre acción, en ciertos proyectos escogidos por ellos mismos. El padre debe ejercer vigilancia. Pero debe precaverse contra la actitud de crítica continua, de reprensión, de amenaza y de prohibición — para luego dejarles hacer, aunque a regañadientes. Nunca debemos dejar a los niños en una situación que entrañe peligro. Es aconsejable encararlos con situaciones en donde puedan comenzar a actuar por sí mismos. Observando desde una cierta distancia, podríamos decir que todavía tenemos las riendas en nuestras manos, y podemos hacer uso de ellas en el momento más conveniente.

Durante las vacaciones de verano, el miércoles es “día libre” en nuestra familia. Los niños pueden dormir hasta cuando les plazca, no tienen que realizar las labores acostumbradas en la casa o en el patio, y pueden escoger las cosas que quieren hacer. Esto constituye una agradable variante de la rutina, y de este modo los períodos de trabajo y de actividad familiar llegan a ser productivos.

Parece que es necesario decir una palabra especial con respecto a aquella persona que está en transición entre la niñez y la condición de adulto, el tan difamado adolescente. En la situación ideal, a una persona debe ir aumentándosele el tiempo libre durante estos años, de modo que esté lista a desprenderse del hogar en calidad de un adulto joven, responsable y autodisciplinado. Sin embargo, lo que un padre debe mantener presente continuamente es el hecho de que el *deseo* de un hijo por obtener libertad está siempre adelantado en relación con su *capacidad* para hacer uso de esa libertad. Finalmente, es el padre, y no el hijo, quien debe determinar la cantidad y calidad de libertad que su hijo o hija que se encuentran en el proceso de maduración deben tener.

Esto es especialmente cierto en relación con el sexo opuesto. Nuestra cultura coloca una carga intolerable sobre los jóvenes en esta fase de su vida. Ellos no tienen verdaderamente experiencia del poder de las fuerzas sexuales que se están despertando en su ser. Tienen solamente una leve vislumbre de la seriedad y alcance de la relación entre un hombre y una mujer. Y sin em-

bargo les permitimos estar juntos, con muy poca o ninguna vigilancia, sin siquiera haberles instruido en lo más elemental. Precisamente en el tiempo cuando necesitan desesperadamente reglas e instrucciones definidas, los dejamos libres casi sin reglas.

Cuando los estudiantes de un colegio del Medio Oeste iniciaron una campaña para que se les permitiera dormitorios abiertos — esto es, que los muchachos y muchachas tuvieran libertad de visitarse mutuamente en sus dormitorios — levantaron una tempestad de protestas de parte de los padres y de los ex-alumnos, lo mismo como algunas comprensibles objeciones de parte de la administración. Un muchacho y una muchacha arrinconaron un día al decano del colegio, y le lanzaron la consabida pregunta retórica: —¿Es que acaso no piensa que puede confiar en nosotros?

—No — respondió él.

Ellos tenían sus argumentos listos para las evasivas y los largos circunloquios que esperaban, pero fueron sorprendidos un poco por esta respuesta breve poco común.

—¿Por qué no? — preguntaron.

—Porque son varón y hembra.

Eso concluyó la conversación. Es una lástima que no haya más padres que tengan el sensible candor de este decano. Es de veras sorprendente el reconocer cuántos padres, que en otros sentidos parecen ser inteligentes, operan sobre la ingenua noción de que deben “confiar” en sus hijos. Parecen no darse cuenta de lo mucho que han sido intimidados por esta superficial apelación a una noble virtud. Cuando una damita se encoleriza por las restricciones — en cuanto a la hora que puede estar fuera, con quién, y bajo tales y tales condiciones — adopta la Expresión Más Oprimida y dice, con imperiosa consternación: —¿Ustedes no confían en mí!

A esto, los intimidados padres debieran contestar: —Por supuesto que no, querida.

La confianza no es algo que uno dispensa libremente, como la limonada, con el fin de fomentar un sentimiento de unión. La confianza se basa en la experiencia só-

lida, no en las emociones. Usted ni pensaría de “confiar” en su hijo — que acaba de terminar un curso de química elemental, y que desea ser médico — para que realizara una operación. Su confianza sería prematura y mal basada. El “confiar” en jóvenes con los explosivos potenciales del sexo — el lanzarlos completamente a sus expensas, sin salvaguarda, reglas ni restricciones — es tan necio como colocar un bisturí de cirujano en manos de un estudiante pre-médico. Esto no es confianza, sino irresponsabilidad necia y dañina.

Las culturas antiguas adoptaban una posición más realista en estas cosas. Reconocían el poder del apremio sexual, y no suponían ingenuamente que los jóvenes podrían o querrían controlarlo todo por sí mismo. Permitían que la relación entre personas del sexo opuesto se llevara a cabo solamente bajo condiciones severamente limitadas — cuando era necesario proveían acompañantes. No permitían que un muchacho y una muchacha estuvieran juntos y solos por períodos prolongados de tiempo. En otras palabras, no pedían de los jóvenes lo imposible. Proveían un marco de reglas y restricciones dentro de las cuales los jóvenes podrían estar protegidos de fuerzas que aun no estaban equipados para manejar.

Este asunto de establecer reglas sensibles para los jóvenes ha crecido hasta el punto en que comienza a colocar problemas no solamente en el liceo y en los colegios de enseñanza superior, sino aun hasta en los establecimientos de la enseñanza básica o elemental. Los padres en Charlotte, Carolina del Norte, comenzaron a alarmarse ante algunas de las cosas que estaban sucediendo con sus hijos e hijas. Niñas de once años estaban asistiendo regularmente a la escuela con los labios pintados. Alumnos del séptimo grado ya estaban formalizando compromisos serios. Las niñas de trece años salían solas aceptando citas de muchachos en automóviles. Treinta y cinco estudiantes casados estuvieron matriculados al mismo tiempo en el Liceo Central de Charlotte. Una muchacha de diecisiete años se había casado, divorciado, y era madre de un niño.

—Estaba aburrida hasta enfermarme con bailes, citas y paseos en automóviles, — explicó ella —. Me parecía que la única cosa que me quedaba por hacer era casarme.

Una tarde una niña de sexto grado estaba esperando que su amigo pasara a buscarla para su primer baile. Su padre la contempló por sobre el diario de la tarde; vestida con traje largo, con los labios pintados y con maquillaje, ella lucía equilibrada y serena. Pero cuando ya se aprestaba a abandonar la sala, corrió donde su padre y lo tomó del brazo. —¡Papito, no me dejes!— gritó. Súbitamente el padre vio que bajo el maquillaje, su sofisticada hija era nada más que una asustada niña de once años.

Este incidente proveyó el ímpetu que resultó en la formación de una Liga de Padres en Charlotte. La Liga estableció reglas en cuanto a fiestas, citas, actividades sociales y automóviles. Ya no se dejó a los adolescentes librados a su propia suerte. Sus padres proveyeron un marco dentro del cual ellos podían crecer en una atmósfera más reposada.

Una niña de catorce años dijo: —Desde que mis padres se unieron a la Liga, han comenzado a decirme lo que puedo y lo que no puedo hacer. Francamente, me han quitado una gran carga de la mente. Y después de todo, ¿no es para eso que sirven los padres? 5

Reglas y restricciones sensatas, establecidas por la comunidad de adultos, son una protección necesaria para los jóvenes. Si la comunidad no lo hace, entonces al menos los padres cristianos deben hacerlo para sus propios hijos — aun cuando esto imponga sobre el hijo normas diferentes de las que rigen en la comunidad de alrededor. Los riesgos involucrados durante estos años de desarrollo hasta llegar a la condición de adulto son muy serios y con un largo alcance como para estar sujetos al capricho de la subcultura de un adolescente.

#### *Sea ejemplo*

Sea usted mismo aquello que le gustaría que otros fueran. Séalo con todo su ser. Si sus demandas están en

5. Reportado por Booton Herndon en *This Week Magazine*.

contradicción con aquello que usted mismo es en secreto, entonces no espere éxito ni bendición. Lo que puede esperar, en cambio, es que su trabajo como padre le ponga en vergüenza.\*

El apóstol Pablo podía decir: “Sed imitadores de mí, así como yo de Cristo” (1 Corintios 11:1). Los padres debieran tener una conducta moral tal que pudieran invitar a sus hijos a que los imitaran.

Hay muchos que desean imponer religión en sus hijos sin ser ellos mismos religiosos. Son como los políticos que consideran que la religión es una cosa excelente para la gente, pero que reclaman una ley diferente para ellos. Compadezcamos a tales padres y a sus hijos, pero no podemos tener esperanzas para ellos. Ellos mismos han cercenado su misión entera como padres.\*

Cuando éramos muchachos, nuestro padre era director de un campamento de verano para niños indigentes. Mi hermano, mi hermana, y yo, participábamos de todas las actividades del campamento. “Campamento” era una palabra casera para nosotros, y nos traía imágenes de natación, pesca, paseos en bote, búsqueda de tesoros, camotes asados — una al parecer inagotable variedad de actividades del agrado de los niños. A medida que se aproximaba el verano, toda nuestra conversación en casa giraba alrededor del campamento — los peces que íbamos a pescar, los cuentos de fantasmas que habíamos oído de Dag Peterson, que era uno de los consejeros, los viejos amigos a los que volveríamos a ver — apenas podíamos esperar que comenzara una nueva temporada de campamento.

Mis padres tenían un problema conmigo, sin embargo. El lenguaje que traían algunos de los acampantes no era precisamente el que habían aprendido en la Escuela Dominical. Allí escuché palabras que nunca había escuchado antes — ni siquiera sabía su significado, aun cuando de algún modo yo presentía que no eran del todo adecuadas. Como si fuera una esponja, yo absorbía estas vulgaridades, de modo que las primeras tres semanas de vuelta a casa mis padres tenían que mantenerme aislado mientras fumigaban mi vocabulario.

Todavía se conserva fresco en mi mente un incidente pasajero con mi padre. Ya se iba para la práctica temprana de fútbol (pues era uno de los entrenadores), y cuando estaba por subir al automóvil se volvió y me dijo: —Tú sabes que yo no hablo palabras obscenas — y no quiero que tú lo hagas.

No hubo discurso. No hubo amenazas. Nada más que el poder de su propio ejemplo. Aun cuando no seguí su ejemplo tan bien como hubiera querido en los años de mi desarrollo, nunca lo olvidé. El ejemplo de un padre que había aprendido a disciplinar su manera de hablar fue una inspiración para mí.

La Investigación de la Juventud Luterana es una oficina para la investigación y el análisis estadístico entre los jóvenes luteranos, organizada con el fin de descubrir los factores que determinan el ingreso o no ingreso de los jóvenes en las actividades de la iglesia tras su confirmación. Descubrieron lo que no debiera haber sorprendido a nadie. Los jóvenes que permanecían activos en la fraternidad de la iglesia no eran necesariamente los que se habían mostrado más brillantes o más prometedores en el curso de Instrucción para la Confirmación. El factor más alto de correlación fue la *participación de los padres*. En otras palabras, el poder del ejemplo de un padre tiene mayor efecto para la instrucción de un niño que cualquier otra cosa.

“Déjate instruir por Dios, si es que quieres instruir a otros.” Este es un principio básico, sin el cual nadie puede abrigar la esperanza de que sus esfuerzos con sus hijos lleven fruto. Sin embargo nada es más frecuente que esta clase de esperanza — tan necia como audaz.\*

Es irrazonable esperar éxito moral con nuestros hijos, sin someternos a las leyes de la moralidad. Tan pronto como los niños conciben una sospecha de esta clase, el efecto de un centenar de reglas, preceptos y exhortaciones es perdido. Y que ningún hombre piense que es cosa fácil esconder de sus hijos sus transgresiones contra los mandamientos de Dios. Ellos a menudo miran lo que su-

cede tras la escena. Si la reflexión no está activa todavía, puede haber muy temprano en la vida la sensación de que algo no está andando bien.\*

Sin embargo este intento no es solamente necio, también es audaz. Pues aun suponiendo que tuviéramos éxito en preservar a los niños de toda impresión de la falacia y de la injusticia escondida, podríamos en verdad engañarles, aunque fuera por un tiempo, pero a Dios no podemos engañarlo ni por un momento. Presumimos de querer crear obras maestras de moralidad de nuestros niños sin tener de nuestra parte al Fundador de toda moralidad. Estamos actuando como si la fuente de bendición estuviera en nosotros más bien que en Dios. Estamos trabajando como si pudiéramos pasarnos sin su ayuda, siendo que es solamente él quien puede obrar en el corazón del hombre pecaminoso, y como si las leyes con las cuales él gobierna el mundo moral estuvieran entregadas en nuestras manos. Si nos propusiéramos trabajar para la destrucción de las obras de nuestras propias manos, podríamos encontrar una manera mejor de hacerlo.\*

Los hombres desean tener hijos obedientes, pero ellos mismos no son obedientes a Dios. Ernesto el Piadoso, Duque de Gotha, acostumbraba decir: "Si un príncipe desea tener súbditos obedientes, el príncipe mismo debe ser obediente a Dios." Pero del mismo modo como hay gobernantes que esperan lealtad fiel de parte de sus súbditos y renuncian a rendirle lealtad al Rey de reyes, así también hay innumerables padres que presumen en la misma forma. Tal manera de gobernar mina toda obediencia, suelta todas las ataduras, y prepara ciertamente para la revolución. Así también, un método semejante de criar niños echa las bases para el desorden en aumento constante.\*

El departamento de policía de Houston, Texas, publicó una lista de "Doce Reglas para Criar Niños Delincuentes". A través de toda esta obra irónica hallamos la repetición del tema del ejemplo de los padres:

1. Comience en la infancia dándole al niño todo lo que desee. De este modo crecerá con la idea de que el mundo está en deuda con él.
2. Cuando aprenda palabras feas, celébrele con risas. Esto le hará pensar que es ingenioso. También esto le alentará a aprender frases "más ingeniosas" que más tarde habrán de producirle a usted dolores de cabeza.
3. Nunca le dé instrucción espiritual alguna. Espere hasta que él tenga 21 años y entonces déjele "decidir por sí mismo".
4. Evite el uso de la palabra "incorrecto". Puede desarrollarle un complejo de culpabilidad. Esto lo preparará para que más tarde, cuando sea arrestado por robar un automóvil, crea que la sociedad está en su contra y que se le persigue.
5. Recoja todo lo que él deje por allí botado — libros, zapatos y ropas. Hágale todas las cosas de modo que él se acostumbre a echar toda la responsabilidad sobre otros.
6. Déjele que lea cualquier material impreso sobre el cual ponga sus manos. Preocúpese de que el servicio de mesa y los vasos estén esterilizados, pero deje que su mente se deleite en la basura.
7. Mantenga frecuentes disputas en presencia de sus hijos. De este modo no se verán tan afectados cuando más tarde el hogar se deshaga.

(El comportamiento de los padres entre sí debe estar gobernado por una condición principal: obediencia a Dios. ¿Quién puede esperar que los hijos reaccionen bien, si el matrimonio del cual provienen ha ido mal? El desarrollo de los hijos no es algo aislado, que pueda tener éxito a despecho de las relaciones a las que esté conectado. Ellos son miembros de un organismo moral.)\*

8. Déle a un niño todo el dinero que desee gastar. No le permita ganarlo por sí mismo. ¿Por qué habrían de resultarle tan duras las cosas como en el caso SUYO?
9. Satisfaga todos sus clamores en cuanto a comida,

- bebida y comodidad. Preocúpese de que sean complacidos todos sus deseos sensuales. La negación podría conducirle a una frustración dañina.
10. Póngase de parte de él contra los vecinos, maestros y policías. Todos están prejuiciados en contra de su hijo.
  11. Cuando él se meta en dificultades verdaderas, discúlpese diciendo: "Nunca pude hacer nada con él."
  12. Prepárese para una vida de pesadumbre. La va a tener con seguridad.

No podemos evitar el vernos reflejados en las faltas de nuestros hijos. Las tristes experiencias que ganamos en ellas tienen como finalidad el humillarnos. A menudo Dios coloca la cosa más escondida, que solamente él conoce, ante nosotros en nuestros propios hijos. Es de este modo cómo nos da una reprimenda que corta más profundamente en nuestra conciencia, pues nadie la entiende sino solamente nosotros. La Escritura nos muestra una conexión entre las acciones secretas de los padres y el comportamiento y fortuna de los hijos. Puede verse en la historia de David. El había destruido la familia de Urías, por lo cual la confusión irrumpió en su familia, la que hasta ese entonces había sido bendecida por Dios. Por causa de su doble pecado de adulterio y asesinato, había destruido el honor y la vida. Sus hijos cometieron pecados de igual carácter contra sí mismos y contra él. El lo había hecho en secreto; la retribución vino sobre él ante los ojos de todos.\*

Ante tales experiencias, haríamos bien en leer cuidadosamente las palabras de la Escritura que dicen que "visito la maldad de los padres sobre los hijos". Un padre temblará ante tales pruebas de la justicia divina. Dios ordena las cosas de este modo. Es ley suya para este mundo el que los hijos lleven las faltas de sus padres, así como el individuo lleva la falta de su grado o nación. En la nueva era, esto es, en el Reino de Dios, habrá de prevalecer una nueva ley: Allí cada uno recibirá de acuerdo a sus propias obras, y nadie sufrirá por la falta de otros sino solamente por las propias.\*

Jesús habla de un hombre que construyó su casa sobre la arena (Mateo 7:24-27). La casa fue levantada rápida y fácilmente, pero cuando vinieron la lluvia y los vientos, la casa cayó, y la caída de aquella casa fue grande. Así sucede con aquél que oye los mandamientos de Cristo y no los guarda. Debe ser así también, con aquél que los enseña y no los guarda. No seáis engañados con el éxito aparente. Aquellos que tratan que otros guarden los mandamientos, sin obedecerlos ellos mismos, tienen un día designado en el cual recibirán reconocimiento. Llega el día en que Dios mostrará sobre qué clase de fundamento está construido el edificio.\*

Nada es más importante al establecer la autoridad de un padre con sus hijos que el ejemplo que el padre da con su propia vida. Es muy cierto, esto llega al corazón mismo de la naturaleza de la autoridad. Una "autoridad" debe resumir en sí misma todo aquello que sustenta su comunidad. Debe ser la envoltura viviente de los principios que administra para su comunidad — ya sea que ésta sea una nación, un establecimiento militar, una iglesia o una familia.

La alta estimación concedida al ya difunto Dwight Eisenhower por el pueblo norteamericano tenía su razón precisamente en su cumplimiento de este papel. El personificaba la dignidad que brota del abono de la virtud hogareña. Cualesquiera fueran los desatinos políticos de que pudieran acusarlo sus oponentes, ellos no podían afectar la convicción sencilla del pueblo de que aquí había un hombre bueno, en quien podían confiar. Aceptaron su autoridad pues él mismo era el símbolo viviente de todo aquello que ellos creían que era Estados Unidos, o al menos lo que debía ser. Los padres deben ser la personificación de su enseñanza, si es que desean establecer su autoridad. Pues nadie puede establecer su propia autoridad; ésta es establecida por aquel que está por sobre él en autoridad. La autoridad de un padre es establecida por Dios, quien ha creado esta familia, y ante quien el padre es finalmente responsable. Dios no pide menos de los padres que lo que ellos, a su vez, exigen de sus hijos.

## DISCIPLINA

Aquí está el hecho que los padres cristianos deben ver con toda claridad: *Dios nos responsabiliza por la disciplina de nuestros hijos*. Si usted disciplina y cría a sus hijos de acuerdo a su Palabra, tendrá su aprobación y bendición. Si fracasa en hacerlo, incurrirá en su ira.

Dios castigó a la casa de Elí, el sacerdote, por la sencilla razón de que no supo disciplinar a sus hijos. "Y le mostraré que yo juzgaré su casa para siempre, por la iniquidad que él sabe; porque sus hijos han blasfemado a Dios, y él no los ha estorbado. Por tanto, yo he jurado a la casa de Elí que la iniquidad de la casa de Elí no será expiada jamás, ni con sacrificios ni con ofrendas." (1 Samuel 3:13,14.)

La Palabra de Dios responsabiliza al padre por la disciplina de los hijos. "Oíd, hijos, la enseñanza de un padre... porque yo también fui hijo de mi padre, delicado y único delante de mi madre. Y él me enseñaba..." (Proverbios 4:1-3.) El padre debe instruir y disciplinar al hijo, exigiendo cumplimiento a sus órdenes como a las de su esposa. La esposa, en esto, lo mismo como en otras cosas, es la ayuda idónea de su esposo, y disculpa a los hijos en virtud de la autoridad que le es delegada, por ejemplo, en la ausencia del esposo.

El punto que deben comprender tanto los padres como los hijos es éste: La obediencia del hijo no es solamente deseable o preferible. En ningún sentido es opcional. Es cosa exigida. Se requiere de los padres por Dios, y por consiguiente los padres deben requerirla de los hijos.

El apóstol Pablo escribe a los Romanos: "Consideráos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús" (Romanos 6:11). Esta es una verdad de la que debemos apropiarnos para nosotros y para nuestros hijos. Estamos edificando sobre el fundamento adecuado cuando reverenciamos a nuestros hijos como hijos de Dios en verdad.\*

¿Pero con qué fin existe entonces la disciplina? ¿De dónde es que proviene aún el pecado por el cual se hace necesaria la disciplina cristiana? La disciplina cristiana se hace necesaria con el fin de mantener muerto al viejo

hombre que ha muerto a través de un acto de Dios. Pues solamente ha sido muerto y colocado a nuestros pies en tal manera que, si somos incrédulos, podemos hacerlo volver a la vida. Podemos permitir al pecado un nuevo dominio tal sobre nosotros, que sea más difícil y pesado que antes. Aquello que Cristo ha vencido y llevado hasta la tumba con los más amargos sufrimientos, no debiéramos despertar de nuevo y levantarlo de la sepultura. Pero puesto que somos, aun cuando nuevas criaturas, instrumentos falibles, hay necesidad de vigilancia y disciplina. Este es el verdadero significado de toda autodisciplina y restricción, el ejercitarnos y confirmarnos en la victoria continua sobre el viejo hombre. Esta es la meta de toda disciplina que Dios coloca sobre nosotros; esta es la meta de todo aquello que nosotros colocamos sobre otros. Y nuestra disciplina es tan necesaria para nuestros hijos, como lo es la disciplina que viene de Dios para nosotros.\*

Por consiguiente, no merecen ser escuchadas aquellas personas que nada quieren oír sobre castigo en la educación, o cuando menos de castigo corporal. Disciplina y castigo son dos ideas estrechamente unidas, de modo que en verdad toda disciplina es también castigo, aunque ciertamente todo castigo no es disciplina. En ambos podemos ver retribución y declaración de rectitud, aunque con esta distinción: Por medio de la disciplina somos recordados inmediatamente del propósito del padre de salvarnos, purificarnos y sanarnos; pero también puede pensarse del castigo sin tal propósito, sino como un acto puramente judicial de justa recompensa.\*

*Respalde la enseñanza con disciplina*

La disciplina debiera comenzar cuando el niño está en la cuna. Un infante sabe si puede o no manipular a sus padres, y si puede, lo hará. El bebé que descubre que llorando o reteniendo el aliento o siendo un problema de alimentación se convertirá en la principal atracción de la familia, llorará, retendrá el aliento, o será un problema de alimentación.

No tenga temor de ser dictador. Los niños necesitan saber que hay alguien en la familia que es más fuerte y más sabio. Cuando la situación lo demande, póngase firme y diga, —No, no puedes ir— o —No, no te lo daré.

Puede que su hijo proteste amargamente, pero interiormente estará complacido al ver que usted le ama lo suficiente para arriesgar su ira, y que tiene el buen juicio y la fortaleza para protegerle contra su propia necedad y falta de experiencia.

El hijo que recibe todo hecho, al que se le da lo que pida, y de quien nada se requiere es un niño desposeído. Un doctor en medicina, escribiendo en el *National Observer*, dijo que es como servir al niño una dieta sin las vitaminas y minerales esenciales... y pronto mostrará señales de deficiencia nutricional: "Un hogar que no tiene prohibiciones, que no hace demandas, que no exige cortesía ni conformidad, que no establece reglas y límites, es un hogar al cual el inspector sanitario de la ciudad debiera cobrar una multa", continuó. "Es un lugar antihigiénico, un terreno propicio para dificultades. Y habrá dificultades. El carácter de un niño necesita una estructura adecuada, y el comenzar con estos controles externos han sido adecuados puede el niño apropiárselos, hacerlos una parte de sí mismo, y tener de este modo la necesaria estructura interna para permitir que el crecimiento se lleve a cabo en forma completa y bien."

El padre que trata de agradar al niño dándole sin esperar nada de él, termina por no agradar a nadie, y menos que a nadie al niño. Pues al fin cuando surjan las dificultades, el niño culpará al padre por su inutilidad.

El teniente Robert L. Vernon, oficial a cargo de la Unidad de Servicio Juvenil del Departamento de Policía de Los Angeles, habla por experiencia cuando dice que los niños de hoy quieren disciplina, ya sea que lo comprendan conscientemente o no. El sostiene que ni los padres ni los tribunales le hacen un favor a los niños al ser demasiado benignos. Nos cuenta de una entrevista hecha a un transgresor por tercera vez que había sido

arrestado por robo mayor. El muchacho estaba confundido porque no había sido castigado. El teniente Vernon llega a la conclusión de que la gente joven desea saber hasta dónde puede ir.

Amenazas continuadas y exclamaciones airadas sin acciones consiguientes (el hábito de la mayoría de las madres) no son de ningún valor. Producen en los niños indiferencia, y hacen declinar el respeto por su madre; de este modo ella se prepara inacabables dificultades e incomodidades, las que podría haberse ahorrado. Su corazón de madre se estremece ante la idea de infligir un castigo severo, por consiguiente deja sus amenazas sin cumplir. Pero en la mayoría de los casos, los castigos severos son innecesarios. Un castigo muy pequeño, llevado a cabo con precisión, y repetido en caso de que la falta se repita, tiene un efecto que no se consigue con amenazas.\*

Cuando la disciplina es necesaria, debe administrarse con prontitud. "Por cuanto no se ejecuta luego sentencia sobre la mala obra, el corazón de los hijos de los hombres está en ellos dispuesto para hacer el mal" (Eclesiastés 8:11).

#### *Un concepto equivocado básico*

Desde el tiempo de la Revolución Francesa ha ganado amplia aceptación la idea de que la naturaleza humana es básicamente buena. El "mal" que irrumpe de tiempo en tiempo se debe a falta de educación y de comprensión, o tal vez a patrones psicológicos infligidos por la cultura y el medio ambiente de uno. Lo que se necesita, dicen, es educación y tal vez algún ajuste en el medio ambiente de uno —económico, social, político, psicológico. Una vez que una persona "comprende", y una vez que se remueven las restricciones artificiales, florecerá la bondad innata de la naturaleza humana.

Dos guerras mundiales, seguidas por una generación de guerras frías y calientes, han atemperado de algún modo este optimismo ingenuo referente a la naturaleza humana. Sin embargo, muchas de nuestras presuposiciones y de nuestros juicios están basados todavía en la idea

de que la naturaleza humana es básicamente buena, pues esta idea ha penetrado en toda zona de nuestra cultura y pensamiento. ¡Y en no menor grado en la zona de la crianza de niños! Gran parte de la pesadumbre en las relaciones entre el padre y el hijo tiene sus raíces en esta falsa comprensión de la naturaleza humana. Los padres consideran a sus hijos como básicamente "buenos". Cuando se muestran "malos" en una situación particular, el padre comienza a indagar frenéticamente la razón: "¿Qué está estorbando y restringiendo a mi angelito, para que haga una cosa semejante?"

Primero, se emplea la razón. Por supuesto que simplemente él no comprende. Una vez que comprenda, su bondad y lógica innatas habrán de manifestarse.

—Queridita, no debes golpear tu cabeza en el piso cuando yo te quito la plancha. La mamá necesita la plancha para que tus vestidos se vean lindos. ¡Además, a veces la plancha está *caliente*, y mi niña podría dañarse!

La niña simplemente grita más fuerte y continúa golpeándose la cabeza en el piso en un arranque de mal genio. Obviamente esto es más serio que una mera falta de comprensión. La plancha puede representar seguridad y un sentido de bienestar para el niño. ¿Por qué no comprar una plancha de segunda mano de modo que pueda tener una plancha propia? ¡El problema está resuelto!

La niña está feliz con su plancha nueva. Contenta tira del cordón, exudando bondad.

Pero la próxima vez la mamá va al almacén, y la niña debe quedar en casa con su hermana mayor, la niña se echa al suelo sobre la alfombra de la sala y comienza a golpear en el piso.

—Queridita, no *hagas* eso. Porque, tú sabes, mamá volverá luego. ¡A ver! vamos a encender la televisión y a ver una de esas historietas que te gustan.

(En emergencias, debe usarse la "técnica de distracción", puesto que uno no tiene tiempo de averiguar qué es lo que impide que se exprese la bondad innata de la niña.)

Obviamente la niña tiene un sentimiento profundamente asentado de inseguridad. Mami y papi deben estar privándole de algo. (¡Si ellos supieran qué es ese algo!) Tal vez ambos debieran ir a consultar al psiquiatra para ver qué es lo que están haciendo de malo. Mientras tanto, deben procurar hallar la manera de asegurar a la niña su amor y cariño. Si la situación no mejora, es probable que la niña misma necesite tratamiento psiquiátrico.

A pesar de todo, la situación no mejora. La niña está habituándose a armar escándalo con sus accesos de mal genio. La mamá y el papi se vuelven locos buscando algo que la pacifique, convencidos de que puede sufrir una conmoción un día cualquiera de estos.

Un día en que la niña no solamente se echa al suelo, sino que también lanza a un rincón el trofeo que su papi ganó en las bochas, quebrándole el asa derecha, papi se olvida de sí mismo. En un arranque de cólera y desquite pone a la niña sobre sus rodillas y le da una sonora paliza. Complejos o no complejos, eso es más de lo que papi puede aguantar.

Por cierto que todo el proceso científico de la crianza de niños ha sufrido un serio retroceso a causa de esta explosión de ira e irracionalidad incontrolada. Esto habrá de erigir una barrera tal en la psique de la niña que puede suceder que su bondad innata tarde *años* en poder expresarse.

Y verdaderamente sucede que la niña cae en un virtual eclipse psicológico. Transcurren dos semanas completas antes de que su lesionado ego pueda reunir suficiente fuerza como para tener otro acceso de mal genio.

Si la ilustración es algo exagerada, esta filosofía básica de la crianza de niños está muy extendida. En otras palabras, los padres aceptan ampliamente la idea de que la naturaleza humana es básicamente buena. Sentada esta premisa, las técnicas de disciplina están encaminadas a seguir el molde sugerido anteriormente: Fuerte énfasis sobre la razón, y ajuste del medio ambiente al niño.

Esta filosofía ha sido sometida a prueba durante el período de un par de generaciones. Los resultados no han sido satisfactorios.



Sin embargo, a pesar de la difundida preocupación con respecto al derrumbamiento de la disciplina, en la familia y en la sociedad por fin, es sorprendente ver con cuánta tenacidad la gente se adhiere a la idea de la innata bondad de la personalidad humana. Un comité conjunto de la Asociación de Dueños de Casas y de la Asociación de Dueñas de Casa de Londres publicó un informe sobre las relaciones de los adolescentes y los adultos. La Introducción declaraba: "Estamos convencidos de que entre la gran mayoría de los adolescentes de todos los niveles de habilidad, de toda clase de extracción social, hay una inmensa potencialidad para el bien — el propio y el de la sociedad entera.

"Están tomando ventaja en forma creciente de las oportunidades para una educación formal y de adquirir conocimiento y experiencia de muchas maneras informales. Son, como debiera ser la gente joven, ávidos por los experimentos y las aventuras; critican pero son compasivos, están preparados para trabajar firmemente en causas que ellos elijan libremente, son reposados, con opiniones realistas, amigables y responsables. Su virtud es uno de los capitales más importantes de nuestra sociedad.

"No obstante, algunas condiciones de nuestra sociedad actual amenazan seriamente el pleno desarrollo de estos bienes . . .

"Un progreso rápido e intensivo del conocimiento científico en todos los frentes nos ha confrontado con una serie de poderosas invenciones — la motocicleta, el radio a transistor, la píldora, la pantalla de televisión — que aun no hemos aprendido a comprender o a controlar completamente.

"También se ha debilitado (pensamos que temporalmente) lo que en un tiempo fue la poderosa influencia de la autoridad religiosa. Para un gran número de personas, la religión ya no es la base incuestionable de la conducta moral.

"Junto con esta declinación se ha hecho presente una inseguridad en cuanto a las normas morales entre adultos, y un desapego a dictar o ejercer autoridad sobre los jóvenes.

"Aun cuando la generación de gente mayor, maestros y también padres, pueda estar profundamente preocupada como en el pasado en cuanto al bienestar de la juventud, su confianza en cuanto a cómo es mejor guiarlos, ha sido minada y es por esto que a veces se desligan del todo de su responsabilidad."

A pesar del fracaso admitido, hay una adhesión de ciega fe a la noción de que la culpa la tienen "ciertas condiciones de nuestra sociedad". El problema es que simplemente "no hemos aprendido todavía a comprender o controlar . . . la motocicleta, el radio a transistor, la píldora, la pantalla de televisión". ¿Qué podemos decir acerca del intento de comprender y controlar a los niños que montan la motocicleta y contemplan la pantalla de televisión?

El problema yace en la presuposición. La Biblia enfrenta el problema de la crianza de los niños desde un punto de vista fundamentalmente diferente. ¡La Biblia no considera a un niño como básicamente bueno! "He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre" (Salmo 51:5). La Biblia no contempla a un niño como alguien que esencialmente desea hacer la cosa más sabia y correcta. Su comprensión de la naturaleza del niño es diferente y por tanto su filosofía en cuanto a la disciplina es diferente. "La necedad está ligada en el corazón del muchacho; mas la vara de la corrección la alejará de él" (Proverbios 22:15).

El método escritural de disciplina es sencillo e inequívoco: *la vara*. Antes de desechar esto como anticuado, bárbaro, carente de comprensión y de amor, e irremediabilmente ajeno a los métodos de la psicología moderna, consideremos lo que la Biblia dice acerca de la disciplina de la vara.

#### *La vara: el camino del amor*

"El que detiene el castigo, a su hijo aborrece; mas el que lo ama, desde temprano lo corrige" (Proverbios 13:24). Es sentimentalismo, y no amor, lo que detiene la vara. De veras, y la Biblia usa un lenguaje todavía más

fuerte. Lo denomina *aborrecimiento*. La enseñanza que no está respaldada con la disciplina bíblica no le comunica amor y comprensión a un niño. Lo que le comunica es una *falta de preocupación*.

Un psiquiatra contó una vez a un grupo de personas de nuestra iglesia acerca de una pequeña de siete años que le había tocado tratar en calidad de paciente. En cierto punto del tratamiento la niña hizo una declaración que le sorprendió y lo hizo escuchar con atención.

—Mi mami no me quiere — dijo ella —. Nunca me castiga . . .

La Biblia usa las expresiones más fuertes con respecto a la necesidad de la vara de disciplina. ¿Cuál es entonces el significado de esa suavidad y laxitud que demanda una crianza sin vara? Solamente puede explicarse como una rebelión interna contra la disciplina y la ley, que no cree en juicio ni en Juez eterno, que no predica acerca de la ira de Dios, que rehusa al gobierno el deber de la retribución, que priva a todo castigo judicial de seriedad judicial, y entonces, como una consecuencia necesaria, le niega al padre el poder de castigar, y que también se desembarazará de la seriedad y de la completa severidad en la disciplina de los hijos.\*

Algunos alegan que mediante el castigo corporal no se produce ningún efecto moral, pues éste actúa únicamente sobre los sentidos. Sostienen que en el futuro la persona evitará el mal por temor al castigo corporal. De esta manera el niño sería conducido por estos mismos medios disciplinarios a actuar por motivos físicos y no por aquellos que son más altos, lo opuesto de toda moralidad — lo opuesto de todo lo que debiera ser efecto de nuestra instrucción.\*

Esta objeción es válida únicamente contra los métodos más rudos de castigo. Importa, por así decirlo, solamente al niño y a la paleta, como si no existiera otra cosa. Se olvida de la persona que castiga, y de la relación que ella tiene con el objeto del castigo. Si el castigo es de la clase correcta, tiene efecto no sólo en lo físico, sino que a través del terror y del dolor físico, despierta y agudiza la conciencia de que hay un poder

moral sobre nosotros, un juez justo, y una ley que no puede ser quebrantada. No disuelve, sino que más bien fortalece el lazo moral que ata al niño con su padre. Y lo mucho que aman los niños a los padres severos es una confirmación de lo dicho. No confirma a un niño en la máxima falsa de actuar meramente para evitar lo que es físicamente desagradable. Cuando el dolor físico de una paliza ha pasado, queda una seria impresión, y ésta le ayudará a enfrentar la próxima tentación que se levante.\*

Una paliza combina los dos aspectos de amor y temor, y en esto se asemeja a nuestra relación con nuestro Padre Celestial. Algunas personas tienen dificultad con la idea de *temer* a Dios porque en nuestro pensamiento se ha introducido una cierta especie de humanismo sentimental. Pensamos que el amor y el temor no pueden co-existir. La Biblia, sin embargo, considera consistentemente al amor y al temor como dos mellizos inseparables.

La gran confesión de fe de Israel, que le ha sustentado como una nación hasta el día de hoy, une los mandamientos hermanos de *amar* y *temer* a Dios: “Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es. Y amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas . . . A Jehová tu Dios temerás, y a él sólo servirás, y por su nombre jurarás” (Deuteronomio 6:4,5,13).

Una vez un fariseo le hizo a Jesús una pregunta, “por tentarle”, esto es, para tratar de hacerle cometer un desliz:

—“Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento en la ley?

Jesús le respondió citando parte del pasaje de Deuteronomio mencionado anteriormente: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente . . .” (Mateo 22:36,37).

Esta era la respuesta “correcta”, la que satisfizo la teología del fariseo. Sin embargo, claramente se ve por el contexto que Jesús no se conformó con dejar que el asunto quedara en un mandamiento formal de “amar

a Dios". El prosigue y en todo el capítulo siguiente pronuncia su afamado séptuple "¡Ay!" sobre los fariseos. Es completamente contrario al carácter de Jesús simplemente "dejar escapar vapor", esto es, desahogar su resentimiento sin otro propósito que el de expresar sus sentimientos. Los severos ayes que él pronunció sobre los fariseos estaban calculados para inspirar en ellos un saludable *temor* de Dios. Su amor hacia Dios había llegado a ser formal, frío e inflexiblemente voluntarioso, precisamente porque estaba faltando el elemento de temor.

El Nuevo Testamento reconoce esta íntima relación entre amor y temor; está repleto de advertencias no solamente de que amemos a Dios, sino también de que le temamos:

"Varones israelitas, y los que *teméis* a Dios..." (Hechos 13:16).

"Cornelio... piadoso y *temeroso* de Dios..." (Hechos 10:1,2).

"Siervos, obedeced en todo a vuestros amos terrenales... con corazón sincero, *temiendo* a Dios" (Colosenses 3:22).

Algunos intérpretes tratan de quitar intensidad a pasajes como éstos, diciendo que la palabra significa "respeto" o "reverencia". Pero la palabra usada en los pasajes ya citados es la misma que se usa en los que vienen a continuación:

"Cuando llegó (Pablo) a Jerusalén, trataba de juntarse con los discípulos; pero todos le tenían *miedo*, no creyendo que fuese discípulo" (Hechos 9:26).

"Y los alguaciles hicieron saber estas palabras a los magistrados, los cuales tuvieron *miedo* al oír que eran romanos." (Hechos 16:38.)

"Porque esta noche ha estado conmigo el ángel de Dios... diciendo: Pablo, no *temas*..." (Hechos 27:23,24).

La palabra es *phobeo*, de la cual se deriva nuestra palabra castellana fobia, ¡que de ningún modo es un término suave!

La disciplina de Dios sobre nosotros, sus hijos humanos, está calculada para inspirarnos temor. Y esto no significa un fracaso o un retiro del amor. El temor actúa como un catalizador para el amor. Quien más teme a Dios, le amaré en mejor forma. Si Dios, el Padre perfecto, disciplina de este modo a sus hijos para inspirarles temor, entonces debiéramos seguir su ejemplo en el trato con nuestros hijos.

Los padres necesitan liberarse del complejo de falsa culpa cuando se trata de disciplinar a sus hijos. La comprensión de esta sencilla verdad cambió la atmósfera de nuestro hogar de la noche a la mañana: *Dios espera que castigues a tus hijos cuando se rebelan o desobedecen*. Me di cuenta que cuando había castigado a mis hijos había sido la imposición de mi propia voluntad sobre ellos. Por esta razón había mostrado inclinación a ser inconsistente, con mala voluntad, y recurriendo al castigo solamente como un último recurso. Cuando comprendí que no era mi ira sino la Palabra de Dios lo que determinaba una paliza, mi actitud hacia el asunto cambió completamente. Ahora lo hacía no con ira hacia el niño, sino obedeciendo a Dios. La atmósfera entera fue diferente — y los niños pudieron notarlo inmediatamente. Las palizas fueron más seguras, más duras — y en menor cantidad. (Los hijos establecidos en un modelo de Orden Divino requieren pocas palizas; la palabra de autoridad basta.) A consecuencia de esto se desarrolló un nuevo sentimiento de amor que afectó no solamente las zonas de la obediencia y de la disciplina, sino que se extendió a través de la vida entera de nuestra familia.

Sin duda es cierto que todo padre se enoja y se manifiesta hostil hacia sus hijos una que otra vez. Jean Kerr lo expresa humorísticamente: "Nuestros hijos nunca tendrán que pagar a un psiquiatra veinticinco dólares la hora para averiguar por qué los hemos rechazado. Nosotros les diremos por qué los hemos rechazado. Porque son insoportables, por eso."<sup>6</sup> Aun admitiendo que

6. En *Por Favor no se Coma las Margaritas*.

tal clase de cosas son ciertas, también es cierto que todo padre ama a sus hijos y esto es al fin lo que de veras importa.

La Biblia contiene pocas exhortaciones a amar a nuestros hijos, pues esto es natural. Son nuestra carne y sangre, y "nadie aborreció jamás a su propia carne" (Efesios 5:29). Por otra parte, la Biblia contiene muchas exhortaciones para que disciplinemos a nuestros hijos. Los padres no debieran retener la disciplina a un niño por temor de que pudieran estar desahogando "hostilidades escondidas" sobre el niño. Quien aborrece a un hijo obediente es un padre anormal. Lo que aborrecemos es un hijo que no ha sido criado adecuadamente — un hijo rebelde, desordenado. Un hijo disciplinado en la obediencia a Dios, será un hijo disciplinado en el amor. La disciplina no milita contra el amor. Es un canal a través del cual fluye el amor.

*La vara: la primera medida, no el último recurso*

La mayoría de los padres comete el error de usar la paliza como un "último recurso". Cuando los razonamientos, alegatos, lisonjas, sarcasmo y amenazas fracasan, el padre airado y desesperado le da una paliza a su hijo. No ha sido la intención de Dios de que la paliza fuera la última línea de defensa de un padre acorralado. Debe ser la *primera* acción que tome un padre, *en obediencia a Dios*, para corregir la desobediencia de un hijo. Es el medio correctivo positivo designado por Dios para librar y proteger a un niño de las garras de su propia terquedad. "La vara y la corrección dan sabiduría; mas el muchacho consentido avergonzará a su madre" (Proverbios 29:15).

Los padres deben recordar este hecho simple: *Los padres son una autoridad para su hijo*. Dios lo ha establecido. No deben discutir con su hijo para que le obedezca. Ni deben amenazarle — "¡Haz esto o te castigo!" *No, el padre pronuncia una palabra de autoridad*. Una palabra correcta, una palabra bien considerada, una palabra que el niño pueda entender y llevar a cabo, una palabra que

Dios pueda aprobar y respaldar. Su hijo debe ser enseñado a *obedecer su palabra*.

Si un niño rehusa obedecer, debe llevarlo aparte y administrarle la disciplina cabal y bíblica, luego conducirlo de vuelta y repetirle la palabra. Cuando se hace esto temprano en la vida y de manera consistente, pronto el niño aprenderá que la autoridad de su padre no es cosa de poca monta. Un niño disciplinado de esta manera requerirá con muy poca frecuencia una paliza. Será un niño feliz, seguro, obediente — viviendo bajo la autoridad de su padre y viviendo también de acuerdo con el Orden Divino.

El respeto por el orden y la autoridad que aprende un niño en esta edad casi no le significan molestia. El dolor de una paliza dura nada más que unos minutos. Si la lección no se aprende en esta época de la vida, entonces tendrá que aprenderse en una época posterior, por otros medios y a costa de mayor dolor. Tarde o temprano — cuando solicite admisión a la Universidad con un bajo promedio de notas, cuando sea despedido del trabajo porque constantemente desafía la autoridad del jefe, cuando pierda un ascenso por causa de sus hábitos descuidados de trabajo — tarde o temprano, tiene que aprender lo que un padre responsable pudo haberle enseñado antes de que tuviera doce años. En los primeros doce años de vida un niño debe aprender a través de las asentaderas de sus pantalones, lo que debería aprender de otro modo a costa de mucho sufrimiento.

No podemos por medio de la psicología hacer que un niño tenga una actitud alegre y positiva hacia una paliza. "Ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados" (Hebreos 12:11). Los padres debiera tener su ojo adiestrado para mirar en el futuro, y dejarse de estar tratando de ganar un concurso de popularidad con sus hijos. Lo que su hijo pueda pensar de los padres en el contexto inmediato de la disciplina es relativamente poco impor-

tante. Lo que su hijo habrá de pensar de usted de aquí a veinte años es la cosa que cobra mayor seriedad.

“Yo tuve la madre más desconsiderada del mundo”, escribe una dueña de casa, que ahora a su vez está criando una familia propia. “Mientras que otros chiquillos comían caramelos de desayuno, yo tenía que tomar cereal, huevos o tostadas. Cuando otros tenían gaseosas y confituras al almuerzo, yo debía comer un sandwich. Como ustedes podrán adivinar, mi cena también era diferente que la de los otros niños.

“Pero por lo menos yo no estaba sola en mis sufrimientos. Mi hermana y dos hermanos tenían la misma madre desconsiderada que yo.

“Mi madre insistía en saber dónde estábamos todo el tiempo. Usted habría podido imaginarse que estábamos condenados a cadena perpetua. Ella tenía que saber quiénes eran nuestros amigos y qué estábamos haciendo. Ella insistía en que si decíamos que estaríamos de vuelta en una hora, que volviéramos en una hora o menos — no una hora y un minuto. Estoy casi avergonzada de confesarlo, pero ella nos pegaba de veras. No una vez, sino que cada vez que hacíamos lo que se nos venía en gana. Ese pobre cinturón se usó más en nuestras asentaderas que para sujetar los pantalones de papá. ¿Pueden ustedes imaginarse a alguien que en verdad castiga a un niño simplemente porque desobedece? Ya pueden darse cuenta lo mala que era ella.

“Teníamos que usar ropa limpia y bañarnos. Los otros chiquillos siempre usaban su ropa durante días. Donde ya la situación alcanzó caracteres de verdadero insulto fue en el hecho de que ella misma nos hacía la ropa, nada más que para ahorrar. ¿Por qué?, oh, ¿por qué teníamos que tener una madre que nos hiciera sentir diferentes de nuestros amigos?

“Lo peor aún no se ha dicho. Teníamos que estar en cama a las nueve de la noche y levantados a las ocho de la mañana siguiente. No podíamos dormir hasta el mediodía como nuestros amigos. Así que mientras ellos dormían — mi madre tenía el atrevimiento de violar la

ley del trabajo infantil. Nos hacía trabajar. Teníamos que lavar la vajilla, hacer las camas, aprender a cocinar y toda clase de cosas crueles. Yo creo que ella pasaba la noche despierta pensando en trabajos desagradables que nos haría hacer.

“Ella siempre insistía en que dijéramos la verdad, la verdad entera y nada más que la verdad, aun si hubiera de costarnos la vida — y casi sucedía a veces.

“Ya para el tiempo en que éramos adolescentes, ella se comportó con más sabiduría, y nuestra vida llegó a ser más insoportable. No permitía que se nos llamara haciendo sonar la bocina de un automóvil. Nos turbaba de manera indescriptible al exigirnos que nuestros amigos llegaran hasta la puerta para buscarnos. Si yo pasaba la noche con alguna amiga, ¿pueden imaginarse que ella verificaba si yo realmente estaba allí? Nunca tuve la oportunidad de fugarme a México. Eso si es que hubiese tenido algún amigo con quien fugarme. Olvidaba mencionar que mientras mis amigas tenían citas de noviazgo a la madura edad de 12 y 13 años, mi anticuada madre rehusaba permitirme estas citas hasta los 15 ó 16 años. A los quince, eso es si la cita era para asistir a alguna función de la escuela. Y eso podría ser unas dos veces en el año.

“Con el transcurso de los años las cosas no mejoraron ni un poco. No podíamos quedarnos en cama, “enfermos”, como nuestros amigos, y faltar a la escuela. Si a nuestros amigos les dolía un dedo, si tenían una uña quebrada, o alguna otra dolencia seria, podían quedarse en casa sin ir a la escuela. Nuestras calificaciones escolares tenían que ser altas para satisfacerla. Las tarjetas de notas de nuestros amigos lucían hermosos colores, negro para ramos aprobados y rojo por aquellos en que se había fracasado. Mi madre, como era diferente, no quería otra cosa que esas feas notas negras en nuestras tarjetas.

“Con el paso de los años, primero una de nosotras, y luego la otra, sufrimos vergüenza: nos graduamos del liceo. Con nuestra madre tras nosotros, hablando, pe-

gando y demandando respeto, a ninguno de nosotros se le permitió el placer de ser un dejado, o haragán.

“Mi madre fue un total fracaso como madre. De cuatro hijos, un par de nosotros obtuvimos una educación más alta. Ninguno de nosotros ha sido jamás arrestado, divorciado o ha golpeado a su cónyuge. Mis dos hermanos cumplieron su período en el servicio militar de este país. ¿Y a quién debemos culpar por la forma terrible en que han resultado las cosas para nosotros? Tiene razón, a nuestra desconsiderada madre. Fíjese todas las cosas que perdimos. Nunca participamos en un desfile de protesta, ni tomamos parte en un desorden callejero, ni quemamos tarjetas de enrolamiento, ni hicimos otras cosas que nuestros amigos hicieron. Ella nos obligó a crecer en el temor a Dios, para que llegáramos a ser adultos educados y honestos.

“Usando esto como una base, estoy tratando de criar a mis tres hijos. Me siento más grande y me lleno de orgullo cuando mis hijos me llaman desconsiderada.

“Porque como ustedes verán, estoy agradecida de Dios, él me dio la madre más desconsiderada del mundo.”

*La vara: resulta*

David Wilkerson, famoso por *La Cruz y el Puñal*, comenta favorablemente la firme disciplina que recibió de su padre. “Las palizas están pasadas de moda hoy”, dice. “Se consideran perjudiciales para los modelos del desarrollo del niño. A la paliza se le llama “golpear a un niño”; al regaño se le llama “golpe de cejas”; la anticuada disciplina recibe el nombre de “arranques de mal genio de los padres”. Mis padres le tenían un nombre diferente — le llamaban la *terapia del azote*. Los padres solían creer que la mejor manera de impedir que los niños llegaran a ser delincuentes era echando al diablo a palmadas fuera de su naturaleza.

“Había cinco niños en nuestra familia y cada uno de nosotros tenía un santo respeto por la correa de asentar de papá que colgaba de un gran clavo camino de la es-

cala que conducía a la carbonera. Papá dirigía todas sus “sesiones de consejo” en esa carbonera. Nunca me castigaba cuando estaba enojado, sino que esperaba hasta que yo pensaba que él había olvidado el asunto de mi desobediencia. Entonces, con voz suave, ‘Bien, David, vayamos abajo a aprender otra lección de obediencia’. Me colocaba sobre su rodilla y antes de que me hubiera dado un solo azote, ya me retorció como culebra, chillaba como si me estuvieran matando, y lloraba como si fuera a morir. Parecía que mis gritos no lo espantaban ni lo impresionaban. Yo recibía — ¡duro! Luego tenía que arrodillarme y pedirle a Dios que perdonara mi porfía, y después de arreglar las cosas con el cielo, yo tenía que abrazarlo y decirle cuánto lo amaba. ¡Por eso es que aquel muchachito porfiado, desobediente y necio llegó a ser un ministro del evangelio en vez de un jefe de pandilla! ¡Creo que es tiempo para un avivamiento del azote!”

Muchos padres cometen el error de no llevar a la práctica una paliza de verdad. Pensamos de la advertencia bíblica: “No provoquéis a ira a vuestros hijos”, y nos abstenemos. ¿Pero qué es lo que provoca a ira a un hijo? Es la disciplina que simplemente irrita, la disciplina insignificante, indecisa, sin ánimo. Si castiga a su hijo sólo lo suficiente para hacerlo airarse y ponerse rebelde, entonces no ha ejecutado una disciplina completa y escritural. Una paliza debe ir más allá del punto de la ira. Debe evocar un sano temor en el niño. Cuando un sano temor de la autoridad y disciplina de su padre ocupa la mente del niño, no habrá lugar para la ira. De nuevo, esto no es otra cosa sino un reflejo preciso de la manera en que Dios mismo trata con nosotros, sus hijos. “¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!” (Hebreos 10:31).

Si el castigo nuestro ha de parecerse al castigo de Cristo, debe ser justo. La firmeza y la uniformidad deben prevalecer en él. No debe haber aspereza en un tiempo e indulgencia en otro, para el mismo caso. Debe ser proporcionado a la importancia de la falta. El valor mo-

netario del daño no debe ser nuestra medida. Debemos fijarnos en la consecuencia moral. Cuando se quiebra algo involuntariamente, bastará con una palabra de advertencia. Si un niño permanece indiferente cuando se ha cometido un verdadero pecado, tal como mentira o crueldad con los animales, debe ser tratado con la severidad que corresponde.\*

Como cristianos, vivimos bajo la disciplina de Cristo. El nos disciplina tan severamente como lo necesitamos. Su objeto no es ahorrarnos dolor, sino que dar muerte a la voluntad de la carne. Sin embargo, nos disciplina con moderación. No nos aflige por gusto. Y tan pronto como ve que agachamos la cabeza y que reconocemos nuestras faltas, viene a nosotros con consolación; ¡nos deja sentir cuán grande es su bondad! De esta manera trata con nosotros, y así es como debiéramos tratar con nuestros hijos. “Padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en disciplina y amonestación del Señor” (Efesios 6:4). Esto significa: “Disciplinadlos como Cristo os disciplina. Reprendedlos como Cristo os reprende. Permitid que él os eduque. Aprended la severidad y la bondad de la verdadera disciplina. Imitadle, entregáos como instrumentos de él. El mismo, por medio vuestro, educará a vuestros hijos!”\*

Castigue con dureza cuando el castigo sea necesario, pero no lo haga con pasión o amargura. “La ira del hombre no obra la justicia de Dios” (Santiago 1:20). La indignación del hombre natural, aun cuando parezca ser un genuino sentimiento moral, no consigue el fruto moral que se propone. La ira despierta la ira, y la amargura engendra amargura. Todo el beneficio del castigo se pierde cuando cesa de ser la aplicación de una ley santa y superior, y llega a ser el estallido de una disposición pecaminosa. Deje morir la ira, y que el temor de Dios gobierne dentro de usted. Es solamente entonces que puede ser su instrumento, y que puede haber bendición a través de su castigo.\*

Davico estaba metiéndose entre las piernas de la mamá mientras ella planchaba.

—Andate, — dijo ella, — la mamá está ocupada.

Pocos minutos después él estaba de nuevo entre los pies de ella. Esta vez ella acompañó sus palabras con una palmada en el trasero. David huyó, pero pocos minutos más tarde estaba de nuevo bajo sus pies, lloriqueando y lamentándose.

—¡David! ¡La mamá está ocupada! ¡Ahora ándate! Dos palmadas.

Tres minutos más tarde se repitió la escena.

El abuelo que estaba por allí cerca, observándolo todo, finalmente habló y dijo: —Sandra, una paliza es un *acontecimiento*. ¡Tú simplemente estás abusando de ese niño!

Sandra cogió la idea. La próxima vez que volvió David, ella lo tomó de la mano, lo llevó al dormitorio, y allí tuvieron un “acontecimiento”. Eso terminó la cosa. No hubo más lloriqueos ni lamentos; no más llamadas de atención, ni reproches, ni palmaditas. Una paliza, bien administrada, hará que sean innecesarias horas de reproches, gritos, discusiones y amenazas.

Aun más, una actitud firme de un padre con uno de los hijos por lo general surtirá un efecto saludable sobre los otros hijos de la familia, pues se cierne sobre la casa un espíritu de autoridad. Estela Carver cuenta la historia de una madre cuyos hijos le estaban dando bastante que hacer. Se puso tan nerviosa que vació el jugo de naranjas en la masa de los panqueques por equivocación. Pensó que no debía perder la masa, pues estaba buena, de modo que prosiguió y cocinó los panqueques de todos modos.

La hija adolescente comió un bocado, arriscó la nariz y dijo: —¡Agg! ¡Tiene un gusto terrible — como a naranjas ácidas!

El hijo de doce años tomó un pedazo y lo escupió en el tenedor. —Es cierto que tiene gusto a naranjas. ¡No lo voy a comer!

El padre lo miró directamente a los ojos. —Hijo, — dijo, — llega un tiempo en la vida de todo hombre cuando debe escoger si va a actuar como un hombre o como

un malcriado. Esta es una de esas ocasiones. Se estaban comportando de tal modo antes del desayuno que pusieron nerviosa a su madre, y ella vació el jugo de naranjas en la masa de los panqueques. Ahora se van a comer esos panqueques o vamos a salir para arreglar este asunto afuera.

El pequeño de cinco años estaba presente, observándolo todo. Engulló un trozo de panqueque y dijo alegremente: —¡Rico, rico!

Este incidente ilustra también un principio básico de la disciplina en la familia, y éste es el de la cooperación entre el padre y la madre. El padre y la madre deben aparecer ante sus hijos con una misma opinión en un asunto dado. Si tienen desacuerdos, debieran tratar el asunto privadamente. A menos que sea un asunto serio, por lo general es mejor que uno de los cónyuges apoye lo que el otro ha iniciado antes que desafiarlo en presencia de los niños. Esto establece un espíritu de autoridad en la casa. Cuando los hijos sospechan que pueden poner a uno de los padres contra el otro, lo harán.

Si encontramos una casa llena de niños desobedientes, podemos sospechar que la madre está acostumbrada a contradecir al padre, a despremiar su autoridad, o a anularla a espaldas de él. Ella tiene entonces que pagar la pena de que sus hijos la desobedezcan, como ella hace con su marido. Ella codició autoridad que no le pertenecía, de este modo ella pierde la que realmente le pertenece. En tanto que ella desea hacer prevalecer su autoridad en manera pervertida, ella pierde a su vez donde debiera prevalecer sin contradicción. Una esposa no puede debilitar la autoridad del padre sin minar la propia, pues la autoridad de ella descansa sobre la de él. La madre, por tanto, debe considerarlo una ley fundamental de la familia no contradecir al padre en presencia de los hijos.\*

Del mismo modo que un esposo espera que su esposa no menoscabe su autoridad, así también es el deber sagrado de un esposo dejar la autoridad de su esposa totalmente libre de objeciones delante de sus niños. Si él

se viera obligado a contrariar la opinión de ella en algún asunto, debe hacerlo de manera tierna y bondadosa. Si se vuelve contra ella con dureza y aspereza, celoso de su propia autoridad, no es solamente el corazón de su esposa el que será malquistado. También los hijos sentirán un debilitamiento del poder moral que los gobierna. Si en presencia de ellos se trata a su madre de necia u obstinada — es rebajada al nivel de un niño o de una sirvienta — entonces se desvanece inmediatamente la santidad que en ojos de los niños rodea las cabezas del padre y de la madre en común.\*

La responsabilidad de administrar disciplina descansa en primer término sobre el padre. Cuando él está en la casa, es responsabilidad de él hacerse cargo de la disciplina de los niños. Aquí, como en todo lo demás, la esposa es la ayuda idónea. Cuando ella disciplina a los hijos es en base a la autoridad que él le ha delegado, por ejemplo, en ausencia de él o en asuntos menores. El niño debiera ser criado en el reconocimiento de este hecho, pues es un principio básico del Orden Divino. Instintivamente, los hijos tienen un mayor respeto y temor por la autoridad del padre que por la de la madre, y así es como debiera ser. El padre que abdica esta responsabilidad — o la esposa que la usurpa — se han empuñado en un peligroso remiendo del Orden Divino.

En los asuntos menores la madre misma debe actuar inmediatamente. Los casos más importantes debe reservárselos al padre. Ella no debiera esconder de él dichos casos con la idea de evitarle disgustos. El debe llevar la carga. Suyos son el poder y el deber de los cuales no debe hacerse a un lado. No debe tener miedo de que actuando así llegará a ser objeto de terror y un tirano para sus hijos. Si vive como debiera, un padre en medio de su familia, compartirá no solamente la tristeza del castigo, sino también el gozo de su buena conducta.\*

Si alguna vez es necesario un castigo severo, debe efectuarse de tal modo que se conserve el respeto de sí mismo del niño. No se le debe dar una paliza en presencia de sus hermanos o hermanas, y por supuesto que



tampoco en presencia de extraños. Para los demás hijos de la familia es suficiente si perciben a cierta distancia algo de lo que ocurre. Pero si ellos presencian el castigo, como sucede en todos los castigos públicos, puede despertarse en ellos el diabólico placer por la contemplación del mismo. Y cuando se levanta el menor grado de burla, las consecuencias sobre el niño castigado son amargura y pérdida del respeto de sí mismo.

*La vara: medio de disciplina designado por Dios*

*Los padres nunca tendrán una idea clara en cuanto a la disciplina de sus hijos si antes no aceptan la vara como el medio designado por Dios para la disciplina.* Es la elección de su sabiduría y de su amor paternal. Cuando un padre advierte que está evadiendo la responsabilidad que Dios le da en este punto, esquivándola a causa de sus propios sentimientos o razonamientos, debe colocar la Palabra de Dios por sobre sus propios sentimientos y razón: "No rehuses corregir al muchacho; porque si lo castigas con vara, no morirá. Lo castigarás con vara, y librarás su alma del Seol" (Proverbios 23:13,14).

Piense. Un día debemos presentarnos ante el trono de juicio de Cristo (2 Corintios 5:10), y responder por la forma en que hemos criado a nuestros hijos.

—¿Qué hiciste con los hijos que confié a tu cuidado?  
¿Los criaste de acuerdo a mi Palabra?

Dios ha ligado a la disciplina de la vara algunos de los eventos de mayor importancia— involucrando aun la salvación eterna del niño.

"No tema usar autoridad", escribe una madre. "Uno pensaría al oír hablar a algunos padres de sus relaciones con sus hijos, que no poseen ni una jota del derecho dado por Dios sobre ellos. Todo lo que ellos se atreven a hacer es razonar, persuadir, engatusar. No hay órdenes, no hay firmeza, no hay decisión, no hay autoridad, y el niño lo sabe por medio de su instinto, exactamente igual como sucede con un animal. Los hombres

son mucho más sabios para domar y adiestrar sus caballos que a sus hijos, de donde por lo general resultan mejor servidos por aquellos que por éstos."

El ser padre es una solemne responsabilidad. Es por eso que Dios ha provisto instrucciones claras para ayudarnos a cumplir sus propósitos. Solamente los necios abandonarían la seguridad de esta "arca" que Dios ha provisto, y seguirían en cambio las prescripciones de un mundo enfermo y agonizante. Y sin embargo eso es precisamente lo que han hecho dos generaciones de padres. Han abandonado la sabiduría de la Biblia, clara y probada por el tiempo, y han confiado el destino de sus hijos a un golpe impulsivo de opinión. La apariencia exterior de sofisticación intelectual en la así llamada "filosofía moderna de la crianza de niños" (también durante los tiempos bíblicos se conocía, pero era despreciada como la senda de los necios) ha engañado a muchos padres, pero no ha engañado ni un poco a los niños. Ellos pronto se han dado cuenta, y han estado andando en círculos alrededor de sus confundidos padres.

"La dirección de los niños ha tomado un significado nuevo", dice la popular columnista Ann Landers. "Los padres están siendo dirigidos por los niños. Aquellos de entre nosotros que hemos pasado los 40 hemos presenciado un deslumbrante e histórico paso triple. Primero, en los años de nuestro desarrollo papá era la cabeza indiscutida de la casa. Luego, con el advenimiento de la Segunda Guerra Mundial, mamá desplazó a papá. Y hoy, en muchísimas familias, son los niños los que tienen la batuta. Claramente son ellos los que tienen el control."

Un ejemplo. El Comité de Asuntos Públicos, una organización educacional no comercial fundada para "desarrollar nuevas técnicas para educar al público norteamericano sobre vitales problemas económicos y sociales y para producir concisos e interesantes folletos que traten tales problemas", publicó un folleto titulado "Cómo Disciplinar a sus Hijos" por Dorothy Baruch. La presuposición subyacente de todo el folleto es el ya

gastado y antiguo dogma de que "la naturaleza humana es básicamente buena". En forma de copla rimada:

¡Así que los malos sentimientos se fueron  
Los buenos sentimientos brotaron!

Uno de los pasos mayores para ayudar a un niño a liberarse de los "malos" sentimientos es permitirle que los traiga a usted. A veces esto, de sí mismo, actúa como magia.

—Te odio, vieja bruja, — grita Sheila, que tiene diez años de edad.

¿Qué le responde usted? La manera antigua habría sido indignarse. —Eres una mala chica. Esa no es manera de hablarle a tu madre. Vete a tu cuarto.

Pero, ¿no haría eso aumentar el aborrecimiento de Sheila?

La madre de Sheila probó el nuevo método. Ella replicó a los sentimientos de Sheila con comprensiva aceptación. —Tú me odias a veces. Yo sé cómo es eso.

Sheila contesta, sorprendida. —¿Alguna vez aborreciste a la abuelita?

—Es cierto que sí, — aventurándose valientemente a ser honesta.

Pero creo que llegué a avergonzarme tanto de ello, que ahora es difícil admitirlo.

Los ojos de Sheila bien abiertos. —¿También quisiste fugarte cuando ella te envió a tu cuarto? ¿Pensaste, "Entonces a ella le va a pesar"?

—Para ser justa, algo de eso hubo.

—¿Sabes, mamá? Yo hago eso. Mantengo mi boca cerrada, pero uno no puede aprisionar sus pensamientos, ¿no es cierto?

—No, querida, no se puede — tragando saliva.

—Oh, mamá. Tú eres la madre más comprensiva. Esto está ya bastante lejos de su expresión original de odio.

"Indudablemente los malos sentimientos no pueden salir por ningún método antiguo. Ni para el bien del

niño ni para el nuestro. Hay ciertos cursos de acción a lo largo de los cuales pueden viajar a salvo los malos sentimientos, y hay otros que debieran estar marcados "Prohibido".

—“Y sin embargo, ¿cómo va usted a detenerle? preguntó el padre de Martín, enarcando las cejas. No podemos impedir a Martín que nos patee a su madre y a mí simplemente diciéndole: —No puedes. Ya hemos tenido bastantes prohibiciones y no son más efectivas que un soplo de viento.

—“Usted no lo ha probado, sin embargo, en combinación con la provisión de otros cursos de acción a lo largo de los cuales permitir la salida de la ira. Ese es el punto. El secreto del éxito yace en la combinación. Las prohibiciones solas no cumplen el cometido, pero cuando a un niño se le muestran caminos aceptables para desahogar su ira, entonces está más dispuesto a renunciar a los medios inaceptables.

—“No puedes derramar tu espinaca sobre la alfombra porque tu papá no se quedó a jugar contigo. Pero puedes desahogarte diciéndome que no te gusta que tu papá se vaya.

—“No puedo dejarte pellizcar al bebé. Pero puedes mostrarme lo mal que te sientes hacia él porque ocupa mucho de mi tiempo. Aquí hay una muñeca para que la pellizques en su lugar.

—“No, querido. No puedo dejar que me pegues. Pero sé que piensas que soy una vieja desconsiderada. Tomemos esa almohada — esa verde vieja y fea — y llámemosla mamá. Puedes mostrarme en ella cómo te sientes, pero no en mí.

“Para abreviar, puede decir cosas viles y hacerlas salir de su pecho ‘diciéndolas’. Puede ejecutar cosas viles y hacerlas salir de su pecho ‘ejecutándolas’. Puede hablar de ellas todo lo que quiera. Las palabras no harán daño físico a nadie. Puede tomar una muñeca de trapo y pellizcarla y patearla y abusar de ella hasta que haya desahogado su enojo en ella. Puede bailar una danza de venganza. Puede derramar pintura sobre papel. Puede

golpear, cascar, tirar y decapitar madres y padres, hermanas y hermanos que haya modelado de arcilla. Pero no se le permite hacer ningún daño o perjuicio verdadero.”

Lo que este escritor no alcanza a reconocer es que el pequeño Martín tiene una provisión inagotable de vileza a la cual echar mano — y que lo más libremente que se le permita expresarla, más poderosa será la influencia que ganará sobre su vida. Cuando actúa sobre una idea, creencia o sentimiento dados, intensifica la influencia de ellas sobre usted. Actúe sobre un sentimiento negativo y estará acrecentando su poder. Un niño que es alentado a golpear una almohada llamada “mami” puede desahogar su hostilidad por el momento. Pero la próxima vez se verá aumentada en intensidad. Y en el transcurso del camino habrá perdido una carga preciosa que no puede recuperarse fácilmente: el respeto por su madre.

El escritor nos conduce a lo largo de este modo de pensar adoptando un falso juego de alternativas al principio. Cuando la pequeña Sheila grita: — Te odio, vieja bruja, — no estamos limitados a:

- a) indignarnos, regañarle, enviar a la niña a su cuarto;
- b) poner su brazo alrededor de ella y ayudarla a expresar sus “malos” sentimientos.

Ninguno de estos métodos sería el método bíblico. El método bíblico sería algo así:

El padre dejaría caer su diario de la tarde, y hablaría a su hija.

—Sheila, no debemos hablar a la mamá de esa manera. Tú sabes eso. Ve al dormitorio de papá.

El padre la seguiría al dormitorio, y una vez allí le diría algo como esto: —Sheila, no permito que ninguno de los niños hable irrespetuosamente a tu madre. Tú sabes eso. Puede que tú lo sientas en tu corazón, pero no puedes expresarte de ese modo. Luego seguiría una sonora paliza, con la mano desnuda o con una paleta, dependiendo del tamaño de la niña; la finalidad es cau-

sar suficiente dolor como para despertarle un temor sano.

En este punto debiera venir un importante paso que por ahora saltaremos para volver luego a él. Después el padre volvería a la sala con su hija, habiéndola instruido para que se disculpe y se reconcilie con su madre.

Exige más tiempo y esfuerzo. En un comienzo no es tan agradable de asumir como lo es una empalagosa discusión acerca de los “malos sentimientos” de uno. Pero a la larga es mucho más fácil sobrellevarlo. Pues inculca en el niño respeto por la autoridad, uno de los principales bienes que necesita adquirir para una vida útil y significativa. *Mantiene una atmósfera de estabilidad y de mutua consideración en el hogar, lo que es mucho más importante para el desarrollo emocional del niño que la licencia para expresarse libremente.* Un niño que se ha criado de este modo es seguro que a los diecinueve años no habrá de formar en un desfile de descontentos que portan bamboleantes carteles y que gritan obscenidades al presidente de un colegio. Habrá aprendido a expresarse en maneras más aceptables y eficaces.

Adviértase que una paliza se reserva normalmente en el trato con la *desobediencia, la rebelión y la porfía* (que por lo general no es una forma tan sutil de la rebelión). “Tenga cuidado con la porfía en su hijo”, dice David Wilkerson, quien ha demostrado más amor y compasión hacia los adolescentes rebeldes que muchos de nosotros. “La porfía es uno de los rasgos humanos más peligrosos. Es el rasgo que yo he hallado en todo adicto y miembro de pandilla con quien he trabajado. Ya sea por flojera o por despreocupación, nuestros padres en la actualidad son demasiado blandos. Del mismo modo que el sacerdote Elí en la Biblia, descuidan a sus hijos por no aplicarles una disciplina firme... Dios ha de bendecir a aquellos padres que refrenan a sus hijos, y juzgará a los que los descuidan.” El dejar pasar una clara desobediencia y rebelión en su hijo sin castigarle es establecer su propia voluntad y sabiduría sobre la de Dios. Sin embargo, lo mismo no se aplica en los casos de desatinos o errores honestos, aun aquellos que resul-

tan caros. En este caso debiera bastar con una advertencia. Porque nuestra mayor preocupación es moldear el carácter de nuestros hijos; los inconvenientes personales o el daño accidental de cosas materiales debiera ser una consideración de segundo orden. Por supuesto que si un "error" o "accidente" llega a ser habitual en un niño, entonces entra al terreno de la desobediencia. Un niño que ocasionalmente derrama un vaso de leche debe recibir la advertencia de ser más cuidadoso, que coloque el vaso más al centro de la mesa, etc. Un niño que hace lo mismo en tres o cuatro comidas debe ser castigado, pues no está poniendo en práctica la advertencia. En otras palabras, la paliza debe estar dirigida contra la actitud voluntariosa del niño, la que abierta o encubiertamente se levanta contra la autoridad. No debe ser castigado por los errores que son una parte del proceso normal de aprendizaje y crecimiento.

Párrafos antes pasamos por alto un paso en el proceso de disciplina que ahora deseamos mencionar. Este es el paso del *perdón*, y toca sobre un punto que es importante para nuestra comprensión del propósito esencial y del efecto de la disciplina.

Después que se ha castigado a un niño, el padre debiera arrodillarse con él y hacer que el niño pida perdón a Dios por el pecado específico cometido. ("Querido Dios, perdóname por favor por haber tratado mal a mi mamá.") El padre podría querer orar entonces, agradeciendo a Dios por el perdón que él concede mediante la sangre de Cristo. Si tomamos seriamente el papel sacerdotal del padre en la familia, no estaría del todo fuera de lugar colocar sus manos entonces sobre la cabeza del niño y declararle el perdón que Dios le ha concedido por intermedio de Cristo. Y entonces debiera expresarse su propio perdón — más efectivamente con un abrazo y un beso. Pues ésta es la meta de toda disciplina: perdón y reconciliación.

Un niño que acaba de ser castigado severamente no estará muy presto a quebrantar su alma en arrepentimiento. Eso no es lo que importa en este momento. La

cosa importante es que el niño pueda hacer una clara identificación, esto es, que el pecado debe ser perdonado por Dios. Por más que castigemos a un niño no podemos quitarle el pecado, pues esto sólo lo hace la sangre de Jesús. El niño que ha aprendido esto, ha aprendido una profunda verdad espiritual.

Uno de nuestros muchachos había sido enviado al dormitorio a causa de desobediencia. Cuando entré allí, ya él estaba de rodillas, orando intensamente. Cuando lo tomé para castigarle, comenzó a discutir que ya le había pedido perdón a Dios, ¡qué por consiguiente no debía ser castigado! Le expliqué que el castigo y el perdón eran dos cosas diferentes. El perdón es algo que debemos ciertamente ajustar con Dios, pues él es el único que puede perdonar pecados. Se propina castigo porque el mismo Dios que perdona el pecado dice que la desobediencia debe ser castigada. Sin esto, el "pedir perdón" podría degenerar muy rápidamente en un ritual vacío, un vehículo del interés personal, que era lo que estaba intentando hacer nuestro hijo. Pero entendido y usado adecuadamente, el movimiento de castigo a perdón puede ser uno de los aspectos más significativos de toda nuestra disciplina.

Aun más importante que el castigo mismo es el siguiente cuarto de hora, y la transición del perdón. Después de la tormenta, la semilla encuentra el terreno asoleado y esponjoso. Ya han pasado el terror y la aversión del castigo. Antes el niño había resistido y luchado contra la palabra. Ahora la instrucción suave encuentra camino, y trae consigo sanidad, de la manera como la miel mitiga la picadura de las avispa, y el aceite el dolor de una herida. En este momento podemos decir mucho, si es que usamos la máxima suavidad de voz, y por la evidencia de nuestro propio dolor podemos mitigar el del niño. Pero toda continuación de un enojo brumoso es letal. Las madres caen fácilmente en el error de la prolongación del castigo. Esta continuación del enojo, esta apariencia de castigo por medio de pretender retirar el amor, fracasa en una de tres maneras. Bien el

niño no alcanza a comprenderlo, porque está totalmente sumergido en el presente, y por ello pierde su efecto. O llega al punto en que se siente satisfecho con la ausencia de las señales de amor, y aprende a pasarse sin ellas. O se siente amargado por la continuación del castigo a causa de un pecado que él ya ha sepultado. A causa de esta prolongación de la aspereza perdemos aquella hermosa y conmovedora transición al perdón, el que por venir lentamente y sólo después de un largo período pierde su poder.\*

Esta distinción entre perdón y castigo toca un aspecto básico de la disciplina, el cual debemos comprender: Una paliza tiene como finalidad controlar la *conducta externa*. Por sí misma, no cambia la vida interna del niño. Meramente crea una mejor atmósfera en la cual puede desarrollarse la vida interna. El perdón, en cambio, trata directamente con la vida interna. Y el punto es éste: Dios únicamente puede efectuar un cambio en la vida interior. La paliza que yo le dé puede cambiar las acciones de un niño; solamente el Espíritu Santo puede cambiar su corazón.

Si los padres comprenden este propósito esencial — y esta limitación — de la disciplina, se evitarán muchos problemas. Reconocerán que la disciplina tiene una función limitada — el control de la conducta externa — y no introducirán una nota áspera y estridente tratando de obtener por la fuerza una actitud interior.

Un padre puede decirle a su hijo que se siente y coma, pero no puede ordenarle que se deleite con la comida. Puede decirle que se siente tranquilamente a su lado en la iglesia, pero no puede decirle: —¡Y tiene que gustarte!

Puede demandar conducta respetuosa, pero en cuanto a la actitud interior de amor y de respeto, lo único que le queda es orar por ello.

Es importante transmitir esta distinción a un niño. El necesita saber que el límite sagrado de su vida interior no está siendo violado. Seguramente que podemos darle a entender cómo es que sentimos o pensamos nos-

otros, pero de ningún modo podemos aplicar presión para hacerlo creer como creemos nosotros — pues esto es simplemente imposible. “Una persona convencida contra su voluntad, sigue siendo todavía de la misma opinión.” Una vez que un niño se da cuenta de que sus padres no están tratando de imponerle una actitud o creencia, no tiene más con quien tratar sino consigo mismo y con Dios.

Cuando los niños se rebelan contra la norma de fe y de vida de sus padres, generalmente es a causa de que ellos nunca le han permitido expresar una idea u opinión propia, o porque sus ideas nunca fueron escuchadas seriamente y con simpatía. Tan pronto como el niño es capaz de expresar sus opiniones con seriedad y de manera respetuosa, debiera concedérsele libertad para expresarse. Por supuesto que a la mera frivolidad contradictoria no se le debe dar más lugar que a cualquier otra forma de rebelión. Pero debiera prestarse oído seriamente a la genuina expresión de duda o diferencia de opinión.

No significa esto que debiera permitírsele al niño que domine la discusión de la familia, y ni siquiera que sus ideas, una vez que hayan sido expresadas y hayan resultado totalmente contrarias a la norma de la familia, deben recibir mayor atención. La cuestión es que él tiene derecho de *sostener* estas ideas o creencias. Sabe que sus padres no están intentando imponerle su actitud interna o creencia. El doctor Harry Goldsmith, un psicólogo clínico, lo expresa de esta manera: “Lo que Ud. puede esperar es que sus hijos le *obedezcan*, pero no puede obligarlos a que sean de su *misma opinión*.”

Por supuesto que los padres *pueden* hacer mucho para influir en las ideas y creencias de sus hijos, pero esta influencia es más indirecta que directa. Es obra de oración. Es el poder del ejemplo. Es, en último término, obra del Espíritu Santo.

Es mi más sentido anhelo y mi oración — ciertamente, mi fe expectante — que mis hijos lleguen a ser fieles cristianos. Pero no puedo imponer sobre ellos esta fe

por ninguna clase de disciplina. Lo único que puedo hacer es ser para ellos la clase de padre que Jesús quiere que yo sea; solamente puede presentarlos cada día ante el trono de su gracia en oración; puedo únicamente compartir con ellos el conocimiento de esta fe en adoración familiar, en discusión y en enseñanza. Cada uno debe tomar su propia decisión personal en cuanto a si será o no un verdadero seguidor de Jesús.

### AMA

A veces los niños tienen que portarse mal para que se les tome en cuenta. Son abundantísimos los padres que reaccionan más rápidamente por la mala conducta que por la conducta correcta. Los niños desean el compañerismo de sus padres, simplemente *estar* juntos. Jugar juegos juntos, corretear por la casa con papá, cocinar con mamá, sentarse juntos ante la estufa, para leer un cuento o mirar juntos un buen programa de televisión... y que usted realmente *escuche* cuando su hijo le cuente algo. Hay tantas maneras de hacer saber a su hijo que lo quiere. Exige un poco de tiempo, eso es todo. Debe dejar a un lado el diario, o hacer ese llamado telefónico después que los niños estén en cama. Los niños no precisan tener la prioridad en todas las cosas, pero tampoco debemos dejar sus necesidades para el último.

La comodidad y la felicidad en el hogar son tan necesarias como el dolor de la disciplina paterna. Un niño que no está rodeado por algunos placeres en el hogar nunca llegará a tener verdaderos sentimientos hogareños. Si en el hogar prevalece un espíritu sombrío e insalubre, él habrá de buscar en otra parte esa recreación que requiere la mente juvenil. Se escapará de las barreras protectoras de la familia y encontrará afuera sus consoladores, amigos, maestros y modelos que llegarán a ser todo lo que para él debieran ser su padre, madre, hermanos y hermanas. Y estos derrumbarán con descuidada facilidad aquello que ha sido construido a costa de tanto sacrificio en casa. Los padres debieran tratar

con todas sus fuerzas de hacer que el hogar fuera el centro de la felicidad del hijo, y de las más agradables memorias para el resto de su vida. No es mucho lo que se necesita para hacer feliz a un niño, si es que sido criado ordenadamente. Si se descuida esto, puede que la causa del descuido se deba a veces a la pobreza de los padres. Pero más frecuentemente se debe a su espíritu rencilloso y mundano.\*

Del mismo modo que el castigo demanda una expresión física, así sucede también con el amor. El sentido del tacto puede transmitir el amor como ninguna otra cosa. Es la primera manera que tenemos de comunicar amor a nuestros hijos cuando son bebés. El abrazar a un niño le dice más de lo que las palabras podrían expresar. El regazo del padre y de la madre debiera ser un lugar familiar para el hijo. Nuestro cariño debiera ser, sin vergüenza alguna, "cariño que abraza", como lo expresara un niño. En forma paradójica, una disciplina firme y aun severa, va de la mano con un amor tierno y acariciante. Pues en ambos el niño puede percibir la preocupación y el amor del padre.

La mañana del sábado es "tiempo de abrazar" en nuestra familia, pues es el día que permanecemos en cama hasta un poco más tarde. Nuestro hijo menor es madrugador, y todavía algo temprano, viene en puntas de pie para ver si ya estamos despiertos. Cuando ve un ojo medio abierto vuela a meterse a la cama con nosotros y dice: —¡Tiempo de abrazar!

Estos son momentos que pasan demasiado rápidamente. Necesitamos aprovecharlos al máximo. En un mensaje para el Día del Padre, John Dresches observa con sabiduría que "Ahora es el tiempo de amar. Mañana el bebé ya no será mecido, el párvulo no estará preguntando: "¿Por qué?", el escolar no necesitará ayuda con sus lecciones, ni tampoco traerá a sus amigos a casa para pasar un buen rato. Mañana el adolescente habrá hecho sus decisiones más importantes."

Se dice que Susana Wesley pasaba una hora a solas, cada semana, con cada uno de sus diecinueve hijos. Esto

señala tal vez al factor esencial en cuanto a la expresión de amor por nuestros hijos: *tiempo*. Podemos amar a nuestros hijos sin necesidad de gastar un montón de dinero, sin preparaciones elaboradas, sin muchos atavíos. Pero no podemos expresar nuestro amor sin tener que gastar tiempo en ello. No esporádicamente, de acuerdo a como esté el genio, ni en forma vacilante con un ojo distraído sobre el reloj, sino regular y naturalmente. Los padres de hoy están bastante dispuestos a dar a sus hijos virtualmente derechos ilimitados sobre sus carteras, pero les dan de su tiempo con mezquindad. Especialmente son los padres los que caen en este error, en su afán de conseguir éxito, posición, carrera.

¿Qué puede decirse del padre que rehuye su deber en cuanto a la instrucción moral y espiritual de sus hijos, con el fin de adquirir riquezas, o posiciones de honor a las cuales no está llamado por el deber? ¿Quién le ha indicado que elija una condición en la vida que le impide cuidar del bienestar espiritual de sus hijos? ¿Quién puede justificarle por el hecho de estar yendo tras la ganancia y el éxito mundano en forma tal que no le queda tiempo para consagrar a su familia? Nada sabe de su deber y dignidad de padre el que no está listo para hacer cualquier sacrificio de tiempo o dinero con el fin de cumplir su responsabilidad como padre y cabeza de su casa. El cristiano aparta el Día del Señor para descansar de la actividad mundanal; sabe que Dios habrá de bendecir la labor de los seis días de trabajo. Del mismo modo, un padre debe apartarse de su trabajo un rato cada día, con el fin de servir a Dios en sus hijos. Los frutos de una ocupación tal serán una recompensa más dulce que cualquier otra ganancia. Al entregarse a tales obligaciones, él puede esperar con mucha mayor confianza la ayuda y protección que viene de arriba.\*

El darse tiempo para sus hijos no significa que debe ponerse a disposición de ellos, e inmiscuirse en sus actividades, aun cuando de vez en cuando uno puede hacer esto. Pero es igualmente efectivo — y generalmente más emocionante para el niño — el ser incluido en alguna ac-

tividad del padre. A mi padre le gustaba cazar y pescar, y pasamos horas con él recorriendo los bosques o sentados en un bote. No se nos ocurría la idea de que él estuviera desarrollando un elaborado proceso de “pasar tiempo con los niños”. Simplemente él hacía algo que le gustaba — y nos incluía en ello.

—¡Eh, hijo! ¿Quieres ir a la ciudad conmigo?

Puede que sea simplemente a buscar un rastrillo para el jardín. Usted tendría que ir de todas maneras. ¿Por qué no pasar el tiempo junto a su hijo mientras realiza este trámite? Estos momentitos — estas maneras naturales y espontáneas de incluir al niño en sus actividades — estrechan los vínculos de cariño entre padres e hijos. A menudo vamos hasta la heladería para tomar unos helados después de la cena. Bien podríamos comprar una caja de helados y servirlos a la mesa. Pero el viaje hasta la heladería, la elección del sabor favorito de cada uno, y la charla que tenemos por el camino es un tiempo de diversión familiar. No es el cumplimiento de la mera obligación de “dedicar algún tiempo a los niños”. Es algo de lo cual todos nos gozamos.

La mayoría de los padres jamás pensaría en negar a sus hijos las cosas esenciales de la vida — buena comida, vestuario, atención médica adecuada, educación. La verdad es que la tendencia actual es ir más allá de las meras necesidades. Hoy los padres tienden a errar por el lado de dar a sus hijos demasiados bienes materiales personales, demasiadas cosas que son “de ellos”, y esto es a menudo el pago de la culpa de no darse verdaderamente ellos mismos. La codicia natural de un niño debe estar sujeta a restricción y disciplina. Debe enseñársele que la prosperidad es motivo de agradecimiento, de generosidad a la obra de Dios, y para ayudar a los menos afortunados, pero no para ostentación ni para permitir toda clase de caprichos. Si el niño ve la ostentación en los padres, por supuesto que la fuerza de tal enseñanza es totalmente nula. Pero aquellos padres que viven con sencillez tendrán muy poca dificultad en decir

“No”, cuando necesiten refrenar las demandas de sus hijos.

Los hijos de una familia cristiana deben aprender que lo que realmente importa no es si acaso conseguimos o no alguna cosa. La cuestión realmente fundamental es si Dios autoriza un gasto semejante, pues él es también Señor de las finanzas de la familia. Aun cuando un padre esté económicamente bien, no debiera dar a sus hijos una cantidad indebida de posesiones materiales personales. Esto se convierte muy fácilmente en un sustituto barato de usted mismo. Cuando tal cosa sucede, no es de extrañarse que nuestros hijos crezcan con un desmesurado apego a las cosas, pero con un sentido atrofiado de las relaciones personales. Una media hora pasada escuchando a su hijo, o una comida afuera con toda la familia, serán maneras más efectivas de expresar amor verdadero que el aumentar la cantidad de juguetes que ya tienen los niños.

Un ingrediente indispensable para una vida familiar de éxito es el sentido del humor. La naturaleza del humor es la de colocar las cosas en perspectiva, y a veces los detalles y regaños de la vida familiar absorben de tal modo nuestra atención que necesitamos un toque de humor para vernos y ver nuestra situación desde un nuevo punto de vista.

Una tarde nuestro hijo menor que se hallaba jugando, fue llamado por su madre para que se entrara, tomara su baño y se alistara para la cama. El refunfuñaba que los otros niños todavía se encontraban afuera jugando, ¿por qué no podía él jugar un ratito más? Se fue a su cuarto no sintiéndose muy feliz. Luego de eso pudimos oírlo. Estaba de pie sobre una silla imitando a un maestro de ceremonias de un circo.

—¡Vengan, vengan! ¡Entren a ver el gran espectáculo, “La Gran Enemiga de la Diversión”, teniendo a mamá como la artista estelar! Era bastante difícil seguir manteniendo una atmósfera sombría después de una actuación como ésta.

Al niño debe tratarse con la debida cortesía: “Por favor” y “Gracias” están muy en su lugar tanto con el niño de uno como con los amigos de uno. Los cumplidos sinceros son como lluvia de verano para un niño que está en pleno desarrollo. Los padres necesitan escuchar su voz cuando hablan a sus hijos. Cuando las represiones o las órdenes gritadas a semejanza de un sargento primero fracasan, una actitud amable pero firme logrará despertar una respuesta más positiva.

Estas sugerencias no son normativas o exhaustivas; meramente ilustran el hecho de que el amor está compuesto de muchas cosas pequeñas. Es un momento compartido, es una caricia al pasar, es un paseo campestre, es una tarde en la playa, es una canción a la mesa de la cena, es un cumplido por el nuevo amigo, es la oración porque el día de mañana sea mejor día en la escuela, es dejar caer una revista para escuchar, es acariciarle el cabello, es limpiar una lágrima, es una bendición a la hora de acostarse.

El ser padre es una solemne responsabilidad. Es por eso que Dios ha provisto instrucciones claras para ayudarnos a realizar la tarea.

¡Padres! Enseñen. Disciplinen. Amen. De este modo traerán bendición sobre sus hijos. Así ellos llegarán a ser una bendición para otros y un honor para su Señor.



## CAPITULO CINCO

## El orden de Dios para los esposos

Pregúntesele al esposo común: —¿Ama a su esposa? —y con presteza le responderá: —¡Seguro que sí! ¡Por supuesto que la amo!

Al responder de este modo, él quiere expresar lo que *siente* hacia ella; o tal vez lo que *hace* por ella, en cuanto a cuidado y consideración. Pero el amor del cual habla el apóstol Pablo... "Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la Iglesia, y se entregó a sí mismo por ella... maridos, amad a vuestras mujeres, y no seáis ásperos con ellas" (Efesios 5:25, Colosenses 3:19)... esta clase de amor se mide no por lo que uno siente ni por lo que hace directamente. Más bien, se mide *por el sacrificio de uno mismo*.

*Esposo, ama a tu esposa*

## SACRIFICATE POR ELLA

El idioma original del Nuevo Testamento fue el griego. Hay tres palabras griegas diferentes que se traducen por la palabra castellana, "amor". *Eros* que significa amor en el sentido de pasión, sentimiento, deseo; nuestra palabra "erótico" se deriva de ella. ¡Esta palabra nunca aparece en el Nuevo Testamento, sin embargo es el significado principal que se le da a la palabra "amor" en el uso común! *Phileo* significa amor en el sentido del afecto y de la preocupación humana; de allí viene nuestra palabra "filantropía". Esta palabra se usa escasamente en el Nuevo Testamento. *Agape* significa

*amor que se mide por el sacrificio*. Esta es palabra que se usa abundantemente en el Nuevo Testamento para describir el amor de Dios y el amor que él engendra en los hombres. Este es el "amor" de Juan 3:16, Romanos 5:5, y de 1 Corintios 13. Esta palabra *ágape* es la que usa el apóstol Pablo cuando dice: "Maridos, *amad* a vuestras mujeres." Y claramente da a entender un amor dispuesto al sacrificio, pues continúa: "Así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella" (Efesios 5:25).

*Aquí es donde tocamos el fundamento espiritual del Orden de Dios para la Familia*. A primera vista uno ve al esposo y padre colocado como autoridad sobre su esposa y sus hijos, y para el hombre ésta parece ser una condición muy favorecida: "Yo soy el amo de mi castillo, el soberano, dueño y señor"... Pero nuestra mirada debiera ir más profundamente, pues la autoridad divina investida en un esposo y padre está modelada sobre la persona de Cristo. Y la autoridad de Cristo estaba basada sobre su propio sacrificio. Únicamente cuando el Calvario estaba tras de él fue que vino a sus discípulos y les dijo: "Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra" (Mateo 28:18). La autoridad de Cristo, y por consiguiente la autoridad de un esposo y padre, no es humana, "carnal". No significa que una persona se enseñoree sobre las demás. *Es una autoridad divina y espiritual que está basada en el sacrificio de uno*.

La expresión básica y más obvia de esto puede verse en el sustento de la familia por parte del esposo. Una señal del quebrantamiento moral de nuestros tiempos es la facilidad con que los esposos traspasan esta responsabilidad sobre sus esposas. "Esposas que trabajan" y "madres que trabajan" han llegado a ser de tal modo una parte de nuestra cultura que muy escasamente nos detenemos a considerar cuán alejado está esto del Orden Divino, o del efecto dañino que tiene sobre la vida familiar.

La carga de cuidar del sustento familiar yace sobre el hombre. La mujer se alegra de poder arrogarse esta

carga, pues su carácter tiende siempre a ejercer vigilancia sobre las cosas materiales. Pero la carga es demasiado pesada para ella. Al hombre le han sido dados hombros más fuertes; él tiene una mayor fuerza natural de mente que lo habilita para enfrentar la presión de estas preocupaciones. El corazón de una mujer se abate y desanima con mayor facilidad. Es Dios quien la ha hecho así a ella, por consiguiente, él también le ha ahorrado a ella la responsabilidad de sostener la familia.

Un manejo cuidadoso y fiel de los bienes materiales cuadra con la naturaleza de la mujer; el afán grande y la preocupación de adquirir estos bienes corresponde solamente al hombre. La economía, el ahorro, y la fidelidad en el cuidado de las cosas materiales son las virtudes domésticas de la mujer; la actividad incansable para mantener el bienestar económico de la familia es tarea del hombre. La carga de los hijos y de la administración del hogar es tarea impuesta sobre la esposa, y es tarea suficiente. Que el esposo cumpla su responsabilidad de proveer para la familia, de modo que la esposa no tenga excusa para cargarse con más de lo que le es permitido.\*

En ninguna otra parte se muestra más desvergonzadamente nuestra esclavitud a las metas materialistas que en la ingenua idea de que la esposa debe trabajar con el fin de mantener una norma decente de vida para la familia. Nadie negará que existen casos de genuina necesidad. Pero también es evidente que en muchos, tal vez en la gran mayoría de los casos, las entradas de la esposa se dedican a artículos de lujo de los cuales podría prescindir la familia. Una esposa que trabaja tiende también a emplear menos hábitos de economía en la administración del hogar, reduciendo de este modo el margen real de ventaja económica que sus entradas proporcionan. Y no hay cantidad que pueda compensar la pérdida que significa para la familia el hecho de que la madre y la esposa gaste sus energías fuera del hogar. Dejemos que sea el esposo el que se encargue de proveer adecuadamente a su familia. Si él halla un empleo para

el cual siente vocación, y gana un sueldo modesto, no es desgracia ante los ojos de Dios el vivir sencillamente, según lo permitan esas entradas. Pero es una desgracia permitir que la codicia de cosas materiales haga a un lado el Orden Divino que Dios ha establecido para el bienestar de la familia. De la manera como la Iglesia debe confiar solamente en Cristo para todo bien y bendición, así también la esposa y los hijos ven sus necesidades materiales suplidas por medio del servicio fiel del marido. Si es que el marido debe resignarse a perder un poco de comodidad o de prestigio en ojos de sus amigos, al limitar su norma de vida a aquella que él mismo pueda proveer para su familia, justamente es para eso para lo cual lo ha llamado Dios. Esta es nada más que una ilustración del papel del esposo, que es el de negarse a sí mismo — esto es, expresar su amor rindiendo su ego, su orgullo, su comodidad, con el fin de servir a la familia.

Un esposo y padre que toma en serio su papel en el orden de Dios para la familia, debe procurar que en su experiencia resulten una realidad las palabras de Jesús: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame" (Mateo 16:24). Dios dice que el esposo debe amar a su esposa. Pero este amor es *ágape*, que es muy superior al sentimiento más hermoso del amor natural de un hombre hacia una mujer; es la flor rara y divina que crece únicamente donde se niega, se sacrifica y hace morir el "yo". De esta manera, la Palabra de Dios para los esposos — "amad a vuestras mujeres" — involucra un llamado al compañerismo en los sufrimientos de Cristo, el compañerismo de la Cruz.

Puede que esto comience a tener la apariencia de un "amor" tan rarificado y espiritual que difícilmente podría ofrecer a una mujer el calor, la comodidad, la seguridad y el aliento que ella necesita en los encuentros diarios de la vida y del matrimonio. Pero veamos cómo en la realidad puede ser muy legítimo y real.

*Esposo, ama a tu esposa*

### PREOCUPATE DE SU BIENESTAR ESPIRITUAL

Un esposo que ama a su esposa, de acuerdo a esta palabra de la Escritura, le da prioridad a la necesidad espiritual de ella. Su primera preocupación es que ella esté debidamente vinculada con el Señor. El reconoce que la felicidad y el cumplimiento del papel de ella como mujer, esposa, y madre, debe estar fundamentado sobre la base sólida de su relación con Jesús. Esta no es meramente una reverencia piadosa a la "necesidad de religión" en uno, o un "punto de vista espiritual". Este es un reconocimiento práctico y completo de la principal importancia y del señorío absoluto de Jesucristo. Si el Señor permite que un esposo establezca la relación entre su esposa y Jesús, ¿no debiera ser eso motivo para que ambos se regocijaran? ¿De qué manera mejor podría él mostrar su amor hacia ella que haciendo esto?

El más alto deber del esposo cristiano es preocuparse de la santificación de su esposa. Su modelo es Cristo, quien se sacrificó a sí mismo por su Iglesia, con el fin de santificarla. No solamente debiera él conducirla a una vida y conducta cristiana, sino que debiera hacer todo lo que esté a su alcance para que la plena bendición de Dios sea accesible a ella dentro de la Iglesia. En el hogar, mediante la oración y la palabra, él debe apoyarla en espíritu, fortalecer su sentimiento por las cosas altas y celestiales, y hacerla progresar en el conocimiento cristiano. Ningún ministro tiene derecho de consejo o autoridad espiritual sobre una mujer en contra de la voluntad de su esposo. Aun el pastor regular de la familia — aquel que es reconocido por el jefe del hogar — debe estar en guardia para no arrogarse la vigilancia y el cuidado de la salud espiritual de la esposa que es asunto que pertenece al esposo. Si él se entromete en ello, el esposo tiene derecho de resistirlo. Debiera dejar al esposo la responsabilidad por el bienestar espiritual

de toda la familia. Pero que en verdad sienta el esposo la pesada carga de la responsabilidad. Del mismo modo que el jefe de una congregación tiene que rendir cuentas por la condición de todos los que están a su cargo, así también el jefe de una familia tiene que rendir cuenta por el estado de su hogar. Los hombres y Dios cifran sus esperanzas en él. La alabanza o el baldón que recaen sobre su esposa — sus virtudes o sus faltas — le tocan directamente a él.\*

No es posible ni correcto que alguna otra persona en la tierra pudiera tener una influencia más decisiva sobre la salud espiritual de una esposa que su propio marido. Ya sea que él se dé cuenta o que no lo advierta, las consecuencias de su conducta hacia ella son inmensurables, para bien o para mal. El efecto repercutirá en lo más íntimo del ser de ella. Un clérigo hipócrita podría ser la causa de bien durante un tiempo; pero esto es imposible en un marido. El no puede esconder de su esposa lo que realmente es. La hipocresía no encuentra apoyo en el propio hogar de un hombre. Si en secreto su conducta hacia su esposa es injusta, no hay nada en el mundo que pueda contrarrestar esta influencia desmoralizadora. Que no se cargue él con la culpa de causarle a ella una pena secreta, que a veces puede durar una vida entera, y que ella no puede compartir con nadie más en la tierra. Que no se endurezca el corazón de él contra el tierno ser que se le ha entregado tan completamente. El debe negarse a sí mismo con el fin de cuidarla y evitarle contratiempos.\*

El esposo debiera preocuparse de la santificación de su esposa. En verdad debiera preocuparse si es que cree que ella es santa. Y ella lo es, pues es una cristiana. Le ha sido confiada a él como una cosa santa. Es deber de él hacer todo lo posible para que ella no tan solamente sea preservada santa, sino que confirmada y perfeccionada en la santidad. Nadie puede ser un impedimento tan grande para una mujer en las cosas espirituales

como su marido. Pero del mismo modo nadie puede alentarle para que progrese en todo lo bueno de la manera como puede hacerlo él. Ha sido colocado por Dios para que sea para ella un cauce de las bendiciones que vienen de arriba. De boca de él debiera ella aprender lo que él ha recibido en la Iglesia para el bienestar espiritual de ambos (vea 1 Corintios 14:35). Tal vez ella esté tras él en conocimiento cristiano. Aun pudiera ser que haya una resistencia al camino de salvación. El esposo ya ha transitado estos senderos en su propia experiencia. No debe desalentarse, ni descorazonarse, ni ponerse sospechoso con su esposa. El debe asirse con mayor firmeza y suavidad de todo aquello que es bueno. Por medio de él, Dios iluminará a su esposa, cambiará su mente, y la guiará correctamente. El diablo hace que surjan diferencias entre los cristianos. El esposo debe estar en guardia para no permitir que estas diferencias provoquen una separación entre él y su esposa. El no debe considerar que ella está a gran distancia de él en los asuntos de la fe. El debiera reconocer que en el bautismo hay un lazo divino de unidad. Además, todo lo que pudiera interponerse entre ellos es de importancia secundaria. Que al considerar a su esposa lo haga con este hermoso pensamiento: "Yo estoy señalado para ser una bendición para ella. No solamente para hacerla feliz aquí, sino que debiera sacrificarme con el fin de que ella tenga bienestar duradero. Yo debiera amarla así como Cristo amó a la Iglesia."\*

Un esposo que toma en serio su papel en el orden de Dios para la familia no da por descontado el hecho de la relación de su esposa con Jesús. Ni elude su responsabilidad diciendo piadosamente: "Eso es cosa entre ella y Dios." El reconoce que su vocación ante Dios es ser "cabeza" espiritual para su esposa. Así como Cristo es responsable del crecimiento y desarrollo de la Iglesia, el esposo es responsable por el cuidado y desarrollo espiritual de su esposa y de su familia. Este es un contraste inequívoco en Efesios 5:25-33.

*Esposo, ama a tu esposa*

## RECORRE EL CAMINO DE LA CRUZ DELANTE DE ELLA

¿Y cómo es que el esposo ejerce esta responsabilidad? ¿Enseñoreándose sobre su esposa? ¿Dándole órdenes y preocupándose de que ella las cumpla? ¿Sermoneándola en cuanto a la vida espiritual y a principios? No, *él se da por ella*. Esto quiere decir que él va delante de ella por el camino que conduce a la Cruz. El muestra con el ejemplo lo que significa morir al yo. Y él cumple esto no solamente para su propia santificación, sino en bien de ella. Para resumir, él no la "conduce", y ni siquiera la "guía" en sentido convencional. Más bien lo que hace es que la atrae hacia Cristo, a medida que él mismo permite que la Cruz haga su obra en su vida.

¿Cómo resulta esto en la práctica? Consideremos un ejemplo de todos los días. Cuando se inicia una discusión en un matrimonio, la actitud que corresponde al esposo en primer lugar es humillarse y pedir perdón por todo lo que pudiera haber habido de incorrecto en su conducta. Esto es hacer morir el ego. Pudiera ser que la culpa de la esposa fuera tan grande como la de él o mayor todavía. No importa. Su parte es "amar a su esposa *así como Cristo amó a la Iglesia*". Jesús se humilló a sí mismo bajo la culpa del pecado "... nosotros... siendo aún pecadores" (Romanos 5:8).

En esta situación un esposo no juzga el pecado de su esposa, y por sobre todo no calcula qué efecto pudiera tener *su* arrepentimiento sobre *ella*. El sencillamente recorre el camino de la Cruz — negándose, renunciando a sus derechos, pues éste es el llamado de Dios para él como esposo. La puerta de acceso a toda vida y bendición espiritual es el arrepentimiento. Como cabeza espiritual de la familia, el esposo y padre debe ser el primero en arrepentirse.

Bien pudiera suceder, en el ejemplo dado anteriormente, que la esposa tomara las disculpas de su esposo como

una vindicación de su propia justicia. En este punto el esposo podría verse tentado a levantarse y decir: "¡Ahora yo he confesado *mi* pecado, y tú debes confesar el *tuyo!*" No, un esposo no puede recorrer el camino de la Cruz con motivos ulteriores. El recorre el camino de la Cruz — y es el primero en ir por él, adelante de su familia — pues Dios se lo exige, porque el Espíritu Santo le ha dado verdadero remordimiento por su propio pecado y sabe que el arrepentimiento y el perdón son la única respuesta.

Un esposo que se pone a instruir a su esposa sobre su deber de someterse a su autoridad, ya ha cedido el fundamento de su autoridad. Su vocación ante Dios es cumplir *su* papel dentro de la familia, no arengar a la esposa con respecto a lo que ella tiene que hacer.

Moisés fue uno de los grandes líderes de todos los tiempos. Dios lo investió con gran autoridad. Sin embargo él fue, de acuerdo a la Biblia, "muy manso, más que todos los hombres que había sobre la tierra" (Números 12:3). Cuando el pueblo de Israel se rebelaba contra él, Moisés huía al Tabernáculo y pleiteaba con *Dios* sobre el asunto. Entonces Dios trataba con los rebeldes (Números 12:10; 16:33). Pero cuando Moisés procuró tratar con el pueblo basado en su propia fortaleza, ventilando su enojo sobre ellos, Dios trató con Moisés con la mayor severidad — aun negándole el privilegio de conducir a Israel a la Tierra Prometida (Números 20:2-12).

La autoridad que ejerce un padre sobre su esposa e hijos no es su propia autoridad. Es una autoridad con la cual Dios lo ha investido. El esposo debe ejercer esa autoridad con firmeza y sabiduría, pero es Dios quien establece y mantiene dicha autoridad.

Si un esposo encuentra que su esposa e hijos se rebelan bajo su autoridad, debe recurrir primeramente a Dios. Y su actitud debe estar plena de arrepentimiento.

"¿Por qué no has podido establecer mi autoridad en

esta familia? ¿Qué es lo que hay *en mí* que me hace un instrumento inadecuado para tus propósitos?

"Cristo es la cabeza de todo varón, y el varón es la cabeza de la mujer" (1 Corintios 11:3). Si una esposa no se somete a su esposo, pudiera ser que el hombre secreta o abiertamente sea rebelde contra Cristo. Solamente aquellos que viven bajo la autoridad están condicionados para exigir autoridad. Un hombre que tiene un hogar rebelde, debiera primeramente examinar su relación con *su* autoridad — Cristo. Esto puede significar una experiencia humillante. Sin embargo, de ella puede resultar un espíritu contrito y humillado arrepentimiento, una nueva actitud de amabilidad y de mansedumbre hacia su familia y, sorprendentemente, una nueva medida de autoridad — autoridad por la cual él no tendrá que luchar, pero que será reconocida con agrado, pues él ha "muerto al yo", y por consiguiente Dios le ha habilitado para que establezca su autoridad en la familia.

Cuándo y cómo su "muerte" habrá de atraer a su familia tras sí, es prerrogativa del Espíritu Santo. La vida y el amor de un esposo deben ser una diaria "ofrenda quemada", un sacrificio del ego, que el Espíritu Santo pueda usar de acuerdo a su sabiduría infinita. Ofrecerse de este modo por su familia, inevitablemente, le significará sufrimiento a un esposo y padre. Pero ésta es la voluntad y la vocación de Dios. Y la solemne promesa del Señor es ésta: "Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; *pero si muere, lleva mucho fruto*" (Juan 12:24).

Así pues, cuando la Biblia dice: "Maridos, amad a vuestras mujeres", está expresando mucho más que el tener sentimientos de aprecio y cariño por ella. Está diciendo que él debiera *morir* por ella, así como Cristo murió por la Iglesia. Como producto de tal "muerte", el Espíritu Santo logrará su fruto en toda la familia: amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza (Gálatas 5:22,23).

*Esposo, ama a tu esposa*

### EJERCE AUTORIDAD EN HUMILDAD

Es con el esposo que debiera permanecer la autoridad que le ha sido dada. Pero él debiera considerarlo no como su derecho, sino como su deber. Nunca debiera pensar del poder que se le ha confiado sin recordar la responsabilidad que va pareja con él. Debiera reconocer que la regla es una carga, y sobrellevar el peso de ella como una carga. Que todo lo que se haga en su casa sea hecho según su voluntad, pues la responsabilidad de todo ello descansa sobre él. Que no aparte de su vista esta responsabilidad, ni que tampoco procure desecharla por causa de debilidad, pues eso es imposible. A causa de una falsa bondad puede sacrificar aquello que él sabe que es bueno y saludable. No por ello se verá libre de la cuenta que debe dar de todo lo que, con su conocimiento, se ha hecho en su familia. Si con su actitud atrae sobre los suyos lo que es necio, injurioso y ofensivo, no hay excusa para él. En vano alegará que él permitió que el timón se deslizara de sus manos por aprecio a la paz; que no se atreva a abdicar de su responsabilidad bajo la excusa de que está tratando de evitar el mal de la discordia familiar. Porque esta responsabilidad no fue puesta en sus manos por los hombres, sino que por Dios. Debe refrenar sus impulsos de hacer un despliegue excesivo de autoridad. Sin embargo, en todos los asuntos de importancia, debe mantener amable y prudentemente, su posición como cabeza del hogar, con firmeza y decisión.\*

Una esposa ha escrito: "No abandonen el mando, eso es lo principal. No nos pasen a nosotras las riendas. Consideraríamos que esto era una abdicación por parte de ustedes. Nos confundiría, nos alarmaría, nos haría retroceder. Con mayor rapidez que cualquier otra cosa, nublaría la clara visión que nos hizo amarles en el comienzo. Oh, trataremos de hacerles abandonar su posición como el Número Uno en la casa. Esa es la terrible contradicción en nosotras. Pareceremos estar pe-

leando hasta la última trinchera para conseguir la autoridad final, pero en los rincones más íntimos de nuestro corazón desearemos que sean ustedes los que ganen. Tienen que ganar, pues nosotras no estamos hechas para tener el mando. Es una confusión."

Aun cuando tiene autoridad y responsabilidad sobre todo lo que sucede en la familia, el esposo debe manifestar respeto por la esfera de deber y competencia de su esposa. Le corresponde a él en esta esfera ejercer una amplia supervigilancia, dejando la responsabilidad y autoridad inmediatas en manos de ella. No significa disminución de su autoridad el que él abiertamente someta ciertos asuntos a la opinión o a la decisión de ella. Sencillamente es sentido común, puesto que esta es la zona en que ella es competente — así también el presidente de una corporación referirá ciertas cosas a los jefes de departamentos para que sean ellos quienes tomen las decisiones.

Cada uno tiene inclinaciones a brillar en aquello que no está dentro de sus límites, y a manifestar su sabiduría en donde no tiene responsabilidad. Cae en este error la mujer que se muestra ansiosa por manifestar su opinión en aquello que constituye los más altos deberes de su esposo. En este error cae el hombre cuando se mezcla en todos los minúsculos detalles del manejo de la casa, y se imagina que él los entiende mejor que su esposa.\*

La esposa debiera considerar con respeto la esfera de acción y autoridad de su marido. Y que el marido no desprecie la actividad sencilla de su esposa. Es muy injusto que él se imagine que lo que ella tiene que hacer son meras frivolidades. Recuérdese que no tan solamente está obligado a sostener a su esposa; debe también estimarla y tratar sus sentimientos con delicadeza. Si él desprecia el trabajo y la responsabilidad de ella, le causa un grave daño, el cual no puede ser enmendado fácilmente.\*

Una dueña de casa de nuestra iglesia compartió esta sabia opinión referente a la actitud de un esposo para

con su esposa: Hay una "vitamina" especial que necesita una esposa para su bienestar. Esta hace falta a veces aun en los hogares cristianos. Un hombre trabaja y gana dinero. El cheque de su salario y la recomendación de su empleador son un reconocimiento de lo que él vale. Una dueña de casa no está en las mismas condiciones. Sin embargo, ella también necesita aprecio y estímulo. Muchos esposos no se dan cuenta de lo intenso de esta necesidad. Ellos dicen: "Bien, me casé contigo, ¿no es cierto?" o, "uno no sigue corriendo después de haber tomado el ómnibus".

En Proverbios 31: 10, 29 se describe una esposa como de más valor que "piedras preciosas . . . Su marido también la alaba: Muchas mujeres hicieron el bien; mas tú sobrepasas a todas".

Esposo, considera a tu esposa un tesoro que te ha sido dado por un Dios generoso. Amala. Hónrala. Reconoce sus talentos. Aprecia sus esfuerzos. Ten consideración de sus sentimientos. Con ternura y sinceridad expresa tu amor por ella en alguna manera cada día. Esta "vitamina" diaria hará que la vida matrimonial le sea a ella mucho más placentera — y también a usted.

"Maridos, amad a vuestras mujeres, y no seáis ásperos con ellas" (Colosenses 3:19). En estas palabras, el apóstol San Pablo menciona una falta en los esposos que sobrepasa a todas las otras — la aspereza. La aspereza socava el más hermoso matrimonio, aquel que parecía estar firme como roca. El esposo se confía demasiado de la fidelidad que yace en el fondo de su corazón. No se cuida de su forma de expresarse en las "cosas pequeñas". Se permite descuidos donde debiera mostrar el máximo cariño y respeto. Se comporta respetuosamente ante todos los extraños. Es para ellos que se coloca sus ropas de domingo. Pero en casa es un hombre completamente diferente. Sería preferible injuriar a cualquier otra persona en el mundo antes que a esta mujer que se ha entregado enteramente a él. Es deber del hombre deleitar diariamente el corazón de ella, renovar continuamente los lazos que la atan a él por medio de su

tierna atención y de su noble comportamiento. Si tiene razones para estar insatisfecho, debe expresarlas de tal modo que hiera lo menos posible los sentimientos de ella, y cuando estén a solas. Toda acusación en presencia de los hijos, toda queja ante extraños, es un muy amargo dolor para su esposa. Y más todavía, el hacerlo así rebaja su propia dignidad.\*

El matrimonio está basado en la estimación mutua. La cortesía es un apoyo para esta estimación. Por supuesto que ésta debe brotar de una profunda fuente interior. No debe ser un ceremonial hueco. Y a pesar de todo, las formas exteriores son de mucha ayuda, y nadie debiera despreciar las buenas maneras en la vida diaria de los matrimonios. No son asuntos de indiferencia, molestia o ridiculez. La negligencia en nuestra forma de vestir y de hablar en casa, linda con la falta de respeto. Sabemos que existe una conexión entre la limpieza del cuerpo y la pureza del alma. Del mismo modo, una despreocupación de las formas externas del respeto fácilmente trae consigo un desprecio por la dignidad personal en uno, y en los demás.\*

Cuando la Escritura demanda que las esposas sean tratadas tiernamente, y honradas como coherederas de la gracia de la vida, añade la siguiente advertencia para el esposo: "Para que vuestras oraciones no tengan estorbo" (1 Pedro 3:7). Los sentimientos y la dignidad de una esposa pueden estar llevando una secreta herida infligida por el esposo; tal vez ella no pueda compartirla con nadie más sobre la tierra. Sin embargo, un más alto Juez contempla sus penas y se hace cargo de su causa. Durante los tiempos de santa meditación, y en las necesidades de la vida, el esposo mira hacia arriba en oración. Es entonces cuando Dios le hace sentir lo mal que se ha comportado con su esposa. ¿La ha maltratado e injuriado? Entonces su oración no puede elevarse al cielo. El se da cuenta que los cielos le están cerrados. Sus palabras vuelven a él y mueren en sus labios. Algo se ha interpuesto entre él y Dios, que le dificulta allegarse al trono de la bendición; es la pena de su esposa, cuyo

causante es él. Dios cierra su corazón en contra de él, porque él ha cerrado su corazón en contra de su esposa. El ha sido duro con ella, ahora tiene que aprender que Dios es duro con él. Posiblemente él ha contristado al Espíritu de Dios en ella, y ahora Dios en justicia le hace probar una profunda tristeza. Así como él trató a aquella que fue puesta bajo su cuidado, así también lo tratará Dios a él. No puede reconciliarse con Dios hasta que con amabilidad y auto-sacrificio se haya reconciliado con su agraviada esposa.\*

La autoridad espiritual está basada en una paradoja. Jesús dijo: "Si alguno quiere ser primero, será el postrero de todos, y el servidor de todos." El mismo demostró este principio al lavar los pies de sus discípulos. Es de relevante significación que este acto de Jesús esté antecedido por las palabras: "*Sabiendo Jesús que el Padre le había dado todas las cosas en las manos... tomando una toalla, se la ciñó*" (Juan 13:3, 4). Con plena conciencia de su autoridad espiritual, Jesús lava los pies de sus discípulos. Este es el prototipo de la autoridad espiritual debidamente ejercida. Ni orgullo, ni poder, ni auto-suficiencia, sino que humildad es la fuente de autoridad espiritual. La autoridad de un esposo sobre su esposa e hijos es una autoridad ordenada por Dios, una autoridad espiritual. Su principio de operación está, por la misma razón, enraizado en la misma paradoja que Jesús ejemplifica con el lavado de pies, y eventualmente con la crucifixión. "Aquel que haya de ejercer autoridad espiritual debe ser siervo de todos... debe aun llegar a la muerte en favor de aquellos por quienes es responsable."

¡Esposos: amad a vuestras esposas! Depongan su orgullo, su ego, sus "derechos". ¡Sigán a su Señor Jesús hasta la Cruz, y el amor transformador del Calvario florecerá en su hogar!

## SEGUNDA PARTE:

### Practicando la presencia de Jesús

Al comienzo dijimos que el secreto de una buena vida familiar es simplemente éste: *Cultivar la relación de la familia con Jesús*. Comenzamos con una consideración del Orden Divino. Pero el Orden Divino solamente no es suficiente. A medida que el Orden de Dios comienza a modelar la forma exterior de una vida familiar, se le debe dar un mayor influjo a la presencia de Jesús para que transforme la vida interior. Y aquí es donde encaramos un problema fundamental.

¿Qué es precisamente lo que queremos decir por "la presencia de Jesús"? ¿Cómo es que una familia vive "unida con Jesucristo"?

Nuestra nietecita Marta tenía alrededor de tres años de edad cuando le informó a su abuelita que había hecho un profundo descubrimiento. Indicó hacia un cuadro de Jesús que había en la pared y dijo: —Ese es Jesús. Yo le digo "¡Hola!", pero él no me responde "¡Hola!"

Su hermanita Nancy, un año menor, captó el pensamiento y un día a la mesa declamó: —¡Jesú, Jesús, Jesús! ¡Eso es todo lo que oigo aquí, pero él no dice nada!

Con el inocente candor de la niñez, ellas pusieron el dedo en un profundo misterio y paradoja de la fe cristiana: La fe cristiana es una relación personal con Jesús, *pero Jesús no se comporta como una persona común*. El no anda por allí de modo que yo pueda verle. El no me habla, no me escribe cartas, no me llama por teléfono. Una "persona" es alguien a quien puedo hablar y con quien puedo estar, ¡pero "él no dice nada"!



No es que el niño sea un escéptico. Es simplemente un realista. Oye hablar de Jesús como de una persona. En las oraciones oye que se dirigen a Jesús como a una persona. Así es que él espera que Jesús se comporte como una persona. Pero vez tras vez esto no sucede. Así sucede que a medida que el niño crece, comienza a acomodar su pensamiento a su experiencia actual: Jesús fue una persona en la tierra hace ya mucho tiempo; un día le encontraremos en el cielo como una persona; pero mientras tanto, ¡“él no dice nada”! Una relación personal con Jesús va de la nostalgia a la esperanza, pero no involucra el aquí y el ahora.

No es de sorprenderse que el himno de la Escuela Dominical de Jemima Luke sea uno de los favoritos de los niños. Expresa precisamente su actitud y comprensión.

Cuando leo en la Biblia como llama Jesús,  
Y bendice a los niños con amor,  
Yo también quisiera estar, y con ellos descansar  
En los brazos del tierno Salvador.

Ver quisiera sus manos sobre mí reposar,  
Cariñosos abrazos de él sentir,  
Sus miradas disfrutar, las palabras escuchar:  
A los niños dejad a mí venir.

Yo ansío aquel tiempo venturoso, sin fin,  
El más grande, el más lúcido, el mejor,  
Cuando de cualquier nación, niños mil sin distinción  
A los brazos acudan del Señor.

Si se conociera la verdad, muchos adultos confesarían el mismo sentir de perplejidad y de frustración expresado por los niños. Ellos tienen conocimiento de Jesús y verdaderamente creen en él. Sin embargo la experiencia de una relación personal clara es vaga o falta completamente.

Por ejemplo, ¿por qué es que tan pocos cristianos pueden hablar simple y confidencialmente de haber experimentado la dirección clara del Señor en asuntos de su vida personal? Muchos aun protestan piadosamente

que es una presunción el pensar que uno pueda conocer la voluntad específica de Dios. Si un padre enviara a su hijo al almacén, éste podría así declarárselo a cualquiera que le preguntara con respecto al propósito de su viaje. ¿Cuántos cristianos pueden decir con franqueza infantil que están donde están — que hacen lo que hacen — porque han recibido una orden de su Padre celestial?

Los textos de teología y los tratados evangélicos tienen predilección por distinciones como ésta: “No es suficiente saber acerca de Jesús — debe entrar en una *relación personal* con él.” Pudiera ser que demos nuestra aprobación a lo anterior, ¿pero entendemos realmente lo que significa tal declaración? Una relación personal implica un encuentro y trato definido entre personas. Supongamos que un esposo y una esposa han tenido una larga conversación estando a la mesa, durante la cena. Ellos no se levantan de la mesa preguntándose si realmente habrán hablado el uno con el otro. No se sienten preocupados por la incertidumbre de si ha habido verdaderamente un encuentro y trato personal. Sin embargo, para muchos cristianos, el sentido de relación personal con Jesús está invadido de un sentir de inseguridad y vaguedad.

El problema es el mismo que descubrieron nuestras nietecitas: *Jesús no se comporta como una persona común.* ¿Cómo puede tener una relación personal con Alguien que no le responde con un “¡Hola!”?

Un norteamericano viajaba por Alemania y necesitaba instrucciones para llegar a cierta ciudad. Vio una estación de servicio Shell — un signo muy familiar — y se detuvo para consultar. Volvió abatido a los que le esperaban en el vehículo, y les informó: —El no puede hablar.

Lo que él quiso decir fue: —El empleado no puede hablar inglés.

En Estados Unidos, una estación de servicio Shell es un lugar donde uno puede hablar con el empleado y obtener instrucciones claras. Pero en Alemania, aun

cuando los empleados de Shell emitan ruidos, “no pueden hablar”. En la práctica, “¡no dicen nada!”

Esta es la experiencia de muchos cristianos. Los símbolos externos de la relación personal — palabras tales como “ver”, “hablar”, “conocer” — son familiares. Pero cuando tratan de entrar en la experiencia de estas palabras en otro reino, el reino del Espíritu, se encuentran con desilusión y frustración.

Por supuesto que en este punto podemos ofrecer los ya conocidos tranquilizadores teológicos prescriptos para aquietar esta especie de bronco realismo: Lo “vemos” con los ojos de la fe; nos “habla” en la Biblia; nos “encontramos” con él cada vez que mitigamos la necesidad humana; lo “conocemos” en el corazón. Todo esto es cierto, pero para muchos cristianos esto representa nada más que un piadoso circunloquio para expresar que “él no puede hablar”. Pueden tomarse la píldora y tranquilizarse, pero sus anhelos de tener una relación verdaderamente personal con su Señor permanecen insatisfechos.

No es suficiente simplemente decir que le vemos con los ojos de la fe, que lo oímos en las Escrituras, que nos encontramos con él cuando nos mezclamos con la gente, que lo conocemos en la profundidad de nuestro corazón. Del mismo modo que no sería de ayuda decirle simplemente al norteamericano: —Al empleado de la Shell debe hablarle *en alemán*, — si es que uno no le dice también *cómo* hablar en alemán. De hecho, uno puede entablar lindas conversaciones con los empleados alemanes de la Shell, *¡una vez que uno ha aprendido el idioma de aquel país!* Y uno puede entrar en una relación personal dinámica con Jesús, *si es que uno está dispuesto a aprender cómo se establece y cómo se mantiene la relación personal* EN EL REINO DEL ESPÍRITU.

Para extender el punto de la ilustración: Un empleado de Shell en Alemania no habla como un norteamericano por la sencilla razón de que es alemán y no norteamericano. El Señor no se comunica con nosotros como lo haría una persona humana por la razón de que él es una Persona Espiritual.\*

\* Debido a su encarnación, por supuesto, Jesús llegó a ser una persona humana en el más amplio sentido. Aún más, él permanece para siempre como “el Hijo del Hombre”, así también como el Hijo de Dios (Daniel 7:13, Apocalipsis 1:13). El asunto es que Jesús y el Padre nos son comunicados por medio del Espíritu Santo (Juan 16:14; 14:23), y por consiguiente la relación personal del creyente con Dios se establece y se mantiene de acuerdo a la conducta de una Persona Espiritual y no de una persona humana. Así es como el Apóstol Pablo escribe: “Y aún si a Cristo conocimos como hombre, ya no lo conocemos más de ese modo” (2 Corintios 5:16, Phillips).

Al tratar de impartir a nuestros niños la comprensión de un Dios personal, le hemos dado poca atención a este hecho simple. Jesús dijo: “Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren” (Juan 4:24). Este hecho debe ocupar un muy prominente lugar en nuestro pensamiento siempre que hablemos de una relación personal con Dios. La realidad de la presencia de Jesús en nuestras familias debiera ser grandemente afectada por él. Pues la clase de relación que uno tiene con una Persona Espiritual es significativamente diferente de la clase de relación que se tiene con las personas humanas. El descuido de este hecho básico ha conducido a incertidumbre y confusión en un espectro teológico amplio.

La persona evangélica habla con fervor de una relación personal con el Señor. Pero se ha pasado completamente por alto el hecho de que esta relación es con una Persona Espiritual. En lugar de enseñar claramente lo que involucra dicha relación con una Persona Espiritual, hemos permitido que el asunto descansa, sin ser explicado, en la analogía de una relación humana. De este modo ha sido muy fácil para la gente irse pensando que la característica de una relación genuina con Dios es que conmueve los sentimientos y la imaginación de manera similar a la relación con una persona humana. El peligro de esta situación es que uno comienza a mirar dema-

siado dentro de sí mismo las marcas que prueben que existe relación con Dios.

Aquellos que tienen una aguda conciencia social hablan de un encuentro personal con Dios a través de mezclarse con otra gente. Pero nuevamente se ha olvidado el hecho de que la relación con Dios es relación con una Persona Espiritual. Las características distintivas de esta relación no han sido expuestas. Es cierto que un encuentro genuino con Dios habrá de conducirnos también a encuentros con la gente. El encuentro con Dios y el encuentro con los hombres están profundamente identificados. *Pero no son idénticos.* Y precisamente aquí es donde yace el peligro. En la teología de la conciencia social, el encuentro con Dios y el encuentro con los hombres han llegado a ser vagamente sinónimos. Se espera que el mezclarse con la gente sea el resultado y la expresión de un genuino encuentro con Dios. En lugar de eso, ha llegado a ser un sustituto para ello.

Aquellos que tienen fuertes inclinaciones literarias, intelectuales o eclesásticas también usan el lenguaje de la relación personal al hablar de Dios. Ellos expresarán con gran precisión la *idea* de una relación personal con Dios. Pero una vez más se hace mención escasa del hecho simple y rudimentario: Esta es una relación con una Persona Espiritual.

Ciertamente debemos usar el lenguaje u otros símbolos apropiados (cuadros, acciones artefactos) con el fin de transmitir a otra persona este tema de la relación personal con Dios. Pero esencialmente esto debiera ser una descripción de experiencia, y no la mera proyección de una idea. Aquí el peligro consiste en que uno puede llegar a estar muy atado al lenguaje o a las formas religiosas (e.g., adoración, confesión, voto) de la relación personal sin entrar profundamente en la experiencia de ella. Y es en este punto donde el peligro es particularmente sutil, pues una idea tiene una cierta realidad y existencia de sí misma. Decimos que una persona "sostiene una idea", pero también decimos que una idea "se apodera de una persona". Es un hecho que, sin mayor

reflexión consciente del fenómeno, todos nosotros llevamos a cabo un considerable diálogo interior con nuestras ideas. Todo el torrente de la técnica literaria consciente está basado sobre esta experiencia común. En sentido limitado podría decirse que tenemos relación personal con nuestras propias ideas. Y esta relación con nuestras propias ideas tiene cierta similaridad superficial a una relación con una Persona Espiritual, e.g., intangibilidad, eficacia continua, intimidad. Existe el peligro de que uno pueda captar la *idea* de una relación con Dios, y entrar en relación con la idea misma, pensando que es lo verdadero. El número de personas que están relacionados con una *idea* de Dios más bien que con Dios mismo es tal vez mayor que el que podríamos imaginar.

De este modo la tarea de la segunda parte de nuestro libro ya tiene su foco: *Tan simple y claramente como sea posible, deseamos retratar la relación que pueden tener nuestras familias con Dios, quien se ha revelado a nosotros como Padre, Hijo, y Espíritu Santo.* Y en medio de todo mantendremos presente el hecho de que esta relación es con una Persona Espiritual; ciertamente, con el "Padre de (todos) los espíritus" (Hebreos 12:9). Debíamos esperar, por consiguiente, que esta relación fuera única en muchos sentidos.

Antes de que nuestras familias puedan entrar en esta relación, debemos abdicar de algunas de las nociones que tenemos acerca de lo que constituye una "relación". La relación de uno con Dios tendrá cierto parecido a otras relaciones. Pero en muchos respectos será totalmente diferente — diferente hasta la frustración. Debemos acomodarnos a formas de comunicación y a modos de experiencia que son apropiados para una relación con una Persona Espiritual.

Dios se acomodó al nivel de la relación humana al enviar a su Hijo para que llegara a ser un ser humano, el hombre Jesús. Pero su propósito último en todo esto no era una acomodación permanente. Más bien, era el medio por el cual nosotros podríamos ser transformados de tal

manera que pudiéramos entrar en relación con él en su nivel — el nivel del Espíritu. En otras palabras, Jesús viene hasta donde estamos, pero no nos deja donde estamos. El hecho de que llegara a ser como nosotros era el medio para un fin — que nosotros pudiéramos llegar a ser como él (1 Juan 3:2).

Mientras estuvo en la tierra, Jesús tuvo relación con sus seguidores como una persona humana. Cuando su obra en la tierra hubo terminado, y se preparaba para volver al Padre en el cielo, prometió a sus discípulos que estaría con ellos siempre (Mateo 28:20); la relación personal continuaría. Pero la naturaleza de la relación cambiaría, pues ahora ya no sería más con una persona humana, sino que con una Persona Espiritual (Juan 14:6).

La reacción inicial de los discípulos fue tristeza. No podían imaginar algo que estuviera más allá de la relación humana. La partida de Jesús les parecía que era la sentencia del fin de su relación personal con él. Pero Jesús dijo: "Os conviene que yo me vaya, porque si no me fuere, el Consolador (Espíritu Santo) no vendría a vosotros" (Juan 16:6, 7).

Jesús anticipó a sus seguidores, no el corte de su relación personal con él, sino una progresión de esa relación a una dimensión nueva y más valiosa. Y es digno de notarse en este respecto, que después del retorno de Jesús al Padre en los cielos, no encuentra entre ellos trazas de nostalgia por "los buenos días ya idos" cuando Jesús caminaba y hablaba con ellos. Un joven deja atrás la niñez — no tal vez sin un toque de nostalgia. Pero la aventura de entrar a la vida de adulto pronto le absorbe en un desafío y realidad que va más allá de todo lo que conoció en la niñez. Volver a la niñez sería retirarse de la realidad. Precisamente, de este modo progresaron los discípulos desde la realidad de la relación con una persona humana hasta la realidad mucho mayor y de un alcance más amplio de una relación con una Persona Espiritual.

Hemos dicho que nuestra tarea en este libro es *retra-*

*tar esta relación.* ¿Pero con qué propósito? ¿Qué esperaríamos recibir como lector, de la lectura de este libro?

Nuestro propósito no es meramente describir la relación que las familias puedan tener con Dios. Las gradearías para espectadores en la arena de la experiencia cristiana están repletas — hay hombres y mujeres que tratan de vivir la experiencia de otros pero alejados del sacrificio, porque ellos mismos no han aprendido a maniobrar en el campo de la relación espiritual. Ni tampoco deseamos analizar y explicar, meramente con la intención de dar una cierta medida de comprensión acerca de esta relación con Dios. Más bien, nuestra oración es que podamos ofrecer algunas sugerencias prácticas para alentar a las familias a que realmente *entren* en esta relación de una manera más plena y profunda. El conocimiento y la comprensión ayudarán a hacer que esa entrada sea más precisa y efectiva. Pero uno no puede simplemente contentarse con el conocimiento y comprensión de estas cosas, pues a menos que la Fe Cristiana llegue a un encuentro definido y profundo con el Señor, el propósito de Dios no se habrá logrado. Y no hay mejor lugar en que pueda llevarse a cabo este encuentro que en la familia cristiana.

## CAPITULO SEIS

## Jesús, el Salvador y Señor de la familia

Se ha dicho que Dios salva *familias*. Hay algo de base bíblica para esto también: El ejemplo de Noé, que construyó un arca para que se salvaran los de su casa (Génesis 7:1; Hebreos 11:7), el carcelero de Filipos, que se salvó junto con los de su casa (Hechos 16:31). Las instrucciones para la Pascua — el gran tipo de salvación y liberación del Antiguo Testamento — estipulaban “un cordero por *familia* (Exodo 12:3).

Los padres debieran tomar muy en serio estos tipos bíblicos, y reclamar a sus familias para Dios. San Agustín le atribuye su conversión a las fieles oraciones de su madre, Mónica. Durante largos años él mantuvo a Dios a la distancia. El decía: “Sí, deseo ser cristiano, deseo servirte, Señor — pero todavía no.” Mónica oraba persistente y pacientemente, hasta que finalmente el corazón de él fue conmovido y fue ganado para Cristo. Y llegó a ser un manantial de bendición para la Iglesia hasta el día de hoy. Solamente la eternidad dirá cuántos hijos han sido traídos al hogar y al Padre por causa de las oraciones de padres creyentes.

Este es el punto de partida en la vida de la familia cristiana. Cada miembro, en su propio nivel de comprensión y de apropiación, necesita experimentar el perdón, el amor, y la aceptación que Dios nos ofrece en Cristo. Cada uno debe conocer a Jesús como el *Salvador* de esta familia.

La Biblia no pone en duda que aun los niños pequeños puedan tener acceso a esta experiencia. Jesús habló de un niño como “uno de estos pequeños *que creen en mí*”

(Mateo 18:6). El pasaje paralelo en Marcos indica que el niño era lo suficientemente pequeño como para ser sostenido en los brazos de Jesús (Marcos 9:36). Cuando el apóstol Pablo se dirige a los “santos” en Efeso y en Colosas (Efesios 1:1; Colosenses 1:2), claramente incluye a los niños, pues se dirige a ellos directamente más tarde en la carta, aconsejándoles que obedezcan a sus padres *en el Señor* (Efesios 6:1-3; Colosenses 3:20). Sólo para un creyente es posible hacer algo “en el Señor”.

La Biblia nada sabe del racionalismo que supone que un niño pequeño no puede “creer”. Una noción tal es producto de una super-intelectualización del concepto bíblico de la fe. Es verdad que el aspecto consciente e intelectual de la fe viene con una comprensión madura. Pero el elemento esencial de la fe — la unión de confianza personal que resulta en vida espiritual — depende de la gratuita condescendencia de Dios, no de una comprensión mental del proceso por parte de la persona. La fe es don de Dios, no obra del hombre. Y la Biblia no deja duda de que Dios muestra esta gracia no solamente a los adultos que pueden responder a ella al nivel de la comprensión intelectual, sino también a los pequeñitos que la reciben al nivel del sentimiento y de la reacción instintiva. “Tú eres el que me sacó de la matriz; me hiciste esperar y confiar cuando estaba a los pechos de mi madre” (Salmo 22:9, Biblia Ampliada).

Un infante de pecho no responde a Dios a nivel de la comprensión intelectual. Su esperanza y confianza son expresadas a un nivel más elemental. Pero no son por ello menos *reales*. No es una especie de “fe provisional”, a la espera del día cuando logre una comprensión intelectual de ella. El acceso de Dios a nuestro corazón no está limitado por nuestro entendimiento. (De otro modo, ¿qué podríamos decir de las posibilidades de salvación para aquellos que sufren de daño cerebral o de retardo mental?) Podemos responder a Dios en fe mucho antes de que podamos comprender o describir el proceso en términos intelectuales.

¡Juan el Bautista tuvo una reacción clarísima ante

el Señor Jesús cuando ninguno de los dos había nacido todavía! “Cuando oyó Elizabet la salutación de María la criatura saltó en su vientre... y exclamó... ‘tar pronto como llegó la voz de tu salutación a mis oídos la criatura saltó de alegría en mi vientre’” (Lucas 1:44).

En realidad, la Biblia ve el problema exactamente desde un punto de vista opuesto. No es la inmadurez intelectual de un niño, sino que la sofisticación intelectual del adulto, lo que se constituye en una verdadera barrera para la fe. “Traían a él los niños para que los tocase... Jesús, llamándolos, dijo: ‘Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de Dios. De cierto os digo, que el que no recibe el reino de Dios como un niño, no entrará en él’” (Lucas 18:15-17). Puesto que es por *fe* que recibimos el Reino, aquí tenemos la inequívoca autoridad de Jesús para asegurarnos que los niños — “aún los infantes” — pueden de veras recibir su gracia salvadora. Esto es absolutamente fundamental para la vida de la familia cristiana. Debemos tener fe que el Espíritu Santo obra aun en los niños muy pequeños, atrayéndolos a una relación personal con Jesús.

Por falta de esta enseñanza fundamental de la Biblia, a menudo hemos afrontado equivocadamente nuestro problema y responsabilidad como padres. Por un lado enseñamos a cantar a nuestros hijos, “Cristo me ama”, y por el otro, medio aceptamos la noción racionalista de que los niños “no pueden creer”, y aguardamos el día que nuestro niño crezca y pueda “recibir a Cristo”. ¡Si simplemente creyéramos lo que dice la Biblia, y comprendiéramos cuán absolutamente el niño *crea* lo que canta! No hay ni el más leve pensamiento en su corazón sino el de que Jesús efectivamente lo ama. Su problema no es falta de fe, sino que es falta de experiencia. La tarea del padre es permitir que la fe llegue a ser una puerta de acceso a la experiencia. En maneras concretas y prácticas el padre debe ayudar al hijo a reconocer el amor de Jesús en los asuntos diarios de la vida.

Aun los teólogos sofisticados están acostumbrados a

contrastar la fe y la experiencia, como si cuando uno tiene fe ya no requiere ni desea la experiencia. Nada podría estar más lejos del mundo de pensamientos de la Biblia, en donde la fe siempre *conduce* a la experiencia. La fe del Nuevo Testamento no es una fe que “busca señales” sino que es inequívocamente una fe “con señales” que la siguen (Marcos 16:17). En otras palabras, no busca una experiencia con el fin de creer, sino que su creencia le conduce con seguridad a la experiencia confirmadora. Sin experiencia, la fe llega a ser fría, muerta, formal, legalista. No tan solamente debemos enseñar a nuestros hijos la existencia de Dios, sino que también debemos dar el segundo paso que nos indica la Biblia, y de este modo ayudarles a experimentar que “es galardónador de los que le buscan” (Hebreos 11:6).

Esto tendrá un efecto inmediato sobre la manera en que oramos con nuestros hijos. Nos guiará más allá de la acostumbrada expresión a la hora de acostarse: “Dios, bendice a mi mamá y a mi papá...” — que es una oración que casi nunca es afectada por el fracaso o el desengaño — a verdaderas oraciones de *fe*, oraciones en las que se pida una cosa definida y de las que se espere una respuesta.

Nuestro hijo menor perdió una vez un broche de honor que había ganado en la escuela. Se esperaba que lo usaría en su corbata, y el haberlo perdido fue considerado como una gran desgracia. Registramos su cuarto en busca del prendedor, pero no pudimos hallarlo por parte alguna. Así fue como en nuestras oraciones por la mañana él oró que pudiera hallar su prendedor de honor. Dos días más tarde, cuando llegué a casa a la hora de la cena, él salió a encontrarme a la puerta, radiante: —¡Encontramos mi prendedor de honor — *tal como lo pedí en oración!*

Una docena de sobrios y correctos pronunciamientos teológicos no podrían haber conducidos a este niño de seis años a una mayor convicción del amor de Dios que esta simple respuesta a la oración.

Un niño cuya fe consiste únicamente de una doctrina

aprendida puede ver aquella fe fuertemente sacudida cuando se confronta con doctrinas rivales en los años del liceo y de colegio superior. En cambio, un niño que lleva consigo el recuerdo de incontables encuentros con la realidad de Dios no tendrá que preocuparse de sostener su fe. Su fe lo sostendrá a él.

Muy a menudo fracasamos en conducir a nuestros hijos a experiencias sencillas de fe porque tenemos temor de que nuestra fe se vea mezclada en el asunto. Tras nuestras piadosas pretensiones se esconde el temor: "¿Y qué si nada sucede?" Bien, ¿qué si *efectivamente* nada sucede? Si Dios no es un Dios que contesta la oración, ¿no haríamos mejor en desentendernos de toda esta piadosa tontería ahora mismo? Si no podemos allegarnos a Dios con nuestras necesidades diarias, ¿no haríamos mejor en descubrirlo ahora mismo, de modo que pudiéramos evitarles a nuestros hijos la hipocresía y futilidad de creer en un Dios Todopoderoso que nunca levanta un dedo?

El profesor que rehusara realizar un experimento con cierto elemento dado, por temor de que sus alumnos perdieran la fe en ese elemento, estaría sacrificando su posición de científico. Mientras que el profesor que experimentara libre y abiertamente, conduciría su estudiantes a un conocimiento preciso y confiado de la manera como reacciona ese elemento ante diferentes condiciones.

Muchas veces las oraciones *no* son contestadas. Y no nos refugiemos en la piadosa declaración de que él *siempre* contesta, pero que a veces la respuesta es "No" o "Espera". Se da esta palmadita en la cabeza con el fin de que la fe no sufra daño. Pero la verdad es que reduce la oración a un ejercicio impersonal de doctrina, más bien que a un encuentro vivo con Dios. Es muy cierto que a veces Dios *dice* "No". Pero ese "No" no es simplemente la deducción lógica que sacamos cuando nuestras oraciones resultan sin respuesta. Es una experiencia actual que nos deja la seguridad de que Dios ha hablado — y se constituye en una bendición tan cierta, a su propio modo, como un resonante "Sí". Pero a menudo

no experimentamos un "Sí" ni un "No" — solamente silencio, como si Dios ni siquiera estuviera escuchando a nuestras oraciones. Debemos tener la valentía de aventurarnos con nuestros hijos en estas aguas que prueban nuestra fe. Porque aquí es donde aprendemos cómo orar correctamente. Es aquí donde luchamos con Dios hasta que nos bendice. Aquí es donde el encuentro con Dios llega a ser algo real. La oración no contestada es como un experimento fracasado — un acicate para seguir la investigación.

La fe no es una ciudad elevada en la que nos sentamos seguros, por sobre los pequeños conflictos y pruebas de la vida. La fe es un arma con la cual entramos de lleno a la lucha y ambigüedades de la vida. Sufrimos golpes y derrotas, podemos vernos enlodados en incertidumbres y dudas. Sin embargo batallamos. Y prevalecemos, pues nos hemos atrevido a usar nuestra fe. La fe no nos eleva por sobre la necesidad de experiencia, a un lugar desde el cual podamos contemplar la realidad de Dios en una especie de esplendor separado. Más bien, la fe opera en la misma cocina, y en la oficina y en el campo de juegos. No nos separa de la vida, sino que trae a Dios al interior de la vida.

Los niños son capaces de ejercer esta clase de fe. Son bien capaces de afrontar las frustraciones y reveses por los cuales se tempera y madura la fe, si es que ven que sus padres están empeñados en la misma osada empresa. Pues bien no les permitirá ser probados más allá de lo que le permitan sus fuerzas (Ver 1 Corintios 10:13). Y en esta empresa su fe crecerá, pues llegarán a conocer a Jesús como El Que Vive. La fe no se edifica en base a la razón y a los argumentos, sino sobre un encuentro con Jesús. Puede comenzar por aceptar el testimonio de otra persona, pero de eso progresa hasta un encuentro personal, en manera semejante a la gente de Samaria que oyó y creyó el testimonio de la mujer, pero luego ellos mismos fueron adonde estaba Jesús (ver Juan 4:39-42): "Ya no creo que Jesús me ama simplemente porque mis padres me lo dijeron, sino porque

yo mismo lo he experimentado... de veras es mi Salvador."

Mano a mano con la experiencia familiar de tener a Jesús como *Salvador*, va la dedicación de la familia a él como *Señor*. Jesús no ocupa la sala de huéspedes en el hogar, sino que el lugar principal. Toda discusión, actividad, y decisión tiene como base el hecho de que este asunto abarca no solamente a los miembros de la familia, sino que incluye también a Jesús — y él es nuestro *Señor*.

Es en este punto, el punto de su Señorío, que mucha gente se retira de su relación con Jesús. No hay medio más seguro de sofocar el sentido de la realidad en la fe de uno que por medio de la desobediencia. Contrariamente, no hay otro factor simple que de tal modo nos mantenga vivos a la Presencia de Jesús como la obediencia a su Señorío. La familia que desea vivir unida con Jesús debe reconocer su Señorío sobre todo aspecto de su vida.

Dos aspectos de la vida familiar sirven como útiles llaves, para abrir el camino para que Jesús ejerza su Señorío sobre la amplitud total de la vida y actividad familiar. Ellas involucran la consagración de dos ingredientes básicos de nuestra vida: tiempo y dinero.

Tiempo significa un tiempo establecido cada día para la devoción familiar. En el próximo capítulo ofreceremos sugerencias sobre cómo hacer que esto sea una experiencia significativa para la familia. Aquí simplemente destacamos la necesidad de hacer una consagración específica de tiempo para este propósito. Si Jesús verdaderamente está vivo, si él es verdaderamente el Señor de nuestras familias, entonces es increíble que no se le dedique un período de tiempo cada día exclusivamente para él.

Las familias descubren a veces con gran sorpresa que una cosa tan simple como ésta, la consagración de un tiempo específico para devoción familiar, puede tener un efecto transformador sobre todo lo que sucede dentro del hogar. No es difícil hallar la razón de esto. Cuando

dedica tiempo a algo, genera una reacción a la situación entre usted y aquello a lo cual se dedica. Usted dedica tiempo al desayuno: su cuerpo actúa sobre el alimento que usted ingiere, y el alimento tiene un efecto inevitable sobre su cuerpo. Usted toma tiempo para telefonar a un amigo y concertar una cita para almorzar: su día se ve afectado, su horario será afectado, del mismo modo se ven afectados el día del empleado del estacionamiento de coches, del mozo y de la cocinera del restaurant, por causa de su visita. Cuando una familia dedica exclusivamente a Jesús un tiempo significativo, genera una reacción a la situación entre ellos y él, el Señor del cielo y de la tierra. Ellos abren la puerta a todo el potencial creador que Jesús es capaz de introducir en la familia.

La segunda dedicación básica de la familia es el dinero. Dinero significa que cuando menos un décimo de las entradas de la familia le sean dadas al Señor. Dinero, como ha dicho un hombre, es sudor congelado. Es una declaración jurada del tiempo y destreza que hemos empleado, lo que nos da derecho a la provisión de ciertas necesidades materiales. Siempre desde la maldición del Huerto del Edén, el hombre ha mirado de soslayo a las necesidades materiales de la vida por medio de las emociones gemelas del temor y la codicia... preocupado que tras todo su afán y sudor todavía pudiera quedar corto. Cuando una familia dedica el primer décimo de sus entradas al Señor, liga su destino material a Dios. Aunque ofende las pretensiones altruistas del humanista estéril, la Biblia habla con claridad del diezmo como una *inversión*. "Traed todos los diezmos... y probadme ahora en esto, dice Jehová de los ejércitos, si no os abriré las ventanas de los cielos, y derramaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde" (Malaquías 3:10). Cuando Dios exige el diezmo, invita a la familia a desechar el temor y la codicia y permitir que él tenga el primer décimo de sus entradas. Promete, en cambio, bendecirles materialmente. Y es cierto que las familias que han confiado en él en este punto, han aprendido que él puede



bendecir nuestra labor y que también puede protegernos de gastos innecesarios, de modo que no experimentemos pérdidas. El diezmar ha sido presentado tan a menudo como un deber solemne que hemos perdido su significado más profundo: Dios *desea* bendecirnos en bienes materiales. El desea que una familia conozca la seguridad en este punto. Pero él desea que esa seguridad esté basada en él, no en un empleo o en una cómoda acumulación de bienes — pues éstos pueden desaparecer de la noche a la mañana. De modo que él nos pide que le demos el primer décimo de nuestras entradas, lo que representa una inversión sin otra seguridad que su buena palabra. La familia que aprende a confiar en el Señor en este punto experimenta una seguridad con la que no podría rivalizar una cartera llena de bonos de primera.

Estas dos consagraciones básicas de tiempo y dinero establecen el fundamento para el Señorío de Cristo en una familia. Nos atan a Jesús en el punto de nuestra aspiración más alta, la comunión con Dios — y en el punto de nuestra necesidad más elemental, nuestro pan cotidiano.

## CAPITULO SIETE

### El sacerdocio de los padres

Escribiendo a los cristianos en general, San Pedro dice: "Vosotros sois... real *sacerdocio*..." (1 Pedro 2:9). Esta fue una de las doctrinas recuperadas por Martín Lutero durante la Reforma, "el sacerdocio de todos los creyentes". Los protestantes han recalcado por lo general que esto da a cada creyente acceso personal a Dios, sin intermediarios; una persona puede actuar como su propio sacerdote.

Esto está bien, pero hasta cierto punto. La tradición del sacerdocio provee un ministerio del sacerdote para sí mismo (vea Levítico 9:7). Pero tanto en el tipo del Antiguo Testamento como en la aplicación del Nuevo Testamento, el énfasis principal está puesto sobre el ministerio del sacerdote a otros. Todo ministerio que un sacerdote realiza en beneficio propio es una preparación para ministrar a otros. Somos llamados al sacerdocio de todos los creyentes no simplemente para que tengamos nuestra línea privada con Dios, sino con el fin de "anunciar las virtudes de aquel que nos llamó de las tinieblas a su luz admirable" (1 Pedro 2:9) — en otras palabras, ministrar la gracia de Dios a otros. El Sacerdocio de Todos los Creyentes significa que un creyente tiene acceso personal a Dios. Pero aun más importante, significa que un creyente puede actuar como sacerdote para otro creyente.

¡Qué campo de servicio ofrece el hogar cristiano para este ministerio privilegiado! ¡Los padres — sacerdotes del Señor! Llamados y ordenados por Dios como sacerdotes para sus hijos.

En la adoración litúrgica, el ministro o sacerdote a veces enfrenta al pueblo, y otras veces se enfrenta al altar. El significado de ambas posiciones es éste: enfrenta al pueblo cuando le habla a la gente en representación de Dios; enfrenta al altar cuando le habla a Dios en representación del pueblo. Estas dos posiciones simbolizan las dos funciones básicas de un sacerdote: *representar a Dios ante el pueblo, y representar al pueblo ante Dios.*

El sacerdocio de los padres involucra estas dos situaciones básicas. Primero, los padres son llamados a presentar a Dios ante los hijos. Esto lo hacen por medio del ejemplo, de la enseñanza, y de dirigirles en las varias formas de adoración familiar. Luego, en segundo lugar, los padres son llamados a presentar a sus hijos ante Dios. Esto lo cumplen principalmente por medio de la oración.

Deuteronomio 6:4-9 ofrece una útil guía al padre-sacerdote, para la posición en la que enfrenta al hijo. Bosqueja tres pasos básicos para presentar a Dios ante sus hijos.

*Presentando a Dios ante sus hijos — por medio del ejemplo*

“Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es. Y amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas.”

Este pasaje familiar de las Escrituras es en verdad el comienzo de una instrucción a los padres. Obsérvese que comienza describiendo la actitud que los mismos padres deben tener hacia Dios. El Señor sabía que sin un amor fundamental hacia Dios por parte de los padres, su enseñanza a sus hijos sería vacía y despreciable. El punto de partida y fundamento del sacerdocio de los padres, es el amor y devoción que los mismos padres tienen para con Dios.

Si los padres no tienen una relación viva con Jesús, no pueden esperar transmitir una relación tal a sus

hijos. ¿Es esta relación de los padres y el Señor una de esas reglas y reglamentos estériles? ¿Un severo moralismo, y nada más? ¿Una monótona rutina de deberes y ejercicios religiosos, evocando una pizca de excitación, y nada de gozo verdadero? ¿Una delgada apariencia que se presenta unida exteriormente con fines de ostentación? Los niños son muchos más perspicaces en asuntos espirituales de lo que a veces se imaginan los adultos. No responden meramente a las palabras y creencias formales de sus padres. Ellos intuyen el *espíritu* interior de la fe, y eso es lo que les hace reaccionar. A menudo, los jóvenes que se rebelan contra la Fe Cristiana no se están rebelando en verdad contra Dios. Nunca han tenido un verdadero encuentro con el Dios Viviente como para rebelarse contra él. Se rebelan contra un formalismo religioso muerto que meramente ha impuesto sobre ellos un cierto cuerpo de reglas o ritos.

Los padres que desean que sus hijos conozcan a Dios deben cultivar ellos mismos su relación con Dios. Primero y por sobre todo, esto significa una vida de *oración*. Por mucha instrucción moral, disciplina firme, instrucción religiosa, o asistencia a la iglesia que haya, nada podrá tomar el lugar de la falta de oración en un padre. Pues es preeminentemente en la oración y por medio de ella que pasamos del reino de la teoría al reino de la realidad y de la experiencia personal.

¿Cómo podemos convencer a nuestros hijos de que Dios es importante, si es que nunca le concedemos de nuestro tiempo? ¿Cómo podemos pretender amarle, cuando a duras penas pasamos un minuto a solas con él? Nuestros hijos pueden llegar a aprender por obligación sus ritos, y entonar su cántico de gracias para las comidas; “Dios es grande, Dios es bueno, y le agradecemos por este alimento”. Pero en lo íntimo de su corazón, donde se forman las verdaderas actitudes, nuestras vidas carentes de oración les han enseñado otro mensaje: “Dios es grande pero puede esperar; debo apurarme o llegaré tarde.”

Feliz aquel niño que al acudir a su padre de vez en

cuando, lo encuentra de rodillas, que ve a su padre y a su madre levantarse temprano, o apartarse regularmente, para pasar tiempo en la presencia del Señor. Ese niño habrá aprendido una lección que ningún discurso podría impartir. Ha visto que Dios es importante — que es lo suficientemente importante como para merecer que le dediquemos *tiempo*; y es *personal* — usted no tan solamente obedece sus reglas, realmente tiene comunión con él.

Una vida personal de oración no es algo que cumple meramente obligado por el deber. Ni lo hace con el fin de sentar un buen ejemplo ante sus hijos. Lo hace *porque es importante*. La oración no es un ejercicio piadoso. Es llevar a cabo negocio serio y significativo con Dios.

Comencé a tomar muy en serio la oración cuando cursaba mi primer semestre en el seminario. Me faltaban nada más que seis meses para salir a decirle a la gente que siguieran al Señor y que fueran buenos cristianos, y sin embargo yo nunca había tomado en serio la oración. ¡Oh, sí! Yo había “orado”, había seguido las formas. Había dicho las palabras. Pero si alguna vez una oración mía hubiese sido contestada, yo habría sido la persona más sorprendida del mundo.

Una tarde, durante el primer año de seminario, yo estaba bebiendo una taza de café con dos ex condiscipulos del colegio. —No sé cuanto tiempo más podré soportar el seminario — dije malhumorado—. ¡Orar, orar, orar! Antes de cada clase. ¡Me está volviendo loco! ¡Una vez al día, o una vez a la semana, sería suficiente!

Para mí, era nada más que una rutina con la que debía terminarse, para proseguir con la importante tarea de educar nuestras mentes.

Yo no tomaba la oración en serio. Si yo hubiera analizado mi pensamiento, habría hecho otro descubrimiento: yo tampoco tomaba en serio la Biblia en verdad. No tomaba en serio el reino de lo sobrenatural. La oración, por consiguiente, no era más que una especie de letanía psicológica, o una rutina respetable a la que

se sometía la gente como una especie de deber o ejercicio religioso. Pero el Dios que abre los ojos de los ciegos tenía un plan para abrir los míos.

Durante los años que pasé en el seminario, yo trabajaba en la casa de publicaciones de nuestra iglesia. Una parte del trabajo consistía en anunciar literatura cristiana en un programa de radio. Un día llegó hasta mi escritorio un libro titulado *La Luz Sanadora*, por Agnes Sanford. Comencé a leerlo. Descubrí que aquí había una persona absolutamente moderna, que vivía en nuestro tiempo, y que consideraba con mucha seriedad la oración. Ella oraba y veía cómo las cosas sucedían. Era tan objetiva acerca de la oración que casi hacía que se me erizara la piel. Escribía acerca de la oración del modo en que escribiría un científico acerca de las leyes y fuerzas naturales. Parecía como un investigador químico que dijera: —Nuestro experimento no ha resultado, probemos una mezcla diferente.

Esa era la clase de enfoque que ella le daba a la oración. Ella decía: “Si uno enchufa una plancha eléctrica y no calienta, no se sienta y dice: ‘Oh, plancha querida, ¡por favor, caliéntate!’ Y entonces, si no se calienta: ‘Bien creo que no es la voluntad de Dios que esta plancha se caliente.’” Eso es ridículo —uno va y examina la conexión, busca dónde está la falla, y qué es lo que pasa con el asunto. Se supone que debiera calentar. Para eso son las planchas. Y se supone que las oraciones deben ser contestadas. Para eso ora uno — con el fin de obtener respuesta. La oración que solamente va y nunca vuelve con una respuesta no es una oración — es solamente media oración. La oración nunca está completa hasta que haya venido la respuesta. La respuesta dependerá, por supuesto, de la naturaleza de la oración. Pero debiera haber una respuesta, porque la oración involucra al que ora y a Aquel a quien oramos.

Este era un mundo nuevo para mí. La cosa que no se me escapaba era que esta mujer no estaba hablando teorías. Ella estaba informando de lo que había experimentado en la realidad. Esto me entusiasmó tremendamente.

Comencé a regresar a la Biblia, a todas las cosas que había desechado mentalmente. Lentamente comenzó a insinuarse el pensamiento: "Tal vez esas cosas *podrían* suceder. Tal vez podrían suceder *hoy* — orar por los enfermos y esperar que se recuperen, orar por milagros verdaderos y ver cómo efectivamente suceden."

Comencé a escudriñar las Escrituras. Luego pasé a la historia de la Iglesia. Una cosa resalta claramente cuando comienza a estudiar estas cosas: *Todo gran hombre de Dios siempre ha sido un gran hombre de oración.* Parece no haber excepciones a esa regla. Piense en Moisés, Elías, Nehemías, Daniel, los Apóstoles. Un gran hombre de Dios es inevitablemente un gran hombre de oración; las dos cosas siempre están relacionadas una a la otra.

Considere a nuestro Señor Jesús mismo. ¿Qué fue lo que sus discípulos le pidieron que les enseñara? ¿Le pidieron que les enseñara a echar fuera demonios, a levantar de sus camas a los enfermos, cómo aquietar la tormenta, cómo cambiar el agua en vino, cómo realizar milagros? No, nunca le pidieron a Jesús que les enseñara alguna de estas cosas. La única cosa que pidieron a Jesús fue: "Señor, ¡enséñanos a *orar!*" Ellos discernieron, al contemplar a Jesús, que su vida de poder se derivaba de su vida de oración. Pasaba noches enteras en oración. Luego volvía en el poder del Espíritu. Ellos veían que había una relación entre esa vida de oración y lo que sucedía en el ministerio de Jesús.

Vayamos al Antiguo Testamento y veamos a un hombre como Samuel. ¡Qué evidencia tremenda del poder de la oración — y cuán altamente estimada era la oración de Samuel! En 1 Samuel 7:4 leemos acerca de la idolatría de los israelitas. Luego Samuel les dice: "Reunid a todo Israel en Mizpa, y yo oraré por vosotros a Jehová." En otras palabras: "Veré si puedo arreglarles este asunto." En 1 Samuel 8:5, los israelitas vienen a Samuel, pidiéndole que designe y unja rey sobre ellos. Samuel era contrario a esto. Su opinión era que esto significaba un rechazo del gobierno de Dios. Ellos deseaban un rey hu-

mano antes que estar bajo el gobierno directo de Dios. Así fue como él les previno de los peligros a que se exponían, las calamidades que vendrían sobre ellos a causa de esta acción imprudente. Por esto fue que la gente suplicó a Samuel (1 Samuel 12:19): "Ruego por tus siervos a Jehová tu Dios, para que no muramos; porque a todos nuestros pecados hemos añadido este mal de pedir rey para nosotros." En razón de que Dios había hablado con él sobre esto, y le había dicho que siguiera adelante y les diera un rey, Samuel dijo al pueblo: "No temáis; vosotros habéis hecho todo este mal; pero con todo eso no os apartéis de en pos de Jehová, sino servidle con todo vuestro corazón. No os apartéis en pos de vanidades que no aprovechan ni libran, porque son vanidades. Pues Jehová no desamparará a su pueblo, por su grande nombre; porque Jehová ha querido haceros pueblo suyo. Así que, *lejos sea de mí que peque yo contra Jehová cesando de rogar por vosotros*; antes os instruiré en el camino bueno y recto" (vs. 20-23).

Este no era un ejercicio piadoso. A veces decimos a una persona: "Ore por esto y esto," u "Ore por mí". A menudo nos vamos a casa y nos olvidamos del asunto y hasta ahí llega todo. ¡Nunca sabremos si oraron o no, porque de todos modos jamás sucede algo! Cuando Samuel oraba, sucedían cosas. Esa es la manera en que debiera orarse.

Martín Lutero fue un gran hombre de oración. Él decía que cuando tenía mayor quehacer, debía levantarse más temprano, pues necesitaba orar más. No pretextaba: "Oh, estoy demasiado ocupado para orar." Cuando Lutero estaba ocupado, sentía que necesitaba pasar cuatro horas en oración en lugar de las dos que acostumbraba. Y eso que él era jefe de una familia con seis hijos.

Se decía que la reina de Inglaterra temblaba cuando John Knox estaba de rodillas; él oraba con tal poder que toda Escocia era despertada. El clamaba: "¡Señor, dame Escocia o me muero!" Y él oró con tal intensidad que Dios le contestó. ¿Qué sucedería en nuestras familias

si comenzáramos a tomar tan en serio la oración como algunos de estos grandes hombres de Dios de tiempo pasado?

Si venimos a tiempos más recientes, encontramos la historia de un pequeño niño negro cuyo nombre era Samuel Morris. Se convirtió al cristianismo, del más profundo paganismo, en 1888. Vino desde el interior de la selva africana hasta una estación misionera, y se convirtió a la edad de dieciseis años. Un año más tarde fue a Estados Unidos, y murió a la edad de veintiún años. Sin embargo, durante ese tiempo llegó a ser el manantial de un completo movimiento misionero de una rama particular de la Iglesia Protestante en los Estados Unidos.

Durante su permanencia en la escuela en Indiana, Samuel Morris visitó una congregación del lugar. Pidió permiso para hablar. Escasamente había alcanzado a sentarse el pastor después de entregar el púlpito al joven Sammy, cuando escuchó una conmoción. Miró asombrado y vio a toda la congregación de rodillas, llorando, orando y gritando de gozo. Sammy estaba en el púlpito — no predicando, sino orando. Tal como él dijo, estaba “hablando con mi Padre”. Después de eso, el ministro dijo de esa ocasión: “No puse oído a lo que él decía. Se apoderó de mí un deseo dominante de orar. Lo que yo dije y lo que dijo Sammy, no lo recuerdo, pero sé que mi alma ardía como nunca antes.” Esa congregación no había presenciado una visitación tal del Espíritu Santo antes de entonces.

Surge naturalmente la pregunta: “¿Cuánto tiempo debo pasar en oración?” Déjeme sugerirle que coloque una media hora diaria como su meta, más tarde una hora. Pero comience de donde está. Si no ha estado orando en absoluto, comience con cinco minutos al día. Más tarde prolonguelo a diez minutos, luego a quince, luego más. No puede iniciar de repente un fatigoso ejercicio espiritual, de la misma manera como no puede hacerlo con un ejercicio físico. Pero al entrar por etapas, podrá aumentarlo hasta una hora al día.

La idea de gastar toda una hora en oración puede que le sea chocante en principio. —¡Eso es mucho tiempo! Tengo que ir a trabajar... ¡Tengo tantas cosas que hacer!— Sin embargo, si fuera atacado repentinamente por una seria enfermedad, y su médico le dijera, —usted debe dedicar una hora diaria a su tratamiento,— usted lo haría sin argumentar. ¿Es que acaso el bienestar de su familia no vale tanto? Aun más, si usted es miembro del Cuerpo de Cristo, éste necesita de ese tiempo suyo en oración. Porque la salud del Cuerpo de Cristo, la Iglesia, depende de la salud y el vigor de sus partes componentes — los individuos y familias que la forman.

Si el presidente de su país le dijera: —Usted tiene el talento que necesitamos para ayudarnos en el gobierno de nuestra nación. Quisiera tener la oportunidad de reunirme con usted y hablarle personalmente una hora cada día — usted se entusiasmaría tanto que les contaría a todos sus amigos el asunto. No permitiría que nada le obstaculizara esa hora, pues sería un gran honor el pasar ese tiempo hablando con el presidente. Cuando el Dueño del Universo le dice: —Deseo hablar contigo una hora diaria — ¿nos atreveríamos a hacer menos que eso? Cuando Dios encuentra padres que están dispuestos a apartar tiempo para orar, él tiene la seguridad de contar con familias por medio de las cuales pueda obrar, un pueblo preparado.

Tenga presente la meta inicial de media hora diaria de oración consecuente. Dedíquese durante este tiempo exclusivamente a la oración. Descuelgue el teléfono, si es necesario. Informe a su familia y amigos que durante esa hora del día no está disponible. Esta es la clave para que Dios obre en nuestras familias: que los padres aprendan a orar.

Cuando consideremos la posición hacia Dios del padre, en la cual él presenta sus hijos ante Dios, daremos algunas ayudas específicas referentes a la oración. Aquí simplemente subrayamos la *importancia* de la oración. Es el taller en el cual se forja la vida de un padre-sacerdote y adquiere las características de un instrumento

que Dios puede usar para bendecir a los hijos que él coloca en el hogar.

Procedente de esta vida de oración fluirá una vida *piadosa*, en el sentido verdadero de esa palabra: La vida estará formada y modelada por el trato directo de Dios. Podrá hablar a sus niños acerca de Dios de un modo natural. Sin sentir embarazo, sin pretextos engañosos, podrá introducir al Señor a los muchos aspectos de la vida familiar. La presencia de Jesús en la familia llegará a ser real para los niños porque es real para usted. ¡Feliz es aquel niño que tiene estos piadosos padres!

*Presentado a Dios ante sus niños — a través de la Palabra*

“Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón; y las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes.”

La instrucción religiosa que Dios nos ordena aquí dar a nuestros hijos no es una cosa provisoria hoy con promesa de cumplir mejor *mañana*. Es una enseñanza *diligente*. Diligente, en este contexto significa *penetrante*. No es el espíritu áspero y opresivo del maestro de escuela. Más bien es un enhebrado quieto de la Palabra de Dios a través de la trama y urdimbre de la vida familiar — “cuando usted sienta en el interior de su casa, cuando usted sale a dar un paseo, cuando se va a la cama, cuando se levanta”. La Palabra de Dios llega a ser un punto de referencia natural para cualquier cosa que pueda suceder en la familia. Y a través de la Palabra, Jesús encuentra su morada en la familia — tan naturalmente como los rayos del sol se cuelan por la ventana cuando se aparta la cortina.

Esta presencia de Jesús es la meta de nuestra enseñanza. La enseñanza es diligente porque su presencia en la familia es importante, tremendamente importante. Vivimos en una época en que mil sirenas tratan de captar los oídos y las mentes de nuestros hijos. No es

suficiente enseñarles un código de ética. No es suficiente enseñarles unas pocas oraciones de memoria. Nuestros hogares deben estar de tal manera llenos con la presencia de Jesús que ellos le encuentren tras cada esquina; que lleguen a conocerle y a amarle de manera tan natural como conocen a sus padres. En un marco como éste, Jesús puede obtener su lealtad y encender su imaginación. Y este es el único antídoto a los poderes de las tinieblas y de la corrupción que están sueltos en el mundo hoy. Ya ha pasado el tiempo en que los padres podían dar a sus hijos una agradable capa superficial de religión. Nuestros hijos han de ser llenos de Jesús y entusiasmados con él, o llenos de pecado y entusiasmados con éste. Todo lo que podamos traer a nuestros hijos será sin valor a menos que podamos traerles a Jesús.

Dijimos en el capítulo anterior que una de las cosas esenciales de la relación de la familia a Jesús es dedicación de tiempo para devoción familiar. En muchos otros aspectos de la vida familiar hablaremos *acerca* de Jesús. Aquí hablamos *con él*. La presencia de Jesús en la familia llega a su punto culminante cuando la familia se reúne en su presencia para adorar. Porque la adoración es comunión con Dios por excelencia. En la adoración nos reunimos en su presencia; nos juntamos bajo su Señorío; nos extendemos para recibir su gracia; escuchamos su Palabra; nos sometemos a su voluntad. Nuestra dificultad como seres humanos es que nos constituimos a nosotros mismos, a nuestra familia, a nuestros intereses, a nuestras preocupaciones como el centro, desplazando a Dios. En la adoración familiar nos reorientamos diariamente alrededor de nuestro verdadero centro, que es Cristo.

La clave para la devoción familiar es la variedad inspirada por el Espíritu Santo. Nuestra vida de comunión con Jesús no puede expresarse en formas estáticas. No hay un patrón establecido para todas las familias, y ni siquiera hay un patrón establecido para una familia en todo tiempo. El modo en el cual adoremos ha de

variar con la edad de nuestros hijos, con nuestra herencia cultural y educacional, con la afiliación de iglesia que tengamos — la cosa esencial es que haya un encuentro vivo con Dios en el cual participe cada uno de los miembros de la familia. Las sugerencias que siguen son nada más que eso: sugerencias. Cuando su familia se haya acomodado a una cierta forma disciplinada de adoración, el Espíritu Santo añadirá a la misma una variedad creativa hecha a la medida para su propia familia.

*Canto.* Una modesta inversión en libros de cánticos — uno por cada miembro de la familia — reportará ricos dividendos. En nuestra familia escogemos un nuevo cántico al comienzo de la semana y lo cantamos todos los días al comenzar el culto familiar. Cada miembro de la familia tiene su turno para escoger el canto de la semana. Los niños tendrán tendencia a seleccionar “favoritos”. Los padres pueden enseñar un cántico nuevo de vez en cuando. De este modo la familia deposita en el corazón de cada miembro un rico tesoro de música cristiana.

Cuando la familia tiene algún talento musical, pueden usar acompañamiento. El cantar junto a un disco es otra avenida de expresión musical.

No es por accidente que el libro de adoración del Antiguo Testamento, los Salmos, contiene un número de salmos con la exhortación, “¡Cantad a Jehová cántico nuevo!” El canto tiene una capacidad única para soltar nuestras emociones, para liberarnos de nuestras inhibiciones, de modo que podamos entrar libremente en un tiempo de adoración.

*Invocación.* Este es un paso que a menudo se omite en la adoración familiar. Sin embargo, puede añadir una nota de realidad que realza todo lo que sigue. Significa simplemente lo que la palabra implica: “invocamos” o pedimos que el Espíritu de Dios esté presente con nosotros. Una vez más, esto puede hacerse por turno de cada uno de los miembros de la familia. En ocasiones puede ser formal: “En el Nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.” Esto tenderá a ligar la adora-

ción de la familia a la adoración de la familia mayor, la Iglesia. En otras ocasiones puede ser informal y espontánea: “Señor Jesús, aquí estamos reunidos con el fin de oír tu Palabra. ¡Sé con nosotros, Señor Jesús!” Aun del niño de cuatro años podemos conseguir espontaneidad: “¿Cómo estás Jesús? ¡Comencemos!” (Mientras esto no se convierta en ridiculez, no debiéramos temer al elemento de humor espontáneo que se introducirá en la adoración familiar. Si lo consideramos con detenimiento, probablemente descubramos que el humor se debe al vívido sentido de *realidad* del niño. Jesús es tan real para él que habla como si se dirigiera a otro miembro de la familia.)

*Versículos bíblicos de memoria.* Muchos programas de estudio bíblico recalcan el valor de aprender partes de la Escritura de memoria. “En mi corazón he guardado tus dichos para no pecar contra ti” (Salmo 119:11). Recuerdo haber oído hablar una vez a un hombre que había aprendido de memoria capítulos enteros de la Biblia. Mientras hablaba, seleccionó un tema del capítulo cinco del Apocalipsis. Luego, casi sin que nos diéramos cuenta, él estaba recitando de memoria las palabras de ese capítulo. Yo he leído muchas veces ese capítulo de la Biblia, sin embargo nunca ha alcanzado un poder igual, ni esa cadencia pura y melodiosa, ni su solemne sentimiento de adoración — tal fue la impresión que hizo en mí. Y de acuerdo el testimonio del hombre mismo, el valor de la memorización para su propia vida y fe era incalculable. La palabra memorizada puede tener un impacto y un poder de permanencia que quede con la persona por el resto de su vida.

El culto familiar ofrece un marco ideal para la memorización de las Escrituras. El secreto de la memorización es la repetición. La mayoría de los niños tiene una sorprendente capacidad para el aprendizaje de memoria. (¿Cuántos de los avisos comerciales de la televisión o de la radio se saben de memoria — sin haber hecho esfuerzo para aprenderlo?) Una familia puede memorizar un pasaje corto de la Escritura cada semana. En un perio-

do de pocos años la familia entera habrá alojado en su corazón un rico tesoro de la Palabra de Dios.

A veces es útil tener una especie de esquema sencillo al cual ceñirse, cuando uno comienza a memorizar las Escrituras. Hemos dispuesto en orden alfabético algunos de los grandes temas de la Biblia. Esto facilita repasar lo que ha aprendido:

Confesión, 1 Juan 1:9  
 Creer, Romanos 10:9  
 Culpabilidad, Romanos 3:23  
 Diezmos, Malaquías 3:10  
 Enemigos, Esdras 8:31  
 Expiación, 1 Pedro 1:18,19  
 Gozo, Nehemías 8:10  
 Inspirada, 2 Timoteo 3:16,17  
 Inteligencia, Salmo 119:104  
 Justicia, Mateo 5:6  
 Juventud, Eclesiastés 12:1  
 Liberación, Colosenses 1:13,14  
 Misericordia, Lamentaciones 3:22,23  
 Nuevo, 2 Corintios 5:17  
 Ofrenda, Salmo 50:14  
 Oración, Marcos 11:24  
 Padre, 2 Corintios 6:18  
 Reino, Apocalipsis 11:15  
 Reposo, Isaías 30:15  
 Salvación, Romanos 1:16  
 Santidad, Hebreos 12:14  
 Señor, Hechos 2:36  
 Testigos, Hechos 1:8  
 Victoria, 1 Corintios 15:57

Cuando ya una familia adquiere el hábito de memorización, se sentirá impulsada a emprender algunas empresas que demandan esfuerzo, tal como la memorización de capítulos enteros. Se le puede pedir a los niños que digan los versículos en sus propias palabras de vez en cuando, para evitar que lleguen a ser puramente me-

cánicos. Pero donde ocupa un corto tiempo en el culto familiar, no hay gran peligro de que la memorización llegue a ser estéril.

*Lectura.* Por medio de la palabra escrita podemos invitar a nuestro hogar a los santos de Dios de todas las épocas. Los apóstoles del Nuevo Testamento, los profetas del Antiguo Testamento, lo mismo como los santos del día actual pueden sentarse en nuestro círculo familiar y compartir su fe con nosotros.

Durante los primeros diez años de nuestro matrimonio, las devociones familiares eran un fracaso total. Primero tratamos una cosa, luego otra. Nada duraba más de algunos días o semanas. No podíamos dar en el blanco. El elemento que faltaba era un sentimiento vivo de compartir el testimonio de un compañero creyente, a través de la palabra escrita. Nos parecía estar "haciendo" la devoción diaria, más bien que estar *recibiéndola*.

Un día tuvimos una especie de relajamiento y leímos a los niños una de las historias del Libro de Historias Bíblicas de *Egermeier*. Al día siguiente surgió una petición entusiasta, — ¡Leamos otra historia bíblica! — De este modo comenzó. Día tras día invitamos a este talentoso narrador a nuestro hogar, para que compartiera con nosotros su amor por Dios y por su Palabra. ¡Las historias bíblicas duran largo tiempo! Cuando ya casi habíamos terminado el libro de *Egermeier*, recordé que teníamos una copia del Libro de Historias Bíblicas de *Hurlbut*, que me había regalado mi madre cuando cumplí diez años. Su vocabulario y selección de material es ligeramente más avanzado que el de *Egermeier*, de modo que es apropiado para cuando los niños van creciendo.

Jesse Lyman Hurlbut fue un hábil narrador de historias. "Uno de los primeros recuerdos de mi niñez," escribe Charles Hurlbut, "es de estar sentado con un grupo de niños, y mi padre en el centro con una inmensa Biblia sobre la mesa que estaba frente a nosotros. La Biblia era algo especial, pues tenía un grabado en madera de toda la página, en páginas alternadas. Desde la



Creación hasta el Juicio Final, todo estaba allí — era el libro con cuadros más grande que algún niño podría desear.

“Nada nos encantaba más que sentarnos en sus rodillas para oírle contar las histotrias a medida que daba vuelta las páginas. No solamente sus propios niños, sino que todos sus amigos se unían a estas reuniones, de modo que el “oír historias bíblicas” llegó a ser una diversión corriente en el vecindario.

“La antigua Biblia estaba completamente gastada antes de que terminara el período de narraciones, pues éste se extendió durante dos generaciones completas de niños. En el proceso, debido a la larga práctica, mi padre aprendió el lenguaje que mantiene la atención de un niño y la manera de hacer que para él una historia llegue a tener vida...”

Así es que aquí había otra persona de Dios a quien podíamos invitar cada mañana a nuestro hogar. El Libro de Historias Bíblicas de *Hurlbut* es particularmente apropiado pues su objetivo es guiar al lector a la Biblia misma; el lenguaje usado es el de la Biblia o uno similar al de la Biblia. Lejos de aburrirse a medida que repasábamos las historias una segunda y una tercera vez, sucedió muchas veces que los niños nos suplicaban que siguiéramos y leyéramos la historia siguiente — ellos sabían lo que seguía y no querían esperar.

Invitamos a venir a nuestro hogar a Juan Bunyan para que nos contara su gran alegoría, *El Progreso del Peregrino*. El Dr. D. Vaughan Rees, misionero anglicano, nos contó la inspiradora historia de *La Familia de Jesús en la China Comunista*. Uno de nuestros huéspedes más amenos fue *Billy Bray*, el minero carbonífero de Cornish cuya historia ha sido compilada por F. W. Bourne. La conmovedora experiencia de conversión de Billy, su fe viva, y sus enredos con el “viejo cara tiznada,” el diablo, llenó nuestra casa con el gozo contagioso en el Señor que tenía Billy.

Cuando los niños estuvieron más grandes, leímos directamente de la Biblia. Mateo, Juan, Lucas, y los cro-

nistas del Antiguo Testamento vinieron uno por uno a compartir su fe con nuestra familia. No apuramos estos encuentros, sino que los tomamos lentamente, saboreándolos, unos pocos versículos cada día. Porque estos huéspedes a veces hablan bastante en pocas palabras, y la consideración de ellos demora algún tiempo. Nos turnábamos en el círculo familiar para leer un versículo cada uno. Después de cada versículo, la persona sentada a continuación hacía una paráfrasis del versículo, diciéndolo en sus propias palabras. De este modo aun el hijo menor tenía que enfrentarse con la lectura.

David Wilkerson visitó nuestras devociones familiares durante un mes aproximadamente, y nos contó de sus experiencias con los adolescentes adictos a drogas — en su libro, *La Cruz y el Puñal*. Esta es medicina bastante fuerte para los niños, pero es el mundo en el cual viven. El tráfico de drogas está llegando a ser un problema hasta en los primeros años del liceo y aun a nivel de la escuela elemental. Los niños necesitan conocer sus terribles consecuencias. Pero aun más importante, desde el punto de vista de nuestra adoración familiar, David Wilkerson compartió con nosotros su vibrante fe de que “el poder de Jesús puede quebrantar cualquier cadena”.

Hemos descubierto que nuestra lectura de la Biblia misma cobra vida cuando la entremezclamos con estas visitas de cristianos, del pasado y del presente. Sirven para ilustrar y aplicar la verdad de la Escritura, de tal modo que vemos más claramente su relevancia y realidad.

*Dramatización.* Estudie las instrucciones que Dios dejó en cuanto a la adoración en el Antiguo Testamento — observe las formas de adoración que rodean el trono de Dios en el Apocalipsis — es una adoración *altamente ritualística*. Abarca más que un discurso edificante para la mente. Demanda un ritual en el cual participa toda la personalidad, con su cuerpo, sus acciones, y también con su mente. El ritual simple y la dramatización elevan el sentir de *encuentro* durante la adoración.

Las historias bíblicas se prestan para la dramatización espontánea. Después que se ha leído la historia

completa, que sea representada por todos los miembros de la familia. Busque en la historia el elemento de conflicto y construya la dramatización alrededor de aquel punto, pues el conflicto es la esencia del drama. Establezca la escena rápidamente y con simplicidad, y entre en ella con espontaneidad. El objetivo no es excelencia dramática, sino participación.

No era una forma sin significado lo que Dios ordenó, cuando le dijo al pueblo de Israel que reconstituyeran los grandes eventos de su liberación de Egipto por medio de un ritual estilizado (Exodo 13:5-10). A través de una representación se proporciona doble fuerza a la verdad y realidad de la palabra. Una niña que en la adoración familiar represente el papel de María Madalena en la tumba en la mañana de la resurrección percibirá algo del temor reverente de María al encontrarse con el Señor Resucitado. El niño que actúe en calidad de mendigo cojo en la Puerta Hermosa del Templo (Hechos 3:1-10), penetrará a aquel misterioso mundo de la fe en el cual los milagros suceden en verdad.

Las familias pueden desarrollar sus propios rituales significativos, para agudizar la percepción de la presencia de Jesús en su medio. Un ritual sencillo pero significativo lo constituye el tomarse de la mano alrededor de la mesa cuando se dan gracias. Simboliza la unidad de la familia delante del Señor, y hace posible que hasta el niño más pequeño participe. También la familia puede unir sus manos después que se han dado gracias y saludarse unos a otros con alguna expresión apropiada, tal como "Dios bendiga su comida", "El Señor está con nosotros", o "Benditos son aquellos que son invitados a la cena de bodas del Cordero".

También las familias pueden tener tiempos especiales de "celebración". Una vez tuvimos un "Festival Celestial". ¿Cuál era su objeto? Entrar en la promesa que Dios reserva a cada cristiano — que podemos entrar al Reino, que podemos asistir a la Cena de Bodas del Cordero. Había dos miembros de la Congregación de María, de Darmstadt, Alemania, visitándonos, y ellas prepara-

ron este festival simbólico para nosotros en una arboleda que había en la parte trasera de nuestra casa.

Llegó el tiempo del festival, y todos nos pusimos en fila. Las reglas eran que debíamos tener la "contraseña" correcta para entrar al cielo. Estando yo en el primer lugar en la fila, dije con autoridad: —Soy un ministro luterano.

—Eso no le va a permitir la entrada al cielo — fue la respuesta.

—He enseñado en la Escuela Dominical durante tres años — dije, con mayor modestia.

Pero no, esa respuesta tampoco satisfizo. Entonces repliqué con un argumento más seguro: —¡Siempre he vivido correctamente! ¡Siempre he vivido de acuerdo a la Regla de Oro!

¡En ese punto la Hermana me envió al final de la fila! Nuestro hijo menor, que tenía cuatro años entonces, no podía contenerse por más tiempo: —¡Yo conozco la contraseña! — exclamó. Se adelantó corriendo y le dijo a la Hermana al oído: —¡Jesús quitó mis pecados!

La Hermana sonrió y le condujo a la Ciudad Celestial. (Luego él trataba de decirnos la respuesta correcta a los que estábamos en la fila, ¡para que yo también pudiera entrar!) Esta fue una experiencia que él no olvidaría jamás — que entramos al cielo no a causa de haber vivido una vida correcta, sino porque Jesús quita nuestros pecados.

El Festival prosiguió de acuerdo al Libro de Apocalipsis. Una de las Hermanas tomó una servilleta para representar aquella parte que dice: "Enjugará Dios toda lágrima de los ojos..." La gracia de Dios descendió, tocando a adultos que habían conocido la verdadera tristeza. El Señor nos ministró a todos por medio de aquel festival sencillo y hasta infantil, de un modo como no hubiera podido hacerlo ni el más elocuente de los discursos.

*Oración.* Por medio de la oración, predominantemente, presentamos nuestros hijos ante Dios; diremos algo de eso un poco más adelante. Pero al enseñar a nuestros

hijos a orar, la oración también llega a ser un vehículo por medio del cual presentamos a Dios ante nuestros hijos. Por medio de la oración ellos llegan a conocerle como el que escucha, habla y actúa.

¿Cómo podemos enseñar a nuestros hijos a orar en verdad? ¿Hay alguna fórmula secreta que les revelará la realidad de la oración, de modo que no llegue a ser una memorización aburridora? Sí, la hay: Es la vida secreta de oración de los padres la que permanece tras el tiempo de la oración familiar. Esto, y solamente esto, le dará vida y realidad a la oración familiar.

Es totalmente infundada la ansiedad de que una participación regular en la oración familiar, y en la acción de gracias durante las comidas, llegue a ser un mecanismo muerto. Si en los padres hay fe verdadera, devoción, y santificación en alto grado, este "peligro" se viene al suelo; pero si estas cualidades faltan en los padres, entonces sus intentos de influencia religiosa son vanos. Aquellos que manifiestan tanta preocupación de que la oración de los niños llegue a ser una cosa mecánica, carente de espiritualidad, debieran investigar si su propia oración, si tienen la costumbre de orar, no ha llegado a ser tal cosa.\*

Es bueno introducir una nota de variación en la oración familiar. Por ejemplo, cada día de la semana puede concentrarse en un proyecto diferente de oración. Cierta vez nuestra semana de oración se sucedió aproximadamente de la siguiente manera.

Lunes: La "oración de fe". Cada miembro de la familia selecciona un proyecto de oración con el objetivo de obtener respuesta antes de que termine la semana. Es importante distinguir entre las diferentes clases de oración pues cada oración tiene un objetivo diferente, y un enfoque diferente. Si oramos en forma vaga, puede suceder que lo hagamos bastante bien, pero que no oremos la clase de oración para esa situación particular. Una oración de fe tiene como objetivo el conseguir que se haga cierto trabajo. Hay cuatro pasos en la oración de fe:

1. *Elija su objetivo de oración.* Hay algunas calificaciones para elegir un objetivo para la oración. Antes de todo, el objetivo de oración debiera ser uno que usted puede manejar.

Se cuenta que Jorge Washington Carver se internó en el bosque para su oración matinal — él era un gran hombre de oración — y que oró pidiendo sabiduría. Dijo: —Señor, ¿por qué hiciste el mundo?

Vino la respuesta: —Hombrecito, eso es demasiado grande para ti. Pregunta algo más pequeño.

Entonces él dijo: —Señor, ¿por qué hiciste al hombre?

Y la respuesta fue: —Hombrecito, eso es todavía demasiado grande para ti. Pregunta algo más pequeño.

El pensó un momento y luego dijo: —Señor, ¿por qué hiciste el maní?

Y esta fue la respuesta: —Eso corresponde a tu tamaño.

Y él se fue, como hombre de Dios y de oración que era, a su laboratorrio y descubrió ciento cincuenta y tres usos para el maní, y con ello transformó la agricultura del Sur de los Estados Unidos de Norteamérica.

Debe ayudar a los niños a seleccionar un objetivo para oración que sea adecuado a su tamaño. Es ridículo orar por la conversión de todos los comunistas del mundo cuando ni siquiera podemos conseguir que se sane ni siquiera un dolor de cabeza corriente. La oración no es una especie de magia — la oración es una ciencia, o un arte. Es algo que aprendemos a hacer. Nos desarrollamos en ella. Conseguimos una mayor capacitación a medida que nos adentramos en ella y la practicamos. Podemos aprender a orar de tal modo que consigamos mayores resultados cada vez. La gente que consigue respuestas a la oración se ha disciplinado y ha aprendido el arte de la oración. Podemos enseñar a nuestros hijos a que lleguen a ser tal clase de personas si nos empeñamos seriamente en dicha tarea. Pero cada uno debe comenzar por el lugar en que se encuentra, y elegir un objetivo de oración que esté más o menos dentro de su alcance.

Las reglas para la selección de un objetivo que esté “dentro de su alcance” deben ser flexibles. De vez en cuando Dios quebrantará las reglas y un novicio en la oración conseguirá una respuesta pasmosamente grande. Cosas por el estilo ocurren en el campo de golf de vez en cuando. Un simple amateur puede golpear una pelota en forma impresionante justo en el medio y a una distancia de más de 200 metros. La diferencia entre él y un profesional es que él no lo hace cada vez. Cuando ocurre es una especie de feliz accidente. Y eso es lo que ocurre en la vida de oración. Dios nos alienta de este modo para mantenernos constantes. Si el niño puede, estirándose un poco, creer que su oración será contestada (y ponemos énfasis en lo de estirarse porque *ser más allá de uno*), entonces es probablemente un buen objetivo de oración, eso en lo que concierne a su habilidad y estatura en la oración.

Otra cosa digna de considerarse al elegir el objetivo de oración es: *¿Está de acuerdo con la voluntad de Dios?* Dios no se contradice. No podemos torcer el brazo de Dios para obligarlo a hacer algo que no está dispuesto a hacer. Tenemos que aprender qué es la voluntad de Dios y entonces orar en conformidad con la voluntad de Dios (1 Juan 5:14). Esta es una cosa tan importante que la ponemos encabezando la lista y no al final. Si la pone al final de una oración de fe, arruina la oración. ¿Se ha sorprendido haciendo esto? Ora y ora, pone su corazón y su alma en el asunto, y entonces le añade al final: “Si es tu voluntad.” Eso es un verdadero sabotaje a la oración de fe. Mejor sería que ni orara. Expresa en oración todo el asunto y finalmente se lo devuelve a Dios. Eso destruye la fe. Nunca termine una oración de fe con la declaración “si es tu voluntad”. Jesús nunca hizo eso. “Levántate y deja tu camilla, si es la voluntad de Dios. Si no, quédate allí y sufre por el resto de tu vida.” Eso es completamente contrario a la técnica de Jesús. Antes de expresar una oración de fe él ya había determinado que *era* conforme a la voluntad de Dios.

¿Y qué sucede si no sabe si está de acuerdo a la voluntad de Dios? Entonces no ore por ello. Si no sabe si algo es conforme a la voluntad de Dios, entonces no tiene objeto orar por el asunto. Mejor sería orar pidiendo la dirección de Dios para saber su voluntad. La Biblia revela mucho acerca de Dios, y sobre la clase de persona que es. Es un Dios amante. Es un Dios que lo quiere todo para nosotros. Es un Dios que quiere que todos los hombres sean salvos, y que lleguen a conocer a Cristo. Hay muchos principios básicos. Un padre puede llegar a enseñarle mucho a su hijo acerca de Dios simplemente con ayudarlo a escoger su proyecto de oración.

Cuando ha descubierto que su proyecto de oración está de acuerdo a la voluntad de Dios, debe entrar en él con la confianza de que Dios lo acompaña y que Dios quiere que lleve este asunto a un final feliz. En el Padre nuestro, Jesús nos enseñó a orar: “Hágase tu voluntad.” Eso significa que muchas veces la voluntad de Dios no se cumple por falta de nuestras oraciones. De otro modo, ¿por qué había él de enseñarnos a orar así? En algunas cosas compartimos la responsabilidad de que se cumpla la voluntad de Dios. En Isaías 59:16 dice que él miró alrededor y se sorprendió de que no hubiera nadie que intercediera. Sus oraciones son tremendamente importantes. El cumplimiento de los planes de Dios depende en gran medida de ellas. Debemos comunicar este sentido de urgencia a nuestros hijos.

2. *Use su imaginación creativa.* Visualice a esa persona o a esa situación del modo como va a ser cuando Dios entre en ella. ¿Por qué usamos la imaginación en este punto? Por esta razón: la puerta a la fe está incrustada dentro de nosotros. No está en la mente consciente. La mente consciente nos dirige. Es como el volante de un automóvil. Pero el volante del automóvil no suple la potencia motivadora. Eso viene de los más profundos escondrijos de nuestro ser. Y aquellas profundidades dentro de nosotros no responden tanto a la lógica y a la razón como más bien a las representaciones pic-

tóricas y simbólicas. Una manera simple de comprobar esto es preguntarse: ¿Sueña en cuadros o sueña en forma de conceptos intelectuales? Sus sueños son en símbolos, en cuadros. Este es el lenguaje de las profundidades. Así es como imprime una imagen sobre las profundidades de su personalidad, de su conciencia — una imagen integral, completa, algo en lo cual Dios ha tomado parte. Eso abre la puerta de la fe, de modo que Dios pueda introducirse *en usted*. Porque la respuesta a la oración fluye a través del que ora. Un científico puede dirigir un experimento y estar alejado del mismo. Pero en la oración, la persona que dirige el experimento es el cauce mismo. Viene a través de él y hacia el objeto. Y de este modo la puerta de la fe debe abrirse dentro de usted, el que ora.

Esto se cumple mucho más fácil y rápidamente si se usa la imaginación más bien que los conceptos intelectuales. Por ejemplo, hay una persona enferma por la que usted está orando para su restablecimiento. No se la imagine en la cama del hospital con esa pierna quebrada enyesada, o amarillenta y desnutrida, o cualquiera sea la condición en que pudiera estar. Imagínesela bien. O, si eso le es algo difícil, represente en su mente un cuadro de luz alrededor de la persona y un cuadro de Jesús que permanece a los pies de la cama de esa persona y que está ministrándole, de tal modo que esté llevando la actividad de Dios dentro de la situación por medio de su imaginación activa. *Usted ve la respuesta — no ve el problema.*

Una buena cantidad de oración informa a Dios de lo terrible que es la situación. Dios ya sabe cuán mala es la situación. El no necesita nuestra información. El necesita nuestra fe. El dice: “Yo necesito a alguien por medio de quien traer mi respuesta.” Hay un folleto sobre la oración llamado “La Llave Dorada”, por Emmet Fox, y contiene un principio sencillo y bueno acerca de la oración: *Ore que Dios se mezcle en el asunto.* Esa es la llave dorada a la oración. Eso no es el todo de la oración, pero es una clave útil. El ver a Dios en la si-

tuación, más bien que al problema. Los niños hacen esto muy bien. Déjeles visualizar su oración, que describan cómo ha de ser cuando Dios la responda. Déjeles participar del juego, de modo que vayan pasando los pensamientos de plenitud de Dios. Se asombrará de la manera cómo esto puede transformar completamente la situación, pues abre los compartimentos más profundos de la personalidad para dar entrada al poder de Dios. Cuando ha visto la cosa con su imaginación creativa — viéndola no como es, sino como *será* cuando Dios haya intervenido — entonces es cuando está listo para el tercer paso.

3. *Diga la palabra.* Expresé su pedido. “Señor, que tu poder sanador fluya en mi amigo Juan y lo sane... ayúdame a estar tranquilo y confiado interiormente cuando haga mi examen de ciencias el jueves...” Decir las cosas le concede energía a la oración, pues la palabra es creativa. (Pero antes de que la palabra pueda ser llenada de poder, tiene que abrir la puerta de la fe, y ésa es la tarea de la imaginación.)

Cuando habla algo, y lo habla con confianza, causa impresión en diferentes niveles — al nivel de su propia conciencia, al nivel de la conciencia de aquellos con quienes está orando, y a menudo con un tremendo efecto sobre el mundo de los poderes invisibles que nos rodean.

4. *Dé gracias.* Alguien llega hasta su puerta durante la Navidad y le dice: “Le traigo este regalo.” Usted no sabe en qué consiste el regalo, pues aun no ha abierto el paquete. Sin embargo, la cortesía demanda que diga “gracias”, aun antes de saber lo que hay dentro. “Gracias” es el lenguaje de la aceptación. Cuando le ha pedido a Dios que responda una oración, y dice “gracias”, ese es el lenguaje que acepta la respuesta. Usted dice: “Aun cuando no lo veo, Señor, te agradezco que esta oración está siendo contestada ahora.” No diga más de lo que puede genuinamente creer. Hay una diferencia entre la presunción y la fe. Con nuestras palabras podemos ser presuntuosos y decir: “Señor, sé que esta persona está sana ahora mismo.” Pero usted la mira y sigue

tan enferma como antes. Esa es pura presunción. Si tuviera verdaderamente la fe, ellos estarían bien.

Pero la mayoría de nosotros puede decir sin presunción: "Señor, creo que tu poder sanador está en operación en esta persona ahora, trayéndole hasta una total sanidad... creo que tu poder está en operación para hacer que Susana y Anita sean amigas de nuevo." En otras palabras, hablamos de acuerdo a la extensión absoluta de nuestra fe, y entonces terminamos con "Amén", que significa sencillamente, "Así sea". No, "si es tu voluntad". Si es que usted ha pasado a través de todo este proceso y luego dice: "Si es tu voluntad", lo que quiere decir en verdad es: "No sé si esto es tu voluntad o no, y no sé si vas a contestarlo o no" —lo que destruye la fe. Fe es aventurarse entrando en "setenta brazas de profundidad", como dijera Kierkegaard. Es una intrépida aventura creer la Palabra de Dios, a pesar de lo que puedan representar nuestros temores y dudas potenciales.

La oración de fe es una operación básica. Habrá de incorporar muchos de sus principios básicos a las otras oraciones que vengan durante la semana.

Martes: Oración por la familia, distantes o cercanos. Cada uno elige a un pariente o a un miembro de la familia inmediata, y ora por alguna necesidad específica que pueda tener esa persona.

Miércoles: El Padrenuestro. Aquí puede introducir variaciones interesantes. El padre puede repetir la oración avanzando frase por frase. Luego los miembros de la familia pueden presentar peticiones que concuerden con las diversas partes del Padrenuestro. Después de "Venga tu reino" puede seguir una oración para que la paz de su Reino venga a nuestro hogar, o a nuestra nación. Después de "Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores" puede seguir la confesión de una actitud de resentimiento y no dispuesta a perdonar a un compañero de juegos.

Jueves: Oración por misioneros. Cada uno elige a un misionero y ora por él. Esto ayuda a proyectar la preo-

ocupación de la familia por el Reino de Cristo "hasta lo último de la tierra".

A veces podemos introducir una nota de variación agradable orando primeramente *en silencio* por el proyecto de oración particular de uno. Después, cada uno puede hacer una representación en forma de acertijo de su oración misionera o por un miembro de la familia o la de fe, mientras los demás tratan de adivinar por quién o por qué ha orado.

Viernes: Oraciones de confesión. Cada miembro confiesa abiertamente un pecado que ha turbado la paz y armonía de la familia. Al comienzo, esto puede resultar más difícil para los padres que para los hijos. Los hijos están acostumbrados a ser corregidos y castigados dentro de la familia, pero con los padres no sucede lo mismo. Sin embargo, los padres también necesitan ser perdonados. He aquí un encuadre en el cual se puede tratar con los resentimientos y las irritaciones, no en el contexto de la ira y de la recriminación, sino a la luz sanadora del perdón.

Un viernes uno de nuestros hijos se encontraba incapaz de recordar algo que mereciera confesarse, y dijo: —Bien, estoy listo para ser bombardeado.

¡Los hermanos y hermanas actuaron como excelentes auxiliares de conciencia! También los padres pueden dar y recibir sugerencias, con el fin de que los pecados y ofensas genuinos salgan a luz. Por supuesto que los padres deben vigilar cuidadosamente la manera en que se hace esto, con el fin de que no se inmiscuya ningún espíritu de insolencias o de acusaciones amargas. Cuando se hace en amor, puede engendrar arrepentimiento genuino y profundo.

Sábado: Oraciones por nuestra iglesia. Cada uno elige algún aspecto de los servicios del domingo por el cual orar — el coro, la Escuela Dominical, el sermón, la Santa Cena, personas de la congregación — cualquier cosa que tenga que ver con nuestra vida y adoración comunes en el Cuerpo de Cristo.

Los domingos nuestra adoración en la congregación ge-

neralmente toma el lugar de nuestras devociones familiares regulares, a menos que haya un tiempo especial de canto y alabanza alrededor de la mesa de la cena, o junto al fogón al atardecer.

*Presentando a Dios ante sus hijos*  
—por medio de símbolos

“Y las atarás como una señal en tu mano, y estarán como frontales entre tus ojos; y las escribirás en los postes de tu casa, y en tus puertas.”

El modo en que decoramos nuestros hogares bien puede opacar o intensificar nuestra percepción de Jesús. Las profundas verdades de Dios a menudo van más allá de los límites del lenguaje humano. Un símbolo puede expresar la verdad con mayor sencillez y con mayor profundidad que las simples palabras. Los símbolos cristianos son ventanas espirituales a través de las cuales puede brillar la verdad de Dios. Si Jesús es el centro de nuestra vida familiar, conviene entonces que el ornato de nuestro hogar refleje este hecho — con gusto y artísticamente — pero con franqueza. Una cruz, un cordero, el Alfa y Omega, tres círculos entrelazados, una escena del nacimiento — todo lo que tenga relación con algún aspecto de Dios. Por medio de cuadros, de colgaduras murales, de placas, de tapices, podemos rodear la vida cotidiana con un lenguaje celestial silencioso — un recordatorio suave de la presencia de Jesús en nuestro medio.

Se cuenta de una cierta mujer cuyos tres hijos, para gran desencanto de ella, escogieron ser navegantes de alta mar. Cierta día ella contaba esto a una visita en el hogar, diciendo que ella no podía entender por qué todos habían escogido irse a navegar.

—¿Por cuánto tiempo ha tenido ese cuadro?

El visitante hizo esta pregunta, indicando un gran cuadro que colgaba de la pared del comedor.

—Oh, por años, — contestó ella — desde que los niños eran pequeños.

—Ahí está la respuesta — dijo el visitante. En la muralla del comedor colgaba la pintura de un gran barco hendiendo airoosamente las aguas, con su velamen desplegado, el capitán de pie con sus piernas separadas en el puente de mando, con su catalejo en la mano, escudriñando el horizonte. Mañana, tarde y noche — con cada comida — los muchachos habían estado recibiendo una impresión en sus mentes del sentir de excitantes aventuras representado en ese cuadro. Sin esfuerzo, sin que se hablara una sola palabra, había inculcado en ellos la afición por el mar.

El ambiente hogareño produce un tremendo impacto sobre el niño en su desarrollo. Deseamos que nuestros niños cultiven percepción para las realidades espirituales. Con poco esfuerzo y gasto, podemos rodearlos con sutiles recordatorios de esas realidades, de modo que crezcan “no mirando... las cosas que se ven, sino las que no se ven” (2 Corintios 4:18). Silenciosamente, sin esfuerzo, Jesús se comunicará a la familia entera, por medio de los símbolos y representaciones que engalanan nuestro hogar.

Hebreos 7:25 retrata el papel sumo sacerdotal de Jesús. Su posición es hacia Dios. Indica el modo básico en que un sacerdote presenta a su pueblo ante Dios.

“Viviendo siempre *para interceder por ellos.*”

A través de oraciones de intercesión, el padre-sacerdote presenta sus hijos ante Dios. Aquí es importante reconocer la *autoridad espiritual* que Dios inviste en uno que es llamado a ser “sacerdote”. Sus oraciones tienen poder porque Dios le ha cargado con cierta responsabilidad. No debiera atreverse a evadir esta responsabilidad por causa de sentimientos de falsa modestia. La responsabilidad en primer lugar descansa en el padre, luego en la madre, si es que el padre está ausente del hogar. Habiendo sido llamado para ser sacerdote para su familia, el padre debe acercarse con reverencia pero confiadamente delante de Dios, y presentar a cada uno delante de su presencia. El padre que vincula y rodea a su

familia con sus poderosas intercesiones, ha establecido el bienestar de la familia sobre bases inconvencibles.

La oración familiar no es meramente una bella costumbre humana, es la condición a la cual Dios ha atado la prosperidad del hogar cristiano. Sin ella es imposible cumplir las solemnes obligaciones del esposo y padre cristiano. Con la ayuda de la oración familiar él puede tener éxito, pero no sin ella. Trabas externas e internas pueden amontonarse contra nosotros, pero el hombre que no atraviesa por en medio de todas ellas es porque nunca ha reconocido su responsabilidad; no conoce su propia dignidad ni la bendición que debiera venir por medio suyo; no tiene idea de la poderosísima ayuda de Cristo, la cual se le asegura en su oficio de padre.\*

Las oraciones que enseñamos a nuestros hijos vienen a integrarse a la vida familiar cristiana; ponen al niño en contacto personal con Dios. Pero no pueden llegar a ser un sustituto o reemplazo de las oraciones sacerdotales del padre. Sus oraciones están investidas con autoridad especial para la provisión y protección de su familia.

Nadie puede ocupar este oficio que le pertenece al padre. Ningún extraño, ningún amigo cristiano, debiera presentar ante Dios la oración de la familia: nadie sino aquel que es el jefe del hogar. ¿Quién no ha sentido la incongruencia, cuando, por causa de la costumbre del país, la cabeza del hogar permite que un niño dé gracias en lugar de hacerlo él mismo? Ni siquiera debiera él depositar sus obligaciones sobre su esposa. De parte de él vienen todas las bendiciones sobre los que son suyos, y su oración es como una muralla de fuego alrededor de la casa.\*

Las oraciones leídas de libros son como agua de cisterna, en comparación con el manantial vivo, al comparárlas con la oración que brota de la plenitud del corazón de un padre, y que trae ante el Dios Todopoderoso las necesidades y gratitud de toda su casa.\*

El papel de intercesor sacerdotal requiere una *vida de oración disciplinada*. El padre-sacerdote que tiene una vi-

da de oración descuidada es semejante al tirador con un rifle oxidado o al arquero que tiene un arco sin tensar. El que tiene poca intimidad con Dios conseguirá pocas bendiciones para su familia.

*Presentando a sus hijos ante Dios  
—por medio de la oración*

En la sección anterior hemos considerado en detalle la "oración de fe" como la enseñaríamos a nuestros hijos. Ahora deseamos mirar brevemente a otras clases de oración que enriquecen la comunión personal del padre con Dios, y que de este modo le equipan para cumplir su cometido sacerdotal en la familia.

*La oración por dirección*

A veces no sabemos cuál es la voluntad de Dios, de modo que tenemos que orar que Dios nos muestre cuál es su voluntad. Deseamos saber cuál es el plan de Dios en un asunto particular: a menudo tenemos que orar pidiendo dirección antes de poder orar la oración de fe. "Muéstrame, oh Jehová, tus caminos; enséñame tus sendas. Encamíname en tu verdad, y enséñame, porque tú eres el Dios de mi salvación; en ti he esperado todo el día... La comunión íntima de Jehová es con los que le temen, y a ellos hará conocer su pacto" (Salmo 25:4, 5,14). Esta es la preocupación del salmista; él desea saber la voluntad de Dios. Desea moverse en la corriente de los mandamientos de Dios. Por eso es que ora pidiendo dirección.

La oración por dirección comienza con un período de espera. Viene ante el Señor, y simplemente se queda quieto. No hay actividad, sino más bien pasividad. Está tratando de oír.

¿Se ha encontrado en situación en que se oye un hábil ruido? Usted dice: —¿Es esa una rata rasguñando ahí en el rincón?

Usted hasta deja de respirar para oír mejor.

Es necesario que nos quedemos quietos delante de



Dios. Necesitamos aquietarnos interior y exteriormente. En nuestro día y época eso cuesta un poco. Va a sorprenderse al descubrir cuánto ruido hay en su mente. En nuestro ser entero estamos llenos de ruido. Si desea oír la voz de Dios debe quedarse callado. Elías oyó un grande y fuerte viento, un terremoto y un fuego consumidor. Pero Dios no estaba en ninguna de estas cosas. Luego, después de todo ese ruido, Dios comenzó a hablarle en voz suave.

Después de haber permanecido callado, usted declara su necesidad: —Deseo saber tu voluntad en este asunto.

Luego usted se imagina a sí mismo abriéndose, sin reservas. Lo que realmente está diciéndole a Dios es: “Señor, en lo que a mí concierne, puede suceder de cualquier modo, siempre que sea tu voluntad. Estoy completamente abierto a tus sugerencias.”

*No haga una oración pidiendo dirección a menos que esté dispuesto a aceptar la respuesta de Dios.* Si usted viene con un propósito formado, y dice: “Señor, esta es la respuesta que deseo obtener, así es que dime si está bien”, no va a obtener respuesta a su oración pidiendo dirección. *La pre-condición para recibir respuesta a una oración en que se pide dirección es una absoluta apertura al modo de obrar de Dios.* Sus caminos son tan creativos y únicos que habrán de sorprendernos. Le vendrá a usted un pensamiento que nunca se le habría ocurrido mientras esté orando pidiendo dirección de Dios con franca disposición. En otras palabras, debe estar dispuesto a decir: “Iré a la derecha, iré a la izquierda, adelante o atrás, simplemente si sé que es tu voluntad.”

Cuando usted tiene esa disposición de ánimo, Dios puede en verdad venir y hacerle saber cuál es su voluntad.

Como paso final, usted debe agradecerle, aun antes de que haya recibido la respuesta. La respuesta a una oración en que se pide dirección no siempre viene durante el tiempo de la oración. A menudo viene después. Tiene que estar dispuesto a aceptar la manera en que Dios nos responde. El puede hacerla llegar por medio de

alguien con quien usted se encuentra y que comienza a hablarle de la misma cosa por la cual ha estado orando. Al comenzar esta persona a hablar, recibe seguridad de que esta es realmente su respuesta, si es que tiene oído para oír. Puede que consiga también su respuesta de la Escritura. Pudiera ser que el sermón del domingo siguiente trate de la misma cosa sobre la cual ha orado. A veces se desarrollará por medio de las circunstancias, o le llegará por medio de sus propias impresiones internas. Dios vendrá a usted de varias maneras, y debe estar en condiciones de escucharle.

#### *La oración de adoración*

Esta es la oración mediante la cual abre su corazón ante Dios. Notará que en un servicio de adoración esto viene cerca del comienzo — oraciones de alabanzas y de adoración — porque éstas nos hacen fijar la atención en Dios. Nuestra tendencia como humanos es ponernos a nosotros mismos en el foco. Cuando enfocamos a Dios, en una oración de adoración, esto nos hace abrirnos a su presencia. Para esto usa cánticos, himnos — es bueno memorizarlos y cantarlos para uno mismo — o puede componer cánticos sencillos con palabras simples de alabanzas y adoración.

#### *La oración de meditación*

Esta es la oración quieta. Esta es la oración en la cual se queda en la presencia de Dios. ¿Recuerda cuando estaba comenzando a cortejar, y a veces lo único que hacía era sentarse? No hablaba mucho. Ustedes, sencillamente estaban juntos. La oración de meditación es algo como eso — usted sencillamente está con Dios. Puede hacer uso de una palabra o frase sencilla, tal vez el nombre de Jesús. Enfoca su atención en él y aun puede que lo vea en su mente en letras de molde, o que lo repita una y otra vez. Esta es una forma de oración extensamente cultivada en la Iglesia Ortodoxa Oriental. En la oración de meditación tendrá representaciones

espontáneas de símbolos y cuadros, las que vendrán desde muy adentro y estará en la misma presencia de Dios — sin otro propósito que el de estar allí. O, tal vez tenga alguna cosa en la cual pensar, y ha creído conveniente pensarla en la presencia de Dios — donde la mente consciente no está totalmente bajo control, ni está totalmente ajena a la situación. Se deja invadir por el flujo de las ideas de Dios, las que entran en el proceso completo.

#### *La oración de intercesión*

Esta es muy parecida a la oración de fe; muchas oraciones de fe son también oraciones de intercesión, pues éstas tienen simplemente como finalidad orar por alguna otra persona. Una cosa que se descubre en la oración de intercesión es que a menudo oramos por la gente más bien que con la gente. Supongamos que uno de los niños ha tenido un arranque de mal genio y usted comienza a orar para que ese mal genio salga. Generalmente no se consigue mucho éxito, porque hay un cierto elemento de juicio que se inmiscuye y que produce un cortocircuito en la oración.

Aquí hay un pensamiento que puede ser de ayuda: Cuando usted tiene una necesidad sobre la cual desea orar — el problema de alguna otra persona — mírese a sí mismo como tomando a esa persona dentro de sí mismo antes de comenzar a orar. Logra tener un sentimiento completamente nuevo. Ya no está orando por aquella persona. Ha introducido a esa persona a su corazón, y ahora está *involucrado*. Dios está en usted y en su corazón se lleva a cabo una interacción entre esa persona y Dios. En lugar de emitir una oración hacia el exterior para esta persona, introduce a esa persona a su corazón y deja que Dios, que está en usted, comience a transformar esa situación. Es sorprendente cómo comienzan a desvanecerse los pensamientos de juicio y de crítica a causa de que usted ha acercado a esa persona en forma tan íntima a sí. ¡Es difícil juzgar a una persona que está dentro de uno! Manteniéndolos allí adentro, usted comienza a orar. Su actitud es ahora mucho más bondadosa,

es una actitud de mayor amor, y el amor es un poder transformador. Ese es un hábito mental sencillo que puede ser de ayuda para sus oraciones de intercesión.

#### *Oraciones saeta*

Usted dispara una oración rápida pues está en medio de su trabajo diario. No tiene tiempo para orar por media hora. Ora justo en ese momento pues se ha presentado una cierta situación.

Por supuesto que las oraciones saeta tienen éxito únicamente, por lo general, cuando están bien basadas en la vida de oración. La persona que ha sido enseñada a practicar regularmente la oración y la alabanza, es quien puede recurrir de este modo a la oración en situaciones de necesidad inmediata.

En Nehemías 2:4 vemos a Nehemías acercarse al rey, oficiando como copero del mismo: "Me dijo el rey: ¿Qué cosa pides? Entonces oré al Dios de los cielos." Nótese que Nehemías no se arrodilló ni pasó media hora en oración delante del rey. Allí mismo él disparó una oración saeta a Dios, pues él deseaba que Dios tuviera participación en la respuesta que iba a darle al rey. Y Dios respondió a la oración saeta de Nehemías.

No puede hallar a Dios si va a toda marcha. Tiene que estar dispuesto a tomarse el tiempo necesario para estar en su presencia. Las oraciones saeta, en medio de las actividades diarias, derivan su poder de los momentos prolongados que se dedican solamente a la oración. La gente que vive alimentándose continuamente de golosinas no tiene una dieta adecuada. Tampoco consigue encontrar la gente el poder de Dios que satisfaga sus oraciones, si es que tratan de existir espiritualmente de oraciones fugaces lanzadas furtivamente hacia el cielo.

La oración es una experiencia rica y variada. Demanda tiempo, esfuerzo y dedicación. Pero no hay tiempo mejor empleado, ni hay dedicación más maravillosamente recompensada. Las promesas de Dios son tan grandes como su ilimitado amor: "Todo lo que pidiéreis..." (Marcos 11:24).

A la medida en que se introduce a una vida disciplinada de oración, descubrirá ciertos impedimentos y ciertas ayudas para la oración — cosas que *impiden* que las oraciones sean contestadas, y cosas que *ayudan* para que las oraciones sean contestadas.

### *Impedimentos a la oración*

Un gran impedimento para la oración es el resentimiento, o un espíritu que no perdona.

Las leyes de la oración son tan inviolables como las leyes de la física o de la química. Ciertas cosas no pueden ocurrir hasta que se hayan satisfecho las condiciones. Jesús dice en Marcos 11:24: "Por tanto, os digo que todo lo que pidiéreis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá." Pero prosigue en el versículo 25: "Y cuando estéis orando, perdonad, si tenéis algo contra alguno, para que también vuestro Padre que está en los cielos os perdone a vosotros vuestras ofensas." Es una ley: Si no perdona, Dios no puede perdonar. No se trata de que él no desee perdonar, o de que Dios se porte caprichosamente en el asunto y espere que haga algo antes de hacer él su parte. Es simplemente una ley del perdón.

No puede recibir perdón si es que su corazón está obstruido por el resentimiento. Si descubre que está resentido por una situación o con una persona, o si es que hay circunstancias que parecen golpearle con dureza, debe enfrentar ese resentimiento. El cómo lo hará, es cosa que debe determinarse con anticipación si es que espera tener éxito en la oración.

Una mujer nos contó de una experiencia que había tenido con su hija. Su hija se había ido del hogar y se había casado sin su permiso. Esto llenó de resentimiento a la madre. Ella pensaba que tenía pleno derecho para estar resentida. Ella sola había criado a la niña, pues el padre había muerto en la guerra. Y ahora la hija era tan desagradecida que se había ido y se había casado, sin siquiera detenerse para consultarlo con la madre. La madre tuvo suficiente percepción como para darse cuenta que

ella misma estaba fuera de contacto con Dios, pues ella era mujer de oración. Por fin ella se acercó a un sacerdote de su iglesia y le dijo: Usted tiene que hacer algo. No puedo encontrar a Dios.

Pasó un buen tiempo en el santuario de la iglesia, y allí se desplegó una tremenda comprensión delante de su visión interior, una comprensión del poder de perdón en Cristo, especialmente del poder de la sangre de Cristo para quitar el pecado. Ella dijo que fue como si Dios hubiera venido con una gran aspiradora y hubiera extraído de ella todo el resentimiento.

Al tomar conciencia de esta experiencia de haber sido limpiada de un terrible resentimiento, ella llegó a un conocimiento más profundo de su naturaleza. Ella vio, en primer lugar, que el resentimiento era pecado por parte suya. Lo que la hija había hecho era asunto entre la hija y Dios. Pero en aquello que a ella le concernía, su resentimiento por causa de la acción de la hija era pecado. Y fue entonces cuando ella recibió una sorprendente y profunda percepción: "Tú no pierdes tu contacto con Dios, no pierdes tu paz con Dios, por el pecado de alguna otra persona, sino solamente por causa de tu propio pecado." Piensa en ello. Si estás atribulado, si pierdes tu paz con Dios a causa de lo que hizo algún otro, observa con más detenimiento. *Esa otra persona no puede despojarte de tu paz. La única cosa que puede despojarte de tu paz es tu propio pecado.* La gente hizo toda clase de cosas con Jesús, pero él jamás perdió la paz. El nunca perdió su contacto con Dios. Estas cosas no se apoderaron de él ni le hicieron evocar resentimientos.

Otra cosa que bloquea la oración es el pecado o la culpa. En el Salmo 66:18 dice: "Si en mi corazón hubiese yo mirado a la iniquidad, el Señor no me habría escuchado." Si estamos cobijando algo, si tenemos un hábito secreto de vida que sabemos es contrario a la voluntad de Dios, es un cortocircuito absoluto para la fe. ¿Por qué? Porque muy adentro de nosotros, no importa cuánto racionalicemos con nuestra mente consciente, está la convicción de que este asunto es erróneo. Nuestra mente en lo más

íntimo rehúsa prestar la más íntima atención a nuestras racionalizaciones. Puede decir usted: "Bueno, esto es una circunstancia muy desacostumbrada." Puede argumentar aun con su mente consciente para que la acepte. Puede argumentar aun con sus amigos para que lo acepten. Todo puede parecer bastante bien. Pero lo profundo de su mente (también podríamos decir su *espíritu*) no presta atención. Su mente interior sabe lo que dice Dios acerca del pecado y de la culpa. La puerta de la oración está firmemente cerrada, y nada hay que pueda hacer para abrirla hasta que ese asunto se haya aclarado.

Otra cosa que puede obstaculizar la oración es la duda. La base absoluta para la oración es creer y confiar en la Palabra de Dios. La clave es esto: *¿Qué es lo que ha dicho Dios?* No, *¿qué es lo que ha dicho el hombre?* o *¿qué es lo que yo pienso?*, sino *¿qué es lo que ha dicho Dios?* Martín Lutero oraba de esta manera: "No los méritos de mi oración, sino la certeza de tu verdad." Es aquí donde debemos reeducar a la mente subconsciente pues es allí donde están enraizadas muchas de nuestras dudas. Nosotros podemos decir con nuestra mente consciente: "Oh, ¡yo creo! ¡Tengo toda la fe del mundo!"

Pero la mente subconsciente dice: "Oh, ¿sí? En el subconsciente están ocultos todos los temores, dudas, incertidumbres que han sido acumulados allí desde la niñez. Y no cambian de la noche a la mañana. Puede cambiarlos únicamente por medio de un proceso de re-educación y de re-experimentación.

Este es el punto en que halla completamente su lugar la escuela del así llamado pensamiento positivo. La mente interior reacciona a los pensamientos positivos, a las sugerencias positivas. Comienza por decirse a sí mismo, a través de la oración, de la meditación, de la lectura de las Escrituras (¡lectura en voz alta!) que "se puede confiar en Dios — ¡se puede depender de Dios!" Si alimenta continuamente de este modo al computador de su mente subconsciente, tarde o temprano va a empezar a devolver respuestas de fe. Es tan simple como eso — ¡pero *lleva tiempo!* No sucede de la noche a la mañana. *La fe no crece en un día.*

Dios también tiene un "don de fe" (1 Corintios 12:9). Esto es una súbita penetración de la mente interior por la fe de Dios mismo. Es para una situación específica. No es una experiencia de todos los días. Es un don especial de Dios. La fe de la cual estamos hablando hasta ahora es aquella que reside, la que crece lentamente como una fruta, y que poco a poco llega a tener más confianza en Dios.

El Salmo 16:7 tiene una maravillosa promesa para nosotros en lo que se refiere a la actividad de Dios sobre los niveles más profundos de nuestra conciencia. Dice: "Bendeciré a Jehová que me aconseja; aun en las noches me enseña mi conciencia." Su mente consciente se duerme, pero su mente subconsciente nunca duerme. Si afronta esto con seriedad, del modo como debiera hacerlo todo cristiano — del modo como un científico o cualquier especialista gasta tiempo y se dedica a su especialidad — descubrirá que se despertará orando; se dará cuenta que estaba en condición de oración antes de despertar. Eso ha estado sucediendo en las profundidades de su mente, mientras dormía.

Así es que la fe debe ser aprendida, no solamente en nuestra mente consciente donde decimos: "Creo." También debe ser aprendida en las profundidades de nuestro ser. Un hombre ha dicho: "Si creyéramos el Credo de los Apóstoles, cada palabra del mismo, se sucederían milagros en cada uno de los servicios corriente de adoración." Eso es literalmente cierto — si creyéramos el Credo desde la punta del pie hasta nuestra coronilla. Pero no es así. Tenemos profundos niveles de duda dentro de nosotros. Eso no es una palabra de condenación, sino la declaración de un hecho. El conocer ese hecho nos da un punto de partida, de modo que podemos estar conscientes del hecho e iniciar un programa de crecimiento.

Otro impedimento para la oración es orar por algo que no está de acuerdo con la voluntad de Dios. Ya hemos enfatizado la importancia de determinar la voluntad de Dios en conexión con la oración de fe. El orar de acuerdo con la voluntad de Dios es una condición básica para que las oraciones sean contestadas (1 Juan 5:14). Por

otra parte, pudiera ser que algo no esté simplemente de acuerdo con las prioridades de Dios, o de acuerdo con los tiempos de Dios. Pudiera ser que sea básicamente la voluntad de Dios, pero está orando por "tres" cuando ni siquiera ha orado por "uno". O está orando por algo que Dios permitirá que suceda de aquí a dos meses, pero desea que suceda ahora. Puede haber todo un proceso que Dios desea coordinar.

Supóngase que está orando por uno de los niños que tiene una seria dolencia a los riñones. Desea que su niño sea sanado. Puede ser que Dios desee usar esta situación con propósitos redentores. En la familia hay una serie completa de relaciones que deben entretenerse, y que tomarán parte en la sanidad. Es semejante a un aprendiz de carpintero que desea clavar y unir dos tableros, pero el maestro carpintero tiene en cuenta la casa entera que debe ser construida. Hay ciertas cosas que poner en orden antes de que se concluya el trabajo entero. Cuando una oración ha sido demorada, no significa eso siempre que Dios no va a contestarla o que no desea contestarla. Puede significar que hay otros factores que deben ser tomados en consideración.

Un impedimento final a la oración es la oposición de Satanás. Satanás se opone a todo lo que hace Dios, y ciertamente no está desprovisto de poder. Tenemos que reconocer eso. Daniel oró una oración que no fue contestada inmediatamente. Cuando un ángel del Señor vino con la respuesta, el ángel dijo: "Daniel, no temas; porque desde el primer día que dispusiste tu corazón a entender y a humillarte en la presencia de tu Dios, fueron oídas tus palabras; y a causa de tus palabras yo he venido." ¡Qué comentario maravilloso del Dios nuestro que responde las oraciones! Entonces el ángel le dice a Daniel por qué fue demorada la respuesta: "El príncipe del reino de Persia se me opuso durante veintiún días; pero he aquí Miguel, uno de los principales príncipes, vino para ayudarme, y quedé allí con los reyes de Persia" (Daniel 10:13). Aquí no está hablando acerca de un príncipe terrenal. Está hablando acerca de un poder demoníaco que tenía dominio sobre aquella parte particular de la superficie de la

tierra. Es lo que San Pablo llama un "principado" (Efesios 6:12). Miguel es un ángel, uno de los principales ángeles del cielo. De modo que aquí había una respuesta a la oración "en camino"; un poder demoníaco se hizo presente y se opuso al poder de Dios, y la retuvo por veintiún días, hasta que vino Miguel y se trabó en lucha y la oración consiguió pasar. ¿Cuántas oraciones están allí colgando "medio encaminadas hacia la tierra", esperando a la fe que las ha de traer abajo definitivamente? Pues es la fe y la oración lo que estimula a Dios a la acción. Esa es la razón por la cual Jesús nos da dos parábolas, urgiéndonos a *persistir* en oración pues a veces las oraciones no serán contestadas de inmediato. (Ver Lucas 11:5-13; 18:1-8.)

#### *Ayuda para la oración*

Si se empeña en la oración y constituye de ella un asunto serio, la hace una parte de su vida diaria, comenzará a vivir no dependiendo ya más de sus propios talentos y recursos humanos. Comenzará a depender del poder de Dios para su vida diaria.

Antes de todo, mantenga *diariamente un tiempo de quietud con Dios*. Esto es simplemente la disciplina y la preparación de la vida espiritual que debiera ser comparable a la preparación y práctica de un atleta. Cuando contempla a un atleta realizar una prueba perfectamente ejecutada en el campo de competencias, está viéndolo en un instante de acción. Detrás de ese instante de acción hay todo un programa de disciplina y preparación. El nunca podría haber tenido ese instante de acción perfectamente ejecutado sin el respaldo de esa disciplina y preparación. Ni tendrá momentos de verdadero encuentro con Dios y momentos de oración contestada, si es que no pasa por la disciplina de un tiempo diario de quietud con Dios. Esto es algo absolutamente esencial. Si no está dispuesto a hacer esto, mejor sería que ni pensara en orar. Para usted la oración siempre será algo de lo cual oye comentar más bien que algo que usted mismo experimenta.

Cualquier cosa que desee hacer va a exigirle algo de su tiempo. No hay medio mejor de descubrir qué es lo que realmente aprecia que mirar la manera en que gasta su tiempo. A lo que le concede tiempo es lo que realmente considera de valor. Al evaluar cuánto tiempo le concede a Dios, puede darse cuenta perfectamente bien de la importancia que le asigna a él. Y, una vez más, su subconsciente sabe esto. Si usted dice: "Oh, creo en Dios, y voy a servir a Dios, pero estoy demasiado ocupado para orar", su subconsciente responde: "Ya entiendo. Eso es simplemente una gran excusa. No tiene significación."

Cuando usted realmente cree que algo es importante, le concede tiempo. De modo que esa es la regla primera, y si se atiene a eso con tanta fidelidad como sea humanamente posible, descubrirá que en su vida se llevarán a cabo tremendos cambios.

En segundo lugar, si es posible, intégrese a un grupo donde tenga la experiencia de oración en grupo. Se aprende de otros. Hay más poder, y promesas especiales, en conexión con la oración en grupo.

Una última cosa que debe considerarse es el poder que ha sido investido en el *Nombre de Jesús*. Jesús dijo: "Todo cuanto pidieréis al Padre en mi nombre, os lo dará." (Juan 16:23.) ¿Qué significa pedir en el Nombre de Jesús? Significa hablar al Padre, *no sobre la base de lo que es, sino sobre la base de lo que Jesús es*.

Llega a la puerta un policía y dice: —¡Abran, en nombre de la ley!

Si viniera y dijera: —¡Soy Jorge Hernández! — usted diría: —¿Quién es Jorge Hernández?

Pero si usted escucha: —¡Abran, en nombre de la ley! — sabe lo que eso significa. Significa que todo el sistema legal respalda a ese hombre uniformado que está al lado de afuera de su puerta, y que tiene que abrir — no a él, la persona, sino a aquello que él representa. Cuando ora en nombre de Jesús, está hablando a Dios y a todos los poderes del Cielo en el Nombre del Hijo de Dios. Significa que está actuando en su lugar, como su representante, en esa situación de oración. Hay tremendo

poder en el Nombre de Jesús. Si reconoce que siempre es sobre la base de lo que Jesús es que llega hasta la presencia de Dios con sus oraciones, abre la puerta de la fe. De otro modo caemos demasiado fácilmente en el surco de pensar: "Bien, las cosas han ido hoy bastante bien. No he castigado a los chicos, y no he regañado con nadie en el tráfico. Ha sido un día bastante bueno." Por consiguiente ora con conciencia liviana y tranquila. "Dios está complacido conmigo hoy. He tenido un lindo día." Es cierto, Dios está agrado con usted. Nada hay de malo en eso. Pero no es esa la razón por la cual él le permite entrar a la Sala del Trono de los Cielos. La razón por la cual él le permite entrar allí es y siempre será a causa de lo que Jesús es, y de que usted está identificándose con él. Jesús es el único acceso que tenemos hacia Dios. Jesús dijo: "Yo soy *el Camino*." El no dijo: "Yo soy *un Camino*", sino "Yo soy *el Camino*". Es por lo que Jesús es que yo también puedo acercarme a Dios cuando he tenido un *mal* día. "Aquí estoy Señor. Soy tu hijo, tu hijo problemático, pero sé que lo que Jesús hizo lo hizo en mi favor y por eso vengo a Ti." Y al comenzar a meditar y al comenzar a alabar a Dios, descubre que él le acepta también *ese* día. El lo acepta sobre la misma base en que lo acepta en un buen día — por lo que Jesús es y por que usted está identificado con él.

Una audiencia personal con el Rey del Universo — eso es la oración. Y Dios desea que aprovechemos de ella, para nosotros mismos, y para nuestras familias.

*Presentando a sus niños ante Dios  
—por medio de la bendición*

En adición a la obra secreta de oración, un padre también presentará a sus hijos ante Dios por medio de oraciones de bendición que ministra directamente al niño.

Una familia en Alemania compartió con nosotros su costumbre de bendecir los hijos cuando se iban a dormir. El padre colocaba sus manos sobre la cabeza de cada uno de los hijos y pronunciaba la bendición del servicio de Sufragios Vespertinos: "Nuestro topopoderoso y mise-

ricordioso Señor, Padre, Hijo y Espíritu Santo, te bendiga y te guarde.” Comenzamos a hacer esto cuando nuestros propios hijos eran todavía pequeños — aun antes de que pudieran hablar. Recuerdo que una vez olvidé hacerlo. Nuestra hijita comenzó a farfullar y a emitir una serie de sonidos propios de un bebé. Cuando me acerqué a la cuna, ella se apoderó de mi mano, la colocó firmemente sobre su cabeza, cerró sus ojos, y quedó en espera de la bendición. Me di cuenta entonces que esto no era un ritual sin significado. Ella estaba *recibiendo* algo a través de aquella bendición. ¿No es ésta la misma forma en que Jesús escogió administrar a los niños pequeños? “Poniendo las manos sobre ellos, los bendecía” (Marcos 10:16).

Los cultos familiares podrían muy bien incluir tiempos de bendiciones ocasionales. Al comienzo de un nuevo período escolar, antes de salir en vacaciones con la familia, en conexión con algún evento especial en la vida de un hijo, los grandes festivales de la Iglesia Cristiana, el padre puede invocar una bendición especial sobre los miembros de su familia.

Cuando un niño esté enfermo, las oraciones de los padres debieran enfrentar a ese niño con la presencia sanadora de Jesús. Si se presenta alguna enfermedad seria, los padres pueden desear llamar a otros del Cuerpo de Cristo para que se unan con ellos en oración. Pero muchas de las dolencias normales de la niñez cederán ante las oraciones de fe del padre y de la madre, pues Dios les ha investido con autoridad espiritual para que la usen en favor de sus hijos. Esto no significa que un padre no habría de aprovecharse de la ayuda médica cuando se necesite, pues Dios imparte sanidad por muchas avenidas, médicas y también espirituales. Pero ese punto casi no necesita enfatizarse, pues los padres por lo general reconocen la responsabilidad de cuidar de sus hijos en lo físico y en lo material. Lo que recibe menor reconocimiento es la responsabilidad — y autoridad, y poder — que Dios ha dado a los padres en el reino de lo espiritual. Cuando los padres llegan a ver este papel sacerdotal del

modo como Dios lo ve, las bendiciones que transmiten a sus hijos no dejan zona de las vidas de sus hijos sin ser tocada.

¡Padre! ¡Madre! Dios les ha llamado para ser sacerdotes para sus hijos. Por medio de ese sacerdocio, Jesús entrará a la vida y experiencia de su hogar. Y ya aquí sobre la tierra, usted y sus hijos experimentarán un sabor por anticipado del cielo. “Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado” (Juan 17:3).

## CAPITULO OCHO

## Nuestra familia, un testigo de Jesús

Un "testigo" es alguien que ha *experimentado* algo. Usted presencia el choque de dos automóviles en la esquina — es testigo, por el simple hecho de haber visto lo sucedido. Cuando una familia experimenta algo de Jesús en su hogar, llegan a ser testigos de él. Esa experiencia, *y tan sólo esa experiencia*, les califica como testigos. Un predicador o un maestro puede hablar de teorías o de conocimiento de segunda mano, y decir algo que se ajuste a la verdad y que sea de utilidad. Pero un testigo, *por definición*, habla de experiencia de primera mano.

Jesús está en busca de familias que estén dispuestas a ser hoy sus *testigos*. Alrededor nuestro vemos el derrumbamiento total de la vida familiar. La gente está buscando ayuda, desesperadamente. Nuestro país nunca ha experimentado antes un desprecio tan notorio por la ley por el orden. Los adolescentes no tienen respeto por la autoridad. No temen a nadie. Crecieron tratando indolentemente a sus padres, respondiendo insolentemente a sus maestros, y finalmente se metieron en dificultades en la ley. Los padres descargan sus responsabilidades sobre sus hijos, en la sociedad, y los unos en los otros. El número de divorcios crece. Una sociedad confundida cae bajo un golpe primero y luego otro, aplicados a la base misma de su estructura. Lo que el mundo necesita son palabras, meramente. Necesita ejemplos vividos de una buena vida familiar. Es por eso que un libro como este está dirigido a los cristianos. Si el consejo y la instrucción bastaran, podríamos dirigir las palabras a

las masas del pueblo. Pero las masas serán alcanzadas únicamente por nosotros — padres, madres, hijos e hijas cristianas — que comienzan a vivir calladamente la clase de vida familiar a la que Dios nos ha llamado. Por medio de estos ejemplos vividos, y en ellos, Jesús encontrará acceso a más de un corazón y de un hogar.

Difícilmente las familias cristianas podrían tener un ambiente y una situación mejor para testificar para Cristo que la que tienen hoy. No decimos que sea la situación *más fácil*. Por el contrario, es una de las más difíciles que la historia le ha concedido a la familia cristiana. Pero por esa misma razón la oportunidad es sin parangón.

Los paganos más endurecidos se sentarán para informarse de una familia que ha aprendido a vivir en comunión — una familia en donde el esposo y la esposa se manifiestan amor y respeto recíproco, y donde los hijos son bien educados y se compartan bien. Aquellos que no han encontrado una buena vida familiar no por ello la anhelan menos. Los que no han tenido relaciones satisfactorias en sus propios hogares no están menos dispuestos a mirar favorablemente a los que sí lo han conseguido. Aquellos que no han criado bien a sus hijos no por ello dejan de admirar a los que lo han hecho. Los que tienen familias que están desprovistas de amor, de risas y de comunión amistosa no dejan de mirar con indisimulada envidia a la familia de la misma calle que tiene una vida admirable de comunión.

Un testimonio hablado en favor de Jesús tiene un lugar y un propósito preciso en el esquema de cosas de Dios. Pero vivimos en una época en que la gente ha llegado a cansarse de las simples palabras. Han descubierto que es imposible responder al abrumador volumen de palabras que les lanza la tecnología moderna — la radio, la televisión, el cine, la prensa (¿quién lee más de una fracción de los materiales impresos que a diario son colocados en su casilla o apartado de correo?). Aún más, la gente ha aprendido que los métodos de propaganda altamente sofisticados, que emplean palabras, más a menudo los han engañado que lo que los han beneficiado — ya



sea a escala nacional en que el país es arrastrado a la catástrofe por las palabras magnéticas de un dictador, o al nivel de una dueña de casa que es inducida a comprar un nuevo artefacto que en realidad no necesita. En una acción de auto defensa, la gente ha levantado una muralla de indiferencia ante las meras palabras.

Lo que una persona *ve funcionar*, sin embargo, le hace detenerse e interesarse. Cuando ve que un cambio se ha operado en la vida de otra persona — un cambio que la mejora — llega a interesarse: ¿Qué es lo que ha causado el cambio? Se interesa doblemente si ese cambio ocurre en una zona en donde él mismo está experimentando dificultades. Desea saber en qué consiste el secreto.

Esta es la oportunidad que yace ante nosotros como familias cristianas — experimentar de tal modo la realidad y el poder de Cristo en nuestros hogares, vivir de tal modo de acuerdo a su Orden Divino, que los que estén a nuestro alrededor puedan *ver* que algo ha sucedido. Entonces, cuando llegue la oportunidad de hablar una palabra, cuando podamos decir algo de nuestra vida en Cristo, esto caerá en oídos que estarán dispuestos a oír. Aun en lugares en donde no se susciten preguntas directas, el testimonio silencioso de la familia que ha encontrado el secreto de vivir en comunión con Jesús dirá mucho más que un discurso elocuente.

La clase de testigo que llega a ser nuestra familia para Jesús dependerá de muchas cosas, de esa clase de cosas que ya hemos considerado juntos en este libro. Sin embargo hay una *clave* para todo ello, y esa clave es la *fe*.

Deseamos que nuestras familias sean testigos de Jesús. Pero no podemos simplemente decidir “ser testigos”. Más bien, nuestra oración debiera ser: “Señor, *haznos* testigos tuyos.” La gloria del hombre no es hacer algo para Dios, sino recibir lo que Dios tiene para él. De este modo sucede con nuestra salvación; y así, y nada menos, con nuestra santificación. Debemos creer que Dios está tan interesado en este proyecto como lo estamos nosotros. Debemos esperar confiadamente que él se revele y com-

parta con nuestra familia, y que nos haga de este modo sus testigos. Es esta misma expectativa lo que le permite introducirse en nuestra vida familiar y transformarla. En nuestras familias, y en no menor grado que en nuestras vidas individuales, la regla de Dios es, “conforme a vuestra *fe* os sea hecho” (Ver Mateo 9:29).

La vida familiar cristiana, por consiguiente, no es una simple posibilidad humana. No es asunto de empeñar nuestra mente y nuestra voluntad en conseguirlo, y así formar una buena vida familiar. Tal vez, de acuerdo con algunas de las cosas que ha leído en este libro, usted haya pensado: “¡Eso es imposible!” Y de veras, *humanamente* hablando, es imposible. Llega a ser únicamente posible cuando permitimos que sea Dios quien tenga nuestra familia a su cargo. Si algo llegamos a ser, será por causa de lo que él haga.

El primer paso hacia la adquisición de la fe es una humilde admisión de necesidad. Una maestra de Escuela Dominical enseñaba a su clase de primarios los rudimentos de la oración. Después de breves instrucciones ella les preparó para efectivamente tener un momento de oración.

—Tranquilícense interiormente — dijo ella — piensen de cómo están las cosas en el mundo que les rodea, de cómo están las cosas en sus propias familias, y luego díganse a Dios.

Se siguieron algunos momentos de silencio, entonces uno de los niños exclamó: —¡Socorro!

Esa fue su oración, y habría sido difícil mejorar su elocuente brevedad.

La vida familiar en verdad necesita que se la socorra. La antigua institución del matrimonio ha recibido un severo golpe. Está bamboleándose en un embravecido mar de dificultades. Algunos han comenzado a abandonar el barco — los intelectuales de Occidente ya están profetizando la muerte del matrimonio y de la familia tal como los hemos conocido, para ser seguido por “una estructura social menos rígida, más humana”. ¿Qué puede hacer un

cristiano en tiempos como éstos? ¿Dónde puede tornarse?

Un productor cinematográfico británico hizo una película describiendo el infortunado viaje de inauguración del Titanic en 1912. El Titanic chocó contra una enorme masa de hielo en el Atlántico Norte, muriendo 1,200 personas. Al desarrollar la historia de un modo dramático, se escuchó más de una vez que la gente preguntaba:

—¿Quién es el jefe aquí?

Esta era la pregunta del momento: ¿Quién puede dirigirnos en este tiempo de desastre inminente?

La historia del Titanic no es un mal ejemplo de la condición de la vida familiar de hoy. La familia es semejante a una infortunada embarcación que ha sufrido una colisión desastrosa. También nosotros debiéramos preguntarnos: “¿Quién nos dirige aquí?” ¿Quién puede salvar al matrimonio y a la familia del desastre que los amenaza?

Abandonado a la sabiduría y habilidad del hombre, el matrimonio puede sufrir la suerte del Titanic, a pesar de su larga y orgullosa historia. El orgullo del hombre declaró que el Titanic era “insumergible”. Pero el hombre no contaba con las poderosas fuerzas de destrucción que estaban sumergidas en las aguas del Atlántico Norte. El matrimonio ha soportado muchos mares tormentosos, pero ahora combaten su casco fuerzas venidas de lo profundo. El infierno mismo ha levantado una tormenta para estropearlo y destruirlo. Aquellos que cierran sus ojos y oídos a lo que está sucediéndole al matrimonio y a la familia en nuestro día serán como los barcos que pasaban por las cercanías del Titanic y oyeron y vieron las señales de socorro, pero que simplemente no las creyeron o no las aceptaron... ¡porque el Titanic era insumergible!

El Titanic se hundió. El capitán, que era el hombre que estaba a su cargo, nada pudo hacer para salvarlo. El tenía lo mejor que la sabiduría, habilidad y tecnología del hombre pueden producir. No fue suficiente.

La Biblia nos cuenta de otro barco. Este también iba a la deriva en un turbulento e inamistoso mar. La des-

treza y fortaleza de los hombres habían hecho lo mejor que podían, pero sin resultado. “Grandes olas comenzaron a inundar el barco hasta que éste estaba lleno de agua y a punto de hundirse” (Marcos 4:37, *El Nuevo Testamento Viviente, Parafraseado*). Desesperados, los hombres de ese barco se volvieron a Aquel que, curiosamente, se hallaba profundamente dormido sobre un cojín en la popa del barco. “Y le despertaron, y le dijeron: Maestro, ¿no tienes cuidado que perecemos? Y levantándose, reprendió al viento, y dijo al mar: Calla enmudece. Y cesó el viento, y se hizo grande bonanza. Y les dijo: ¿Por qué estáis así amedrentados? ¿Cómo no tenéis fe?” (Marcos 4:38-40).

Aquel barco no se hundió, pues a bordo había Uno que tenía *autoridad* sobre las mismas fuerzas que les amenazaban con la destrucción. Antes de que él los dejara para volver al Padre, Jesús dijo a sus Discípulos: “*Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra*” (Mateo 28:18). Si las fuerzas que hoy amenazan al matrimonio y a la familia fueran meramente humanas, entonces habría posibilidad de que se les pudiera hacer frente con la sabiduría humana. Pero los factores humanos son solamente las dimensiones visibles del problema, del mismo modo como la pequeña parte de un témpano que sobresale de la superficie. El gran peligro — aquél que constituye una amenaza de veras — permanece escondido de la vista. Es con estas fuerzas con las que finalmente debemos enfrentarnos. “Pues no estamos luchando contra gentes de carne y sangre, sino contra personas sin cuerpo — los gobernadores malignos del mundo invisible, aquellos poderosos seres satánicos y grandes príncipes malignos de las tinieblas quienes gobiernan este mundo, y contra inmensos números de espíritus malvados del mundo espiritual” (Efesios 6:12, *Nuevo Testamento Viviente*). En este campo de batalla, la sabiduría humana y la fortaleza humana nada pueden. Nada prevalece aquí sino *la autoridad de Cristo*. Cuando él toma el control, aquellas fuerzas que están amenazando echar a pique a la familia cristiana retrocederán y se retirarán. Pero si dejamos que

él duerma en la popa del barco, bien pudiera ser que fuéramos barridos de la cubierta.

Esta es la elección simple que enfrenta a la familia cristiana de hoy. ¿Clamaremos a Jesús, y le pediremos que se haga cargo de nuestros hogares, o nos mantendremos bogando con los remos de los esquemas hechos por el hombre, mientras que las ondas se remontan cada vez más?

Dijimos que el primer paso hacia la fe es una humilde admisión de necesidad. El próximo paso es una humilde aceptación de la ayuda que se ofrece. Es esta cosa llamada *rendición*. Es dejar que Dios tome el control. Al escribir a los cristianos de su día, que también enfrentaban tiempos peligrosos, el apóstol Pedro se expresó de esta manera: "Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios" (1 Pedro 5:6). Dejémosle entrar y hacerse cargo de nuestras familias. Rindamos ante su presencia soberana nuestras voluntades personales, nuestras esperanzas, nuestros planes y opiniones.

¿Qué significa para Jesús "hacerse cargo"? Suponiendo que reconozcamos la necesidad, suponiendo que elevemos el clamor pidiendo ayuda, suponiendo que tomemos este paso de rendición — ¿qué podemos esperar que se siga, en términos de resultados prácticos?

El apóstol Pedro sugiere que cuando nos humillamos bajo la soberana mano de Dios, él se hace cargo de tres aspectos básicos de nuestra vida. El se hace cargo de nuestro sentir de *dignidad* personal, nuestra búsqueda de la identidad personal; él se hace cargo de nuestros *afanes*, los problemas prácticos que nos presionan en la vida diaria; él se hace cargo de nuestra *lucha*, la batalla espiritual contra los poderes de destrucción y del mal. Estos tres aspectos, vistos como un todo, demuestran la extensión de su cuidado hacia aquellos que se rinden a su Señorío. El presta atención al clamor más íntimo del corazón, a la más inmediata presión de las circunstancias, y sin embargo él nunca pierde de vista el destino último que se ha propuesto para aquellos que considera suyos.

### *El se hace cargo de nuestra dignidad*

Toda persona necesita un sentido de identidad o de dignidad personal. Pero vivimos en un tiempo de grandes contiendas y de confusión sobre el asunto de la dignidad de uno. Los obreros en huelga insisten en que ellos son dignos de un mejor salario. Los manifestantes callejeros insisten en que son dignos de un trato favorable en los esquemas económicos y sociales de las cosas. Los adolescentes insisten en que son dignos de más respeto y consideración en el hogar y en la escuela. Los padres sienten que se merecen más respeto. El énfasis supremo en la mayoría de los casos está puesto en los *derechos* de cada uno. Una persona tiene cierto número de derechos lo que puede reclamar pues es digno de algo. Dios comienza desde un punto diferente. El comienza no con nuestros derechos, sino con nuestros *deberes*.

"Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios." Dios usa una mano poderosa para tratar con sus propios hijos. Jesús era atractivo, convincente y abierto cuando trataba con los que estaban alejados. Pero cuando trataba con sus discípulos, procedía con mayor estritez y disciplina. Mientras más se allegue a Jesús, con mayor poder viene la mano de Dios sobre usted.

A menudo el testimonio de los nuevos cristianos es algo semejante a esto: "Llegué a ser cristiano y se resolvieron mis problemas; mi negocio prosperó, mi vida familiar mejoró." A menudo esto es cierto, pero no es el cuadro completo. También está el otro aspecto: "Cuando me convertí, mi vida llegó a ser un enredo. Todo me salía mal... cosas a las que antes ni siquiera presté atención llegaron ahora a ser problema." La mano poderosa de Dios está sobre nosotros. La respuesta a eso es, "Humillaos". Acepte su mano poderosa... pues él ha tomado cargo.

Cuando Dios se hace cargo de nosotros en nuestras familias, el primer paso que tomamos es humillarnos ante el trato que nos da. El comienza a mostrarnos algo de lo que es nuestro deber. El no nos habla acerca de nues-

tros derechos. El dice: "Humillaos bajo mi mano. Tengo un plan para ti. He tomado el control. Estoy a cargo de la clase de persona que cada uno de ustedes debe llegar a ser, la clase de familia, el trabajo que hacen, y todos los diferentes círculos en que se mueven." La manera humana de demandar derechos a menudo termina en derramamiento de sangre, lucha, frustración y derrota. La manera de Dios de comenzar primero con el deber, y de humillarnos bajo su poderosa mano, termina de este modo: El os exaltará "cuando fuere tiempo". Cuando Dios se hace cargo de nuestra dignidad de personas o de la de nuestra familia, esta promesa está involucrada en el mismo acto de su toma del cargo: El os exaltará cuando fuere tiempo (1 Pedro 5:6).

En forma reposada debe cultivarse esta convicción en nuestros hogares: El concepto que otras personas tengan de nosotros es secundario; lo que verdaderamente importa es: "¿Qué concepto tiene Dios de nosotros?" Lars W. Boe, quien fuera presidente de un colegio de una generación pasada, dijo decididamente: "Este colegio está dedicado a Dios, sin disculpas a nadie." ¿Por qué tenemos tanto miedo de adoptar una posición tan decidida como ésta, en relación con nosotros y nuestras familias? Una vez, durante nuestras lecturas devocionales, leímos la historia de una comunidad nacional cristiana en China. Su nombre, traducido literalmente, significaba "La Familia de Jesús". Eso nos impresionó de veras, y un día alrededor de la mesa del desayuno comentamos: "¿Que no es eso lo que deseamos ser — una 'familia de Jesús'?" ¿Cuál es el valor que tenemos ante Jesús? Eso es lo que cuenta. Tratemos de agradarle, y dejemos que sea él quien se preocupe de nuestra posición y reputación ante los demás.

El padre que vive manteniendo esta verdad se ahorrará a sí mismo y a su familia mucho "esfuerzo" inútil. Supóngase que usted está ascendiendo en la estructura ejecutiva de una corporación. Es un alivio saber que Dios está a cargo de su promoción — y no el vicepresidente, que es su superior, ni el compañero que es el competidor para el puesto superior — sino Dios. El está a cargo,

pues usted le ha rendido su vida, y el trabajo que tiene llega a ser una avenida de servicio a él. En un sentido profundo y fundamental, *usted está trabajando para Dios*. "Y todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor y no para los hombres" (Colosenses 3:23). Cuando un hombre se rinde a Dios en este punto, Dios se hace cargo de su carrera. Tal persona puede lanzarse alegremente al trabajo, dejando los afanes de su ascenso, sus ganancias y su éxito en las manos de Dios.

Los niños que son criados con esta clase de ideal puede que no siempre encuentren fácil vivir de acuerdo con él. Las normas y símbolos de la manera de ser del mundo pueden ejercer presiones mezquinas sobre los niños. Una madre nos contó una vez que su hija adolescente había llamado al joven que había de ser su acompañante a la fiesta de graduación y le dijo: —He oído algo de lo que están planeando para después de la fiesta, y deseaba darte la oportunidad de romper el compromiso que tienes conmigo mientras todavía tienes tiempo de conseguir otra acompañante, pues cuando yo acepto una cita, Jesucristo siempre va conmigo.

En algunos círculos, no se podría ser más "anticuado". El joven lo consideró y rompió el compromiso. Ya ella no iría a la ceremonia, y lloró por esta razón. No es siempre fácil ser testigo de Jesús. Sin embargo, él le dio a ella algo más duradero y precioso que las atenciones de un muchacho amigo del liceo — el sentir de dignidad que procede de su aprobación.

Es inevitable que con el fin de ser aprobados por Dios debemos a veces sufrir el ridículo y el rechazo de la gente. Esto es lo que significa ser cristiano, y nunca debiéramos tratar de alimbararlo o de esconderlo de nuestros hijos. Sin embargo, en medio de ese ridículo y rechazo uno puede conocer el gozo tranquilo de una comunión ininterrumpida con él. Y más allá está la promesa: "El os exaltará cuando fuere tiempo."

¿Qué es nuestra reputación, qué es nuestra dignidad? —¿a los ojos de nuestros vecinos, a los ojos de los demás, a los ojos de la comunidad, a los ojos del patrón de papá, a los ojos de la iglesia, a los ojos de los muchachos en

la escuela, a los ojos del gobierno, a los ojos de las amigas de mamá, a los ojos de los comerciantes de la ciudad, a los ojos de la sociedad, a los ojos de los familiares? Las familias que dejan todo este asunto en manos de Jesús están en libertad de entrar en cualquiera de estas relaciones como testigos de él. Ya no son más tiranizados por el temor de: "¿qué podrían pensar de mí, o qué podrían hacerme?" Ya no tienen que preocuparse más de su posición, pues han obtenido una posición junto a él, al lado de la cual toda aprobación o desaprobación humana palidece en significado.

Tom Skinner, un evangelista negro que había sido dirigente de una pandilla de adolescentes en Harlem, ofreció algunos consejos muy sensatos cuando dijo: "La Biblia me dice que yo estoy sentado con Cristo en los lugares celestiales, lo que me ubica en el nivel social más alto del mundo entero. Por consiguiente no tengo para qué participar en desfiles y demostraciones callejeras, ni en otras actividades semejantes para obtener aceptación por parte de la sociedad. ¿Por qué he de romperme el cuello para ingresar a una sociedad que es inferior a aquella a la cual ya pertenezco? . . . yo ya soy amado y aceptado. Todo lo que pido es el privilegio de amarles." El señor Skinner dijo esto en relación con algunas de las luchas de su propia gente por lograr un mejor tratamiento en nuestra sociedad. Sin embargo, es una declaración que cualquier familia cristiana haría bien en apropiarse. Porque ya ha llegado el día en el Oriente, y puede no estar lejos en el Occidente, en que la fe cristiana habrá de verse reducida a los ghettos y catacumbas.

#### *El se hace cargo de nuestros afanes*

"Echando toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros" (1 Pedro 5:7).

Una persona o una familia llenos de afanes difícilmente pueden ser efectivos testigos para Jesús. El nos hace testigos suyos precisamente a través de su liberación de afanes — tomando nuestros afanes y cargándolos sobre sí.

¿Pero cómo? ¿Cómo es que Jesús se hace cargo de nues-

tros afanes? O, para verlo desde el otro extremo del asunto, ¿cómo es que echamos toda nuestra ansiedad sobre él? Esto comprende más que un acto mental. Pues aun cuando la ansiedad es un estado psicológico, está vinculado a factores que están fuera de nuestra mente. Y Dios no nos invita meramente a echar sobre Jesús nuestra actitud mental, sino a echar sobre él aquello que produce la actitud mental. Hay maneras prácticas por las cuales se puede hacer traspaso de una ansiedad a Jesús. De acuerdo a la naturaleza de la ansiedad, usted la transmitirá de un modo particular. Siempre que se suscite una ansiedad, uno debiera orar para recibir sabiduría para hacer traspaso de ella a Jesús. A modo de ilustración, podemos mencionar unas pocas ansiedades típicas, y advertir algunos de los pasos prácticos que debiera uno tomar para traspasárselas a Jesús.

Cada familia enfrenta situaciones y elecciones que pueden llegar a ser terreno propicio para ansiedades — pequeñas y grandes. ¿Qué podemos decir del compañero de juego que parece tener una mala influencia sobre uno de los hijos? ¿Para qué cursos se inscribirá nuestro hijo que está en el segundo año de secundaria? ¿Qué haremos en las vacaciones de verano? ¿Debiera comprometerse en matrimonio un hijo de 16 años? ¿Debe el padre cerrar su negocio de construcción durante seis meses con el fin de ir a sus propias expensas al campo misionero para ayudar a construir una escuela y un orfanato? ¿Debiera mamá buscar trabajo, para ayudar a ahorrar dinero para enviar a los muchachos al colegio?

Una manera de traspasar las ansiedades de la familia a Jesús es practicar lo que podría llamarse "el enfoque familiar sobre Jesús". Esto significa simplemente que la familia habitualmente tiene a Jesús en el foco, de modo que sus ansiedades y preocupaciones siempre se ven a la luz de la pregunta: "¿Qué piensa Jesús de esto?"

Esto no es una medida de emergencia, sino que un *hábito*. Usted tiene a Jesús presente al ir a acostar a los niños, y habla con ellos sobre un problema de la escuela. Tiene a Jesús en foco al levantarse y comenzar a planear su día. Tiene a Jesús en mente cuando uno de los ado-

lescentes trata de decidir cuáles serán los cursos que seguirá en el liceo. Enfoca a Jesús al considerar la oferta de un nuevo empleo. La familia no se avergüenza de poner a Jesús como el centro de su vida, y habitualmente trae cosas que presentar en el foco alrededor de él.

No puede echar ansiedades familiares sobre Jesús si es que está tratando de disponer su vida en toda clase de moldes libremente elegidos, teniendo a Jesús a un lado como una actividad de domingo. El se hará cargo de una ansiedad solamente cuando usted en verdad la "eche sobre él", lo que significa entonces que él está en libertad para manejarla a su manera.

Una joven dueña de casa de nuestra congregación vino a mí una vez y dijo que estaba pensando comenzar a trabajar, aun cuando tenía dos niños pequeños. Su esposo necesitaba asistir por un tiempo a unos estudios especiales, lo que reduciría sus entradas. Ella no veía otra solución sino el que ella se pusiera a trabajar. Lo discutimos, y yo le dije que en esta época de la vida sus niños la necesitaban más que lo que necesitaban aquellas cosas que podrían comprarse con ese dinero adicional. Medio en broma, le dije: —Mejor sería resignarse a comer frijoles por un tiempo, y quedarse en casa.

Esa tarde su esposo llegó a casa y le dijo: —He estado pensando todo el día sobre este asunto, y encuentro que no es justo que tú tengas que salir a trabajar. Tendremos que arreglarnos de alguna otra manera.

—Eso parecía una clara confirmación de la voluntad de Dios —dijo ella más tarde— y yo la acepté— ¡aun cuando aborrezco los frijoles!

La ansiedad se había desvanecido. Ella vio con claridad lo que Jesús tenía que decir al respecto, y ella permitió que él se hiciera cargo de la situación.

Pocos días más tarde se presentó una viuda joven para averiguar si conocíamos a alguien que podría hacerse cargo de su niño durante el día, mientras ella trabajaba. Ella lo había estado llevando a una serie de niñeras temporales, lo que había resultado totalmente inadecuado para el niño. Se me vino a la mente esta otra madre joven.

Se reunieron, y sus dos problemas separados se ajustaban de tal modo como si hubieran estado hechos el uno para el otro. Aun hasta en las finanzas — la cantidad que la viuda joven podía pagar era la cantidad exacta que la otra mujer había dicho que necesitaba ganar, cuando estaba considerando entrar a trabajar.

¿Y qué decir de aquellas otras ansiedades que son más generalizadas — un ánimo abatido, un sentido de frustración o descontento, aun la franca depresión? Uno podría denominarlas ansiedades emocionales, ansiedades centradas alrededor de la propia personalidad y sentimientos de uno. Aquí debemos también mirar los pasos prácticos por medio de los cuales podemos traspasar estas ansiedades a Jesús.

Jesús ha provisto el camino. Sus emociones están ligadas a todo su ser. Cuando llega a ser un cristiano, está vinculado en forma mística pero real a otros cristianos en lo que la Biblia llama "el Cuerpo de Cristo" (Romanos 12:5). Esto es más que una metáfora interesante. Es una realidad mística. Su salud emocional depende de lo que puede recibir y dar dentro del Cuerpo de Cristo. Cuando está desanimado algún otro miembro del Cuerpo de Cristo está animándose. Cuando alguien está abatido, usted puede sentirse con ánimo y en condiciones de ayudarlo. Dependemos el uno del otro: "Si un miembro padece, todos los miembros se duelen con él", dice Pablo. "Si un miembro recibe honra, todos los miembros con él se gozan" (Ver 1 Corintios 12:26). Esta es la manera en que traspasamos nuestras ansiedades emocionales a Jesús: Vivimos como miembros funcionales de su Cuerpo, en el cual los miembros individuales se preocupan el uno por el otro.

Uno casi vacila en mencionar esto, pues demasiado a menudo la Iglesia se queda corta en estos objetivos; la gente por todas partes no tiene a su alcance la clase de compañerismo solícito, piadoso, amante, sufrido y lleno del Espíritu que Cristo pretende que haya en su Cuerpo. Sin embargo, donde aun unos pocos captan esta visión de la Iglesia, y comienzan a practicarla, Jesús comenzará a hacerse cargo de nuestras ansiedades emocionales de

una manera notable. Esta es en verdad nada más que una pequeña parte de la función total de la Iglesia; sin embargo para uno que se ve cargado de ansiedades emocionales, puede ser como un oasis en el deshumanizante desierto de nuestra cultura presente.

Ya hemos sugerido en un capítulo anterior la forma específica en la cual traspasamos nuestras ansiedades económicas a Dios: Le damos a él el primer décimo de nuestras entradas. Esa es la respuesta más simple que habrá de encontrar para las ansiedades económicas. Cuando le da su diezmo a Dios, es como plantar una semilla en la tierra. En su debido tiempo rendirá su cosecha. Eso es exactamente lo que dice la Biblia. Cualquier padre y esposo debe preocuparse por sus circunstancias económicas. Esa es su responsabilidad, siendo el que gana el sustento y el que provee el hogar. Con el fin de que un padre provea para su familia de acuerdo al plan de Dios, él toma el primer diez por ciento de sus entradas y se lo da a Dios. El se preocupa de sus circunstancias económicas, y él le permite echar ese cargo sobre él — en esta manera específica.

Las familias que echan sus afanes sobre Jesús no tendrán que idear maneras inteligentes de “testificar”. Dios los hace sus testigos, dejándoles experimentar su cuidado paternal.

#### *El se hace cargo de nuestra lucha*

“Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar; al cual resistid firmes en la fe... después que hayáis padecido un poco de tiempo, él mismo os perfecciona, afirme, fortalezca y establezca” (1 Pedro 5:8-10).

La vida familiar de hoy se ve acosada por muchos conflictos. Cuando usted enfrenta estos conflictos bajo muchas circunstancias diferentes, comienza a ver algunas similitudes significativas: La gente a menudo se ve confundida con respecto a quien es el verdadero enemigo; no saben precisamente qué es lo que se espera de

ellos en el conflicto; y parecen no darse cuenta en donde va a terminar todo.

Primeramente, entonces, no conocemos al “enemigo”. El conflicto en un hogar puede parecer como una cosa entre el esposo y la esposa, entre los hijos y los padres, entre las presiones sociales externas y las normas familiares. Sin embargo, a menudo la gente hace declaraciones como ésta: “Siento como si algo estuviera mal, pero no puedo precisar qué es... Esa casa me deja asombrado — siento como que tengo que salir de ella, o me voy a volver loco... Empezamos discutiendo calmadamente, pero ni siquiera nos dimos cuenta cómo llegamos a gritarnos el uno al otro, y nadie sabe quién lo comenzó... repentinamente él se siente atemorizado, temeroso de todo, y no podemos imaginarnos por qué...” Es como si uno estuviera atormentado por un enemigo invisible.

En segundo lugar, no sabemos qué hacer cuando el conflicto acosa nuestro hogar. Hoy vemos que los papeles en la familia están confundidos. El esposo no sabe lo que significa ser la cabeza de su hogar. La esposa no sabe lo que significa ser una dueña de casa, viviendo bajo la protección de su marido. Los hijos están confundidos sin saber quién es qué, y cuál es el lugar que a ellos les corresponde en el esquema total de cosas. Somos sorprendidos en conflicto, pero no sabemos lo que se espera de nosotros.

Tercero, no tenemos una visión clara de a dónde nos está conduciendo todo este conflicto y esta lucha. Simplemente sabemos que estamos en dificultades. Un ejecutivo de éxito me dijo una vez: “No sé a dónde me dirijo. He hecho todo en buena forma, me he abierto paso hasta la cumbre — muchos me llamarían un hombre de éxito. Pero no sé a dónde me dirijo. Me siento como si anduviera a tientas en la oscuridad.”

No sabemos quién es nuestro enemigo. No sabemos lo que se espera de nosotros. No sabemos dónde estamos yendo. En medio de esta situación de confusión, Jesús viene a hacerse cargo de nuestra lucha.

La primera cosa que él nos muestra es la identidad de nuestro verdadero enemigo. “Vuestro adversario el *diablo*, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar”. Tras los conflictos internacionales, tras los conflictos sociales, tras los conflictos personales y familiares se oculta el Agitador por excelencia, el Maestro en Manejar las Cuerdas — Satanás.

Jesús reconoció esto. En Mateo 16:22 se nos muestra cómo, en el círculo íntimo de los discípulos, Pedro comienza a reconvenir a Jesús, y le dice: “Señor, ten compasión de ti; en ninguna manera esto te acontezca... ¿Ir a Jerusalén... y ser crucificado? ¡En ninguna manera esto te acontezca!” Inmediatamente Jesús se da cuenta de quién provienen estas palabras, y dice: “¡Quítate de delante de mí, Satanás!” El descarta a Pedro y le habla al poder que está agitando a Pedro en ese momento.

Pablo sabía estas cosas. En Efesios 6:12 dice: “Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes.”

Usted y yo estamos luchando contra estas mismas fuerzas espirituales. Aquellos que consideran que estas cosas son simple superstición, y dicen que Jesús y sus apóstoles eran “cautivos de una concepción ingenua del mundo, propia del primer siglo”, no hacen otra cosa que exhibir su ignorancia histórica, y su carencia total de concepto intelectual. Una lectura seria de la historia mostrará que el concepto del mundo que era corriente en los días de Jesús, y que consideraba seriamente el reino no físico lo mismo como el reino físico, se mantuvo en Occidente hasta bien entrado el siglo XIII y en el Oriente nunca ha desaparecido. No fue sino hasta que Tomás de Aquino re-descubrió a Aristóteles que el clima intelectual de Occidente comenzó a cambiar. Los grandes Padres de la Iglesia, que nos dieron nuestra Fe Trinitaria, no eran enanos intelectuales. Y todos ellos consideraban con mucha seriedad cosas tales como ángeles, demonios, milagros, revelación — la acción directa del reino espiritual sobre el reino natural.

Esto no significa que ellos fueran unos místicos soñadores. Ellos simplemente incluían TODA la realidad en su pensamiento y en su consideración — no la limitaban a la realidad material, como hemos hecho en el Occidente.

Es simplemente un concepto intelectual el que supone que el conocimiento que Jesús tenía del reino espiritual era “una ingenua manera de pensar propia del primer siglo”. Jesús y sus apóstoles sabían más acerca de la realidad espiritual que cualquiera de nuestros más modernos teólogos. Cuando ellos hablaban a los demonios, y los echaban fuera, no estaban prestando atención a los prejuicios y creencias de su tiempo. Ellos lidiaban con la realidad espiritual con un poder y autoridad que nosotros de la Iglesia actual podemos sólo anhelosamente imaginar.

La idea de que hemos avanzado en comprensión espiritual por sobre los cristianos primitivos, está basada en un razonamiento equivocado. Hemos avanzado en cuanto a conocimiento del mundo *material*, pero precisamente a causa de nuestra preocupación por el mundo material, hemos indudablemente retrocedido en cuanto a comprensión del reino espiritual. Esto es lo único verdaderamente sensato. Cuando comienza a especializarse en cualquier campo particular, por una comprensible limitación del tiempo, se ve forzado a descuidar otras cosas. La mayoría de los adultos fracasarían en una de las pruebas de matemáticas de liceo, unos pocos años después de su graduación. Por haberse concentrado en otros campos, inevitablemente retroceden en cuanto a su facilidad con las matemáticas. Lo que es cierto de un individuo es también cierto de una cultura. Nosotros en Occidente nos hemos concentrado en la exploración del reino de la realidad física, material — con el descuido consiguiente del reino espiritual. Steinmetz, el gran mago de la electricidad, vio esto con claridad. El dijo que si pudiéramos poner la misma clase de esfuerzo en la investigación espiritual que el que poníamos en la investigación científica, experimentaríamos un mayor avance espiritual en los próximos 200 años que en los pasados 2000. Lejos de haber progresado más allá de la Iglesia primitiva, en realidad hemos



retrocedido. Tenemos una comprensión menos cierta del reino espiritual que la que tenían Pablo y Pedro.

¿Por qué es importante que los cristianos reconozcan esto? ¿Qué relación puede tener esto con la vida familiar cristiana? Es esto: En el reino espiritual existe no tan solamente Dios, y el bien — sino también Satanás, y el mal. No puede aceptar la realidad de Dios a menos que acepte también la realidad de Satanás. La Biblia habla de ambos en idéntica terminología, como seres personales. ¿Cuándo no toma en cuenta seriamente el poder de Satanás — cuando no se pone la armadura de Cristo! (Efesios 6:10-18) — entonces le está dejando a Satanás el camino libre. Usted y su familia llegan a ser como una pelota, la que él puede patear más o menos a voluntad.

Cuando Dios se hace cargo de nuestra lucha, él abre nuestros ojos para que veamos quién es el verdadero enemigo. Puede probar esto en su propia experiencia. Cuando advierta que está inexplicablemente irritado con una persona o impaciente con una situación, “dé un paso atrás”. Permita que el Señor le dé comprensión de la actividad de agitación que ejerce Satanás. Puede que él esté introduciendo un pensamiento o una actitud o un sentimiento en su mente. (Vea Juan 13:2,27.) Es necesario reconocer esto. Puede hacerse a un lado y desvincularse de aquello que ha estado aceptado como su propio pensamiento o sentimiento. Usted dice: —¡Ahí está — ése es el enemigo! ¡Quítate de delante de mí, Satanás!

Es sorprendente ver cómo cambia la complejidad de la situación. Esa persona no es tan molesta después de todo. Esa situación no es tan imposible como pensó que era. Es entonces cuando se da cuenta que ha estado soportando el ataque de un enemigo extremadamente astuto. Por cierto que esto no significa que vamos a comenzar a atribuirle todas las dificultades a la actividad de Satanás. También tienen su parte en esto el fracaso humano y la sencilla maldición antigua. Lo que queremos decir es que no debemos caer en el error opuesto, tan común en nuestra cultura occidental, de no atribuir *nada* a la agencia satánica.

En segundo lugar, cuando Jesús se hace cargo de nuestra lucha, llegamos a saber lo que se espera de nosotros. “Resistid firmes en la fe, sabiendo que los mismos padecimientos se van cumpliendo en vuestros hermanos en todo el mundo.” Este es el gran tema de los cristianos combatidos: Resistid — *resistid* — RESISTID. Ténganse firmes. No se amedrenten. No se detengan hasta que hayan llegado al final de la carrera. “He peleado la buena batalla, he *acabado* la carrera”, podía decir Pablo cuando estaba a punto de ser martirizado (2 Timoteo 4:7).

¿Han terminado usted y su familia la batalla ante la cual Dios les ha puesto? ¿O su llamamiento incluye el soportar otro poco de tiempo — sabiendo que la misma experiencia de sufrimiento se requiere de los cristianos de todo el mundo? Jesús mismo fue perfeccionado por medio del sufrimiento (Hebreos 2:10). El no podía eludirlo. Tenía que experimentarlo.

Esto significa que una familia cristiana tiene que dar un “sí” inicial a su situación. Cada mañana al despertarnos, debemos decir: “Sí, Señor... sí, a todo lo que tú pongas en mi camino hoy día.”

Finalmente, sabemos el resultado. El mundo no conoce a su enemigo, no sabe lo que puede esperarse de él, y no sabe a dónde va. Pero el cristiano sabe quién es el verdadero enemigo. Sabe lo que se espera de él. Y sabe el resultado — ¡Victoria! “Mas el Dios de toda gracia, (el Dios cuyo amor se activa en vuestro beneficio) os perfeccionará, afirmará, fortalecerá y establecerá.” Este Dios, que le ha llamado a su gloria eterna en Cristo, lo restaurará, establecerá, y fortalecerá a su debido tiempo.

La familia cristiana cuenta con un Dios que es Dios de batallas, un Dios que obtiene victorias. Cuando Dios se hace cargo de nuestra lucha, entonces podemos contar con su promesa: En su tiempo él nos fortalecerá y establecerá en victoria.

Una familia semejante, de la cual él se ha hecho cargo, será su testigo. Como familia, y en forma individual, ellos sabrán lo que valen — son hijos del Rey. Experimentan su cuidado paternal. Habitan bajo la sombra de

su poderosa mano derecha. Cualquiera que llega a conocerles en verdad se dará cuenta que viven bajo la autoridad y bendición de un poder que está más allá de ellos.

Esto es lo que constituye en verdad la vida cristiana familiar — vivir a causa de un poder que está más allá de nosotros. La clase de cosas que hemos considerado en este libro — la enseñanza, disciplina, autoridad y responsabilidad, relaciones inter-personales, aun la vida de adoración — son mayormente mecánicas. Estas mecánicas son importantes. Sin ellas el poder no tiene vías de expresión. Pero lo que necesitamos por encima de todo es el poder mismo. O, permítasenos decirlo así, el Poder Mismo. Porque la familia cristiana encuentra su vida y esperanza sobre la fe de que el Señor a quien su vida y palabras testifican, el Señor a quien esperan con vehemente ansiedad (he aquí que viene con las nubes, y todo ojo le verá. Apocalipsis 1:7), el mismo Dios del cielo y de la tierra — este Señor ya ha tomado su lugar de morada en el círculo de su familia, para manifestar allí por anticipado una semejanza de su Reino, un saborear por anticipado de aquel Día cuando él morará con ellos, y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos (Apocalipsis 21:3).